

Tramas

Sandro Romero Rey

Pedro Pablo Gómez (Editor Académico)



UNIVERSIDAD DISTRITAL
FRANCISCO JOSÉ DE CALDAS



Facultad
de Artes-ASAB



Tramas

Sandro Romero Rey



UNIVERSIDAD DISTRITAL
FRANCISCO JOSÉ DE CALDAS



Facultad
de Artes-ASAB







UNIVERSIDAD DISTRITAL
FRANCISCO JOSÉ DE CALDAS

Doctorado en
Estudios Artísticos **DEA-UD**

© Universidad Distrital Francisco José de Caldas

© Facultad de Artes ASAB

© Sandro Romero Rey

ISBN edición digital 978-958-787-459-4

ISBN edición impresa 978-958-787-458-7

Primera edición: Bogotá, marzo de 2023

Diseño y diagramación: Tangrama

Corrección de estilo: Álvaro José Moreno G.

Impresión: Xpress, Estudio Gráfico y Digital

Fotografía: Carlos Mario Lema

Preparación editorial

Doctorado en Estudios Artísticos

Pedro Pablo Gómez. Editor Académico

Dirección: Calle 13 n.º 31-75, sede Aduanilla de Paiba

Edificio Casa Zhar, 2 piso.

Teléfonos: (057) (1) 3239300 ext. 6640 / 6641

Correo electrónico: doctoradoartes@udistrital.edu.co

Todos los derechos reservados.

Esta obra no puede ser reproducida sin el permiso previo
por escrito de los editores.

Impreso en Colombia

Printed and made in Colombia

**Este libro se publica previa evaluación de pares:
dos pares externos y un par interno de la institución.**

—
Fotografías de la publicación: *Nuestro pueblo* (2008). Versión de Sandro Romero Rey,
a partir de una obra de Thornton Wilder. Dirección: Fernando Montes. Programa
de Artes Escénicas. Facultad de Artes ASAB. Fotografía: Carlos Mario Lema.

Sistema de Bibliotecas de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas
Catalogación en la publicación (CEP)

Romero Rey, Sandro

Tramas / Sandro Romero Rey; Pedro Pablo Gómez (Editor Académico).

—Primera edición. — Bogotá: Universidad Distrital Francisco José de Caldas,
Facultad de Artes ASAB, 2023.

300 páginas : fotografías a color; 24 cm.

ISBN: 978-958-787-458-7 ISBN digital: 978-958-787-459-4

1. Teatro colombiano — Colecciones de escritos 2. Adaptaciones teatrales 3.
Actuación teatral 4. Dramaturgia. I. Gómez, Pedro Pablo, editor académico.

Co862.44: CDD 21 edición.





Tabla de contenido

10 Presentación y representaciones

12 Escuela Nacional de Arte Dramático

13 Felices
24 El infierno o la puerta del cielo
36 Indirectas
46 Los manglares
56 Una actriz se prepara

72 Casa Ensamble

73 El trancón
80 Guillermotel
86 Signos de admiración

98 Academia Superior de Artes de Bogotá

99 Esta risa no es de loco
108 “No busquen mi nombre...”
136 Nuestro pueblo
188 Pentesilea
242 Mentiras ejemplares

Presentación y representaciones

Comencé a estudiar teatro a los nueve años. A los doce, aún sin entender las diferencias entre la realidad y la ficción, escribí mis primeros textos para la escena. Pronto los materialicé con compañeros del colegio y, luego, en la Escuela Departamental de Teatro de Cali, donde adquirí mis primeras y mejores herramientas para la escena, seguí probando mis discretos pasos en la escritura y en la presencialidad. Aquellos textos juveniles, casi infantiles, los miro con cariño, y deben de estar guardados por ahí, con la letra ingenua de un zurdo que nunca aprendió a garrapatear las letras a mano alzada. Los años han pasado y el reloj del teatro ha seguido su curso. El destino, ese medidor implacable del azar, se encargó de que mi vocación artística se combinase con la docencia.

Comencé en Cali y, desde 1988, entré como profesor en la desaparecida Escuela Nacional de Arte Dramático de Bogotá. Allí, gracias al programa que la cobijaba, comencé a llenar asignaturas pendientes, ya que venía del espíritu de los años setenta, donde los clásicos habían sido desplazados sin remordimientos por las urgencias revolucionarias. Así que trabajé en adaptaciones de los trágicos griegos y de Shakespeare, de Calderón de la Barca y de nuevos dramaturgos de diversas estirpes, tratando de conjugar los rigores del estudio actoral con las necesidades del otrora presente. En 1990 decidí quemar mis naves y, hacia finales del año, emprendí mi primer viaje a Europa. Antes de irme, organicé a mis estudiantes por parejas y, en una maratón literaria contra natura, escribí distintas escenas que les sirvieran para sus indagaciones, las cuales fueron montadas —ya cuando mi viaje había superado el punto de no retorno— por el desaparecido actor y maestro Alfonso Ortiz. Esos textos los escribí a máquina y permanecieron desaparecidos durante treinta años, hasta que el actor del Teatro La Candelaria César “Coco” Badillo los descubrió en sus archivos y me los entregó. Nunca supimos por qué reposaban en sus viejos baúles empolvados.

Se conservan seis escenas para parejas: “Felices”, “El infierno o la puerta del cielo”, “Indirectas”, “Los manglares”, y un monólogo, “Una actriz se prepara”, que ha sido puesto en escena en varias ocasiones, siempre por estudiantes de teatro. Todos conservan el espíritu juvenil con el cual fueron gestados y los he disfrutado mucho más ahora que en los tiempos en que los escribí sin tiempo.

En la segunda parte de este volumen hay tres escenas breves: “El trancón”, “Guillermotel” y “Signos de admiración”, que fueron escritas para estudiantes de un taller de actuación organizado por la actriz Alejandra Borrero en Casa Ensamble (luego convertida en Casa E.), donde se impartían permanentes cursos libres en práctica escénica. Los tres sketches fueron estrenados en la entonces llamada “Sala Mayolo”, donde, meses atrás, habíamos estrenado la obra *Pharmakon*, escrita por el director de *Carne de tu carne*, quien terminó sus días escribiendo teatro, disciplina que no era tan de sus afectos como el cine.

Por último, recojo aquí algunas de las experiencias compartidas con estudiantes del Programa de Artes Escénicas de la Facultad de Artes-ASAB de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas de Bogotá. Me vinculé a dicha institución en 1993 a mi regreso de Europa, y allí, entre idas y venidas, he permanecido hasta este 2022 que aún me acoge. En todo este tiempo, he escrito muchos textos por solicitud del programa, por curiosidad de los estudiantes o por mi propio capricho. Reúno aquí algunos de ellos: un monólogo sobre Héctor Lavoe titulado *Esa risa no es de loco*; una adaptación de *Timón de Atenas* de Shakespeare: (“*No busquen mi nombre...*”, cuya primera versión ya había montado en la ENAD; una adaptación de *Nuestro pueblo* de Thornton Wilder, la cual fue bellamente montada por el director de Varasanta, Fernando Montes; otra de *Pentesilea* de Heinrich von Kleist, que estrenó en el Teatro del Camarín del Carmen el actor, director y dramaturgo César Badillo. Y, finalmente, *Mentiras ejemplares*, un divertimento original con el que se graduó el ahora director y escritor Sebastián Illera.

Hay otros textos que han nacido bajo el seno de la academia. Algunos ya han sido publicados (*Gineceo* y *Quiproquo*), otros merecen otro destino (*Bathory: vigilia de sangre*). Por lo pronto, tengo el gusto de presentar esta colección de aventuras dramatúrgicas que se me antojan necesarias para las futuras generaciones y que, aún sin quererlo, sirven para dar testimonio de una época, de un entusiasmo y de una vocación.

Sandro Romero Rey

Bogotá, octubre de 2021

Escuela Nacional de Arte Dramático

Felices

Melodrama futurista para dos actores. Escrito en 1990, para ser representado en el lejano 2010.

Para Dolly y René

UNA SILLA DE UN PARQUE. ALREDEDOR DE ESTA, GRAN CANTIDAD DE HOJAS SECAS. PÁJAROS MUERTOS, POLVO, TIERRA. UNA MUJER ESTÁ SENTADA, PERDIDA LA MIRADA AL FRENTE, DÁNDOLE DE COMER MAÍZ A LAS AVES INERTES QUE YACEN EN EL PISO. NOTAMOS, DE TODAS FORMAS, QUE ELLA SE ENCUENTRA BASTANTE INQUIETA. UN HOMBRE APARECE POR ALGÚN EXTREMO DEL ESCENARIO. LLEVA UNA JAULA CON UN CANARIO. SE DETIENE AL VERLA A ELLA. LA MUJER NO LO VE. ÉL SE LE ACERCA POR DETRÁS. LA OBSERVA EN SILENCIO. LUEGO, COMIENZA A MUSITARLE UN TEXTO.

EL HOMBRE: (CITANDO DE MEMORIA, A ELLA) “¿Te acuerdas de las calles que recorrimos juntos? ¿De los últimos besos? ¿De las miradas frágiles del niño? Es increíble, pero aún podemos jugar sin arrepentimos. ¡Aún somos una sola sombra, larga y unida por la felicidad y el tiempo...!

LA MUJER SE INCORPORA BRUSCAMENTE. LO MIRA BASTANTE MOLESTA Y DA DOS PASOS HACIA ADELANTE, COMO SI FUERA A IRSE, PERO NO LO HACE.

LA MUJER: Era lo último que me podía pasar hoy.

EL HOMBRE: No se te olvidó, ¿no?

LA MUJER: ¿Olvidarme? ¿De qué?

EL HOMBRE: ¿Será necesario repetirlo?

LA MUJER: Me he pasado veinte años de mi vida tratando de no cruzarme por tu camino y precisamente hoy tienes que venir a desordenarme mi tranquilidad.

EL HOMBRE: No me hagas repetir que no es una casualidad.

LA MUJER: ¡Ah, ¿no?! ¿Y entonces? ¿Me estabas persiguiendo?

EL HOMBRE: 10 de octubre de 1990...

LA MUJER: ¿Sí? ¿Qué pasó ese día?

EL HOMBRE: 10 de octubre. Hoy es 10 de octubre del 2010. Era lo pactado, ¿no?

LA MUJER: Yo rompí todos los pactos contigo... o con usted. O como quiera que lo trate. A mí, por desgracia, nada se me olvida. Y no quiero que la mierda se me instale de nuevo en la cabeza simplemente por un mal encuentro.

EL HOMBRE: Ya sé que esto es incómodo, pero tratemos de romper el hielo de alguna forma.

LA MUJER: Me largo, Fausto. Uno de los dos está sobrando.

EL HOMBRE: (ESTIRÁNDOLE LA MANO PARA SALUDARLA) Hola. Hemos cumplido.

LA MUJER: No insista. Yo no existo. Estoy muerta.

EL HOMBRE: Yo estoy desintegrado. La bomba atómica me arrancó los testículos de un mordisco. Pero no importa. Una promesa es una promesa, y aquí estoy.

LA MUJER: Muy divertido. Estás idéntico. No has perdido para nada tu estupidez innata.

EL HOMBRE: (EXTENDIÉNDOLE LA JAULA) Esto me lo encontré en el camino. Está hambriento. Y por lo visto no se te ha acabado el alimento para los pajaritos muertos.

LA MUJER: No está dentro de mis planes alimentarle su zoológico.

EL HOMBRE SONRÍE TRISTEMENTE. SE PASEA UN TANTO INCÓMODO.
DEJA LA JAULA A UN EXTREMO DE LA BANCA.

EL HOMBRE: Margarita... Te confieso que casi no soy capaz de venir. Pero no tuve razones suficientes para...

LA MUJER: —para no dejarme tranquila, ¿no? Era una deuda, y la única manera para justificarte era regresando... Regresando con tus mejores chistes para dañarme de nuevo la cabeza. Pero no lo vas a lograr. No lo lograste ni lo vas a lograr ahora.

EL HOMBRE: Ah, ¿entonces sí lo reconoces? Estamos aquí por un acuerdo previo. A ninguno de los dos se nos ha olvidado. Por qué, Margarita. Por qué en tu caso. En el mío, en mi caso, yo conozco las razones. Pero no puedo imaginarme las tuyas.

LA MUJER: Estoy aquí... porque se me quebró un tacón de mi zapato. Esta es mi ruta diaria. No tengo ninguna explicación extra para justificar un encuentro que no tiene ni pies ni cabeza.

EL HOMBRE: ...Y el tacón se te quebró... Y sacaste de tu cartera el maíz para las palomas... Y te pusiste la misma blusa que tenías el primer día que hablamos en la Escuela de Teatro. Tienes toda la razón. Este encuentro no tiene ni pies ni cabeza.

LA MUJER: Las cosas se parecen, Fausto. No trates de confundirme.

EL HOMBRE: Tienes razón. Las cosas se parecen. Las fechas, los días, los lugares. Las circunstancias. No estábamos errados. Las promesas se cumplen. ¿Verdad, Margarita?

LA MUJER: (CONFUNDIDA) No entiendo para qué. Ya todo está dicho... y hecho.

EL HOMBRE: Los pecados pueden repetirse, ¿no es así?

LA MUJER: Por lo visto no han terminado tus clases de actuación, fantoche.

EL HOMBRE: Las palabras...

LA MUJER: No sigas.

EL HOMBRE: La conciencia...

LA MUJER: Ya, por favor.

EL HOMBRE: La concentración...

LA MUJER: Me largo.

EL HOMBRE: Las emociones latentes...

LA MUJER: ¡Fausto!

EL HOMBRE: ¡El pacto, Margarita, el pacto! Somos seres de una sola pieza. Ni el cambio de milenio nos ha empañado la memoria. ¡Hemos sobrevivido!

LA MUJER: No seas estúpido. No estamos jugando. (SOLLOZA) Quiero salir, Fausto. Quiero largarme de mi propia memoria.

EL HOMBRE: (CITANDO DE MEMORIA, RECITANDO UN TEXTO) “Anoche soñé contigo, Aurora. Jugábamos en medio de las flores y éramos felices. Los muchachos en la calle...”

LA MUJER: No... (CORRIGIÉNDOLE) “Los muchachos en las sombras huían envidiosos al vernos”. Y yo contestaba: “Sí, Armando. Nadie soporta nuestra ternura...”

EL HOMBRE: “La vida está diseñada para que estemos juntos...”

LA MUJER: “No perdamos tiempo. Huyamos”.

EL HOMBRE: “Huyamos al país donde las cosas no necesitan ser nombradas.”

LA MUJER: “Huyamos, Armando. ¡Huyamos!”

EL HOMBRE: “La felicidad es nuestra...”

LA MUJER: (ROMPIENDO) Cuánta cantidad de mierda.

EL HOMBRE: Pero esas eran las palabras. Y están aquí. Con nosotros.

LA MUJER: Suficiente, Fausto. No pienso seguir dándote gusto. Me voy.

EL HOMBRE: (BURLÓN) ¿Al país de la felicidad, Aurora?

LA MUJER: No me provoques, te lo advierto.

EL HOMBRE: Tranquila. No te he pedido absolutamente nada.

LA MUJER: Ni más faltaba...

EL HOMBRE: Ni un beso...

LA MUJER: ¡Ah! ¡Convencido!...

EL HOMBRE: Ni un tinto en la cafetería de la esquina...

LA MUJER: Sigue, sigue. No estoy oyendo.

EL HOMBRE: Ni el favor de que me tomes el libreto.

LA MUJER: ...ni la disculpa de que vamos a tu casa porque se te olvidó tu ropa de trabajo. Ni el trago de brandy para el frío. Ni la canción favorita casualmente grabada en un casete. No, nada de eso. Nada de eso me has pedido. Estás de una discreción bárbara. Pero ya que estamos juntos, no te arriesgues a que yo abra mi boca. Te lo advierto. Estoy llena de lagartos, culebras, animales inmundos dentro de mi cuerpo. Todos han esperado veinte años para saltar sobre tu cuello y hacerte saber lo que llevo sintiendo.

EL HOMBRE: No me habías dicho, Margarita, que seguiste actuando.

LA MUJER: Es obra de tu presencia, Faustico. Tienes una fuerza que arrastra.

EL HOMBRE: Se me nota, ¿verdad?

LA MUJER: Ah, no me digas... ¿Eres actor, todavía? ¿Trabajas en algún teatro? A ver, ¿qué personaje? ¿Acomodador? ¿Telonero? ¿Tramoyista?

EL HOMBRE: Galán de circo, Aurorita. No confundas.

LA MUJER SE RÍE A CARCAJADAS, RÍE Y RÍE SIN PODER CONTENERSE.
ÉL SE SIENTE SATISFECHO CON LA REACCIÓN DE LA MUJER Y SONRÍE. LA CARCAJADA ES CONTAGIOSA. DE REPENTE, ELLA SE INTERRUMPE BRUSCAMENTE. RECUPERA LA SERIEDAD. ESTÁ FURIOSA.

LA MUJER: Hasta nunca, Fausto. Tengo que coger el metro en la diecinueve.

EL HOMBRE: ¿Te... acompañó?

LA MUJER: No creo que te interese ir al infierno.

EL HOMBRE: Quién sabe. De pronto sí, soy actor. Cualquier tipo de experiencia es útil para mi carrera.

LA MUJER: ¿Cualquiera? Entonces por qué no le muerdes la cabecita a tu canario. Eso te servirá para comprobar el sabor amargo de los pajaritos muertos. (LA MUJER SE VA, FURIOSA)

EL HOMBRE PERMANECE DESCONCERTADO AL CENTRO DEL ESCENARIO. TOMA LA JAULA Y MIRA EL CANARIO. PAUSA. DE PRONTO, LA MUJER REGRESA. SE MIRAN FRENTE A FRENTE, EN SILENCIO. ELLA LE SONRÍE. SE LE ACERCA. EL HOMBRE VA LENTAMENTE HACIA ELLA. INTENTA ACARICIARLA. ELLA CIERRA LOS OJOS. DE PRONTO LOS ABRE Y LANZA UN GRITO DE HORROR.

LA MUJER: ¡¡¡Aaaaaahhhh!!! ¡Socorro! ¡Socorro!

EL HOMBRE: ¡¿Qué pasa?!

LA MUJER: ¡Socorro! ¡Me están violando! ¡No lo dejen!

EL HOMBRE: ¡Margarita, por favor!

LA MUJER: ¡Suéltame, se lo suplico! ¡Ayúdenme! ¡Ayúdenme!

EL HOMBRE LE TAPA LA BOCA A LA MUJER.

EL HOMBRE: ¡Está bien, está bien! Quéquieres.

LA MUJER: Suéltame, y siéntate en la banca.

EL HOMBRE: ¿Para qué?

A MUJER: ¡¡¡Aaaaaaaayyyyy!!!

EL HOMBRE: ¡Está bien! ¡Está bien!

EL HOMBRE SE SIENTA, INCÓMODO, EN LA BANCA. LA MUJER COMIENZA A "ACTUAR", A REPRESENTAR SU PROPIO ROL COMO ACTRIZ JOVEN.

LA MUJER: Fausto... Hagamos un pacto. No nos separemos nunca. ¿Me lo juras?

EL HOMBRE NO SABE QUÉ DECIR.

LA MUJER: ¿Me lo juras?

EL HOMBRE: Eeeh... no puedo darte tanto. Pero... Si nos sepáramos... por cualquier motivo... Prometamos que volveremos a estar aquí... en este mismo sitio, dentro de veinte años... Pase lo pase.

LA MUJER: Esta bien, está bien. Pero... ¿No piensas llevarme a tu casa?

EL HOMBRE: Margarita, por favor. No volvamos...

LA MUJER: Estoy embarazada, Fausto. Dame una última oportunidad. Vamos a tu apartamento, te lo suplico. No puedo irme sola a mi casa.

EL HOMBRE: Como quieras, vamos...

LA MUJER: ¡No! ¡No vamos! ¡Te fuiste! Te fuiste sin mí, casi corriendo. Me dejaste con las piernas abiertas, sentada en la banca de este mismo parque. Con tu primer canario clavado en mi barriga, arrepentido, incapaz de decir cualquier palabra. Pero no te preocupes. El animalito no resistió tanto encierro. Y en la clínica más cercana me lo hicieron escupir de un solo impulso, Armando. ¡Y fuimos tan felices!

EL HOMBRE: Margarita... ¿verdad? ¿Eso es verdad?

LA MUJER: Eso no importa, Armando. "Las palomas giran sobre nuestras cabezas, ¿las ves? ¿Ves cómo se empecinan en celebrar nuestro reencuentro?..." ¡¿Nuestro reencuentro?!

EL HOMBRE: No me acuerdo... ¡No me acuerdo! Eso fue hace mucho tiempo.

LA MUJER: Sí, pero usted siguió en el montaje, mi querido infiusto. Usted tuvo su nueva Aurora, usted ensayó y ensayó con ella hasta que estrenaron... Y seguramente la invitó a su apartamento porque por casualidad se le quedó la ropa de trabajo. Y por casualidad la invitó a un trago para el frío. Y por casualidad su canción favorita estaba grabada en el casete. "Qué coincidencia", le dijiste, "Esto es realmente mágico". Y la besaste, estoy segura.

EL HOMBRE: ¡Margarita!

LA MUJER: Y los preservativos estaban en tu bolsillo. Pero no había mucho tiempo, Armando. El ensayo empezaba en diez minutos y les cerrarían la puerta, ¿verdad? ¿Verdad que fue fantástico el estreno?

EL HOMBRE: (REVENTANDO) ¡Sí, lo fue! ¡Fue fantástico! ¡Nos aplaudieron, nos tomaron fotos! Sacamos las notas más altas e hicimos muchas funciones. Y no me arrepiento. Las cosas siguen su curso, porque llega un momento en el cual uno no puede parar. Y no he parado. Veinte años de grupo en grupo, de montaje en montaje, de película en película. En esas me la paso y no te imaginas el esfuerzo. Tengo que levantarme todos los días con tres piernas para no perder en ningún momento la velocidad. ¡Yo qué culpa tengo de lo que te sucedió! ¡Éramos un par de imbéciles en esa época! Si te da la gana, perdóname. Si no, jgrita que te estoy violando. ¡Así podremos concluir el hijo interrumpido que te está haciendo tanta falta!

LA MUJER LO TOMA POR EL PELO. LUCHAN. RUEDAN POR EL SUELO. CUANDO LA IRA LOS VENCE, RÍEN DE NUEVO. FELICES. MELANCÓLICOS. SE SIENTAN EN EL PISO EN SILENCIO.

LA MUJER: Esta noche... ¿trabajas?

EL HOMBRE: ¿Cómo?

LA MUJER: Digo, ¿estás en alguna obra?

EL HOMBRE: N-no... Ahora no. Voy a actuar en cine. Mañana me voy.

LA MUJER: ¿Cine?

EL HOMBRE: Sí. Cine. En el Amazonas. Con un director francés.

LA MUJER: Ah...

EL HOMBRE: Estoy muy entusiasmado. Me encanta trabajar en películas, por que... Porque es otra cosa. Un tipo de actuación mucho más contenida. Íntima. Y ahora, en esta época con tanta técnica, no se pueden cometer errores.

LA MUJER: A mí encanta ver películas en mi casa. Tengo un proyector de setenta milímetros...

EL HOMBRE: Quién iba a pensar... Setenta milímetros. Hace veinte años era inimaginable.

LA MUJER: Los tiempos cambian.

EL HOMBRE: Y a nosotros no se nos nota...

LA MUJER: Se nos nota, Fausto. Estamos viejos.

EL HOMBRE: Yo no te veo tan vieja. Te luce el pelo teñido de blanco.

LA MUJER: Muy chistoso.

EL HOMBRE: Sí, muy chistoso.

PAUSA.

LA MUJER: Podemos ir... ¿a tomar café?

AMBOS SE RÍEN, CON DOBLE SENTIDO CÓMPlice.

EL HOMBRE: Lo siento. No puedo. Tengo que ir a hacer maletas. Mañana salgo para el Amazonas.

LA MUJER: ¿En avión?

EL HOMBRE: No. En carro. Las autopistas son excelentes.

LA MUJER: Ah, claro.

EL HOMBRE: Estoy muy excitado. Hace tiempo no trabajo frente a las cámaras.

LA MUJER: Qué maravilla, Fausto. Seguiste con lo tuyo. Yo en cambio... Lo único que he hecho es remontar "El mundo feliz"...

EL HOMBRE: ¡No me digas! "Nuestra" obra...

LA MUJER: Tu obra.

EL HOMBRE: ¿En dónde?

LA MUJER: La remonté.

EL HOMBRE: ¿En dónde?

LA MUJER: La remonté ...

EL HOMBRE: ¿En dónde?

LA MUJER: La remonté. La remonté. La remonté. Una y otra vez. Todos los días. Durante veinte años. Como una telenovela barata. Veinte años remontándola en mi espejo. Yo. Una vieja del año 2010, jugando a los melodramas.

EL HOMBRE: No son melodramas. Así es la vida.

LA MUJER: Pero, ¿chévere, no?

EL HOMBRE: Sí... Chévere...

LA MUJER: Muy chévere...

EL HOMBRE: Muy... muy chévere...

LA MUJER: ¿Y tu papel?

EL HOMBRE: Cuál...

LA MUJER: Tu papel... en la película. ¿Es chévere?

EL HOMBRE: Sí, chévere...

LA MUJER: ¿Muy... chévere?

EL HOMBRE: Llevo del bulto... Pero chévere.

LA MUJER: ¿Cómo así?

EL HOMBRE: Mentiras, Margarita. Viajo mañana al Amazonas. Es una gran película... de un director francés. Muy famoso. Con todos los adelantos técnicos. Y yo trabajo allí... con un gran esfuerzo. Me costó mucho trabajo, pero lo conseguí, me dieron el papel. Con un gran esfuerzo. Es una película de época. Sucede en 1990, cuando comienzan a colonizar el Amazonas. Y yo trabajo

allí. Con un gran esfuerzo, soy un esforzadísimo extra entre cinco mil, que gana diez mil devaluados pesos por llevar un bulto y atravesar la cámara... Con un gran esfuerzo.

PAUSA. LA MUJER COMIENZA A "ACTUAR" COMO EL PERSONAJE DE LA ADOLESCENCIA.

LA MUJER: "Armando: ¿Es cierto que podemos ser felices?"

EL HOMBRE: "Ya lo somos, Aurora"

LA MUJER: "Por qué, Armando".

EL HOMBRE: ...

LA MUJER: "¿Por qué, Armando?"

EL HOMBRE: ...

LA MUJER: "¿Por qué, Armando?"

EL HOMBRE: "Porque estamos muertos, Aurora. No se puede encontrar mayor felicidad. Estamos muertos".

LA MUJER LO MIRA SIN TENER NADA QUE DECIR. PAUSA LARGA.

LA MUJER: Cojo el metro en la diecinueve. ¿Te sirve?

EL HOMBRE: No. Me voy a pie.

LA MUJER: Como quieras. (PAUSA) Fausto, te aseguro que no ha sido un placer.

LA MUJER SE VA. EL HOMBRE PERMANECE EN EL CENTRO DEL ESCENARIO. SE COLOCA LA JAULA ENTRE LAS PIERNAS. LA MUJER REGRESA. LO MIRA. FINALMENTE, SE SIENTA A SU LADO EN SILENCIO. OSCURIDAD.

El infierno o la puerta del cielo

Melofarsa religiosa con *slapstick*

Para Sandra Bohórquez y Cecilia Pérez

CELDA DE UN CONVENTO. ATARDECER. LA NOVICIA ESPERA UN TANTO NERVIOSA. LA MONJA SOSTIENE EN SUS MANOS ALGUNAS SÁBANAS, SONRIENTE, ANGELICAL.

LA MONJA: ¿Le gusta?

LA NOVICIA: Es mucho más de lo que yo esperaba.

LA MONJA: No crea que todo son sacrificios. La vida conventual también tiene sus compensaciones.

LA NOVICIA: Es increíble, toda una vida de privaciones... en este sitio. No me parece tan triste. Aquí se respira un reconfortante aire de tranquilidad.

LA MONJA: Siempre se nos interpreta mal, mi querida Ángela. Nosotras nos liberamos del mundo exterior... pero no nos enterramos en vida. Aquí adentro también tenemos nuestros secretos, que poco a poco vas a ir conociendo.

LA NOVICIA: ¿Puedo leer en la noche?

LA MONJA: Leer, comer, tomar leche de cabra, cantar suavemente en el silencio de tu claustro. No te prives de nada.

LA NOVICIA: Muchas gracias. Además... Quisiera pedirle un favor. Ciérreme la puerta, asegurándola al salir. Me da miedo cometer alguna impertinencia. Porque...

LA MONJA: ¿Sí?

LA NOVICIA: No... Nada.

LA MONJA: Eres sonámbula.

LA NOVIA: ¿Cómo lo sabe?

LA MONJA: No. No te preocupes, que no soy bruja. Lo que sucede es que... Tienes los ojos tristes.

LA NOVIA: ¿Está segura?

LA MONJA: No es sino mirarte.

LA NOVIA: Lo mismo decía mi abuela. Pero yo pensaba que ella nunca tenía la razón.

LA MONJA: Los viejos siempre tienen la razón.

LA NOVIA: Entonces ella es una sabia. Tiene 132 años... y todavía se ríe a carcajadas.

LA MONJA: ¿Dónde prefieres que te ubique? ¿En la cocina? ¿Lavando los pisos? ¿En el jardín?

LA NOVIA: Donde usted prefiera, madre. Si es lo más humillante, no me importa. Incluso, lo desearía.

LA MONJA: ¿Te sientes culpable por algo?

LA NOVIA: Usted no sabe, Madre, la cantidad de pecados que uno puede anidar por dentro.

LA MONJA: No puedo imaginarme los tuyos. Tienes un rostro tan desprotegido.

LA NOVIA: No crea. Usted ni sospecha lo que ha sucedido dentro de mí.

LA MONJA: Ángela, por Dios. No te tortures. ¿Ya te confesaste?

LA NOVIA: Por supuesto. Pero no he terminado con la cantidad de penitencias que me han impuesto.

LA MONJA: ¿El padre Alzate?

LA NOVIA: Me confesé cuatro veces antes de entrar al claustro, Madre.

LA MONJA: ¿Sabes qué estoy pensando? Que a ti te gusta sufrir.

LA NOVICIA: ¡Madre! ¡Por favor!

LA MONJA: Los tiempos cambian. No es necesario darse tantos golpes de pecho por pecados menores. Si observas bien, en las misas, cuando se reza el "Yo Pecador", ahora se canta y se lleva el ritmo con los puños contra el corazón. Así.

LA MONJA SE GOLPEA EL PECHO RÍTMICAMENTE CON LOS PUÑOS.

LA NOVICIA: Madre, no juegue con las cosas de Dios.

LA MONJA: No me estoy burlando, simplemente que nuestros rituales deben ser mirados con alegría y no con ese sentimiento masoquista tan medieval. Ahora todo nos está permitido. No lo olvides.

LA NOVICIA: ¿Todo?

LA MONJA: Bueno. Quiero decir... De acuerdo con las limitaciones morales que te dicte tu conciencia. Pero, si eres responsable con tus actos, puedes acercarte al lado oscuro del mundo sin necesidad de arrepentirte.

LA NOVICIA: No tengo ningún interés en acercarme.

LA MONJA: ¿Has leído, por ejemplo, *Los versos satánicos*?

LA NOVICIA: ¡Madre!

EN ESE MOMENTO, SE ESCUCHA UN VIENTO DE ULTRATUMBA. LA PUERTA DE LA CELDA SE CIERRA CON VIOLENCIA. LA NOVICIA Y LA MONJA SE TOMAN DE LAS MANOS, TEMEROSAS. SE MIRAN SIN SABER QUÉ HACER. LA MONJA, FINALMENTE, SE DIRIGE HACIA LA PUERTA E INTENTA ABRIRLA. ESTA ESTÁ CERRADA POR DENTRO. LA MONJA INSISTE EN ABRIRLA, PERO ES INÚTIL.

LA NOVICIA: Qué pasa.

LA MONJA: Otra prueba del Señor.

LA NOVICIA: ¿Qué quiere decir?

LA MONJA: Pero no te preocupes. No hay por qué alterarse. Esta es la casa de Dios. Y nosotras somos sus empleadas. Él nos está llamando para que aprendamos a comportarnos, sin impaciencias.

LA NOVIA: ¿Se fija, Madre? Por estar hablando de cosas indebidas.

LA MONJA: No me eches la culpa.

LA NOVIA: (CASI GRITANDO, AL CIELO) Yo no he hecho nada, Dios mío. ¡Te lo juro!

LA MONJA: Cálmate. ¡Vas a despertar a toda la comunidad!

LA NOVIA: (DIRIGIÉNDOSE A LA PUERTA Y GOLPEÁNDOLA) ¡Abran! ¡Ayúdennos! ¡Nos quedamos encerradas!

LA MONJA: Es inútil. No van a oírte.

LA NOVIA: ¿Cómo así?

LA MONJA: Son las seis de la tarde. A esta hora todas se han retirado a la otra ala del convento. Nadie nos oye.

LA NOVIA: ¿Y las llaves?

LA MONJA: Se quedaron pegadas al otro lado de la puerta.

LA NOVIA: ¿O sea que estamos condenadas a morir en este cuarto?

LA MONJA: Hay que esperar a que amanezca, cuando se den cuenta de nuestra ausencia, nos buscarán.

LA NOVIA: Maldita sea. Por estar hablando lo que no debíamos.

LA MONJA: No maldigas. Y por favor, no pienses que Dios es tan superficial.

LA NOVIA: ¿Qué hacemos entonces?

LA MONJA: Rezar...

LA NOVIA: Se me han olvidado todas las oraciones. Tengo miedo.

LA MONJA: Siéntate, entonces. Y piensa...

LA NOVICIA: No puedo.

LA MONJA: Canta. ¿No sabes?

LA NOVICIA: Nunca supe hacer nada.

LA MONJA: ¿Quieres que te haga un masaje?

LA NOVICIA: ¡No! ¡Por favor, no me gusta que me toquen!

LA MONJA: Solo en los hombros. Nada más.

LA NOVICIA: No, madre. Ni en el pelo. Me da como un... no se qué.

LA MONJA: Estás comenzando a extrañarme.

LA NOVICIA: No, madre, no se extrañe. Tratemos de salir de aquí, más bien. Tomemos unas varillas de la cama. ¡Hagamos palancas! ¡Usted me sirve de punto de apoyo, Madre! Dadme un punto de apoyo y moveré el mundo. ¡Y abriré puertas!

LA MONJA: ¡Bueno, ya! Así es como mueren las personas hacinadas: víctimas del pánico. Te callas y te sientas.

LA NOVICIA: Pero...

LA MONJA: Te callas y te sientas.

LA NOVICIA: No trate de...

LA MONJA: Te callas y te sientas.

LA NOVICIA: Como quiera.

LARGA PAUSA. LA NOVICIA SE CALLA Y SE SIENTA.

LA MONJA: ¿Ángela?

LA NOVICIA: ¿Sí?

LA MONJA: ¿Alguna vez... tuviste?

LA NOVIA: ¿Cómo así?

LA MONJA: Tú me entiendes. ¿Tuviste?

LA NOVIA: No, nunca.

LA MONJA: Entonces... ¿Qué hacías?

LA NOVIA: Jugaba. Con mis dedos.

LA MONJA: ¿Y tus padres?

LA NOVIA: Les encantaba. Se dieron cuenta de que mi vocación en la vida eran los títeres.

LA MONJA: ¿Los dejaste?

LA NOVIA: No. Ellos me dejaron a mí. Es solo una frase, pero así fue. Se fueron desbaratando solos. Pero aún conservo sus restos.

LA MONJA: ¿De tus padres?

LA NOVIA: No. De los títeres. (ENTUSIASMADA) ¿Quiere verlos?

LA MONJA: ¿Los tienes aquí?

LA NOVIA: En la maleta. Con los crucifijos y las coronas de espinas.

LA MONJA: Sácalos.

LA NOVIA: A esta hora... Están dormidos.

LA MONJA: No me vengas ahora con cuentos. ¡Sácalos!

LA NOVIA SE DIRIGE A LA CAMA. SACA, DEBAJO DE ESTA, UNA MALETA. DE ALLÍ SACA ALGUNOS MUÑECOS. ELLA, POR SU PARTE, SE DISFRAZA CON UNA MÁSCARA O UN SOMBRERO, UNO DE LOS TÍTERES ES UNA MONJITA. EL OTRO, UN DEMONIO. LA NOVIA COMIENZA A REPRESENTAR UNA HISTORIA, IMITANDO LAS VOCES DE LOS MUÑECOS.

LA NOVICIA: (IMITANDO TODAS LAS VOCES)

LA MONJA: "Oh, qué sola estoy en medio de este bosque. Estoy extraviada. Dios mío: indícame la ruta que debo seguir".

LA NOVICIA: (COMO NARRADORA) Pero, en ese momento, la voz de Dios se vio interrumpida por la risa siniestra de Luzbel, también conocido como Belcebú, Satanás, Lucifer, Mefistófeles, Buciraco, Demonio, Diablo o Destructor. Y la pobre e inocente Aurorita tembló de terror y desconcierto.

EL DEMONIO: ¿A dónde vas, hermosa Aurorita?

LA MONJA: Vo-voy en busca del camino del paraíso. Pero me he extraviado.

EL DEMONIO: Ah, no te preocupes, pequeña. Yo, precisamente soy el guía que el buen Dios ha designado para llegar a su jardín.

LA MONJA: ¿De verdad?

EL DEMONIO: Así es. ¡No te entusiasma encontrarme?

LA MONJA: Por supuesto que sí. Es un milagro.

EL DEMONIO: Pues si tanto te entusiasma... dame un beso.

LA MONJA: No.

EL DEMONIO: Sí.

LA MONJA: ¡No!

EL DEMONIO: ¡Que sí, que sí!

LA MONJA: ¡Que no, que no!

LA MONJA REAL COMIENZA A ENTUSIASMARSE Y A APLAUDIR
COMO UNA NIÑA.

LA NOVICIA: Niños, ¿ustedes qué dicen? ¿Le dará un beso la monja a su perverso guía?

LA MONJA: ¡Siiiii!

LA NOVICIA: ¿Cómo?

LA MONJA: Que siiií...

LA NOVICIA: Niños. ¿Es que no entienden? ¡Se trata del demonio!

LA MONJA: ¡Que lo bese! ¡Que lo bese!

LA NOVICIA INTERRUMPE LA REPRESENTACIÓN.

LA NOVICIA: Madre: Usted no ha entendido.

LA MONJA: Claro que entendí... Mojigata.

LA NOVICIA: ¿Cómo?

LA MONJA: ¡Mojigata, perversa, abyecta! Estás por el camino correcto... Te felicito. Sigue, por favor. Sigue con la representación.

LA NOVICIA: No puedo. Estoy cansada...

LA MONJA: Por favor. Tenemos toda la noche por delante.

LA NOVICIA: No insista. Tengo sueño. Además... No me gusta estar encerrada.

LA MONJA TOMA EL TÍTERE DEL DEMONIO Y LO ACARICIA CON
TERNURA.

LA MONJA: Tienes razón. Es asfixiante. Sobre todo cuando el aire se va acabando y uno trata de respirar hasta el último suspiro... Pero el oxígeno se escapa, desaparece. ¡Has oído hablar de la historia de las monjas ahogadas?

LA NOVICIA: ¡No, por favor! No siga con esos temas. Quiero descansar. Quiero dormir. Pero es imposible. Me estoy asando. Me estoy quemando.

LA MONJA: Quítate la combinación.

LA NOVICIA: ¿Cómo?

LA MONJA: ¿Te ayudo?

LA NOVICIA: No sé si es...

LA MONJA: No seas bobita. No te vas a calcinar por tanta timidez.

LA MONJA SE ACERCA A LA NOVICIA Y LE QUITA EL HÁBITO.

LA MONJA: Definitivamente, el hábito no hace al monje... o a la monja, en este caso. Ahora que estás más cómoda, deberías continuar con la representación.

LA NOVICIA: ¿Cómo?

LA MONJA: Sí, continúa. No me haces ningún daño. Al contrario, me haces como cosquillas. Me recuerdas los momentos más felices, en mi pueblo, cuando me encantaba estrangular a las gallinas. Cuando colocaba diablitos debajo de las sotanas del cura. ¡Era muy feliz! Y ahora, con tu historia, se me destemplan los dientes de la felicidad. "Oh, hermosa monjita, déjame darte un beso". ¡No, no, por favor, no me toque, que tengo ganas de orinar! — ¡Nada de eso, hermanita, voy a besarte y vas a saber el placer que representa bordear el camino del infierno!"

LA NOVICIA: ¡Madre!

LA MONJA: Sí, mi amorcito. ¡No te has dado cuenta dónde estás? Para subir al cielo se necesita una escalera grande y otra chiquita. Si no conoces los límites de la condena, no vas a llegar jamás a ver a Dios. ¡Sacúdete, miserable! ¡Peca! ¡Peca sin contenerte! ¡No sabes de lo que te estás perdiendo!

LA NOVICIA: ¡Cállese, cállese! ¡Sáquenme de aquí!

EN ESE MOMENTO, LA MONJA LANZA UNA SINIESTRA CARCAJADA. LA PUERTA SE ABRE BRUSCAMENTE Y LA MONJA ES "CHUPADA" POR ELLA. ESTA SE CIERRA CON UN ESTRUENDO.

LA NOVICIA SE DESPIERTA BRUSCAMENTE, COMO SI HUBIESE SALIDO DE UNA PESADILLA. NO ENTIENDE LO QUE HA SUCEDIDO. SE DIRIGE TEMEROSA HACIA LA PUERTA. LA ABRE SIN DIFICULTAD. VUELVE A CERRARLA. SE SIENTA EN LA CAMA, ATURDIDA. EN ESE MOMENTO, GOLPEAN SUAVEMENTE. ELLA SE PONE TEMEROSA. ENTRA LA MONJA, EN IDÉNTICA ACTITUD AL COMIENZO DE LA HISTORIA.

LA MONJA: ¿Le gusta?

LA NOVICIA NO RESPONDE.

LA MONJA: ¿Le gusta? Es mucho más de lo que usted esperaba, ¿verdad? No crea que todo son sacrificios. La vida conventual también tiene sus compensaciones.

LA NOVICIA: Perdóneme, Madre. Pero yo no quiero...

LA MONJA: Siempre se nos interpreta mal, mi querida Ángela. Nosotras nos liberamos del mundo exterior... pero no nos enterramos en vida. Aquí adentro, también tenemos nuestros secretos que poco a poco vas a ir conociendo.

LA NOVICIA: Puedo leer en la noche, ¿verdad?

LA MONJA: Leer, comer, tomar leche de cabra, cantar suavemente en el silencio de tu claustro...

LA NOVICIA SE INCORPORA Y TOMA LOS TÍTERES. TIENE UNA ACTITUD DELIRANTE.

LA NOVICIA: ...cerrar la puerta, sacar los muñecos, jugar a las representaciones... Es eso, ¿verdad?

LA MONJA: No te entiendo, Ángela.

LA NOVICIA: “¡Oh, qué sola estoy en medio de este bosque! — ¿A dónde vas, hermosa Aurorita?” — “Voy en busca del camino del Paraíso. Pero me he extraviado” — “Ah, no te preocupes, pequeña. Yo, precisamente, soy el guía que el buen Dios ha designado para llegar a su jardín” — “¿De verdad?” — “Si tanto te entusiasmo, ¡dame un beso!”.

LA NOVICIA SE ABALANZA CON LOS MUÑECOS SOBRE LA MONJA E INTENTA BESARLA.

LA NOVICIA: ¡Dame un beso!

LA MONJA: ¡Ángela! ¡Esto es sacrilegio!

LA NOVICIA: ¡Dame un beso! ¡Quítame la combinación!

LA MONJA: ¡Estás loca!

LA NOVIA: ¡Loca, sí, loca! ¡Para llegar al cielo se necesita bordear el camino del infierno! ¡Quítame la combinación!

LA MONJA: ¡No! ¡No!

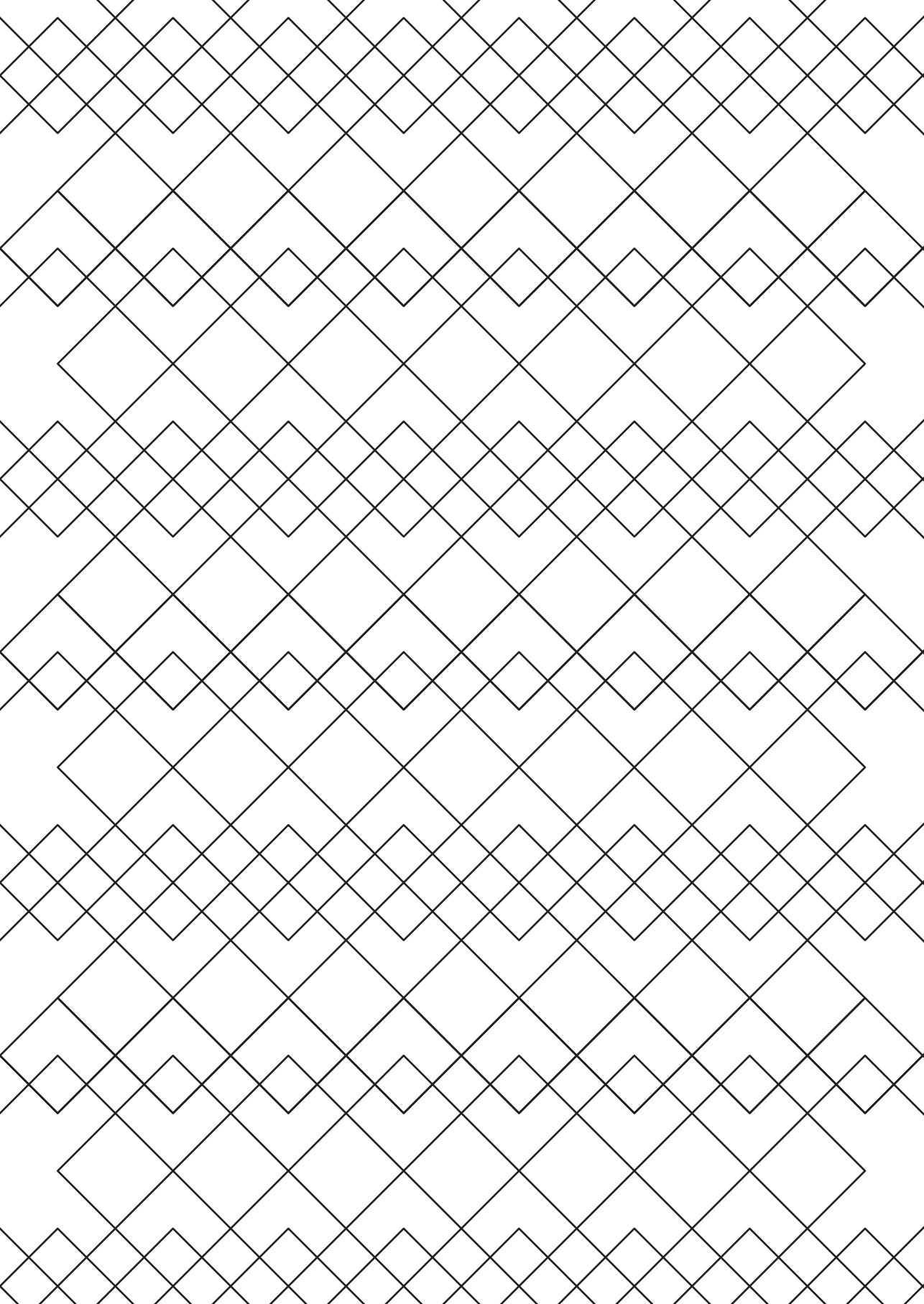
LA NOVIA: ¡El hábito no hace al monje! ¡Lo deshace!

LA MONJA: ¡Súlteme!

LA MONJA COMIENZA A SER DESVESTIDA POR LA NOVIA, QUIEN ESTÁ COMPLETAMENTE ENLOQUECIDA. EN ESE MOMENTO, SE ABRE LA PUERTA DE LA CELDA. AMBAS SE DETIENEN Y MIRAN ATERRADAS.

LA MONJA: (MIRANDO EN DIRECCIÓN A LA PUERTA) Qué pena, madre. Le aseguro que yo no he sido. Ella insistió. No, por favor. No me malinterprete... Ella sacó unos muñecos. Ella insistió en atacarme... Por favor, madre... Tiene que creerme. ¡Tiene que creerme!

LAS DOS PERMANECES ESTÁTICAS, TENSAS. APAGÓN FINAL.



Indirectas

Comedia sensual con palabrotas

Para Luz Dary Beltrán y Rafael Bohórquez

APARTAMENTO VACÍO. GRAN CANTIDAD DE PERIÓDICOS EN EL PISO, TARROS DE PINTURA, CUBOS, REVISTAS, UNA ESCALERA EN ÁNGULO.

ALEJANDRO ESTÁ PARADO, ESTÁTICO, CON LA MIRADA PERDIDA, CON UNA BROCHA EN LA MANO. UN REFLECTOR LO ILUMINA, COMO SI FUERE UNA ESTRELLA DE LA ESCENA. INDIRA, A OTRO EXTREMO, PERMANECE IGUALMENTE EXTASIADA. ELLA ESTÁ MUY ELEGANTE.

TAMBIÉN LA ILUMINA UN REFLECTOR. HAY MÚSICA AMBIENTAL, MUY MELOSA. AMBOS HABLAN DE MANERA IMPOSTADA.

ÉL: ¿Te gusta?

ELLA: ¿Tu cuerpo?

ÉL: No... Todo.

ELLA: Claro... Es hermoso.

ÉL: ¿Habías soñado algo así?

ELLA: Nunca. Y construido con tus propias manos...

ÉL: No exageres. Tan solo lo pinté...

ELLA: Pero... Es como si hubiese salido de tus entrañas...

ÉL: Indira...

ELLA: ¿Qué, Alejandro?

ÉL: No puedo ocultarlo más...

ELLA: Yo tampoco, Alejandro. Estoy embarazada...

ÉL: Yo también, Indira. Estoy en una situación... embarazosa...

ELLA: Qué pasa...

ÉL: Indira...Te amo...

INDIRA SE RÍE A CARCAJADAS, INCONTENIBLE.

ELLA: Yo también, Alejandro. Yo también... (SIGUE RIENDO)

ÉL: ¿Seguro?

ELLA: ¡Seguro, Alejandro, seguro!

ÉL: Todo esto es para ti. En esta esquina irá el computador. Y allá... tu taller de modas. Y en ese extremo... el baño.

ELLA: ¡El baño, Alejandro, el baño! ¡Qué maravilla!

ÉL: ¿Te gusta?

ELLA: ¡El baño! ¡Donde nos daremos todos los besos que nos hacen falta, Alejandro!

ÉL: ¿Me amas, Indira?

ELLA: ¡No te olvides de imprimir la última memoria!

ÉL: ¡No me importa! ¿Me amas?

ALEJANDRO SE ACERCA EN CÁMARA LENTA A INDIRA. DESAPARECE LA LUZ QUE LO ILUMINA. SE ACERCA A ELLA. EN ESE MOMENTO, INDIRA DESAPARECE. ALEJANDRO BESA LA BROCHA QUE SOSTIENE EN LA MANO Y SE UNTA DE PINTURA LOS LABIOS. SUENA EL TIMBRE DE LA PUERTA. SE SUSPENDE LA MÚSICA. SE ENCIENDEN TODAS LAS LUCES DE LA ESCENA, ALEJANDRO REACCIONA.

ALEJANDRO ABRE LA PUERTA. TÍMIDO, SE RETIRA Y LE DA PASO A INDIRA, QUIEN, EVIDENTEMENTE, LLEGA MUY BORRACHA. ELLA TRATA DE MANTENERSE DERECHA, PERO EL ALCOHOL NO SE LO PERMITE.

ELLA: Doscientos veintisiete. Doscientos veintisiete invitados sin contar los pajecitos y los meseros. Qué barbaridad. Eso quién iba a imaginárselo. Y yo en esta facha, y este pelo que se me cae y se me cae y se me cae. Porque sí. Porque la oportunidad la pintan calva, eso no lo duda nadie. ¡Qué apartamento!

ÉL: ¿Te gusta?

ELLA: ¡Qué apartamento! Los Byron tienen un gusto impecable, con toda la plata de este mundo. Y hay que ver la cantidad de cuartos: cuartos y cuartos y cuartos. Un laberinto de cuartos. Para salir, había que hacerlo con mapa. Nadie se imagina lo sola que una se siente en medio de tanto cuadro, y tanto perfume y tantos platos. Qué desconsideración.

ÉL: Indira... Perdón. ¿Ya sabes dónde estás?...

ELLA: En el intestino grueso de los Byron. Nadie sabe lo que se siente cuando el hielo se acaba en tu vaso y ¡plaf!, te llueven los meseros con pincitas de todos los colores y te ponen a tintinear el whisky como campanitas de navidad. ¡Tilín! ¡Tilín!

ÉL: ¡Indira!

ELLA: ¿Qué pasa?

ÉL: ¡Este lugar!

ELLA: Apesta.

ÉL: Es nuestra casa. Pero eso no te importa, ¿no?

ALEJANDRO SE RETIRA A UN RINCÓN, INDIGNADO. LUEGO
COMIENZA A ARROJAR CON VIOLENCIA PERIÓDICOS Y PINTURA.
INDIRA SE RECOMPONE.

ELLA: Alejandro, por favor. En dónde estamos.

ÉL: En el infierno.

ELLA: Está bien, está bien. Te escucho.

ÉL: Nada. Tú no escuchas, ni ves, ni entiendes. Lo alquilé. Lo alquilé para los dos. Pensaba que aquí podríamos vivir tranquilos y le estaba haciendo algunas reformas, pero...

ELLA: ¿Pero?

ÉL: Pero, nada, entraste y saliste. Te emborrachaste y te enguayabaste sin darte cuenta de un carajo.

ELLA: O sea que...

ÉL: Que aquí puedes traer tus cosas, si te da la gana. No necesito ir a tu apartamento, meterme por debajo de la puerta, con la luz apagada, cuando el portero está dormido, volarme por el balcón, colocar música a todo volumen para que los vecinos no escuchen tus alardos. ¡Nada de eso! Pero parece...

INDIRA SE LE TIRA ENCIMA Y LO BESA SIN TERNURA.

ELLA: Pero parece que tenemos los cables cruzados.

ÉL: Qué vaina, ¿no?

ELLA: Sí. Qué vaina.

ÉL: En fin...

ELLA: Alejo.

ÉL: ¿Mmm?

ELLA: ¿Cuánto te costó todo esto?

ÉL: Plata.

ELLA: ¿De dónde la sacaste?

ÉL: Vendí el computador.

ELLA: Ay, mi niño. ¡Tan joven y ya te enloqueciste!

ELLA: Por un angelito de treinta y cinco años...

ELLA: ¡Alejo!

ÉL: Y yo, perdido en la inundación de mis dieciocho años...

ELLA: Es tu problema.

ÉL: La cagué.

ELLA: La cagaste.

ÉL: Sí, la cagué. La cagué hasta el alma. ¡Dios mío! ¿Qué voy a hacer? Mi mamá me va a echar de la casa y así me quedo: sin novia, sin mamá, sin hermanas, sin perro que me ladre.

ELLA: Pero yo no he dicho nada, muchachito.

ÉL: ¿Vas a empezar, entonces?

ELLA: Ya no soy capaz.

ÉL: ¿Adivino?

ELLA: No. No adivinas. Estás muy lejos de la realidad.

ÉL: Por estar aquí encerrado...

ELLA: No es eso. No me vas a entender.

ÉL: Claro. Qué voy a entender. Soy un tarado.

ELLA: ¡Muy bien! ¡Muy bien! ¿Vamos a jugar a hacernos los mártires? Perfecto. Agárrate de tus paredes recién pintadas, porque no te vas a poder sostener con lo que te voy a decir, Alejito. Estoy cansada. Cansada de todo. Cansada de levantarme y seguir siendo la misma. ¿Salgo a la calle y qué pasa? No puedo evitarlo: Todos me adoran. Todos me persiguen. Todos quieren devorarme y cantarme a gritos al oído sus palabras felices. Pero siempre tengo que pensar que mi angelito está en mi apartamento con su chupo y sus pañales, esperándome, desesperado porque aparezca mamá Indira y le baje los calzones con ternura y le ponga de pie sus pelotas dormidas.

ÉL: ¡Ya! ¡No más!

ELLA: No, corazón. Ya empecé. Y el resto es muy fácil decirlo. No te aguento más. Y no te aguento porque conocí a Rolando. Él es mi hombre. Él es lo que había soñado. Le llueven los computadores a chorros, tiene pelos por todas partes, en la barba, en el pecho, en la lengua. No sabe qué hacer con tantos pelos. Y me voy con él. Lo siento. Has debido consultarme tu compra. Puedes pasarte a vivir aquí con tu mamá y con tus juguetes, porque conmigo se acabó. ¿Correcto? ¡Se acabó!

ÉL: Indira... Por favor... Dame una oportunidad...

ELLA: ¿Otra? No tengo tiempo. La vida camina a pasos agigantados y se me agotó mi vocación de babysitter. Se acabó el recreo.

ÉL: No puede ser. Al menos... dime. ¿Quién es?

ELLA: ¿Rolando?

ÉL: No sé. Esa cosa.

ELLA: Es...Un monstruo. Es todo lo que te puedo decir. Un monstruo que me perfora con cualquier murmullo, con cualquier susurro. No tengo que brindarle nada: él lo hace absolutamente todo. Y además... Es huérfano.

INDIRA SACA UNA BOTELLA DE SU BOLSO Y BEBE TRIUNFANTE.
ALEJANDRO ESTÁ COMPLETAMENTE DESTROZADO.

ÉL: Esas revistas... de modas. Eran para ti. Llévatelas. No las necesito.

ELLA: Ay, mi amor. Guárdalas. Yo no voy a necesitarlas.

ALEJANDRO: ¿Estás segura?

INDIRA: Yo siempre estoy segura de lo que hago. Y ahora mucho más que nunca.

ÉL: Ojalá te conserves así.

ELLA: ¿Me estás amenazando?

ÉL: ¿Yo? Claro que no. Tú sabes, más que nadie, que soy incapaz. Yo no lo haría nunca, pero hay otros que darían su vida por verte caminando en cuatro patas, lamiendo el piso, mientras chorrean sangre tus rodillas.

ELLA: ¡Niño! ¿Y quién puede ser esa delicada criatura? ¿Tu mamá?

ÉL: Bueno, Indira. Acabemos el juego. No quería refrescarte la memoria y prefería que nadaras tranquila en la mitad de tus lagañas, pero me parece que va a ser necesario advertirte.

ELLA: Salud, Alejito. ¡Por nuestros recreos!

ÉL: ¿Ya contaste todos los pelos de tu cabeza?

ELLA: ¿Cómo? ¿Por qué?

ÉL: ¿Estás segura de tenerlos completos?

ELLA: Intactos. Y no solo los de mi cabeza.

ÉL: (IMITANDO A UNA MUJER DE FALSA SOFISTICACIÓN, COMO SI ESTUVIERE EN UN COCTAIL) “¡Jacinto, mi amor, qué delicia encontrarte! ¡Muak! ¡Smak! ¡Chuik! Esta pelotera de gente me está asfixiando. ¿Podríamos salir al patio? No, no, no, estoy sola. Siempre vengo sola a los cocteles. ¿El muchacho? Ah, el muchacho es mi sobrino, corazón, el que me cubre la espalda cuando salgo en retirada. Ju, ju, ju. Qué maravilla saber que hay gente como tú en estas noches tan frías. ¿Yo, discreción? Lo que tú quieras, Jacinto. Pero no te olvides que estoy aquí. ¿Tú esposa? Tómate todo el tiempo que quieras con tu esposa. Yo seguiré aquí, no te preocupes... Bandido”.

ELLA: ¡Alejandro! ¡Bravo! ¡Eres todo un actor! ¿Por qué no me lo habías dicho antes? ¡Sigue! ¡Sigue! ¡Me diviertes tanto!

ÉL: ¿Te diviertes, Indira? ¿De verdad?

ELLA: ¡Divino, mi amor! ¡Hermosa tu velada!

ÉL: Gracias, Indira. Tú siempre tan oportuna en tus comentarios.

ELLA: Va ser muy linda nuestra despedida. Sin muebles, sin peleas, sin recripciones. ¡Todo tan civilizado!

ÉL: Pero... Déjame explicarte, Indira. Hay que describir muy bien el ambiente. Por unos instantes, déjame representar tu papel. Yo soy tú. Disculpa la imitación un poco caricaturesca, pero estoy impaciente por refrescarte tu memoria un tanto desajustada.

ELLA: Sigue, sigue, sigue. Esta es tu noche. Tienes todo el derecho.

ÉL: En esa esquina, tu adorado Jacinto. Gordo, lleno de pulseras, bigotes, barriga, anillos y sudores. En su calva brillan perlitas de grasa inocultables. Al otro extremo, su esposa, Deyanira de González, a la expectativa, roja toda ella hasta los pies vestida, sus uñas largas, largas, largas y también muy rojas. Sus ojos, empastelados de maquillaje y de una rabia lo suficientemente progresiva como para no notarse. A cierta distancia, yo —Indira—, impecable, con la lengua temblorosa y siguiendo el ritmo de los hielos en el vaso. Nadie piensa que voy a ser capaz, pero, sí, me tomo dos whiskies en las rocas, me armo de valor y avanzo hacia el hermoso Jacinto, y, sin pedirle permiso, mis manos se instalan en su entrepierna con una habilidad pasmosa: "Cuando quieras, Jacinto. Soy toda tuya de antemano".

ELLA: Alejandro: ¿De dónde sacaste eso?

ÉL: ¡No me interrumpan, señoras y señores! ¡No me interrumpan que el show debe seguir! Rápidamente, Deyanira de González, toda roja hasta los pies vestida, taconeá en línea recta hasta donde estoy yo, con las manos ocupadas en un paquete que no me pertenece, y, sin pensarlo dos veces, toma mi hermosa cabellera, pacientemente cuidada durante dos horas en el salón de belleza y se queda con un mechón de ¿noventa? ¡No! ¡De mil quinientos treinta y ocho pelos!, que lanza a todos los asistentes, mientras Indira tambalea e intenta dar cachetadas al aire, pero los guardaespaldas están listos, muy listos con sus metralletas recortadas y me sostienen por los brazos. "No, no, no, Deyanira. No pintes tus uñas rojas sobre mis cachetes. No me tatúes. No me sonrojes, que yo también tengo fuerzas!" Pero más puede la disciplina de los guardaespaldas, y ¡paf!, a la calle. ¡Huyamos, Alejandro! ¡Huyamos que nos matan! Y la última advertencia, desde la puerta de la Galería de Arte: "Cuídate, Indira. No vas a durar viva mucho tiempo". Telón. ¿Qué te parece mi representación?

ELLA: Pésima. Fallaste, corazón. No pudiste asustarme.

ÉL: Yo, no, por supuesto. Pero los guardaespaldas de Deyanira de González van a esperarte en la puerta de tu casa y ellos sí son expertos en asustar a la humanidad entera.

ELLA: ¡Eso es mentira!

ÉL: Puede ser. Borracho nunca se sabe.

ELLA: Cuándo sucedió.

ÉL: Haz la cuenta. Yo no tengo memoria.

ELLA: ¡Yo nunca me he emborrachado con Jacinto González!

ÉL: Yo nunca he sido amante tuyo.

ELLA: Vamos a aclarar cada palabra que dijiste.

ÉL: Yo no. Ya me voy. Tengo que entregar este refugio. Vete a tu casa, allá vas a aclararlo todo.

ELLA: No me amenaces. Rolando y yo...

ÉL: Rolando, tu monstruo peludo, puede ser un testaferro. ¡La humanidad es tan perversa!

ELLA: Voy a matarte, Alejo.

ÉL: Pero no aquí, por favor. Acabo de pintar.

ELLA: Tengo todos mis pelos completos. Estoy segura.

ÉL: Me voy, Indira. Apagas al salir.

INDIRA SE ABALANZA SOBRE ALEJANDRO Y TRATA DE ARAÑARLE LA CARA. PERO CUANDO VA A HACERLO, DETIENE SUS MANOS Y NO ES CAPAZ DE CONTINUAR. SE MIRAN EN SILENCIO.

ÉL: Esas uñas. Esas uñas, Indira, son idénticas.

ELLA: (DESCOMPUESTA) El baño. El baño, Alejandro. ¿Dónde queda?

ÉL: Búscalo. El apartamento es pequeño. No es un laberinto de cuartos y cuartos.

ELLA: Alejandro, por favor. ¿Me acompañas a la casa?

ÉL: No tengo plata.

ELLA: Eso me pasa.

ÉL: El que con niños se acuesta...

ELLA: Por favor. Toda esa historia... ¿Es cierta?

ÉL: Nunca tuve imaginación, Indira. ¿No te acuerdas?

ALEJANDRO SE DIRIGE A LA PUERTA Y SALE. INDIRA TRATA DE CORRER TRAS ÉL, PERO SE DETIENE. LA LUZ VA BAJANDO NUEVAMENTE. EL REFLECTOR LA ILUMINA COMO AL COMIENZO Y ESCUCHAMOS LA MELOSA MÚSICA QUE ACOMPAÑÓ EL SUEÑO INICIAL.

ELLA: (DELIRANTE) Gracias, Alejandro, muchas gracias. Se nota que ha sido un esfuerzo supremo el que has hecho, pero, si viene de tus manos, me complace el doble. Aquí, en esta esquina, colocaremos el computador, y allá... mi estudio para diseñar los trajes más hermosos de toda la ciudad. ¡Y el baño! (COMIENZA A TOSER, COMO SI FUERE A VOMITAR) ¡Qué maravilla, donde está el baño! ¡Tan bien situado, con cuánto gusto lo arreglaste! ¿A tu gusto? ¿No lo copiaste de alguna revista? (TOSE) Brindemos, brindemos, Alejandro. Esta oportunidad no la tenemos todos los días. La noche es muy larga y podemos descansar toda la mañana en nuestro apartamento. No importa que no haya cama... (SE REVUELCA EN LOS PERIÓDICOS, TOSIENDO Y LLORANDO) Vamos consiguiendo los muebles poco a poco. Tranquilo, Alejandro. No necesito hielo. He tomado tanto trago con hielo toda la noche, que voy a perder la voz. Dame un beso. Dame un beso y escucha la canción que voy a cantarte. ¿Preparado?

INDIRA ABRE LA BOCA Y VOCALIZA COMO SI CANTARA, PERO NO PRODUCE NINGÚN SONIDO. LA MÚSICA AMBIENTAL SUBE DE VOLUMEN, HASTA QUE LLENA TODO EL ESPACIO. APAGÓN FINAL.

Los manglares

Melodrama marítimo

Para Bibiana Navas y Camilo Ríos.

UN BAR EN EL PUERTO. ES DE NOCHE. NO HAY CLIENTES. DETRÁS DEL MOSTRADOR, MARIELA COLOCA UN DISCO. TRAS ELLA, HAY GRAN CANTIDAD DE MATAS. ELLA ESCUCHA EN SILENCIO, MELANCÓLICA. SE SIRVE UN TRAGO, BEBE CON PARSIMONIA. LUEGO SE DIRIGE A LAS PLANTAS Y LES HABLA, COMO SI LES CONTASE ALGUNA CONFIDENCIA. SE RÍE A CARCAJADAS. LUEGO, SE RETRAE Y LES NARRA ALGÚN ACONTECIMIENTO MUY TRISTE—NUNCA ESCUCHAMOS LO QUE DICE. HERMES, UN MARINO QUE ACABA DE LLEGAR AL PUERTO, ENTRA AL BAR. ESCUCHA, ATERRADO, LA CANCIÓN EN SILENCIO. ES UN HOMBRE DE CUARENTA AÑOS, RUDO, SUDOROSO Y TEÑIDO POR EL TRABAJO. OBSERVA A MARIELA, DESCONCERTADO. ELLA, EN UN PRINCIPIO, NO SE PERCATA DE SU PRESENCIA. DE PRONTO, ADVIERTE QUE HERMES ESTÁ DE PIÉ, EN LA MITAD DEL SALÓN. ELLA SE CORTA. RÁPIDAMENTE, SE DIRIGE AL EQUIPO DE SONIDO Y QUITA LA CANCIÓN.

HERMES: No. Déjela.

MARIELA: Lo siento. Ya cerramos.

HERMES: El barco acaba de llegar, por favor. Necesito un trago.

MARIELA: Estas no son horas de venir a este sitio. Son las tres de la mañana. Mis matas necesitan descansar.

HERMES: Si les sigue hablando de esa manera... no las va a dejar dormir.

MARIELA: Señor: no estoy para chistes. Pida lo que quiera tomar y váyase.

HERMES: Deme lo que usted quiera.

MARIELA: (SIRVIÉNDOLE) Solo tenemos ron. Si no le gusta, se fregó.

HERMES: Ron, ¿ah? Esto me parece muy extraño. Dígame una cosa... ¿Cómo me dijo que se llamaba?

MARIELA (SECA): Mariela.

HERMES: ¿A usted no le ha pasado alguna vez que una situación ya la ha vivido antes?

MARIELA: Nunca.

HERMES: ¿De verdad? Sin embargo... Esta canción. El ron. La noche. Pero, sobre todo, la canción... Curioso, ¿no?

MARIELA: No, no me parece. (PAUSA)

HERMES: Esta noche no hay estrellas.

MARIELA: ¿Y?

HERMES: Dicen los que saben, que es el momento perfecto para los descubrimientos.

MARIELA: Mire, caballero, por qué no se toma rapidito su trago. No quiero hablar con nadie.

HERMES: ¿Con nadie? O conmigo...

MARIELA: Hoy el negocio no funciona. Lo único que quiero es dormir.

HERMES: ¿Sola?

MARIELA: Sí, sola. Mire, señor: Si lo que necesita es compañía, se equivocó de sitio.

HERMES: Al contrario, creo que llegué al lugar preciso.

MARIELA: Lo dudo. No pienso estar en los planes de nadie.

HERMES: Ya se apareció en mi camino. Y no pienso dejarla tan rápido.

MARIELA: Por favor. No se me vaya a poner cansón. No necesita pagarme el trago. Cortesía de la casa. Tómeselo y váyase, que le van a cerrar los sitios que le interesan.

HERMES (MIRANDO LAS MATAS): *Orchis sambucina...*

MARIELA: ¿Cómo?

HERMES: La flor. *Orchis sambucina*. Es muy extraño... ¿Cómo hizo para mantenerla aquí?

MARIELA: Secretos de la paciencia. ¿Quién le dijo que ese era el nombre?

HERMES: La vida, Marielita. La vida me ha enseñado a mirarlo todo.

MARIELA: No me diga Marielita, ¿quiere? Detesto que me traten como una muñequita.

HERMES: Entonces... Dígame su verdadero nombre. Podríamos romper el hielo mucho más rápido.

MARIELA: El hielo se derritió hace rato. No insista, hágame el favor. Cuando no se ha hablado con nadie en toda la noche, es muy difícil ser simpático a la madrugada. Pero no piense que yo siempre soy así. El problema es que hoy es lunes, es el peor día de la semana. No se puede ser agradable con nadie.

HERMES: Hoy ya es martes, no se preocupe. Tratemos de comenzar por el principio. Yo me llamo Hermes. ¿Y usted?

MARIELA: Ya le dije que me llamo Mariela. No tengo porqué esconderme.

HERMES: ¿Está segura? Como quiera. No insisto. Lo que sí no puede negarme es que es de Barranquilla.

MARIELA: No.

HERMES: ¿Entonces?

MARIELA: No soy de Barranquilla. Déjelo así. Y no quiero continuar con el interrogatorio.

HERMES: Son tan solo preguntas de reconocimiento. Pero si lo que quiere es que nos las saltemos...

MARIELA: Oiga: le advierto que si se va a poner pesado, no tengo ningún problema en sacarlo...

HERMES: Un momento, un momento. No se exalte, que sus matas se pueden despertar. ¿Quiere que le cuente una cosa? Una vez conocí un tipo que tenía una *Orchis sambucina*, idéntica a la que usted tiene allí. La cuidaba y le hablaba con un cariño supremo. Todos los días le contaba historias, le confesaba sus problemas, le narraba sus sueños, hasta que, una noche, le inventó un cuento maravilloso, con un lujo de detalles inusitado. ¡Cuál no sería su sorpresa, cuando oyó que la orquídea le contestaba y le llevaba la contraria!

LA MUJER RÍE A CARCAJADAS, SIN PODER CONTENERSE. EL HOMBRE LA MIRA SATISFECHO Y RÍE UN BUEN RATO. LUEGO AMBOS QUEDAN EN SILENCIO Y SE MIRAN SIN HABLARSE, LARGAMENTE. ELLA NO PUEDE SOSTENER LA MIRADA. NERVIOSA, SE SIRVE UN TRAGO Y LE SIRVE AL HOMBRE, SIN PREGUNTARLE NADA.

HERMES: ¿De dónde sacaste esa canción?

MARIELA: Me la regalaron.

HERMES: En Barranquilla, ¿verdad?

MARIELA: No. En Cali.

HERMES: ¿En Cali? No me digas. ¿Y quién fue el afortunado?

MARIELA: No fue un hombre. Fue una mujer.

HERMES: ¿Segura? ¿No te estará fallando la memoria?

MARIELA: De pronto, pero no con esta canción. Me acuerdo muy bien quién me la regaló.

HERMES: Una mujer, entonces.

MARIELA: Sí. Una mujer.

HERMES: Por casualidad... ¿No te la regaló con un poema?

MARIELA: No sé si se pueda llamar así ese papelito. Decía: "Para Mariela con mucho cariño de su amiga la Arrebatada".

HERMES: No decía entonces: "Aunque las aguas del mar nos separen, necesito que lleves esta música hasta el último rincón donde te escondas".

MARIELA: No. Así no decía.

HERMES: Qué lástima.

MARIELA: ¿Lastima qué?

HERMES: Lastima que todo se te olvide.

MARIELA: Yo sé muy bien las cosas que se me olvidan.

HERMES: Qué maravilla. Entonces... ¡Lo reconoces!

MARIELA: No estoy reconociendo nada.

EL HOMBRE SACA UN SOBRE ARRUGADO DEL BOLSILLO
DE SU PANTALÓN.

HERMES: Y esto, ¿no lo reconoces?

MARIELA: Qué es.

HERMES: No trates de confundirme. O esto también es de las cosas que sabes olvidar.

MARIELA: ¿Qué le pasa? ¿Me está tratando de dañar la cabeza?

HERMES: No. Yo no soy capaz de hacerlo. Pero te voy a refrescar la memoria, Diana. De aquí no vamos a salir hasta conseguirlo. Cierra la puerta.

MARIELA: Yo no voy a cumplir órdenes de...

HERMES: ¡Cierra la puerta!

LA MUJER LO MIRA EN SILENCIO, ATERRADA. SE DIRIGE A UN EXTREMO DEL ESCENARIO Y CIERRA LA PUERTA. SE DA MEDIA VUELTA Y ENFRENTE AL HOMBRE CON LA MIRADA.

MARIELA: ¿Entonces?

HERMES: ¿Cuándo llegaste aquí?

MARIELA: Hace seis años.

HERMES: Seis años... Y qué hiciste los catorce restantes.

MARIELA: ¿Catorce?

HERMES: ¡Sí, catorce! Han pasado veinte años desde entonces. ¿Perdiste la cuenta, Diana? ¡¿Perdiste la cuenta?!

MARIELA: ¡Yo no me llamo Diana! ¡Usted está loco!

HERMES: No, no estoy loco. He peleado para que no se me corra. Me he dado una y mil veces contra el mundo, tratando de que se me borrara tu historia de mi cabeza. Pero no. Ahora vuelve a cerrarse el círculo. Tarde o temprano teníamos que volver a encontrarnos. Y yo sabía que iba a ser en un hueco muy parecido a este purgatorio donde decidiste guardarte. ¡¿Todavía no te funciona la memoria?!

LA MUJER DA MEDIA VUELTA, CIEGA DE LA IRA.
COMPULSIVAMENTE, SE SIENTA EN ALGUNA MESA Y COMIENZA
A CONTAR PLATA, DÁNDOLE LA ESPALDA AL HOMBRE.

MARIELA: Esto era lo último que me podía pasar.

HERMES: No. Todavía no es lo último. Vamos a aclarar hasta el último respiro que diste desde el día que yo me fui.

MARIELA: De pronto nos asfixiamos.

HERMES: ¿Te tocó el turno de los chistes?

MARIELA: Estoy cansada, señor. ¿No me entiende?

HERMES: ¡Hermes! ¡Me llamo Hermes! ¿Ese dato también lo archivaste? No puedo entender cómo no fuiste capaz de esperarme ni siquiera seis meses. Ni siquiera el tiempo necesario para poder recuperar la felicidad. Porque no me puedes negar que éramos felices.

MARIELA: Hermes, Hermes. Te equivocaste de bar.

HERMES: Puede que me haya equivocado de bar, pero no de canción.

MARIELA: ¿Quién soy yo, entonces?

HERMES: Diana Morales. De Barranquilla. Nunca fuiste tan afortunada como cuando me conociste. Eso decías. Lo repetías todo el tiempo. ¡Hasta el día en que me monté en el barco, mientras llorabas en tu casa oyendo una y mil veces la “Lluvia gentil” que te regalé la víspera!

MARIELA: Oiga, señor: ¿Por qué no se inventa historias para la radio? Le pagaría muy bien.

HERMES: ¡No me interrumpas! Fueron doce cartas las que me llegaron. Una cada mes, durante un año. Las guardé con celo, hasta que dejaron de llegar. Hasta que el mar se tragó tus palabras, y luego lo supe...

MARIELA: (IRÓNICA) “Yo había huido de casa”. Por favor, Hermes: Ese cuento es demasiado predecible. Te van a contestar las orquídeas.

HERMES: Nunca supe que te gustaran las flores.

MARIELA: Y los hombres, Hermes. Me encantaban los hombres. Mucho antes de conocerte. Me los fui devorando uno por uno, de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo. Fui trazando la ruta de toda la geografía colombiana, de cama en cama, de hombre en hombre. Y colocaba tu foto frente a mí para reírme y gozar completamente. ¡Era tan feliz!

EL HOMBRE SE DESESPERA Y SE LANZA SOBRE LA MUJER. LE BOTÓ
TODO EL DINERO QUE ELLA ESTABA CONTANDO.

HERMES: ¡Sigue, sigue!

MARIELA: ¡¿Te gusta la película, muchacho?! ¿A eso viniste? ¿A que te revuelquen el pasado?

HERMES: Te lo tenías guardado, ¿no? Reconócelo, Diana. Te diste cuenta que era yo desde el primer momento en que me viste.

MARIELA: Ah, por supuesto, esa cara de sirena trasnochada es inconfundible. Se te chorrean las babas cada que caminas.

HERMES: Voy a matarte, Diana.

MARIELA: Mañana saldrá en los periódicos que mataste a Mariela García. No lo olvides.

HERMES: Pero habrás desaparecido. Con el nombre que escojas, pero se habrá hecho justicia.

MARIELA: Ahora entiendo porqué Diana lo abandonó. A usted no se lo aguanta nadie, mi querido Hermes.

EL HOMBRE SE LANZA SOBRE LA MUJER, LUCHAN. ÉL INTENTA BESARLA. RUEDAN POR EL SUELO.

HERMES: ¡Canta la canción!

MARIELA: ¡Ni loca!

HERMES: ¡Cántala!

MARIELA: ¡Estás muerto, Hermes, estás muerto!

HERMES: Vas a ver de lo que soy capaz...

MARIELA: ¿De besarme? ¿De romperme el vestido y destrozarme? ¿De reproducir la última noche que estuviste conmigo? Es eso, ¿verdad? ¿De dónde vas a sacar fuerzas? ¡Así me asesines, Hermes, ya no será lo mismo!

EL HOMBRE LA SUELTA. QUEDA SENTADO EN EL SUELO, INÚTIL.

HERMES: Diana, ¿qué fue lo que pasó?

MARIELA: No sé, Hermes. No tengo la menor idea. Supongo que eras demasiado bueno. No se puede ser bueno la víspera de irse a navegar. Me imagino que me decepcionaste.

HERMES: Y ahora... Es peor.

MARIELA: No es peor. En el fondo... es divertido.

HERMES: No te cansas nunca, ¿no?

MARIELA: Yo nací cansada, Hermes. Y verte me deja agotada.

HERMES: Me estás odiando, entonces.

MARIELA: Desde que te vi entrar por esa puerta no he hecho otra cosa.

HERMES: Ya me voy. No te preocupes.

MARIELA: En la esquina hay un burdel que no cierra nunca.

HERMES: Gracias. Pero no necesito de tus consejos.

MARIELA: Te dejas ganar muy fácil, Hermes. No me costó ningún trabajo.

HERMES: Ya estás vieja, Diana. Parece que nunca te hubieras vuelto a mirar al espejo. No hay nada más lamentable que una puta vieja.

MARIELA: Sin embargo... darías la vida por estar conmigo.

HERMES: Ya no, Diana. Solo me falta hacer una cosa. Antes de regresar.

MARIELA: Qué cosa.

HERMES: Una sola cosa.

MARIELA: ¿Aquí?

HERMES: Sí. Aquí.

MARIELA: ¿Una cosa? ¿Y te vas tranquilo?

HERMES: Y me voy tranquilo. Y no vuelvo nunca.

MARIELA: ¿De verdad?

HERMES: ¿Tengo el permiso, entonces?

MARIELA: ¿Vas a pegarme?

HERMES: No, voy a tocarte.

MARIELA: ¿Prometido?

HERMES: Prometido.

MARIELA: Tienes el permiso, Hermes.

SE MIRAN EN SILENCIO. EL HOMBRE SE LEVANTA, VA HACIA EL BAR. SE PARA FRENTA A LAS MATAS, LAS MIRA. LENTAMENTE, SE ABRE LA BRAGUETA DEL PANTALÓN Y LAS RIEGA CON SUS ORINES.

LA MUJER SE INCORPORA, ATERRADA. EL HOMBRE DESTROZA LENTAMENTE LAS MATAS. LA MUJER CORRE HACIA ÉL. EL HOMBRE SACA UN CUCHILLO Y LA AMENAZA. LA MUJER SE DA MEDIA VUELTA. SE SIENTA EN EL PISO, DESCONSOLADA.

MARIELA: Yo soy Mariela García, Hermes. Nací en Cali, hace cuarenta y tres años. Nací sin padres y nunca he estado en Barranquilla. Trabajo aquí, en este bar, hace seis años. Ningún hombre vendrá a recogerme, porque ya no me interesa que me recoja nadie. La "Lluvia gentil" que tanto te inquieta me la regaló una amiga que, seguramente, se llamará Diana Morales. Yo tan solo la conocí como 'La Arrebatada'. Ella odiaba el mar y la música triste, por eso me regaló ese disco. Si te interesa tanto su paradero, ya no es necesario que la busques. Murió hace cinco años, en Pasto. En el hospital de los pacientes sin retorno. Las mujeres nos parecemos, Hermes. Ella y yo no te odiamos. Tan solo nos produces lástima.

EL HOMBRE NO RESISTE LAS PALABRAS. LENTAMENTE, SE VA DESCOMPONIENDO, HASTA QUEDAR ENREDADO ENTRE LAS MATAS. LA MUJER SE INCORPORA, EN SILENCIO. PONE LA CANCIÓN "LLUVIA GENTIL". MIRA LAS MATAS Y COMIENZA A HABLAR CON ELLAS. LA MÚSICA SUBE Y NO PODEMOS ESCUCHAR LO QUE LA MUJER HABLA.
BAJAN LAS LUCES.

Una actriz se prepara

(Textos de Sandro Romero Rey y Adriana Cantor, recurriendo a fragmentos de Heiner Müller, Bertolt Brecht, August Strindberg, William Shakespeare y Eurípides.)

PERSONAJES:

LA ACTRIZ: Amanda Medina (25 años)

La acción transcurre en la habitación de Amanda y en lo profundo de sus temores.
Época actual.

1. PALABRAS NECIAS

OSCURIDAD. LUEGO, UNA DÉBIL LUZ ILUMINA EL ESCENARIO. ALCANZAMOS A VER LAS SILUETAS DE VARIOS OBJETOS: UNA CAMA EN EL CENTRO, GRAN CANTIDAD DE VESTUARIO ACUMULADO EN EL PISO EN EL LADO IZQUIERDO (DE LA ACTRIZ), UNA SILLA Y UNA MESA DE TOCADOR EN PRIMER PLANO Y, AL FONDO, ALGUNAS MALETAS DEL LADO DERECHO.

POCO A POCO NOTAMOS LA SILUETA DE LA ACTRIZ, DE PIE EN LA MITAD DEL ESCENARIO, DE ESPALDAS AL PÚBLICO, CON UN PESCADO EN LA MANO.

HAY UN SILENCIO PROLONGADO. DE REPENTE, SE ESCUCHA EL SONIDO DE UN TREN QUE CRECE PROGRESIVAMENTE, ELLA GIRA LENTAMENTE HACIA EL PÚBLICO Y MIRA DESPERADA, TRATANDO INÚTILMENTE DE DETENER EL TREN. EL SONIDO SE ALEJA. LOS MOVIMIENTOS DE LA ACTRIZ SON MECÁNICOS Y UN POCO IMPERSONALES. SE ESCUCHA UNA MÚSICA REITERATIVA, MONOCORDE. LA ACTRIZ SE ACUCLILLA Y ARRULLA EL PESCADO QUE SOSTIENE EN SUS MANOS. SÚBITAMENTE SE ENCIENDE UN REFLECTOR DIRECCIONAL QUE LA ILUMINA. ELLA SE INCORPORA MUY TEMEROSA Y COMIENZA A INTERPRETAR MECÁNICAMENTE UN TEXTO.

LA ACTRIZ: (INSEGURA) Seremos felices... Seremos felices... Seremos felices...

LA ACTRIZ SE INTERRUMPE, COMO SI SE LE HUBIERA OLVIDADO EL RESTO DEL TEXTO. DUDA POR UN INSTANTE Y REPITE DE NUEVO, CADA VEZ MÁS DESPERADAMENTE. PROCURA HUIR, PERO EL REFLECTOR LA SIGUE POR TODO EL ESCENARIO. ARROJA EL PESCADO HACIA UN LADO Y SE ACUESTA FINALMENTE EN LA CAMA, MUY AGITADA. APAGA EL DESPERTADOR. LA LUZ ES COMO LA DE UN AMANECER. ELLA SE INCORPORA, SE SIRVE UN CAFÉ Y SE SIENTA FRENTE AL PÚBLICO, COMO SI ESTUVIERA FRENTE A UN ESPEJO. SE MIRA LARGAMENTE, LUEGO CAMBIA DE ACTITUD Y COMIENZA A RECITAR UN FRAGMENTO DE OFELIA DE "HAMLET MACHINE" DE HEINER MÜLLER.

2. HAMLET MACHINE

LA ACTRIZ: (TRATANDO DE CONCENTRARSE EN SU INTERPRETACIÓN)

"Soy Ofelia. La que no ha guardado el río. La mujer ahorcada. La mujer con las venas de las muñecas abiertas. La mujer de la sobredosis EN LOS LABIOS DE NIEVE. La mujer con la cabeza metida en el horno de gas. Ayer paré de matarme..."

LA ÚLTIMA PARTE DEL TEXTO LA DICE ROMPIENDO LA ACTITUD DEL PERSONAJE Y VOLVIENDO A SER LA ACTRIZ.

3. SEÑALES

DESPUÉS DE UN TIEMPO SE DETIENE EN EL EXTREMO DEL ESCENARIO AL ESCUCHAR EL SONIDO NO PRECISADO DE UNA GRABADORA. ELLA PERMANECE ESTÁTICA MIENTRAS COMENZAMOS A OÍR UN MONÓLOGO INTERIOR EN OFF, CON SU VOZ:

Se llama Miguel. Se llama Camilo. Se llama Miguel, pero existe y desaparece con el nombre de Camilo. Ahora, cuando supongo que las voces tiemblan como fantasmas bajo el agua, reclamo su presencia y solo encuentro un hueco, un vacío y una nueva pregunta... Se llama Miguel, Camilo, Hamlet. Ahora qué importa. Estoy en una cuerda floja donde danzo entre mi huida y la entrega al hombre que me corresponde. Pero todo se me pierde en la incertidumbre y mi oficio se transforma en la frágil excusa que escuda mis derrotas.

SE oyen aplausos y ovaciones. SOBRE ESTOS, LA ACTRIZ
COMIENZA A HABLAR, AHORA EN VOZ ALTA.

Primer timbre: Tengo que preparar la malla, la trusa, las zapatillas, los colores de las máscaras, la piel de mi maquillaje.

Tiemblo, tiemblo, tiemblo, lanzo mil cáscaras sobre el escenario y me convierto en la mísera actriz que más tambalea ridículamente en las tablas sin saber qué hacer.

Corre, corre, Amanda Medina, yo, la indecisa, la esclava de mis trampas, la terca solitaria. Corre, corre, Amanda, corre hasta el borde del proscenio y grita sin descanso que no eres capaz de sacudirte en silencio y transformarte en la bestia que nunca fuiste capaz de retener.

Segundo timbre: Bajan las luces, se abre el telón, respiro el polvo de las bambalinas, le rezó al dios que maldije hace diez años y no encuentro la forma de aferrarme al goce. El placer de actuar se me va a la mierda y soy una niñita parapléjica tratando de recitar a Lady Macbeth en una estúpida velada de colegio. Voy a orinarme.

Tercer timbre: Ahora tengo que viajar. Me persiguen. Van a matarme, Miguel, escóndete que tengo que largarme. ¡Tengo que estudiar la letra, aprenderme todo de memoria, de memoria, de memoria, de memoria! ¡Sí, me voy, pero a qué precio! ¿Por qué tengo que poner cara de estúpida frente a un agregado cultural y escupirle un monólogo en la cara si ya ni sé qué es lo que quiero? ¡Qué mierda!

Ahora solo puedo... (TIMBRA EL TELÉFONO. ELLA CORRE HACIA ÉL.)

Aló... El dueño desapareció del camino... lo sé... lo sé... no tengo huellas de mis huellas... lo sé... lo sé... pero es que mi paciencia tiene un límite y necesito estar segura de que... sí... sí... se llama Camilo... está bien... no voy a perder las señales... sí, no se me olvidarán las claves... ya sé... ya sé... pero por favor no me dejen sin noticias...

AL OTRO LADO DE LA LÍNEA, CORTAN. ELLA, TRISTE, CUELGA,
REFLEXIONA. TOMA UN LIBRETO QUE HAY CERCA DEL TELÉFONO,
LO OJEA. ACTO SEGUIDO, CAMBIA DE ACTITUD Y SE PONE UN
SOMBRERO Y UNA PIEL. MARCA UN NÚMERO Y EMPIEZA A DECIR
UN FRAGMENTO DE "LA MUJER JUDÍA" DE BERTOLT BRECHT.

4. LA MUJER JUDIA

LA ACTRIZ: “¿Ana? Habla Judith. Sabes que me marcho hoy... No, debo hacerlo, las cosas se están poniendo difíciles... demasiado difíciles... Sí... no, no es que Fritz lo deseé, no sabe nada todavía, simplemente preparé mis maletas... No creo... no creo que diga gran cosa... Pero todo se ha vuelto muy difícil para él, es evidente... No hemos hablado de eso... Nunca hablamos de eso. No, no es que haya cambiado, al contrario... Me gustaría que no lo dejen solo, sobre todo los primeros días... Sí, en especial el domingo, y aconséjenle que se mude. El apartamento es demasiado grande para él... Me hubiera gustado pasar a saludarte, pero tú sabes que con el portero... Hasta luego. No, no por nada vayas al terminal. Hasta pronto, te escribiré... Claro...”

5. SOMBRAS

LA ACTRIZ CUELGA EL TELÉFONO. VE UNA FOTO, LA TOMA, LA SUELTA.

LA ACTRIZ: Miguel, Miguel. Estás aquí continuamente, como una aparición. Eres el único iluso que cree que seremos eternos, intocables, dignos de permanecer intactos. No puedo hacer nada, te lo juro. Y no me vayas a recriminar por eso, porque ya imagino tus consejos: ya sé que hay que ser fuertes, tener paciencia, pensar en futuros más amplios. Pero estoy hecha pedazos, vuelta añicos, convertida en un faro sin luz, al pensar que te pueda... No, no, no debo imaginarme eso. (CAMBIANDO DE ACTITUD) ¿Ya descubrirían que no eres Camilo? ¿Sabrán entonces que yo no soy Manuela? No vas a decir nada, ¿verdad? Eres el más fuerte, el de las razones totales, el que siempre ha cumplido con su palabra. Pero alguien ha cantado, Miguel. Alguien está cantando y solamente faltó yo. Cómo puedo permanecer aquí si alguien está cantando. Tú me entiendes, ¿verdad? Sería fácil decir que arriesgo todo y me quedo para esperar que se resuelva tu destino. Pero sé que lo reprobarías. ¿O quizás no? ¿Quién puede adivinarlo? Estoy atada a la sombra de las decisiones, en un charco de incertidumbre, y no voy a resistir tanta espera. Actuar, actuar, no sé qué es eso. Si ni siquiera sé actuar frente a mi vida, ¿cómo podré estar segura en el teatro? Nadie sabe lo que puedo desgastarme si no estás aquí, Miguel. Pero alguien está cantando, alguien está cantando y ante todo hay que pensar en el futuro. ¿Será que vale la pena el futuro? (PAUSA. LA ACTRIZ CAMBIA SÚBITAMENTE DE ACTITUD.)

Señores pasajeros... estamos próximos a despegar. Por favor hagan uso del cinturón de seguridad, pongan en posición vertical los espaldares de sus sillas y les rogamos no fumar y apagar sus celulares y buscapersonas.

LA ACTRIZ SE SIENTA AL BORDE DE LA CAMA, MIRANDO FIJAMENTE HACIA EL FRENTE, CON LA BARBILLA LIGERAMENTE LEVANTADA.

COMIENZA A TENSIONARSE, COMO SI FUERE EN UN AVIÓN Y TUvieSE MUCHO MIEDO. LUEGO HABLA HACIA EL FRENTE, A UNOS PERSONAJES IMAGINARIOS.

Qué maravilla, mamá. Adiós, papá. Muchos besos, ¿sí? No regreso en dos años, no se preocupen, ya se acabaron las treguas, los motivos de permanencia. Ahora por fin me voy... y sola. Sola. Sola sin el descuartizador de media noche que me raptó de nuestra casa y me violó en una pocilga del centro. No, no se preocupen, que no vuelvo. Ah, y ante todo, no necesito tu plata, papi. No quiero que me la cobres mañana en el infierno, donde nos toque soportar la eternidad. Claro que los odio. No quiero darles explicaciones, ni que me perdonen. Me encanta detestarlos. Un par de viejos inservibles que se encargaron de fabricar mi propio fracaso. Me siento a gusto cuando sufren y no pienso escribirles nunca. ¡Púdranse, púdranse! (BRUSCAMENTE SE TORNA TIERRA) ¿Papá, podrías mirar por la ventana para ver si llueve?

DE REPENTE TOCAN A LA PUERTA. ELLA, MUY ASUSTADA, NO SABE QUÉ HACER. SE DESPLAZA LENTAMENTE HACIA ATRÁS. TOCAN OTRA VEZ. SE OYE EL SONIDO DE UN PAPEL QUE SE DESLIZA POR EL SUELO. SE oyEN PASOS QUE SE ALEJAN. DESPUÉS DE UN RATO DECIDE RECOGER EL MENSAJE. ES UN SOBRE. LO ABRE. LO LEE. DESPREVENIDAMENTE TOMA UNA SILLA. LA CORRE HACIA LA IZQUIERDA, SE SIENTA, TERMINA DE LEER. MIRA HACIA EL FRENTE. HACE COMO SI SE PREPARARA PARA LA ENTREVISTA DE LA EMBAJADA.

LA ACTRIZ: (DE FRENTE AL PÚBLICO) Buenas tardes... sí, como no, Medina... Amanda Medina. 25 años. Soltera...casada, bueno, soltera. 52.999.854. ¿Alemán? No, solo inglés. Sí, eso dicen. Sí, señor. Bueno, más que todo porque creo que sería una buena experiencia.... Todavía no he decidido cuál. Pues, tengo varias ideas... Llevo cuatro años estudiando teatro aquí, pero no estoy satisfecha.

SE INTERRUMPE. VUELVE A COMENZAR UN POCO MAS DECIDIDA.
AHORA SENTADA DE TRES CUARTOS AL PÚBLICO.

LA ACTRIZ: Buenas tardes... sí como no, Medina... Amanda Medina, 25 años. Soltera. 52.999.854. Hablo inglés, pero creo que aprendería alemán rápidamente... Me interesa muchísimo, porque creo que en su país, en lo que se refiere al teatro, hay un avance impresionante y deseo realizar una investigación más profunda para complementar mis años de estudio aquí. Claro, quiero regresar para trabajar en mi país. He pensado en varias opciones: *Hamlet Machine*, *La mujer judía*, ajá, judía. Usted debe conocerlo muy bien, ¿no? (SE RÍE DEL CHISTE) *La más fuerte* y otras...

SE INTERRUMPE. AHORA LE DA LA ESPALDA AL PÚBLICO Y VUELVE A EMPEZAR.

LA ACTRIZ: Buenas tardes... sí como no, Medina... Amanda Medina, 25 años. 52.999.854. Soy soltera, pero vivo con un hombre... No, me voy sola... Porque está preso... Porque no se qué ha sucedido con él, ni sé qué vaya a suceder conmigo. No, no hablo alemán, pero me están buscando y no sé cuánto tiempo pueda resistir esta presión. ¿Se da cuenta por qué quiero irme a su país de mierda? Sí, por supuesto que quiero ser actriz. Pero, ante todo, quiero estar viva para poder actuar. O no sé si eso es lo que quiero... Sí, señor, soy una cobarde. Pero tampoco quiero regresar a mi casa, y no me pregunte por qué. No quiero dar más explicaciones. Me voy de este país porque no quiero que me interroguen y mire lo que usted hace. ¡Limítese a acelerar los trámites, si no quiere el peso de un cadáver en su conciencia! No, no voy a esperar. ¡Firme! ¡Firme que ya todo está arreglado! ¡Ahórrese tanto protocolo y sáqueme de aquí!

GIRA BRUSCAMENTE Y QUEDA DE FRENTE AL PÚBLICO.

LA ACTRIZ: No. No voy a irme. Voy a quedarme esperando a que suceda lo que el destino nos pide. Que me destrocen el hígado a patadas, que me chupen las entrañas, pero que me dejen verlo. ¿Y si está muerto? ¿Y si todo ha sido en vano? ¿Si todo sigue siendo en vano y mañana la calma regresa con la soledad más inmensa? ¿Para qué aguantar, entonces? ¿Me voy, papá? ¿Debo conocer otros países? ¿Hacer nuevas amistades? ¿Hablar varios idiomas? ¿Huyo, sin embargo? ¡Ay, Miguel! ¡Tan solo la muerte nos separa! ¡Qué poquita cosa! Habrá un abismo entre nosotros, pero por favor, dame pistas. No puedo decidir entre el dolor y la espera, si no pones de tu parte. Mañana es tan rápido... ¡Pero si tenemos tiempo! ¡Claro, recuerda el día en que me dijiste que podríamos!

BAJA LA CABEZA, CIERRA LOS OJOS. DE REPENTE SE LEVANTA, ALZA LA SILLA, LA LLEVA JUNTO A LA CAMA Y LE HABLA COMO SI SE TRATASE DE ALGUIEN.

LA ACTRIZ: No, no me pidas eso que yo no sé cantar. (RÍE) Que no sé, te digo. (RÍE) Bueno, lo que pasa es que no me sé ninguna... A ver, a ver, no, no, no me acuerdo... Aunque sí. Ya sé. *Las cuatro estaciones*. No. ¿Cómo se te ocurre? Las de Vivaldi no, las de Vicky. Bueno... (CANTA) Flores en mayo saldrán y tú vendrás a mí, en junio aún allí estarán y tú estarás aquí, vendrá después un corto tiempo para amar... (SE INTERRUMPE) Sí ves como canto de horrible. Ya sé, te voy a cantar una, pero en inglés... (CANTA *YOU GOT A FRIEND* DE CAROL KING) *When you're sad and down and you need some loving care, and nothing, nothing is going alright, close your eyes and think of me and soon I'll be there...*

EN MEDIO DE LA CANCIÓN SE DA CUENTA DE QUE HAY PÚBLICO QUE LA OBSERVA. SE LEVANTA, Y AHORA CANTA ASUSTADA E INCÓMODA. REALIZA MOVIMIENTOS QUE LA HACEN VER RIDÍCULA. SE ESCUCHA EL SONIDO DEL TREN. SE DETIENE MOMENTÁNEAMENTE. TOMA UNA CAJA QUE HAY SOBRE EL TOCADOR Y, EN CÁMARA LENTA, EMPIEZA A SACAR PÉTALOS DE ROSAS Y A ECHÁRSELLOS ENCIMA. CUANDO TERMINA, COGE UNA PIEDRA Y GOLPEA LOS PÉTALOS VIOLENTAMENTE. DE UN MOMENTO A OTRO SE DETIENE Y, MUY AGITADA, CAE SOBRE EL SUELO, DE DONDE SE DESPIERTA, MUY EXTRAÑADA. SE DETIENE A MIRAR LOS PÉTALOS. SE PREGUNTA SOBRE EL ORIGEN DE ESTOS. REFLEXIONA. PIENSA EN EL TEXTO DE *LA MÁS FUERTE* DE STRINDBERG. LO BUSCA, SE DIRIGE AL MONTÓN DE VESTUARIO Y TOMA UNAS PRENDAS, LAS VISTE. SE SIENTA AL BORDE DE LA CAMA Y SE VUELVE A DIRIGIR A LA SILLA CON EL TEXTO DE *LA MÁS FUERTE*.

6. **LA MÁS FUERTE**

LA ACTRIZ: ¡Calla! ¡No hace falta que digas nada, porque ahora ya lo entiendo todo! ¡Y no necesito tu ayuda! ¡Así es que fue por eso, por eso y nada más que por eso! ¡Claro! ¡Ahora sí que salen las cuentas! ¡Exactas! ¡Así son las cosas! ¡Qué asco! ¡No quiero estar ni un minuto más en la misma mesa que tú!

Es por eso por lo que tengo que bordarle tulipanes —¡esas flores odiosas!— en las zapatillas, porque a ti te gustan los tulipanes. Es por eso por lo que tenemos que ir de vacaciones a las playas del lago Melar, porque a ti no te sienta bien el mar. Es por eso que mi hijo tuvo que llamarse Eskil, porque tu padre

se llamaba así. Es por eso que he tenido que vestirme con tus colores favoritos, leer a tus escritores favoritos, comer tus platos favoritos, beber tus bebidas favoritas... por ejemplo, tu chocolate. Fue por eso... Dios mío, es horrible, cuando me detengo a pensar... ¡Es horrible! ¡Todo me venía de ti, todo lo que él me daba me venía de ti, hasta tus pasiones! ¡Tu alma se metió en la mía como un gusano en una manzana, y allí se puso a comer y a comer, a excavar y a horadar, hasta que no quedó más que la cáscara con una masa negra dentro! Quise alejarme de ti, pero no pude. Tu estabas allí, como una serpiente, mirándome con tus ojos negros, y me hipnotizabas... Yo sentía cómo las alas, al intentar volar, me arrastraban hacia las profundidades. ¡Yo flotaba con los pies atados, y cuanto más movía los brazos intentando nadar, más me hundía, más me hundía, hasta llegar al fondo, donde me esperabas tú, un gigantesco cangrejo, para agarrarme con tus poderosas tenazas, y ahí me tienes ahora!

Pero, al fin y al cabo, querida amiga, quizás sea yo en estos momentos la más fuerte... ¡Tú nunca recibiste nada de mí! ¡Yo nunca te di nada, eras tú la que estaba dando siempre! ¡Y ahora te pasa conmigo lo que pasó con aquel ladrón nocturno del cuento, que al despertarte yo tenía en mi poder todo lo que a ti te faltaba! ¿Cómo te explicas, si no, que todo lo que tocabas perdía su valor, se volvía estéril? Con todos tus tulipanes y pasiones no pudiste siquiera conservar el amor de un hombre, y yo sí. Tampoco lograste aprender de tus libros el arte de vivir, como lo aprendí yo. ¡Ni siquiera tuviste un pequeño Eskil, aunque tu padre se llamaba Eskil!

¿Y por qué estás siempre callada, callada y callada como una muerta? Fíjate que yo al principio pensé que era un signo de fuerza. ¡Pero probablemente es que no tienes nada que decir! ¡Así de simple! ¿Y sabes por qué? ¡Porque ni siquiera eres capaz de pensar en nada!

Ahora me voy a casa... y me llevo los tulipanes... ¡Sí, tus tulipanes! Tú no quiste nunca aprender nada de los demás. Tampoco quisiste doblarte como la hierba al viento... y por eso te partiste como una caña seca... ¡Y yo no me partí! ¡Gracias, Amelia, por tus útiles enseñanzas! ¡Gracias por haberle enseñado a mi marido a amar! ¡Ahora me voy a casa... a quererlo mucho!..."

7. PRIMER TIMBRE

SE MUESTRA SATISFECHA, CONTENTA CON LOS RESULTADOS DEL MONÓLOGO. VE LA CARTA DE LA EMBAJADA SOBRE EL SUELO. LA RECOGE, BUSCA UN NÚMERO DE TELÉFONO. VA AL TELÉFONO MARCA. HABLA EN ALEMÁN.

LA ACTRIZ: Guten Tag. Ich rufe Sie an, um die Verabredung für den Antrag auf Stipendium wieder zu bestätigen.

DE REPENTE SE INTERRUMPE LA COMUNICACIÓN. SE DA CUENTA DE QUE EL TELÉFONO ESTÁ INTERCEPTADO. INMEDIATAMENTE CAMBIA LA CONVERSACIÓN Y TRATA DE TOMAR UN TONO ANODINO. HABLA EN ESPAÑOL.

¿Aló?... ¿Aló?... Parece que están cruzadas las líneas... ¿Aló? Yo vuelvo a llamarle, Wilhelm... la fiesta estuvo buenísima... Sí, ah y dile al embajador que muchas gracias por la invitación. Bueno, adiós.

CUELGA. RÁPIDAMENTE COMIENZA A RECOGER LAS COSAS DE LA HABITACIÓN Y A GUARDARLAS SIN NINGÚN ORDEN EN LAS MALETAS. SACA PAPELES, LOS LEE Y LOS DESTRUYE. QUEMA EVIDENCIAS Y FINALMENTE JUNTA TODO EL EQUIPAJE CERCA AL LUGAR DONDE SE SUPONE ESTÁ LA PUERTA. ACTO SEGUIDO, SE LANZA SOBRE EL TELÉFONO, MARCA UN NÚMERO.

LA ACTRIZ: (TRATANDO DE PARECER NORMAL) ¿Aló? ¿Gabriela? Hola, ¿cómo estás? Muriéndome del... guayabo... Sí, me enrumbé... Con unos amigos del curso... Oye, Gaby, ¿Por qué no vienes?... Necesito hablar contigo. (TRATA DE SER LO MAS EXPLÍCITA POSIBLE) A más tardar en quince minutos. Y por favor trae el carro. Sería rico ir a dar una vuelta. Listo, Gaby. ¡Trae el carro! Y no te demores, si noquieres verme muerta... del guayabo. Te espero. Chao.

CUELGA. SE INCORPORA Y MIRA HACIA TODOS LADOS. INTENTA ESCRIBIR, PERO NO PUEDE. ESTÁ MUY NERVIOSA. SE DIRIGE HACIA UNA GRABADORA Y COLOCA UN CASETE. EMPIEZA A GRABAR.

LA ACTRIZ: (DESPUÉS DE UNA PAUSA) Desde que dejaste de iluminar mis amaneceres, ya no existen noches para mí, solo sombras que rondan, sonidos que me acosan, recuerdos que se atravesan por mi rostro. No puedo echarte a un lado, pero tengo que irme. A un mundo silencioso, tranquilo, con noches... aunque sin ti. Tengo que decidir cómo quisiera merecerte. (SE INTERRUMPE. DETIENE LA GRABACION. PULSA REWIND Y LUEGO PLAY. ESCUCHA SU VOZ A TRAVÉS DE LA GRABADORA) Ya sé que no debo grabar tantas evidencias, pero necesito que me escuches, Miguel. Si te están torturando, si te están matando y logras huir y escuchar este casete, entiende que me voy para poder regresar viva. Y por favor, espérame. Espérame que toda mi fuerza quiero que la uses...

8. LA ARTISTA ADOLESCENTE

DETIENE LA GRABADORA. NIEGA CON LA CABEZA. SACA EL CASETE. LUEGO, BRUSCAMENTE, COMIENZA A DESTRUIRLO. SACANDO LA CINTA, SE AMARRA CON ELLA Y SE AMORDAZA. PERMANECE ESTÁTICA DURANTE UN PAR DE SEGUNDOS. LUEGO VA HACIA UN RADIO Y LO ENCIENDE. SE oyen EMISORAS MIENTRAS SINTONIZA. DE PRONTO SE DETIENE. SE ESCUCHA LA VOZ DE UNA NIÑA CANTANDO UNA MELODIA INFANTIL.

LA VOZ: (CANTANDO) *Matemos al gallo, matémosle*

*Matemos al gallo, matémosle
Nunca más hará Kikirí Kikirá
Nunca más hará Kikirí Kikirá
Kikikikikirikikirikorá*

SE INTERRUMPE LA VOZ INFANTIL Y ESCUCHAMOS EN OFF LA VOZ DE LA ACTRIZ QUE HABLA COMO UNA NIÑA. LA ACTRIZ PERMANECE ESTÁTICA FREnte AL RADIO.

LA ACTRIZ: (A TRAVES DEL RADIO) Julio 6 de 19... Definitivamente, hoy me levanté con el pie izquierdo. Primero tuve una pelea con mi mamá, porque no sé cómo diablos se enteró de que me llevé el vestido de gala de Ricardo para la función de teatro que tenemos mañana en el colegio, y es que ella no puede entender que solo lo voy a usar mañana y que Ricardo no lo necesita. Me dio mucha rabia y le grité unas cosas horribles, pero no me importa, se me rebozó la copa. En el colegio me fue mal en biología y además me peleé con Cata por una bobada. Luego llego a casa y para terminar el día me entero de que mi papá ha tenido que viajar de nuevo, esta vez a Italia. Hoy no fue mi mejor día. Acabo de decidir que hasta que no regrese mi papi no volveré a comer en la mesa. No quiero tener que soportarme a mi mamá y a su adorado Ricardo juntos y contra mí. Pensándolo bien, de pronto soy demasiado dura con Ricardo, al fin y al cabo no tiene la culpa de ser el favorito.

POCO A POCO COMENZAMOS A ESCUCHAR EL SONIDO DE UN TREN, HASTA NO OÍR MÁS LA VOZ DE LA ACTRIZ, QUIEN COMIENZA A DESENREDARSE DE LA CINTA. CAE AL SUELO. SE DESPIERTA. TODOS LOS SONIDOS DESAPARECEN.

LA ACTRIZ: Las diez. Tengo que irme sin Rosario. Pero... ¿y si me esperan en la puerta de la embajada? ¿Y si de verdad no debo irme? ¿Si todo es tan solo un

triste miedo sin motivo? Ay, papá. Qué difícil es no pedir tu ayuda, siempre dijiste tener la razón. Y ahora... tengo que irme sin pedirte permiso. Miguel no está, papá no está, mamá siempre está. Y yo no sé si puedo irme de aquí. Mi pasaporte es un monólogo que no encuentro, que no existe, que se me va por el mismo hueco por el que me trajeron al mundo.

GRITA Y SE ARRASTRA POR EL PISO. PAUSA. SE INCORPORA, VA HACIA LA LÁMPARA Y TOMA EL TRAJE QUE ESTÁ ALLÍ. TOMA UNA ACTITUD ALTIVA, TRATANDO DE DISIMULAR SUS NERVIOS. DICE EL TEXTO DE LADY MACBETH.

9. LADY MACBETH

“¡Hasta el cuervo enronquece anunciando con sus graznidos la entrada fatal de Duncan bajo mis almenas!... ¡Corred a mí, espíritus propulsores de pensamientos asesinos!... ¡Cambiadme de sexo, y desde los pies a la cabeza llenadme, haced que me desborde de la más implacable crueldad!... ¡Espesad mi sangre: cerrad en mí todo acceso, todo paso a la piedad, para que ningún escrúpulo compatible con la naturaleza turbe mi propósito feroz ni se interponga entre el deseo y el golpe! ¡Venid a mis senos maternales y convertid mi leche en hiel, vosotros, genios del crimen, de allí de donde presidáis bajo invisibles sustancias la hora de hacer mal! ¡Baja, horrenda noche, y envuélvete como un palio en la más espesa humareda del infierno! ¡Que mi agudo puñal oculte la herida que va a abrir, y que el cielo, espiándome a través de la cobertura de las tinieblas, no pueda gritarme: ‘basta, basta’!”

10. ACTO SEGUIDO

AL TERMINAR EL MONÓLOGO, MANTIENE UNA LARGA PAUSA, COMO SOSTENIENDO UNA ACTITUD DE ÉXTASIS. EN ESE MOMENTO SUENA EL TELÉFONO Y LA ACTRIZ REGRESA A SU REALIDAD. DUDA UN INSTANTE, PERO FINALMENTE CONTESTA. SE ARRODILLA SOBRE EL SUELO Y HABLA UN TANTO ENTRECORTADO.

¿Quién es?... Sí, soy yo... Estoy esperando que vengan a recogerme... Pero es solo cuestión de cinco o diez minutos... ¿Y no es mucho más riesgoso?... Está bien... ¿Están seguros que en la embajada lo saben todo?... Pero... ¿Si no están esperándome? ...Está bien, confío. Gracias, voy a necesitarla.

CUELGA, TERMINA DE ORGANIZAR RÁPIDAMENTE SUS COSAS. GUARDA TODO EL VESTUARIO EN UN CAJÓN. EL CUARTO QUEDA

DESOLADO, CON LA ÚNICA PRESENCIA DE LA CAMA. LA ACTRIZ, DE PIE, MIRANDO HACIA EL FRENTE, COMIENZA A HABLAR COMO SI ESTUVIESE EN LA EMBAJADA. SOSTIENE EN LAS MANOS UNA CAPA.

Señor embajador, afortunadamente ya lo saben todo... Pero, por favor, lo único que les pido es que tengan consideración con mi situación y me ayuden a salir de este infierno. No es fácil vivir en un país en el que cualquier palabra es un riesgo. En fin, simplemente quiero mostrarles este monólogo que he preparado. Por ningún motivo pienso inquietarlos. Es tan solo un ejercicio de actuación sin mayores pretensiones. Ojalá lo entiendan y no piensen que esto es lo que busco. Lo que yo busco... todavía no lo he encontrado. Mi monólogo es un fragmento de Medea de Eurípides y espero que me sirva de pasaporte. De ustedes depende.

LA ACTRIZ SE COLOCA LA CAPA. RESPIRA PROFUNDO.
CONTENIENDO LOS NERVIOS, COMIENZA A DECIR EL TEXTO DE
MEDEA CON GRAN SEGURIDAD.

11. MEDEA

"Mi desdicha es cabalmente completa. ¿Quién lo negará? Pero las cosas no sucederán así, no lo creáis todavía. Aún aguardan luchas a los recién desposados y a los suegros no pequeños trabajos. ¿Creéis acaso que habría adulado a este hombre, sino para conseguir alguna ventaja o para alguna astucia? Ni le hubiera dirigido la palabra, ni le hubiera tocado con mis manos. Pero este ha llegado a tal grado de insensatez que, pudiendo desbaratar mis planes, arrojándose de esta tierra, ha permitido que permaneciera un día, en el transcurso del cual daré muerte a tres de mis enemigos: al padre, a la madre, a la hija y a mi esposo.

Aunque tengo muchos mortales caminos contra ellos, no sé, amigas, de cuál echar mano primero: si prender fuego al palacio nupcial o meterles a través del hígado una acerada espada, introduciéndome silenciosamente en las habitaciones en donde está preparado el lecho. Pero una sola dificultad se opone: si soy sorprendida al franquear la morada y al urdir el golpe, con mi muerte daré a mis enemigos motivo de risa. Lo mejor es seguir el camino directo en el que somos por naturaleza sobre todo hábiles: suprimirlos con el veneno.

Sea así, y supongamos que están muertos. ¿Qué ciudad me acogerá? ¿Qué huésped, ofreciéndome su tierra por asilo y su casa por garantía, defenderá

mi persona? No es posible. Así, pues, dado que dispongo de breve tiempo, si se nos muestra un seguro refugio, dolorosa y silenciosamente cometeré este crimen; pero si una adversidad inevitable me rechaza, yo misma, espada en mano, aunque deba morir, los mataré y recurriré audazmente a la violencia.

Amargas y funestas volveré sus nupcias, amargo el parentesco y mi destierro de esta tierra. Ea, pues, coraje; no ahorres ningún recurso de tu saber, Medea, en tus planes y en tus artificios; en marcha hacia la obra terrible; ahora es el momento decisivo de la fuerza de ánimo. Ves lo que sufres; no debes pagar tributo de risa a las bodas de Jasón y de los descendientes de Sísifo, tú, hija de tu noble padre y del sol. Tú eres sabia; por naturaleza somos las mujeres eternamente inexpertas para el bien, pero artífices habilísimas de toda clase de males..."

12. ÚLTIMO SUSPIRO

LA ACTRIZ LLEGA A UN GRAN MOMENTO DE INTENSIDAD. EN ESE INSTANTE, TOCAN A LA PUERTA. ELLA SE CORTA EN SECO. AVANZA LENTAMENTE HACIA DONDE SE SUPONE ESTÁ LA ENTRADA. SE ESCUCHA EL SONIDO DEL TREN Y, ACTO SEGUIDO, LA OVACIÓN DEL PÚBLICO. LA ACTRIZ CAMINA CASI EN CÁMARA LENTA. LLEGA HASTA LA PUERTA Y ABRE. LOS SONIDOS SE INTERRUMPEN BRUSCAMENTE. HAY UNA PAUSA Y UN SILENCIO PROLONGADO. LA ACTRIZ PERMANECE CON LA PUERTA ABIERTA, MIRANDO HACIA FUERA, SIN HACER NINGÚN MOVIMIENTO. COMIENZA A ESCUCHARSE SU VOZ EN OFF.

LA ACTRIZ: (VOZ EN OFF) Miguel. Miguel Morales. Treinta y tres años. Soltero... No, casado. Bueno, sí, soltero. Pero... ¿cómo puede ser el mismo? Sí, desapareció hace una semana. ¿Me asegura que está bien? ¿Y su rodilla? ¿Y la herida en el hombro? ¿Cuándo se supo todo esto? Es imposible que esté tan bien. Algo ha debido sucederle, él no se pierde sin dejar alguna pista. Vuelvo y le repito: fueron desapareciendo uno por uno, cayó todo el paquete que hemos debido enviar hace tiempo. Por último, se supone que cayó Miguel y solamente quedó... No, no insista en algo que no puedo aceptar. Miguel. Miguel Morales. Treinta y tres años. Soltero. Saliste de tu casa el 27 de septiembre a las siete de la noche y no has regresado. No has regresado ni regresarás, porque sabes ahora que Amanda Medina, la dulce estúpida que creyó en tus falsos sueños, lo sabe todo. Otra vez la historia del criminal y de la santa. Todo se había escrito de antemano. Ahora, hasta los sueños se sabe que ya estaban ensayados, fríamente calculados. Es increíble, Miguel, que

hayas sido tan buen actor. Te deberían dar la beca y largarte para siempre. Yo he sido tu escenario, tu actriz de reparto, tu chivo expiatorio. ¿Será que triunfaste? Pero, no te preocupes, Miguel. Seremos felices... Seremos... felices... Seremos... felices.

POCO A POCO, LA VOZ VA DESAPARECIENDO, Y SUBE EL SONIDO RECURRENTE DE UN SINTETIZADOR. LA ACTRIZ CIERRA LA PUERTA Y APAGA LA LUZ. PENUMBRAS. PARECE UN ZOMBIE, UN AUTÓMATA. MIENTRAS RECITA EL MONÓLOGO QUE SIGUE, COMIENZA A SACAR TODO EL VESTUARIO Y A REGARLO POR EL PISO.

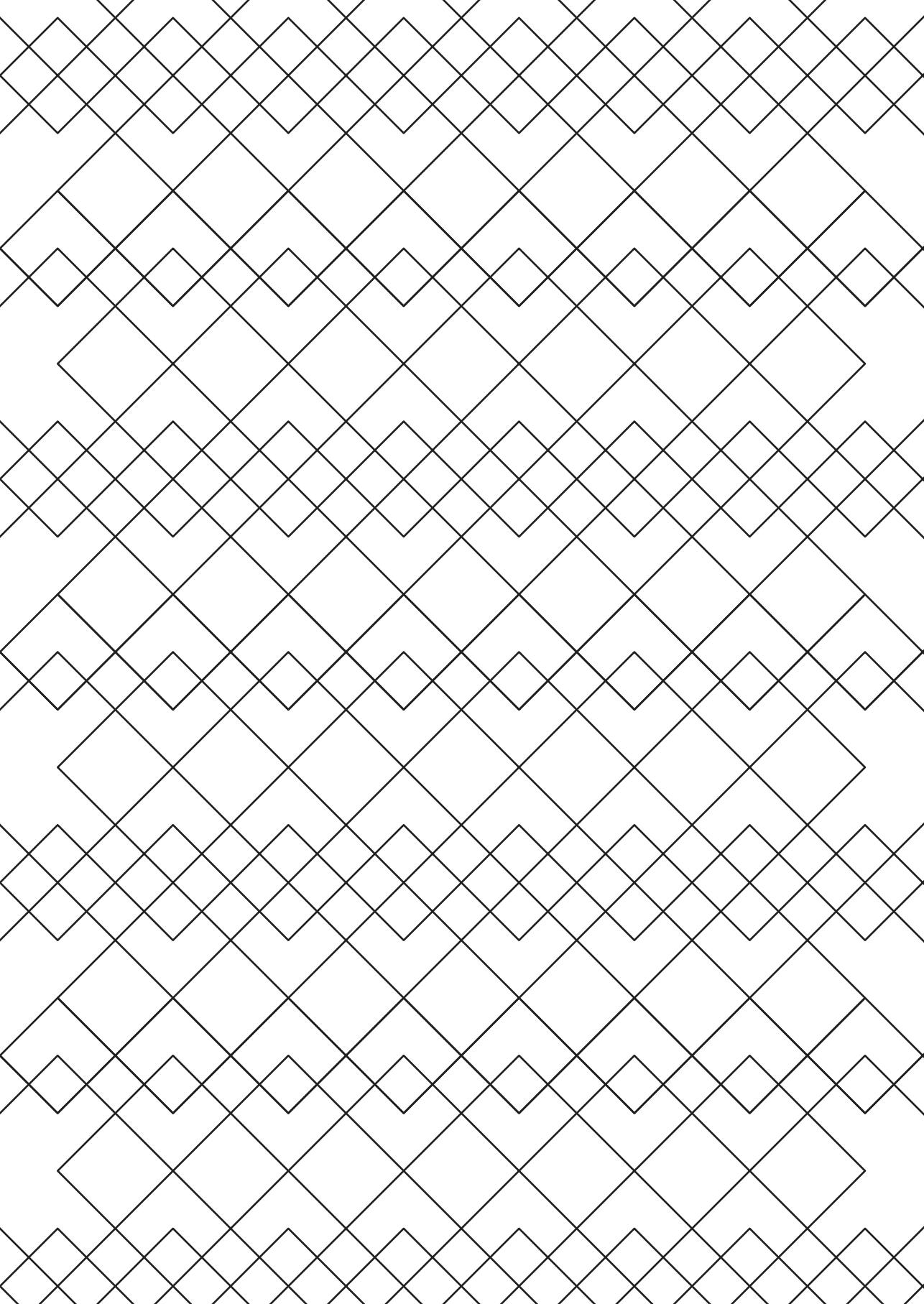
LA ACTRIZ: (SENTÁNDOSE EN LA SILLA DEL TOCADOR, MIRA AL PÚBLICO COMO SI SE MIRASE EN EL ESPEJO. TIENE PUESTO EL TRAJE DE MEDEA) ...Gracias, Heiner Müller, por tus pedos y tus resacas cómplices. Hasta el cuervo enronquece anunciando con sus graznidos la entrada fatal de Duncan bajo mis almenas... Corred a mí, espíritus propulsores de pensamientos asesinos. Cambiadme de sexo y desde los pies a la cabeza llenadme, haced que me desborde de la más implacable crueldad... Así lo consideras tú, William, mientras otros cacarean mentiras debajo de las ambulancias. Pero escucha, escucha... Ay, ¿quién es capaz de gritar antes de que suene el primer timbre y reírse de esta pequeña tumba? Aún aguardan luchas a los recién desposados y a los suegros no pequeños trabajos. ¿Creéis acaso que habría adulado a este hombre, sino para conseguir alguna ventaja o para alguna astucia? Ni le hubiera dirigido la palabra, ni le hubiera tocado con mis manos. Ah, todo me persigue. Todo son citas. Todo ya estaba escrito de antemano: ¿cómo no me había dado cuenta? Ahora tengo que viajar, levantar vuelo. Y las palabras se me aparecen y se vuelven evidentes. ¡Calla! ¡No hace falta que digas nada, porque ahora ya lo entiendo todo! ¡Y no necesito tu ayuda! ¡Así es que fue por eso, por eso y nada más que por eso! ¡Claro! ¡Ahora sí que salen las cuentas! ¡Exactas! ¡Así son las cosas! ¡Qué asco! ¡No quiero estar ni un minuto más en la misma mesa que tú!... Tengo que irme, Augusto, ¿pero adónde? ¿A la casa de Duncan, de Amalia, de Fritz, a donde mis papás? Es tarde, pero no debo abrir la puerta. Tengo que esperar hasta el último momento. No todos son traidores en este mundo, Miguel. (CORRE HACIA EL TELÉFONO, LEVANTA EL AURICULAR, Y HABLA) ¿Ana? Habla Judith. Sabes que me marcho hoy... No, debo hacerlo, las cosas se están poniendo difíciles... demasiado difíciles... Sí... no, no es que Fritz lo deseé, no sabe nada todavía, simplemente preparé mis maletas... No creo... no creo que diga gran cosa... Gran cosa, gran cosa fue la que dijiste, hijo de puta. Y yo, rompiéndome la cabeza mientras me aprendía unos textos en los que ya estaba escrito todo, todo. En cada palabra estaba dicho lo que iba

a suceder. Y yo pensaba simplemente que era un acto de estrategia, cuando de verdad estaba demostrando un acto fallido. Uno no alcanza a imaginar lo ingenuo que puede ser cualquier deseo. Qué ridículo. No tengo ganas de nada. De mirar hacia adentro, de vomitar, de dormirme. ¿Bebemos algo, Lady Macbeth? ¿Estás a dieta? Qué pena. Deja que Medea o los tramoyistas te traigan una palangana con los líquidos de Duncan. No, no te preocupes. Mi vuelo está retrasado. Tenemos todo el tiempo del mundo. Ahora no demoran en venir mamá y papá y traerán los juguetes y los recuerdos y sus vejedes trastnochadas, pero seremos tan felices. Primer timbre... Tengo que prepararlo todo, concentrarme, repasar los textos. Ahora vendrá el público a sacarme los ojos con mis incertidumbres. Pero no puedo tragarme saliva. Soy tan inefable. Segundo timbre: Señores pasajeros, estamos próximos a despegar. Favor abrochar el cinturón de seguridad, colocar en posición vertical el espaldar de sus asientos, y les rogamos que fumen, beban, se masturben, y digan todas las frases que se olvidaron en sus perdidas memorias. RIIING, tercer timbre. Señoras y señores: Lamentamos informarles que la función de hoy ha sido cancelada por problemas técnicos. A la actriz no le da la real gana de salir a escena. Tiene cólico menstrual y Lady Macbeth se resiste a leer su sangre. (EN SUSURRO) ¿Qué hora es? Estamos retrasados. Apaguen la luz. Apaguen la luz. Apáguelas.

SE ACURRUCA EN EL PISO. SE ESCUCHA EL FINAL DE UNA ÓPERA Y APLAUSOS DESENFRENADOS DEL PÚBLICO. SUENA EL TELÉFONO PERSISTENTEMENTE. LUEGO EL TREN. LA ACTRIZ PERMANECE ACURRUCADA, ESTÁTICA, MIRANDO HACIA EL PÚBLICO. EL TELÉFONO SIGUE REPICANDO.

Septiembre de 1988.

Esta obra fue estrenada por la actriz Adriana Cantor, estudiante de actuación de la Escuela Nacional de Arte Dramático de Bogotá, en el Teatro Libre de la misma ciudad, en su sede del centro, bajo la dirección de su autor. Ha sido interpretada también por la actriz Gina Jaimes, bajo la dirección de Luisa Vargas, y por la actriz Cristina Yepes, bajo la dirección de Gina Jaimes.



Casa Ensamble

El trancón

Divertimento para infieles

DOS MESAS EN UN CAFÉ. EN UNA DE LAS MESAS, ESTÁN UNO Y DOS. EN LA OTRA, ESTÁ TRES. UNO Y DOS ESTÁN FRENTE A FRENTE. TRES MIRA AL PÚBLICO.

UNO: Se lo aseguro.

DOS: No tengo porqué creerle.

UNO: Nadie la está obligando. Pero puedo jurarle que es cierto.

DOS: Es pecado jurar en vano.

UNO: Yo no estoy jurando en vano.

DOS: Bueno, está jugando en vano. Que, para la ocasión, es lo mismo.

UNO: ¿Quiere un café?

DOS: Ya le dije que no.

UNO: ¿Algo más fuerte? Un vino o... quizás... un whisky.

DOS: No quiero correr riesgos inútiles.

UNO: Pero... podemos pasar a temas... mayores.

DOS: No me interesan los temas mayores. Y mucho menos con personas menores.

UNO: Le gusta jugar con las palabras, ¿verdad?

DOS: Piense lo que quiera.

UNO: ¿Será muy complicado pedirle que sonría?

DOS: No. No es complicado que me lo pida. Lo complicado es que lo consiga.

UNO: Podríamos empezar de nuevo por el principio, ¿no le parece?

DOS: Nadie se baña dos veces en un mismo río.

UNO: ¿Eso qué quiere decir?

DOS: Interprételo como quiera.

UNO: Voy a intentar regresar. Me pongo de pie. Miro a todos lados. No conozco a nadie. De repente, me doy cuenta de que usted está allí. Me acerco. Me acerco y le pregunto...

DOS: ¿Puedo sentarme?

UNO: ¿Cómo lo sabe?

DOS: Esta escena ya la he vivido antes. ¿No sabe usted lo que es un "déjà vu"?

UNO: ¿Puedo sentarme?

DOS: Hágalo si quiere. Estamos en un país libre. Pero, por favor, no me hable. No quiero conocer a personas desconocidas. Ya conocí a todas las personas que me interesan en este mundo.

UNO: Lo recuerda mejor que yo.

DOS: Mis parlamentos son más fáciles de repetir que los tuyos.

UNO: Los míos son mucho más concretos que los que usted se inventa.

DOS: Tienen segundas intenciones, que es distinto.

UNO: ¿Y le parece que son pecado las segundas intenciones?

DOS: No sé, ni me importa. En este momento, me han dado unas ganas locas de largarme.

UNO: Espere. Deme una última oportunidad, por favor.

DOS: No me diga que usted está buscando lo mismo que busca el resto de la humanidad.

UNO: Pertenezco al mismo rebaño. No me queda más remedio.

DOS: Entonces, está perdiendo su tiempo.

UNO: La constancia vence lo que la dicha no alcanza.

DOS: Y si la dicha no alcanza, es mejor que se ahorre la constancia.

UNO: ¿Me permite coger su mano?

DOS: Jamás.

UNO: ¿Me permite coger sus dos manos?

DOS: Atrévase y llamo a la policía.

UNO: Lo siento. Es mejor que la vaya llamando. Usted es la persona que yo estaba buscando.

LA IMAGEN DE UNO Y DOS SE CONGELA. TRES SE DIRIGE AL PÚBLICO.

TRES: En ese momento, aparecí yo. Así, de repente. Como aparecen los antagonistas en el teatro. Aunque yo no era ningún antagonista. De alguna manera, era la víctima. Pero, en ese momento, yo no lo sabía. El trancón me obligó a evitar mi rutina y sentarme durante un par de horas mientras se acababan los atascos infernales de la hora pico. Cuando me di cuenta de la sorpresa que me había preparado el destino, ya era demasiado tarde.

UNO BESA A DOS. REGRESA A SU SILLA.

DOS: Le dije que no lo hiciera.

UNO: Pero no respondió con una cachetada.

DOS: Ya es demasiado tarde.

UNO: Le gustó, ¿verdad?

DOS: Creo que estoy enamorada.

UNO: ¿Así, de pronto?

DOS: No me gustan las escenas largas. Y esta escena no tiene porque durar más de cinco minutos.

UNO: No se copie de mis sentimientos. Fui yo el que se atrevió a dar el primer paso. ¿Ha oído usted hablar del amor a primera vista?

DOS: Por desgracia, sí. Acabo de descubrirlo.

UNO: ¿Qué le parece si nos vamos de aquí?

DOS: ¿Es usted casado?

UNO: No está dentro de mis planes.

DOS: ¿No estamos traicionando a nadie?

UNO: ¿Hasta qué hora dura el interrogatorio?

DOS: Tengo que estar segura. Todas las mujeres necesitamos estar seguras.

UNO: Puedo asegurarle que puede estar segura.

DOS: ¡Vamos entonces?

UNO: Vamos entonces.

TRES SE DIRIGE AL PÚBLICO.

TRES: En ese momento, aparecí yo.

TRES SE SIENTA EN LA MESA CON UNO Y DOS.

TRES: (A UNO Y DOS) ¡No puedo creer que mi hermano esté aquí!

UNO: (DE UNA SOLA PIEZA, ATERRADO) Hola. Lo siento. Todo en la vida tiene una explicación.

DOS: ¿Quién es ella?

TRES: Soy su hermana. Mucho gusto. No se preocupe. Esto es una situación efímera, pasajera y absolutamente accidental.

DOS: ¿Por qué me da tantas explicaciones? Yo no se las estoy pidiendo...

TRES: No sé. De repente estoy entrometiéndome en una situación en la que yo no debería estar.

DOS: No se preocupe. Llegó en el momento justo.

TRES: ¿Por qué lo dice?

DOS: Porque su hermano estaba empezando a tomar decisiones radicales.

TRES: ¿Y usted estaba de acuerdo?

DOS: Casi. Hasta que llegó usted. Debe ser un mensaje del cielo.

UNO: Ella y yo acabamos de conocernos.

TRES: Por supuesto. Eso es evidente.

DOS: Y estábamos dispuestos a irnos.

TRES: ¿Juntos?

DOS: Juntos. Y revueltos.

UNO: Estábamos jugando a las complicidades, nada más.

DOS: Por fortuna su hermano no está comprometido, ¿verdad? O, al menos, eso fue lo que me dijo.

TRES: No. Él no está comprometido. Él nunca se compromete con nada ni con nadie.

DOS: ¿Qué quiere usted decir?

TRES: Nada. Es de libre interpretación.

UNO: Creo que ha llegado la hora de irme.

DOS: ¿Nos vamos?

UNO: No. Me voy.

TRES: Pero, por favor. Si esto apenas comienza.

UNO: No. Esto apenas termina.

DOS: ¿Hay algo que yo no entienda?

UNO: Ninguno de los tres entiende nada.

TRES: Al contrario. Para mí la situación es bastante clara.

DOS: ¿Me explica, por favor?

TRES: ¿Puedo besarla?

DOS: ¿Qué? Usted está loca.

TRES: Es un parlamento de mi novio. No es un parlamento mío.

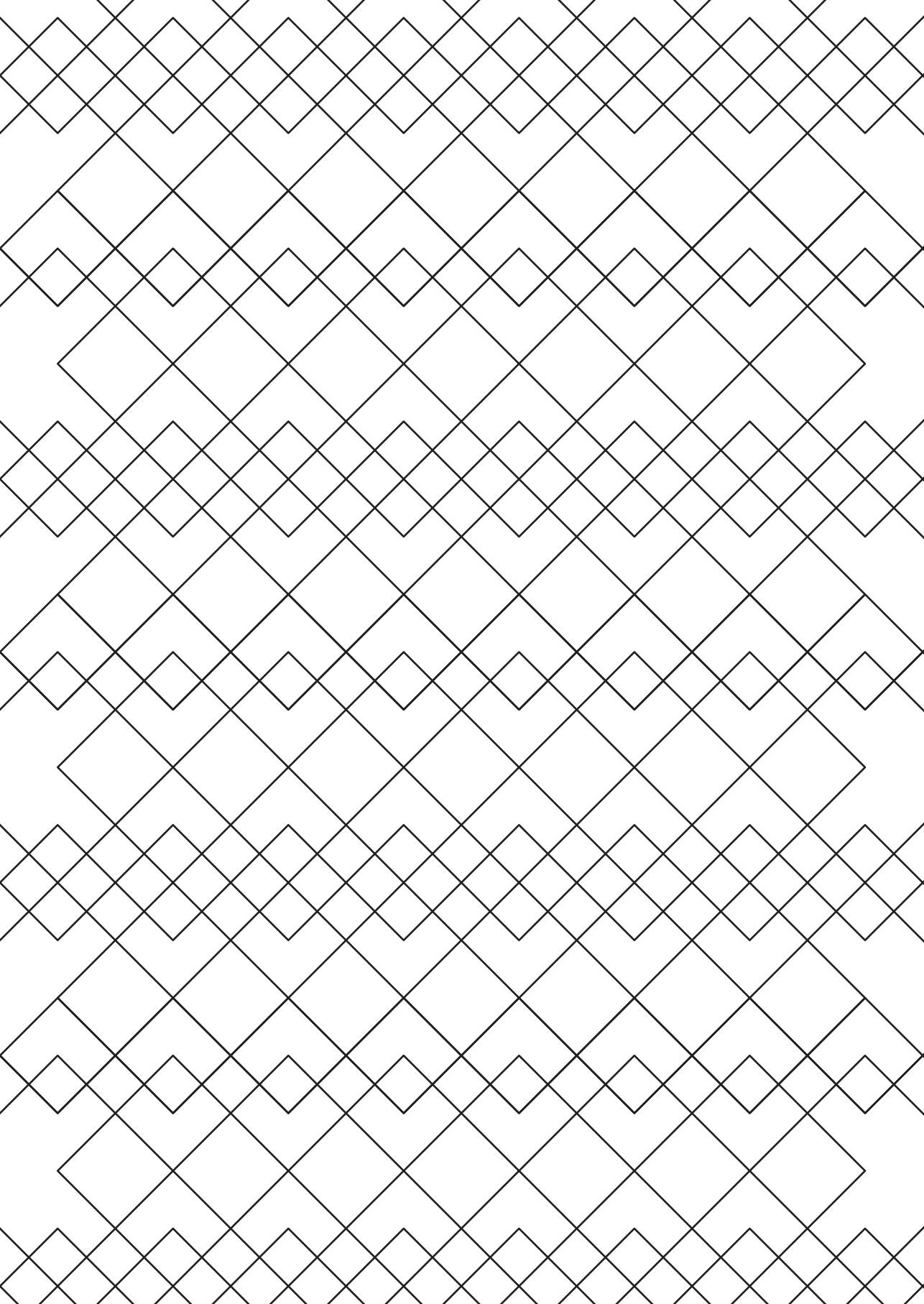
DOS: ¿De su novio? ¿Y quién es su novio?

TRES: Parece que el trancón ha terminado. Hagamos de cuenta que yo no existo. Es mejor que me vaya. De repente, esta escena funcionará mucho mejor sin mí.

TRES SE ALEJA, CASI LLORANDO. UNO MIRA A TRES ALEJARSE.
LUEGO MIRA A DOS. SUBE MÚSICA. PERMANECEN EN SILENCIO.

Bogotá, 2009

Esta obra se estrenó con estudiantes del Taller de Actuación “Matando cuarentones” de la Casa Ensamble, en la Sala Mayolo, bajo la dirección del autor.



Guillermotel

Pieza para tres

HABITACIÓN DE UN MOTEL. GUILLERMO Y MARÍA SE ENCUENTRAN ALLÍ, EN UNA SITUACIÓN BASTANTE INCÓMODA. ES EVIDENTE QUE MARÍA ES MUCHO MAYOR QUE GUILLERMO. A UN EXTREMO DEL ESCENARIO, EL FANTASMA DE LA NOVIA DE GUILLERMO NO DEJA DE SER TESTIGO DE LOS ACONTECIMIENTOS.

GUILLERMO: ¿Aquí?

MARÍA: Sí. Aquí.

GUILLERMO: Es un poco deprimente, ¿no?

MARÍA: A mí no me parece.

GUILLERMO: Me siento mal. Muy mal.

MARÍA: Nadie más se va a dar cuenta.

GUILLERMO: Eso nunca se sabe.

MARÍA: Estamos a dos horas de la ciudad. Bogotá es otro planeta.

GUILLERMO: No importa. Puede que nadie se dé cuenta, pero yo sí me doy cuenta. Y usted. Usted se da cuenta.

MARÍA: Yo no fui la que empezó.

GUILLERMO: Yo no fui el que tomó la decisión.

MARÍA: Pero ninguno de los dos dijo que no.

GUILLERMO: ¿Y Verónica? ¿No le parece que es absurdo? Esto no solamente es pecado: ¡es un crimen!

MARÍA: Verónica no existe.

GUILLERMO: Claro que existe. Nos vamos a casar en una semana.

MARÍA: Tómelo como una despedida de soltero.

GUILLERMO: Una despedida de soltero se hace con los amigos. No con la propia suegra.

MARÍA: Cállese. No me haga sentir culpable.

GUILLERMO: Vámonos, entonces. Ni usted ni yo queremos estar aquí.

MARÍA: Yo... sí quiero estar aquí. (PAUSA LARGA)

GUILLERMO: Yo... también quiero estar aquí. (PAUSA LARGA)

MARÍA: ¿Entonces...?

GUILLERMO: ¿Puedo... besarla...?

MARÍA: ¿Puedo... ir al baño...?

GUILLERMO: Como quiera...

MARÍA: Cuando regrese... ¿no se va a arrepentir?

GUILLERMO: ¿Ya es demasiado tarde, no cree?

MARÍA: Cuando regrese... ¿no me va a mirar a los ojos como si yo fuera mi hija?

GUILLERMO: ¡Si vuelve a abrir la boca, me largo!

MARÍA SE RETIRA AL CUARTO DE BAÑO. EN ESE MOMENTO, EL FANTASMA DE LA NOVIA DE GUILLERMO LO ENFRENTA.

VERO: ¡Estoy feliz!

GUILLERMO: Cállate, Vero. Ahora no, por favor.

VERO: ¿Te molesta si te muestro la ropa que compré?

GUILLERMO: No, no me molesta. Pero no en este momento.

VERO: ¿Qué pasa?

GUILLERMO: Tengo un problema.

VERO: Espero que no te vayas a acostar con mi mamá...

GUILLERMO: ¡Vero, por favor!

VERO: ¡Se cometen tantos pecados en este mundo!

GUILLERMO: Vero: quiero que tengas muy presente lo que voy a decirte...

VERO: "Yo te amo".

GUILLERMO: Exactamente. Yo te amo. Y lo que pueda pasar entre María y yo es un asunto que se lo llevará el viento. Es un accidente, nada más. Y entre menos te enteres, mucho mejor.

VERO: No te preocupes, nunca he vivido una situación semejante. Así que no voy a darme cuenta.

GUILLERMO: Y... Si de repente... sospechases...

VERO: No te preocupes. No voy a sospechar nada.

GUILLERMO: Es una situación estrictamente pasajera. No tengo explicaciones para darte. Simplemente pasó y ya. Tómalo... tómalo como un entrenamiento, como una manera de no llegar a improvisar al matrimonio. Y con un miembro de la misma familia se reducen las posibilidades del pecado, ¿verdad?

VERO: Si tú lo dices...

GUILLERMO: ¡No! ¡No! ¡No! ¡Es mentira! ¡Todas las explicaciones que me doy son asquerosas! ¡Soy un bígamo! ¡Soy un infiel, un desleal, un asesino!

VERO: Guillo, por favor. Si te vas a poner así, es mejor que abras esa puerta y te largues. Me parece que estás exagerando.

GUILLERMO: ¿Te parece?

EN ESE MOMENTO, REGRESA MARÍA. SE HA QUITADO EL ABRIGO E INTENTA VERSE SENSUAL, SIN CONSEGUIRLO. VERÓNICA LANZA UNA CARCAJADA.

VERÓNICA: ¡Mamá, te ves estupenda!

MARÍA: ¡¿Quién le dijo a esta que viniera?!

GUILLERMO: ¡Yo no soy responsable de nada!

MARÍA: ¡Cómo que no! ¡La tiene usted metida en su cabeza todo el tiempo y terminó trayéndola al lugar más escondido de Colombia!

GUILLERMO: María, vámónos por favor. Yo no puedo...

MARÍA: Claro que puede. Ya se me disparó la impaciencia. ¡Puede y va a poder ya mismo!

VERÓNICA: Mamá, estás loca. Guillermo no funciona así. Está demasiado presionado.

GUILLERMO: Claro que puedo. Siempre estás tratando de minimizar mis capacidades.

VERO: A ver, inténtalo. Quiero ver qué tan capaz es el hombre con el que voy a casarme.

GUILLERMO: Voy a hacerlo, pero sin tu maldita presencia opinando sobre todo lo que ve.

MARÍA: Es su culpa, Guillermo. Si algo falla, es por esa maldita tormenta interior que no lo deja.

GUILLERMO: Tiene razón, tiene razón. Creo que estoy decepcionando a todo el mundo.

VERO: Quítate la ropa, Guillermo. Y no pierdas más tiempo.

GUILLERMO: Creo que ha llegado la hora de decir la verdad.

MARÍA: La única verdad es que tanto usted como yo le estamos poniendo demasiado misterio a la liberación de nuestros instintos. Es inevitable. Dios nos hizo así y no podemos ir en contra de nuestras propias tentaciones. Las tentaciones también son invenciones de Dios.

VERO: Qué decepcionante. Mi mamá y mi prometido son unos cobardes.

GUILLERMO: ¡¿Quieres callarte?!

MARÍA: Guillermo... al menos... ¿puedo besarlo?

GUILLERMO: Esta bien. Un beso. Solo un beso... de despedida.

MARÍA SE ACERCA A GUILLERMO. NINGUNO DE LOS DOS ES CAPAZ
DE DARLE UN BESO AL OTRO. VERO TOMA LA DECISIÓN.

VERO: Mira, mamá. ¡Así! ¡Así! (BESA CON IRA A GUILLERMO) ¡Me parece increíble que no seas capaz de hacer algo tan sencillo!

MARÍA: ¡Cállate, mocosa del infierno!

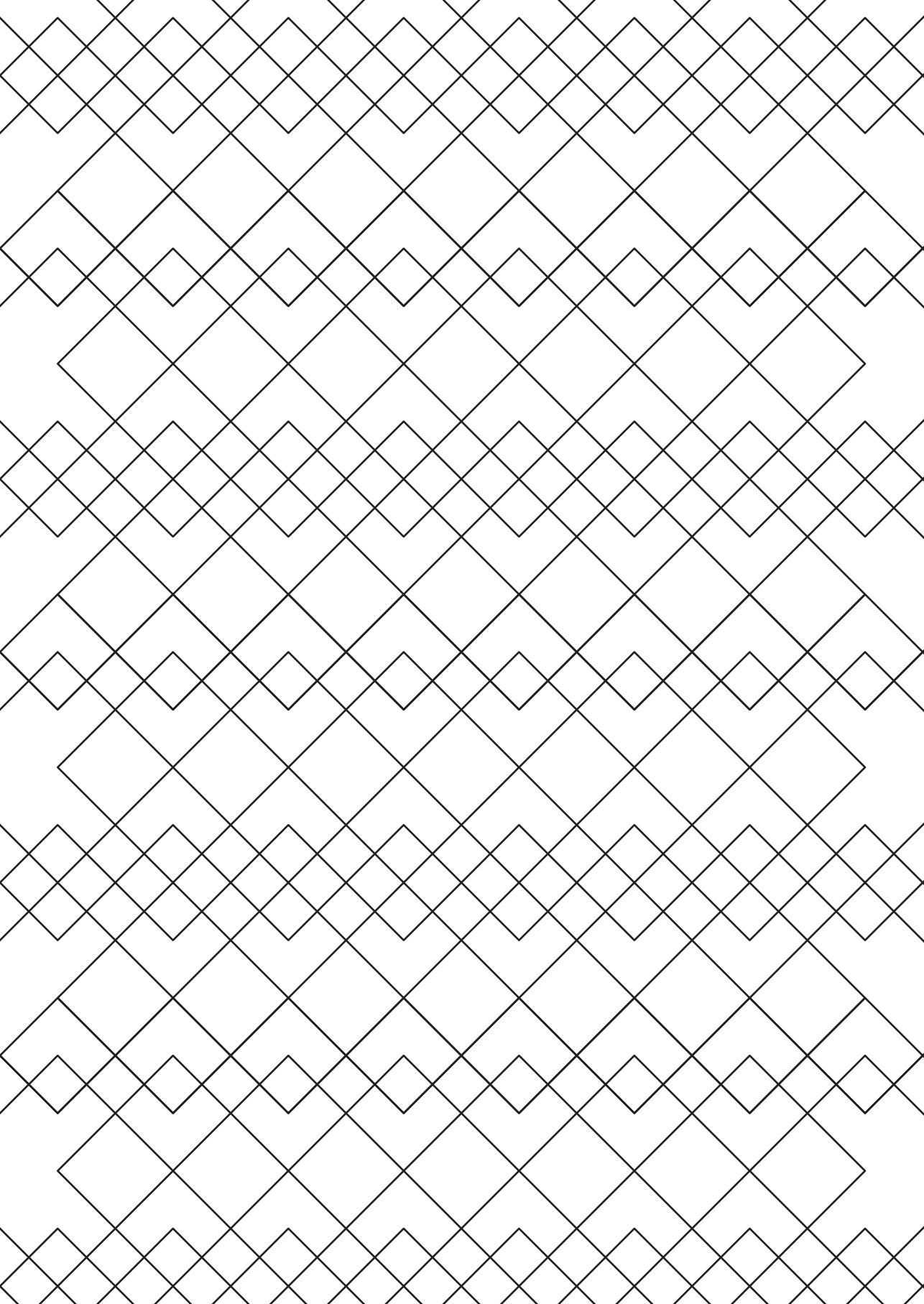
EN ESE MOMENTO, SUENA EL TELÉFONO DEL CUARTO. TODOS
HACEN SILENCIO. GUILLERMO CONTESTA.

GUILLERMO: ¡Aló?... (PAUSA LARGA) ...Lo siento. No volverá a suceder.
(CUELGA. GUILLERMO MIRA A VERO Y A MARÍA) Están prohibidos los
tríos en este motel. Parece que nos van a cobrar una multa.

LOS TRES SE MIRAN EN SILENCIO. SUBE MÚSICA ROMÁNTICA.

Bogotá, 2009

Esta obra se estrenó con estudiantes del Taller de Actuación “Matando cuarentones” de la Casa Ensamble, en la Sala Mayolo, bajo la dirección del autor.



Signos de admiración

Prueba de esfuerzo para cuarentones

Dramatis personae:

PEDRO

PABLO

MARISA

MARIELA

MARIANA

MARIANELA

SEIS PERSONAJES ORGANIZAN EL ESPACIO CON CRECIENTE
AGITACIÓN.

PEDRO: Ya van a llegar.

PABLO: Nos cogió el tiempo.

MARISA: Suspendamos. Lo mejor es que suspendamos.

MARIELA: ¿Y qué les vamos a decir?

MARIANA: Que todo lo dejamos para la última hora.

MARIANELA: No me parece muy responsable de nuestra parte. Lo mejor es que nos inventemos algo.

PEDRO: ¿Improvisar? Estoy harto de improvisar.

PABLO: Cuando no se ha preparado algo, lo mejor es improvisar.

MARISA: Es una vergüenza.

MARIELA: ¿Me estás hablando a mí?

MARIANA: Por favor, Mariela. Ella está hablando en general.

MARIANELA: Ah, no. A mí no me metan en este asunto. Yo les dije que nos preparáramos. Pero dilataron y dilataron y dilataron. Hasta que llegó el día.

PEDRO: Pero... podríamos jugar a las suplantaciones.

LA IMAGEN SE CONGELA. PABLO REFLEXIONA EN VOZ ALTA.

PABLO: Las suplantaciones. Lleva seis meses proponiendo el juego de las suplantaciones, y hasta el momento nadie sabe en qué consiste el juego de las suplantaciones. ¿Hasta cuándo vamos a tener que oír la propuesta de las suplantaciones si todos sabemos, sin hacer mucho esfuerzo, que el juego de las suplantaciones no funciona, que nadie quiere, ni siquiera, probar el juego de las suplantaciones, porque nadie está dispuesto a arriesgarse con las suplantaciones? No hemos venido aquí a jugar a las suplantaciones, sino a... a... Bueno, no sé. A hacer algo distinto que jugar al juego de las suplantaciones. Pero parece que nadie se va a atrever a decírselo en la cara.

LOS ACTORES VUELVEN A COBRAR VIDA. CONTINUAN
ORGANIZANDO EL ESPACIO.

MARISA: ¿Qué hora es?

MARIELA: Por favor. No me recuerden la hora.

MARIANA: Son las nueve.

MARIANELA: ¡Te dije que no le recordaran la hora!

MARISA: ¡No grites!

MARIELA: Por favor, calmémonos. No estamos en el fin del mundo.

MARIANA: ¡Claro que estamos en el fin del mundo! ¡Nos cogió la noche y ahora estamos tratando de solucionar este asunto de cualquier manera!

MARIANELA: ¡Cállate, Mariana! ¡No soporto tus gritos!

MARISA: ¡No sigan, por favor! Si siguen gritando, me largo.

MARIELA: ¿Y a dónde te vas a largar? Las puertas están cerradas. Además, es muy probable que, al otro lado, ellos ya estén aquí.

MARIANA: Es verdad. Es muy probable que ellos ya estén aquí.

MARIANELA: Yo no creo. Los citaron a las diez.

PEDRO: ¿A las diez? Imposible. A las diez ya no viene nadie.

PABLO: Sería ideal que no viniera nadie.

MARISA: Si no viene nadie, somos unos fracasados.

MARIELA: No soporto la palabra “fracaso”.

MARIANELA: Es mejor que te vayas acostumbrando a ella.

PABLO: ¡Marianela! ¡Cómo es posible que digas eso!

LA IMAGEN SE CONGELA. PEDRO REFLEXIONA EN VOZ ALTA.

PEDRO: El problema no es que estemos nerviosos. De hecho, estamos muy nerviosos. Pero con eso no solucionamos nada. Hasta último momento pensé en quedarme en mi casa. Pero luego caí en cuenta que mi casa ya era esta. No tenía escapatoria. Estaba condenado a convivir con estos cinco individuos inestables, que se parecían tanto a mí que a veces pensaba que estaba viviendo en frente a un espejo de cinco caras. Ya es muy tarde. Por lo visto, en cualquier momento, los gritos se verán recompensados.

LOS ACTORES VUELVEN A COBRAR VIDA. CONTINÚAN
ORGANIZANDO EL ESPACIO.

MARISA: ¡Se acabó! Voy a contar lo todo.

MARIANA: ¿De qué estás hablando?

MARISA: De todo este asunto. ¡Voy a salir allá afuera y les voy a decir que acá adentro no hay nada!

MARIANA: ¡Hay seis seres humanos tratando de resolver una situación de emergencia! ¿Te parece poco?

MARIANELA: ¡Una situación de emergencia! ¡En mi vida había oído una frase más ridícula!

PEDRO: ¡Bueno! ¡No nos vamos a poner a agredirnos entre nosotros!

PABLO: ¡Ay, Pedro! ¡Pensé que ibas a tomar una posición más sensata! ¡Pero resulta que te estás aliando con los más débiles!

PEDRO: ¡Esto es inaudito, Pablo! ¡Nunca pensé que me fueras a gritar de esta forma!

MARISA: ¡Claro! ¡Lo que nos faltaba! ¡El show de Pedro el pusilánime! ¡Ahora sí estamos completos!

MARIANA: ¡Marisa, respeta a tus compañeros de trabajo!

MARIELA: Por favor, ¿tratamos de calmarnos?

MARIANELA: ¡Compañeros de trabajo! ¡Aquí estamos condenados a estar juntos! ¡A mí nadie me pidió que me asociara con ninguno de ustedes!

MARIANA: ¡Pero qué es esto! ¡Parecen dignos representantes de la realidad nacional!

MARISA: Somos representantes de la realidad nacional. ¡Y qué!

PEDRO: ¿Y qué? ¡Simplemente que estamos perdiendo un tiempo precioso!

PABLO: El tiempo ya lo perdimos desde hace rato, ¿no te das cuenta? ¡Esto se acabó!

LA IMAGEN SE CONGELA. MARISA REFLEXIONA EN VOZ ALTA.

MARISA: Ayer les advertí lo que podía sucedernos. Pero a nadie le importó. Siguieron con sus chistecitos flojos y sus frases a medias. Y ahora estamos pagando las consecuencias. No debería decirlo, pero es castigo de Dios. Dios no puede estar correspondiéndoles a los que no le corresponden. Ayúdate que

yo te ayudaré, es la consigna. Aquí nadie se ha ayudado y vamos a comenzar a implantar la tormenta. Esto no tiene mucho sentido, pero se veía venir. Y ya es demasiado tarde.

LOS ACTORES VUELVEN A COBRAR VIDA. CONTINÚAN
ORGANIZANDO EL ESPACIO.

PEDRO: Por lo visto, ya no nos queda nada más.

PABLO: Esto era todo.

MARISA: ¿Y les parece que así vamos a solucionar el problema?

MARIELA: El problema no tiene solución.

MARIANA: Voy a preparar un discurso. Tenemos que pedir disculpas.

MARIANELA: El discurso lo debería decir Pedro. Él sabe enfrentarse a estas situaciones.

MARIANA: ¿Pedro? ¿Qué tiene Pedro que no tenga yo? Yo puedo solucionar este asunto mucho mejor que Pedro.

PEDRO: Cuida tus palabras, Mariana. ¡Cuida tus palabras! ¡Porque lloverán piedras del cielo!

MARIANA: Pedro, reconócelo. Fuiste el que más faltaste. Creo que eres la persona con menos autoridad moral para solucionar este asunto.

PABLO: Precisamente. Como Pedro es el que nos tiene así, estancados, pues que sea él el que resuelva el problema.

PEDRO: ¡Ah, no! ¡La culpa no es mía! El problema es de todos. Si se van a lavar las manos a costa de hundirme, no me voy a prestar para este asunto tan bajo. ¡Me largo!

MARISA: ¡Claro! ¡Lárgate, cobarde!

PEDRO: ¡Repítelo! ¡Repítelo!

MARISA: ¡Cobarde! ¡Cobarde!

MARIELA: ¡Cállense!

MARISA: ¡Cobarde! ¡Cobarde!

MARIANELA: ¡Tienes razón! ¡Pedro es un cobarde!

PEDRO: ¡Me largo!

LA IMAGEN SE CONGELA. MARIELA REFLEXIONA EN VOZ ALTA.

MARIELA: En el fondo, me gusta que la situación haya estallado. Lo necesitábamos. No podíamos pasarnos el tiempo con pañitos de agua tibia. Esto tenía que reventar en cualquier momento. El problema es que nadie sabe cómo vamos a terminar. El asunto, en el fondo, no es tan grave. Pero, por lo general, de problemas menores salen los grandes conflictos. Y, de repente, todos los que estamos aquí encerrados tenemos un demonio adentro mucho más grande de lo que sospechábamos.

LOS ACTORES VUELVEN A COBRAR VIDA. CONTINUAN
ORGANIZANDO EL ESPACIO.

PEDRO: Lo siento, Marisa. Me equivoqué.

MARISA: ¿Qué? ¿Qué estás diciendo?

PEDRO: Lo que oyes. Me equivoqué.

PABLO: Es mejor evitar los enfrentamientos. ¿Es eso lo que quieres decir?

MARIELA: Sí. Al parecer, es eso.

MARIANA: Yo estoy de acuerdo. No podemos declararnos la guerra entre nosotros, cuando hay enemigos más grandes.

MARIANELA: ¿Enemigos? ¿Cuáles enemigos? Los de afuera no son enemigos.

MARIANA: No sé. No los conocemos. De repente tienen colmillos en las pestañas.

PEDRO: Marisa. Te quiero. Perdóname.

MARISA: Pedro. Me sorprendes. Yo también te quiero.

PABLO: Bésalo, Marisa.

MARISA: Lo siento. No puedo.

PABLO: Pero quieras. Bésalo.

MARISA: No tenemos tiempo.

PEDRO: Para lo que sea, el tiempo ya se acabó hace rato.

MARIELA: Creo que ha llegado el momento de salir a la calle y explicarlo todo.

MARIANA: ¡Silencio! Yo no oigo nada.

MARIANELA: No hay nadie allá afuera.

MARIANA: ¿Huyeron?

MARIANELA: O se quedaron dormidos.

PABLO: ¿Gritamos?

MARISA: No. De repente sí están dormidos. Y los despertamos. Y sería peor.

MARIELA: Podríamos improvisar algo. A ellos les gustan las improvisaciones.

PABLO: Mariela, por favor. No busquemos soluciones de última hora. Es inútil. No vamos a conseguir nada con las improvisaciones.

MARIANA: Me gusta que hayamos dejado de discutir. Comienzo a tranquilizarme.

MARIANELA: Detesto las discusiones.

LA IMAGEN SE CONGELA. MARIANA REFLEXIONA EN VOZ ALTA.

MARIANA: Todos son unos estúpidos. Pedro ama a Marisa, porque le da miedo enfrentarla. Prefiere acostarse con ella antes que mantener una

discusión sensata. Pablo depende de Pedro, eso es evidente. Pero no es capaz de enfrentarse al verdadero problema de todo este asunto, porque está enamorado de Mariela. Se le congelan las babas por el amor que siente. Pero no es capaz de decir nada. Aquí nos quedaremos, gritándonos insultos sin sentido y no va a ser capaz de decirle nada a Mariela. Y en cuanto a Marianela... ¡Dios mío! Estoy condenada. Marianela, por favor. No vayas a decirlo.

LOS ACTORES VUELVEN A COBRAR VIDA. CONTINÚAN ORGANIZANDO EL ESPACIO. SUENA EL PRIMER LLAMADO.

PABLO: Primer llamado...

PEDRO: ¿No había sonado antes?

MARISA: En tu cabeza. En el teatro nunca había sonado.

MARIELA: Yo me voy. La idea no era meternos en problemas.

MARIANA: Tienes razón. Vinimos aquí a divertirnos.

MARIANELA: Por estar pensando en divertirnos, nos chupó la bruja.

PABLO: ¿La bruja?

PEDRO: Es una expresión. Quiere decir que el futuro ya pasó y no nos dimos cuenta.

MARISA: Vaya. Cómo estás de poético.

PEDRO: Marisa, por favor. No te burles de mí. Creo que habíamos llegado a un acuerdo...

MARIELA: El acuerdo es que no volvían a agredirse.

PEDRO: ¡No te metas en lo que no te importa!

MARIANA: Pedro, ¡respeta a tus compañeros de trabajo!

MARIANELA: ¡De trabajo! ¡Ja! ¡Si a esto lo llamamos trabajo!

PABLO: ¡Pues, aunque te parezca raro, yo sí vine aquí a trabajar! No es como otros...

PEDRO: ¡Qué me estás tratando de decir!

PABLO: Que viniste aquí solo a conseguirte una novia mal parqueada. Y perdiste cuatro meses tratando de seducir a Marisa. ¡Pero ni pudiste seducir a Marisa ni pudiste hacer un trabajo medianamente decente!

MARISA: ¡Repítemelo en la cara! ¡Repítemelo en la cara!

MARIANA: ¡Señores, segundo llamado!

SILENCIO. NADIE SE MUEVE.

MARIANELA: ¿Segundo llamado? Eso quiere decir que...

PABLO: ...que después del segundo viene el tercero y...tenga.

PEDRO: Tengo miedo.

PABLO: Bonita hora de reconocerlo.

MARISA: No te metas con Pedro. Te lo advierto.

MARIELA: Bueno, no más. Suspendamos.

MARIANA: Sí. Es mejor. Suspendamos.

LA IMAGEN SE CONGELA. MARIANA REFLEXIONA EN VOZ ALTA.

MARIANA: Todo comenzó hace cuatro meses. Estábamos muy unidos. Nos veíamos todas las noches de los martes, en una religiosa ceremonia de aceptación. Al principio estábamos muy unidos. Pero pronto me di cuenta de que Mariana y yo... Mariana y yo... éramos una misma persona. Parece una figura literaria o un enojoso juego de palabras, pero no. Somos una misma persona. Y el resto de nuestros compañeros no se ha dado cuenta. Es mejor que sigan en las discusiones. De repente, es mejor que el mundo se acabe de un solo golpe.

LOS ACTORES VUELVEN A COBRAR VIDA. CONTINÚAN
ORGANIZANDO EL ESPACIO. SUENA EL TERCER LLAMADO.

MARIANA: Tercer llamado.

PABLO: ¿Por qué la interrumpes? Deja hablar a Marianela.

MARIANA: Marianela no ha dicho nada.

PABLO: Marianela... ¿no has dicho nada?

MARIANELA: Marianela no ha dicho nada.

MARIANA: Marianela no ha dicho nada.

PEDRO: ¡Son ellos! ¡Allá vienen!

MARISA: ¡Explícales, Pedro! ¡Explícales que no hemos tenido tiempo!

PEDRO: ¡No puedo, Marisa! ¡Es demasiado tarde!

PABLO: ¡Pedro, por favor, dijiste que te ibas a encargar de todo!

PEDRO: ¡Yo nunca he dicho tal cosa!

MARIELA: Señoras... Señores... tenemos que confesarles algo...

MARIANA: ¡Qué haces?

MARIELA: Ensayo...

MARIANELA: ¿Ensayas? ¡Bonita hora de ensayar!

MARIELA: Si nadie ha sido capaz...

PABLO: Un momento... Estamos... en el teatro, ¿verdad?

PEDRO: ¿Apenas te vienes a dar cuenta?

PABLO: Podemos llegar a un acuerdo.

MARISA: ¿A un acuerdo? ¿Con quién?

PABLO: Con los que están del otro lado.

MARIELA: ¿Del otro lado... del telón?

MARIANA: Los telones ya no se usan.

MARIANELA: No importa. ¿Cuál es el acuerdo?

PABLO: ¡No grites!

PEDRO: ¡No la grites! ¡Ella no está gritando!

PABLO: ¡Está gritando! ¡Ella está gritando y tú estás gritando!

MARISA: ¡Pablo! ¡Respeta a tus compañeros de trabajo!

MARIELA: ¡No seas ridícula, Marisa!

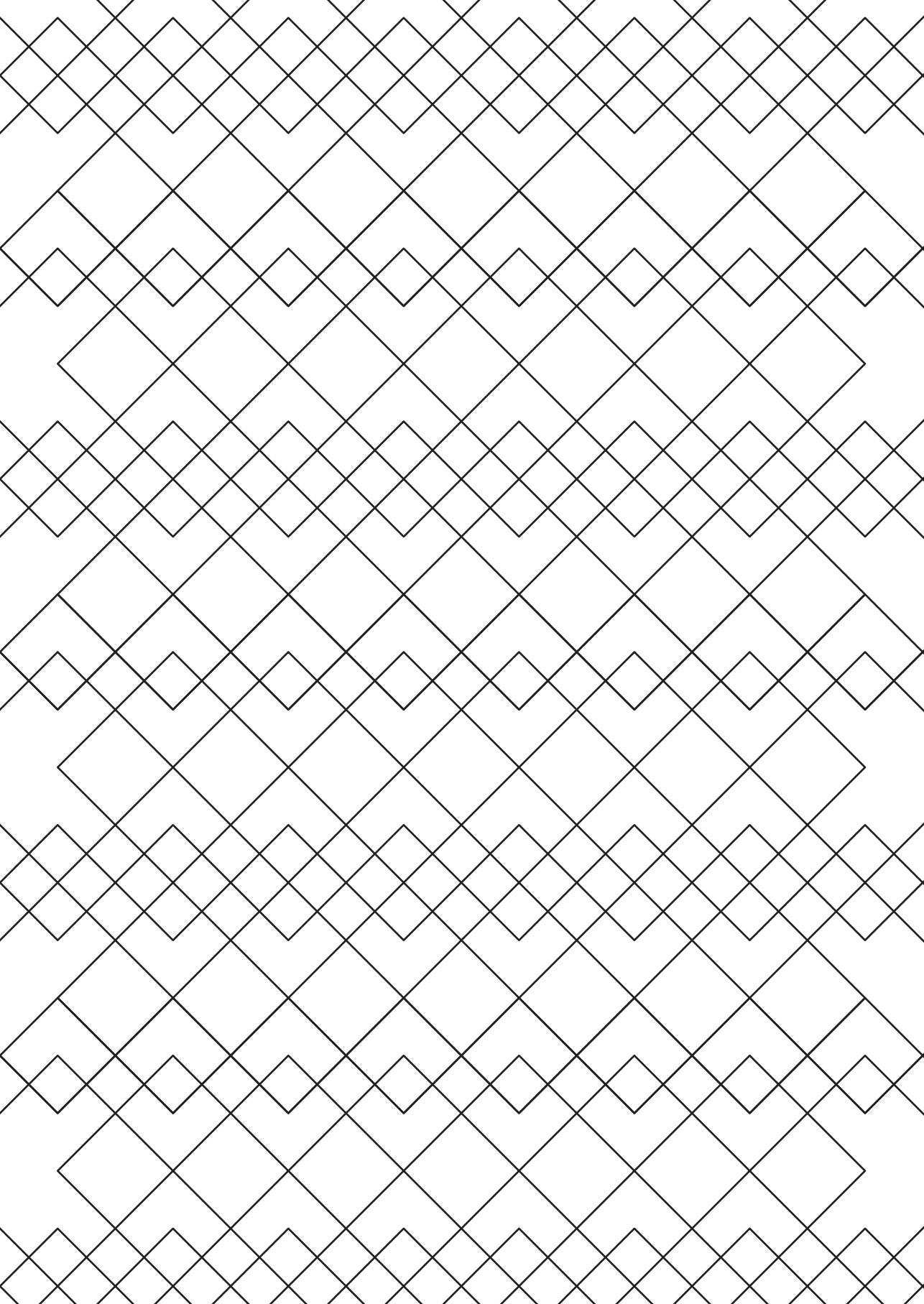
MARIANA: ¡Silencio! ¡Silencio!

MARIANELA: ¡Esto no tiene sentido! ¡No tiene sentido!

LOS SEIS ACTORES CONGELAN. MIRAN AL PÚBLICO EN SILENCIO.
SUBE MÚSICA. LENTAMENTE, LA LUZ VA BAJANDO.

Bogotá, abril de 2009

Esta obra se estrenó con estudiantes del Taller de Actuación “Matando cuarentones” de la Casa Ensamble, en la Sala Mayolo, bajo la dirección del autor.



Academia Superior de Artes de Bogotá

Esta risa no es de loco

Relato del joven que dijo ser Héctor Lavoe

A Tito Andrónico.

Condición previa: el actor nunca debe cantar las canciones de Héctor Lavoe. El actor no debe saber cantar. Canta para sus adentros y cuenta para los de afuera.

No pienso salir más de aquí. Me gustan estas cuatro paredes blancas, donde puedo decir lo que yo quiera. Ya Héctor se ha ido y ahora Héctor soy yo. Así de simple. No tengo por qué preocuparme si me demandan, si me dicen que fui yo, que si hay algún culpable, ese culpable soy yo. Ya no me importa. Que digan lo que quieran, yo me quedo en esta rumba y de aquí no salgo más. Ya lo hice todo en esta vida. Bebí, metí, canté, me inyecté, copulé, morí y resucité. Ya no me queda nada más por hacer. La misión está cumplida. Ahora, miro la ventana que se dibuja en esta pared blanca y el paisaje me gusta. Es una ciudad lejana, allá, en los confines no tan cercanos del Océano Pacífico y se la recuerda como la ciudad sin nombre. Allá, en esa ciudad aprendí a amar a Héctor. Allá, más que en ninguna otra parte, amaban a Héctor por encima de todas las cosas. Y Héctor lo supo. Los visitó varias veces y fue cruel y cínico con ellos, y los habitantes de la ciudad sin nombre siguieron amando las canciones de Héctor, pero odiando cuando Héctor se aparecía en persona, porque Héctor era una colección de canciones, no ese pedazo de impuntualidad y juegos frágiles en los que se convertía sobre el escenario de la ciudad sin nombre. Allí lo conocí. Y me voy a quedar con su figura para siempre. Allí lo veo, a través de esta ventana sin luz y de este paisaje sin sombras.

Todo comenzó un sábado al mediodía. La fecha la recuerdo como si fuera ayer, porque es una fecha emblemática: 5 de marzo de 1977. Salía yo de mi casa y me encontré con Dianapaulina, que era la jermu que más me gustaba en esa época, y Dianapaulina me dijo qué más y yo le dije a Dianapaulina que no, que nada, que en qué andaba, y que en dos patas me dijo ella, y nos reímos y pateamos piedritas por ahí, por el andén del barrio donde yo vivía, y que pa dónde vas le pregunté y ella me dijo que pa cine y yo le dije a esta hora y ella me dijo que sí, que a esta hora y que iba para el San Fercho y nosotros en San Nicolás, lejísimos, pero yo le dije que si quería yo la acompañaba y ella me dijo que si no me daba pereza y yo le dije que cómo se le ocurría. El hecho es que llegamos al San Fercho, allá, en la ciudad sin nombre, pagamos

la boleta y, al entrar, sonaron tremendos violines. Yo, lo juro, me sentí en el cielo, había commoción y lágrimas y ni Dianapaulina ni el suscrito supimos a ciencia cierta de qué se trataba. La cartelera no nos sedujo, la película se llamaba "Los olvidados", pero yo no me he olvidado del título, porque fue la primera vez que besé a Dianapaulina. Pero, sobre todo, porque fue la primera vez que oí una canción de Héctor. Los violines me sirvieron de antecasa, hasta que ya no pude más y dejé escapar un lagrimón de los de antes, la música se me metió entre pecho y espalda y yo más nunca pude olvidar que Héctor habitaba entre nosotros.

Ustedes me disculparán si me pongo melancólico, pero este asunto de evocar a mis seres queridos me alborota las ganas de tomarme una gota que me estimule la nostalgia. No debo hacerlo, pero ya metidos en gastos, creo que me lo merezco. La razón por la cual me siento protegido por el alcohol se encuentra, una vez más, en las canciones de Héctor. Sus letras no lo piden, por supuesto, pero cada vez que oigo los temas prohibidos, termino salivando y termino pidiendo un nuevo vaso y así hasta el día del Juicio. Por eso estoy ahora encerrado en este cuarto, lleno de recuerdos y de agujas sin dedal. En fin. No quiero aguarles la noche desde tan temprano. Pero mi voz se extingue y necesito una copa de licor para desordenar las venas. Necesito que mi corazón retumbe, como cuando me quito las gafas y no me queda más remedio que mirar hacia adentro. Ustedes me perdonarán. ¿Será mejor que intente comenzar por el principio?

No. Mi nombre no es Héctor Juan Pérez Martínez. Digamos que el Pérez se me acomoda mucho más a mi entorno, puesto que estoy condenado a la muerte, desde que el cura me advirtió: "si sigues tomando tanto trago, perecerás". Y, como sigo tomando trago, pues Pérez soy, Pérez seré. Aquí, mirando la ventanilla de los sueños y cantando para mis adentros, como si hubiera nacido en Ponce, como si hubiera sido el hijo de Panchita y Lucho, como si me hubiera enredado en las calles salvajes de mi Puerto Rico, para huir en un barco sin frenos a la ciudad de Nueva York, donde vivimos los más malos, los malísimos, *the bad guys*. A veces lo pienso. Y lo aseguro: si yo hubiera salido de la ciudad sin nombre a tiempo, otro gallo cantaría. Pero por quedarme en la ciudad sin nombre terminé aquí. Vivir y beber encerrado en estas cuatro paredes sin estribillo ni canción. Es peligroso insistir en los recuerdos. Porque la nostalgia mata, es reaccionaria, aguja el peligro y las decisiones de venganza. Por eso es preciso destruir todos los equipos de sonido del universo, antes de que el recuerdo acabe con las pocas neuronas de mis pensamientos. Es difícil. Es difícil vivir así, se los aseguro. Es difícil saber, muy en el fondo, que yo soy Héctor Lavoe y no puedo repetirlo. Héctor Lavoe. Lavoe. La voe. La voz. *The voice*. Como Frank Sinatra, que era La voz. *La voz. The Voice*. Pasé

los mejores años de mi vida con la absoluta convicción de que era otro, hasta que, encerrado en las cuatro paredes que me protegen, he descubierto lo que ya sospechaba: yo no soy Héctor, pero debí serlo. Yo soy Héctor y sobre esta piedra he debido edificar mi iglesia. Cataplam.

A mí no me nombren a don Chuító, el de Bayamón, porque en la ciudad sin nombre no se conseguían sus discos. Pero en la ciudad sin nombre, tan lejos del Caribe, donde nunca existió eso que llaman el océano Atlántico, sí existió y sí vivió Héctor Lavoe. Aquí vivió y aquí empezó a morir. Se los digo porque yo lo sé, yo lo viví. Yo lo viví y yo lo morí. Ahora, para qué les voy a decir mentiras, si yo debí ser Héctor Lavoe. Pero, ¿dónde está la voe, la voz? Se extinguió, desapareció de mis cuerdas guturales. Ahora ya no canto, mi gente, ya no puedo cantal. Ahora soy un guíñapo de amargura y no quiero paltil a Nueva Yol, polque se me fueron las ganas de existil. Así es, mi gente. "Déjate de tanto alarde y vive la realidad", me decían. Y yo me salí de mis escasos pantalones, ya no soy el sabio, soy un pobre ignorante, "tú no tienes felicidad, de sabio no tiene na", así de clarito te lo canto yo: "sabiodepapelystemojasquedabrotherquedacuidaoquetemojas!" Vaya, así na ma. No me voy a poner a lamentoal, mi hermano. Pero, si la vida de Héctor no fue precisamente una comedia, la mía, señoritas y señores, la mía es peor que una botella vacía, es peor que una jeringa sin dulce, es peor que un guaguancó sin clave. Yo soy un espejo quebrado, un remedio, una caricatura sin remedio. "Aléjate de mí, no te quiero más, me decían", y yo, pa dentro como las cucarachas. A mí no me saca nadie de ningún lado. Se lo digo yo, que vi tantas veces a Lavoe en persona y ahora tengo la terrible responsabilidad de ser Lavoe. Pero me pierdo, me pierdo. Mejor será que le ponga orden a este asunto.

Después del 5 de marzo de 1977 pasaron muchas cosas. Yo me dediqué a la delincuencia precoz y perdí a Dianapaulina, porque Dianapaulina se metió a una secta religiosa y una noche Dios le dijo: "Oye, mi hermana, apártate de ese asunto que yo te quiero a mi lado". Y, de repente, en una rumba de excesos y zapatos de plataforma, me dijo, en la puerta del Honka Monka: "Dios nos está buscando. Es ahora o nunca". Y yo la miré de reojo, con mi ojito volteado, le sonréi sin impaciencia y le dije: "Si pides el cielo, lo pondré a tus pies. Frases de comedia, que nunca diré". Y me di la media vuelta. No más, Dianapaulina. Así yo cantara "El Todopoderoso", una cosa es una cosa y otra cosa es otra cosa. No mezclemos las peras con las manzanas, porque si yo me porto bien, no va a quedar nadie pa poltalse mal. Así de sencillo. Entonces Dianapaulina hizo mutis por el foro y yo le cantaba, calladito: "Pues está en escena la comedia ya, solo como un extra he de figurar. Y entre el bien y el mal, quedará el amor..." Sí. El amor. El amor, ese que tanto vende discos. Yo me dediqué a la noche,

porque en la noche se vive mejor que de día. Lloramos más, pero el mundo es más oscuro y no hay que mirarlo a la cara. En fin. Esas son las barbaridades que se me ocurren cuando se hace tarde y no tengo nada más qué hacer.

Paso qué... un año, la memoria me falla. Hasta que vi al Lavoe en vivo por primera vez. Yo conocía la cinta *Nuestra cosa latina*, me la sabía plano por plano. Pero a Lavoe, lo que se dice al Héctor, no lo conocía en persona. Lo vine a descubrir en el Coliseo Evangelista Mora de la ciudad sin nombre. Una noche en la que llegó tarde, cantó pésimo, se portó barrísimo con la gente, su gente, mi gente, cantó lo que nadie quería, se le enredó el micrófono y terminó yéndose antes de tiempo, como para que todo el mundo se diera cuenta de que enredarse con Héctor era lo peor. Pero yo quedé completamente fascinado. Me encantó su displicencia, mi hermano. Me encantó su antipatía, su sobrudez, sus ganas de demostrar que cuando se está en la cima, de allí nadie lo puede bajar. Eso creía el Héctor y yo le comí cuento. No intenté buscarlo, pero esa noche comenzó mi larga noche de treinta años. No he parado y no tengo ganas de parar. Cuando uno se bebe el primero, es mejor no despreciar el segundo, porque vendrá el tercero y te pasará la cuenta del cuarto, hasta que llegue el quinto y sabrás lo que es el guayabo del sexto. Así, sucesivamente, hasta que la muerte no se pare. El hecho es que quedé marcado con don Héctor para toda la eternidad. Me la pasaba, noche tras noche, de trasnocho en trasnocho, en la puerta del Honka Monka y del Cabo Rojero, en el Schira y en el bar de William, antros exquisitos para perderse, para extraviarse. Me aprendí todo lo que había que saber del mundo de la salsa y no había nadie que me corchara en el tema del cantante de los cantantes. A mí nunca me gustó esa chapa, pero de alguna manera había que llamarlo. Me lo aprendí de memoria y hoy lo cito y lo recito, pa que no se me vaya a dañal el cerebro, mi bróder.

Aquí, en mi cuarto, guardo algunos datos. Pero, lo demás, lo tengo archivado en el disco duro, toc toc, en el coco. Porque lo que tiene que ver con Héctor no necesito almacenarlo en papeles. Está aquí, directo en el cerebelo, para que usted y yo lo consultemos con un vaso de whisky en la mano. Uf. De nuevo nos perdimos. Recapitulemos. Recapitulemos. El asunto es que hubo un momento en el que yo me sentí tentado a creer en Dios, a aceptar sus normas y sus leyes. Porque nadie puede aceptar que Héctor Lavoe, nacido en Ponce, Puerto Rico, criado en las calles más duras del Nueva Yol de los sesenta, fuese a terminar viviendo en la ciudad sin nombre. Usted no me lo cree, pero es verdad, es la purita verdad. Yo lo vi, lo vimos muchos. Pregúnteselo a Valverde, al Rafa Quintero, a los negros de Juanchito, a los basuqueros desprogramados de la Calle del pecado, pregúnteselo a cualquiera que se haya acostado tarde en la ciudad sin nombre y le darán referencia del paso del viejo Héctor

por las calles sin sol ni luna de la ciudad sin nombre. Acomódese usted bien en la silla porque lo mejor está por venir. Se lo garantizo. Se lo garantizo, porque nadie habla de esto y yo se lo voy a contar. ¿Usted vio la película del Marc Anthony? ¿Usted vio el especial apocalíptico de E Entertainment Television? Nadie. Nadie lo cuenta. Pero Héctor estuvo en la ciudad sin nombre. Y si no me cree, peor para usted. Usted será el que se lo pierde.

Héctor vivió en la ciudad sin nombre, en el año 82, en plena euforia de la década perdida. Como les dije, él ya había estado en el Coliseo Evangelista Mora y había hecho otro concierto desastroso en un sitio llamado Las Vallas, que, si usted ha ido a la ciudad sin nombre, reconocerá. En el ochenta, había regresado, con bombos y platillos con la Fania All Stars, para el mítico concierto del Gimnasio del Pueblo, del que nadie se olvida. Umberto Valverde me contó que al Héctor hubo que meterle la cabeza en un cubo de hielo para que pudiera cantar. Y dizque el hombre decía, al verse rodeado de Celia Cruz y de Rubén Blades, de Johnny Pacheco y de Ismael Miranda: "aquí hay muchas estrellas, pero poco cielo". El hombre cantó y encantó como pudo. Desaparecía sin rastro, pero aparecía en sus discos. Hasta que, sin permiso, terminó viviendo en la ciudad sin nombre, acompañando, en su mala fortuna, al violinista Alfredo de la Fe.

Venía rodeado de fama y de decepción. Se había metido todas las drogas del mundo y huía de la justicia norteamericana, porque estaba acabando con las jeringas de Dios. Héctor había perdido a su mamá cuando era niño, había perdido a su hermano en las drogas, a su suegra la mataron a cuchillo y, para completar, el 7 de mayo de 1987 moriría su hijo amado cuando se le disparó accidentalmente una pistola. Hectícor Junior no había muerto cuando Héctor el grande llegó a la ciudad sin nombre, pero eso no importa. Héctor llegó signado por la muerte. El hombre tenía la muerte adentro, de lo contrario no podría haber cantado como cantó. Por aquellos tiempos, como les dije, yo sabía de todo, yo sabía que el hombre había conocido a Johnny Pacheco en el 66, que este le había presentado a Willy Colón en el Bronx, que en el 67 habían grabado *El malo*, un clásico indiscutible. Todo pandillero que se respete sintió que allí le habían compuesto más que un himno. Yo sabía que se había casado en el 68 y que había tenido un hijo y que La Puchi se había atravesado en su camino, y que el 25 de septiembre de 1969 había nacido Hectícor y que el hombre era el rey absoluto de la salsa brava y que en el 77 ya se conocía de memoria los pasillos de una clínica de desintoxicación y que en el 78 había publicado *Comedia* y que la había dado por retratarse en "El cantante" gracias a Rubén Blades, en fin. Pero el hombre no reía. "El hizo feliz a mucha gente, pero nunca fue feliz" dizque aseguraba su hermana,

ánimas del pugatorio. Lo que nunca llegué a imaginarme es que una vez me iba a encontrar al Héctor, patatín, patatán, caminando sin prisa por el centro mismo de la ciudad sin nombre. “¡Héctor!”, le grité al verlo. Y Héctor huyó. Lo perseguí como pude y no pude recuperarlo, sino en la leyenda. El hombre había escapado de los Yores, cantaba en Juanchito, sosteniéndose del paral del micrófono para no caer. Dicen que se chutiaba mientras les cantaba aleluyas a los ángeles y que duraba tres días sin dormir, para luego caer en unas depresiones que no se las sanaban ni las llagas de Cristo.

Sus amigos de la ciudad sin nombre intentaron ayudarlo, pero Héctor no se dejó. Yo lo perseguí hasta el cansancio, pero el hombre se escabullía, cantaba a las tres de la mañana sin anunciarle a nadie, dormía de cuatro de la tarde a once de la noche, así era imposible encontrarlo. Cuando pudo asegurarse que su asunto con la Ley gringa ya estaba resuelto, decidió regresar a los States. Yo no me di cuenta sino cuando era demasiado tarde. El avión había despegado para no regresar jamás.

En el 88, Héctor descubre que tiene la enfermedad de nuestro tiempo, seguro por la mala calidad de las jeringas de la ciudad sin nombre. Y ese año, después de un concierto fallido en Puerto Rico, se cae de un noveno piso con los ojos abiertos. El hombre ya estaba muerto en vida, pero trataron de recuperarlo, lo pusieron a cantar en el 93, vivió solo en un apartamento de Nueva York, hasta que el Todopoderoso dijo Basta, y se lo llevó un 29 de junio del mismo año. Cuando supe finalmente que Héctor se había muerto, caí en el abismo. Me dediqué al hacha y al machete, porque mi vida era entonces un periódico de ayer. Por último, cuando supe que ya todo estaba perdido, que La Puchi había muerto y que mi corazón podía estallar en cualquier momento, salté al vacío. Ahora estoy despierto y miro la ciudad sin nombre a través de la ventana, para que mi amargura no desfallezca, cuando he decidido que la vida, como los boleros, vale la pena cantarla. Pero no me dejan salir. Es una lástima. El problema es que cuando me encontraron astillado en el asfalto, no paré de reírme. Me reí y me reí. Aún ahora, que estoy muerto, no paro de reírme. Y todos me preguntan porqué me río tanto y yo les respondo que, cuando no queda más remedio, lo mejor es reírse. Reírse porque es de muy mal gusto andar por la vida llorando todo el tiempo.

Por lo pronto, recito títulos de canciones. Los recito uno a uno porque es lo único que puedo dejar, mi hermano. Lo curioso es que nunca pude, nunca me salió una canción para la ciudad sin nombre. Porque allí sufrií demasiado, a pesar de las carcajadas que me pegué en Juan Pachanga, siempre me quedó un mal sabol en la boca. Por eso, he preferido olvidarme de la ciudad sin

nombre. Ahora que el sol se ha puesto, ahora que la luna me hace muecas y ustedes tienen ganas de decir adiós, se las evoco, en el orden de la vida y de las cosas, para que aprendan:

Vamos a reír un poco, Vive tu vida contento, Cómo voy a llorar, Soy vagabundo, Lo dejé llorando, El cantante, El son, Seguiré mi viaje, Periódico de ayer, Juventud, Juanito Alimaña, No hay quien te aguante, Amor soñado, El día de mi suerte, Yo ta cansá, Ausencia, El gran varón, Contrato barato, Triste y vacía, A la hora de la verdad, Ella mintió, La fama, La murga, Mi gente, La voz, El Todopoderoso, Yo nací en Puerto Rico, Mi viejo, Timbalero, Aguanilé, El rey de la puntualidad, Calle Luna Calle Sol, Aléjate, Entren que caben cien, Taxi, Porque te conocí, Simón, Songoro Cosongo, Bandolera, Escarcha, Soñando despierto, Barrunto, Señora Lola, Te conozco bacalao, Borinques, Piraña, Cáncer, Para Ochún, Sin explicaciones, Soy vagabundo, Me voy pa Morón, Abuelita, El sabio, Ah ah, Oh no, Dame un chance, Aires de navidad, Amor soñado, Canción para mi suegra, El retrato de Mamá, Canto a Borinques, La verdad, Hacha y machete, Castigo, Ceora, Juntos, Che Che Colé, Comedia, Consejo de Oro, El malo, De qué tamaño es tu amor, Guisando, Cantemos, Jazzy, De ti depende, Déjala que siga, Don Fulano, Doña Santos, Doña Toña, El cazanguero, Chonqui, El guayabero, El infierno, El lechón de cachete, El titán, Mucho amor, Emborrachame de amor, Loco, Monserrate, En el Fiando, En la navidad, Escarcha, Eso se baila así, Soñando despierto, Esta navidad, Felices horas, Ghana E, Guajira ven, Guajirón, Guaracha, Pa los pueblos, Habana, I Feel Campesino, Isla del encanto, Joven contra viejo, Rompe Saraguey, Juana Peña, Junio 73, La banda, La fama, La María, La parranda Fania, Pan y agua, La retirada, Willy Baby, La vida es bonita, Las flores del campo, Lloré, I Wish I Had a Watermelon, MC2, Mentira, Mi gente, Montero, Mr. Brownie, No cambiaré, No me den candela, No me llores más, Noche de farra, Oiga señor, Pa Colombia, Panameña, Se baila mejor, Tanto como ayer, Paraíso de dulzura, Pasé la noche fumando, Pescao, Traigo la salsa, Piraña, Tú no puedes conmigo, Plato de segunda mesa, Plazos traicioneros, Pobre del pobre, Ponce, Se acaba este mundo, Popurrí navideño, Por qué no puedo ser feliz, Ublabaudú, Tus ojos, Vieja carta, Una pena en Navidad, Por qué te conocí, Willie Whopper, Tranquilidad, Sonero mayor, Qué bien te ves, VoSo, Qué lío, Quimbombó, Te conozco, Un amor de la calle, The Hustler, Recomendación, Sangrigorda, Te están buscando, Seguiré sin ti, Timbalero, Semilla de amor, Una pena en Navidad, Señora Lola, Potpourri III, Si la ves, Siento, Sigue feliz, Sin explicaciones, Sombras nada más, Son los celos, Tiempos pasados, Toma, y Todo tiene su final.

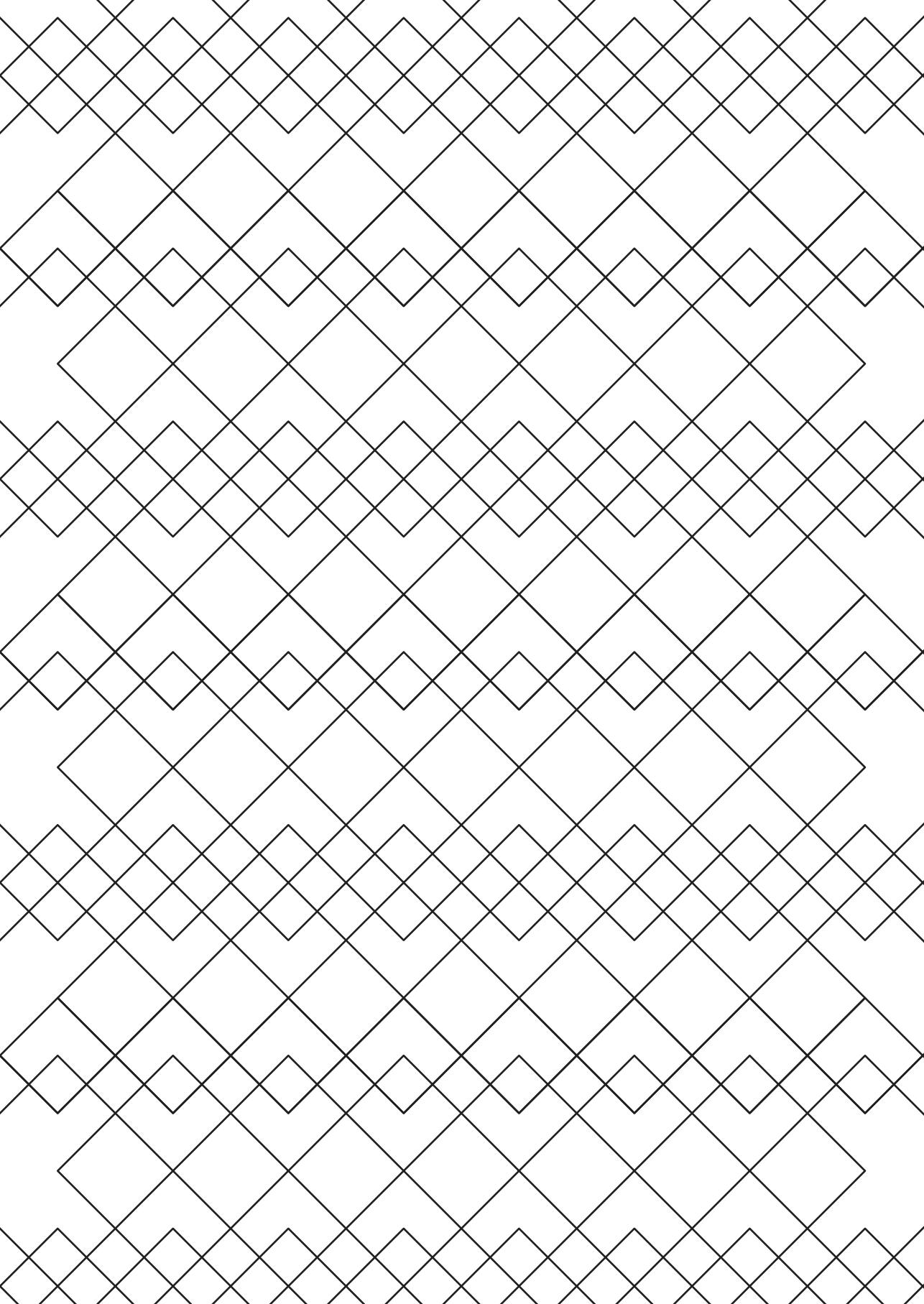
Son las doce de la noche y parece que fuesen las doce del día. La muerte es un cuarto oscuro muy extraño. Ahora las cortinas se cierran y no encuentro

una canción. Espero que la eternidad sea breve, porque no puedo soportar el terror de no dormir. He debido saltar por la ventana en la ciudad sin nombre. Pero no había ventanas en mi hotel. Esta noche presentan *El cantante* por la televisión. El flaquito Marc Anthony se las trae. Pero yo ya no puedo pararme para decirle nada. Este cuento se acabó y habrá otros que lo continúen. Nada se termina. Por ahora los dejo con el volumen muy bajo. Quisiera estar contento, pero, en el fondo de mi silencio alguien me grita: ¿Y para qué leer un periódico de ayer? Apaguen la luz al salir.

OSCURIDAD. LA LUZ DEL PÚBLICO SE ENCIENDE. NADIE DEBE
APLAUDIR.

Bogotá, 2008

Esta obra fue estrenada por el actor Alejandro Prieto, estudiante de actuación del Programa de Artes Escénicas de la ASAB, en el Salón 125 de la misma institución, bajo la dirección de Dubián Gallego.



“No busquen mi nombre...”

Variaciones alrededor de la obra *Timón de Atenas* de William Shakespeare

*Here lies a wretched corse, of wretched soul bereft;
Seek not my name. A plague consume you, wicked caitiffs left!*
The Life of Timon of Athens, V, iv.

PERSONAJES:

TIMÓN
APEMANTO
VENTIDIO
FLAVIO

LA ACCIÓN TRANSCURRE EN ATENAS Y EN LOS BOSQUES VECINOS.

PRÓLOGO

TIMÓN SE DIRIGE AL PÚBLICO.

TIMÓN: Timón ha muerto.
Está enterrado no muy lejos de aquí
Y en su lápida
Hay una inscripción que traje para leer a ustedes.
Una inscripción cuyo blando molde será el intérprete
De mi pobre ignorancia.

TIMÓN LEE SU PROPIO EPITAFIO.

TIMÓN: “Yace aquí un mísero cadáver
Privado de su mísera alma.
No busquen mi nombre.
¡Que la peste los consuma,
Malvados, infelices testigos de mi ruina!
Aquí yazgo yo, Timón,
Que en vida tanto odié a los hombres.
Miren mi tumba y maldigan a sus anchas.
Miren y sigan su camino”.

TIMÓN VUELVE A MIRAR AL PÚBLICO EN SILENCIO.
SEGUNDOS DESPUÉS, CONTINÚA CON SU DISCURSO.

TIMÓN: Bien expresa esto tus sentimientos finales, Timón.
Aunque renegaste de nuestros sufrimientos humanos
Y despreciaste la tormenta de nuestros cerebros
Tu rica imaginación te enseñó, sin embargo,
A hacer que, por tus faltas perdonadas, llorara
El vasto Neptuno sobre tu baja tumba para siempre.
Ha muerto el noble Timón.
Su recuerdo crecerá con el tiempo.
Déjenme ustedes, hombres que me escuchan,
Entrar en la ciudad.
Usaré mis palabras, mis recuerdos,
Como un ramo de olivo,
Para que la guerra engendre la paz
Y la paz ponga fin a la guerra.
Y así prescriban ambas,
Curandera la una de la otra.
¡Que suenen los tambores!

ESCENA 1

TIMÓN SE DIRIGE A UN EXTREMO DEL ESCENARIO. EN CONTRALUZ,
VEMOS CUATRO FIGURAS ESTÁTICAS. TIMÓN, EN ACTITUD
SOLEMNE, ES UNA DE ELLAS. AL CENTRO, DOS FIGURAS DE LAS
CUALES SOLO APRECIAMOS SUS SILUETAS. AL LADO DERECHO
DE LA ESCENA, UN HOMBRE SENTADO EN ACTITUD ESCÉPTICA:
ES APEMANTO.

LAS CUATRO FIGURAS SON CUATRO ESTATUAS DE UN CEMENTERIO.

SE ESCUCHA MÚSICA EN LA QUE PREDOMINA UN BAJO CONTINUO.
EL AZUL DE UNA MADRUGADA IMPROBABLE ILUMINA A LAS DOS
FIGURAS CENTRALES.

LAS DOS FIGURAS CENTRALES, PERMANECIENDO ESTÁTICAS,
COMIENZAN A HABLAR.

FLAVIO: Buenos días, señor.

VENTIDIO: Me alegra que estés bien.

FLAVIO: No lo he visto desde hace largo tiempo. ¿Cómo va el mundo?

VENTIDIO: Se gasta, muchacho, a medida que avanza.

FLAVIO: Sí, es muy sabido. Pero le pregunto, ¿qué rareza particular hay, qué cosa nueva ronda por la multiforme historia?

VENTIDIO: Por lo visto, no hay nada nuevo que supere las gratas sorpresas del buen Timón.

LA FIGURA DE TIMÓN COMIENZA A COBRAR VIDA. TIMÓN HACE UN GESTO AMABLE HACIA FLAVIO. FLAVIO SONRÍE AL VERLO.

FLAVIO: ¡Oh, tú, Generosidad, cuya magia potente a todos estos espíritus invoca!

LA FIGURA DE TIMÓN SE MUEVE LENTAMENTE, REGODEÁNDOSE EN SU SOLEMNIDAD.

FLAVIO: ¡Magia de la bondad! Su poder es el que ha conjurado estos espíritus para que aparezcan. Es un digno señor.

VENTIDIO: Ciento, está fuera de duda.

FLAVIO: Un hombre por demás incomparable. Dijérase que se dedica continua e infatigablemente a la bondad. Es la perfección misma.

VENTIDIO: ¡Cuán buscado es este señor!

FLAVIO: Ya viste que las gentes de toda condición, de todo carácter, así las ligeras y caprichosas como las graves y austeras, ofrecen sus servicios al señor Timón. Su vasta fortuna, apoyada en su natural bueno y generoso, somete y compra a su amor y a su sociedad los corazones de toda clase, desde el adulador, cuyo rostro es un espejo, hasta este Apemanto (SEÑALA A APEMANTO) que quizá nada ame tanto como aborrecerse a sí mismo.

VENTIDIO: Los he visto hablar juntos.

FLAVIO: Señor: He imaginado la Fortuna sentada sobre una colina alta y encantadora. En la base de la montaña están alineados hombres de todo talento, de toda naturaleza, quienes sobre la circunferencia de esta esfera se esfuerzan por elevarse en condición. Entre esta multitud de hombres, cuyos ojos están fijos en la diosa soberana, he representado uno bajo la figura del señor Timón. Con su mano de marfil, la Fortuna le atrae a sí, y por su gracia hace al mismo tiempo de sus rivales, sus esclavos y sus servidores.

VENTIDIO: Es una extraña imagen.

FLAVIO: Sí, señor. Pero... No he terminado. Todas estas gentes, que eran sus compañeros no hace más de un instante —algunos incluso valían más que él— se ponen inmediatamente a seguir sus pasos, van a hacer antesala en sus vestíbulos, vierten en sus oídos una lluvia de cuchicheos, colmados de devociones, hacen un objeto sagrado de su mismo estribo y no respiran sino con su licencia.

VENTIDIO: Y... ¿En qué paran?

FLAVIO: De pronto, la Fortuna, obediente a la volubilidad de sus caprichos, precipita al suelo a su reciente preferido. Entonces todos sus secuaces, que se esforzaban en alcanzarle en la cima de la colina, incluso trepando con las manos y las rodillas, le dejan despeñarse abajo, sin que uno solo le acompañe en su caída.

VENTIDIO: Es la historia de siempre.

MIENTRAS FLAVIO HABLA, TIMÓN COMIENZA A DESMORONARSE,
HASTA CONVERTIRSE EN UNA PILTRAFA ARRASTRADA. APEMANTO
LO MIRA EXPECTANTE.

VENTIDIO: Podría mostrarte mil pinturas alegóricas que representan esos golpes rápidos de la Fortuna más elocuentemente que las palabras. Haces bien, sin embargo, en mostrar al señor Timón que existen ojos humildes que han visto muchas gentes con los pies más altos que sus cabezas. Pero yo no puedo hacer nada.

FLAVIO: Recuerde, entonces, toda la historia. Tiene una extraña similitud con las pinturas alegóricas. Y nuestras vidas fueron pinturas oscuras. Breves sombras que presagiaron el caos.

LA ESCENA QUEDA EN PENUMBRAS. TIMÓN OCUPA EL CENTRO DEL ESCENARIO. VENTIDIO SE RETIRA. FLAVIO SE ACERCA A TIMÓN.
APEMANTO PERMANECE EN SU LADO DEL ESCENARIO.

ESCENA 2

TIMÓN: ¿Está preso?

FLAVIO: Sí, mi buen señor. Su deuda es de cinco talentos. Sus recursos están exhaustos, sus acreedores se muestran muy apremiantes. Desea de todo corazón que usted escriba a los que le han hecho encerrar. Si ese medio le falta, no le queda ya esperanza.

TIMÓN: ¡Noble Ventidio! Está bien. Rechazar a un amigo cuando tiene necesidad de mí no es asunto para un pájaro de mi plumaje. Le tengo por un caballero que merece ser ayudado, y lo será. Pagaré su deuda y le libertaré.

FLAVIO: Usted ha conquistado para siempre su reconocimiento.

TIMÓN: Preséntale mis saludos. Enviaré su rescate y, en cuanto esté en libertad, dile que venga a verme. No es suficiente levantar al débil: es necesario aún sostenerlo después.

FLAVIO: Completa felicidad a su señoría.

ESCUCHAMOS DE NUEVO LA MÚSICA. VENTIDIO SE INCORPORA Y VA HACIA TIMÓN. AMBOS SE MIRAN Y SE ABRAZAN. LEVANTAN LOS BRAZOS, EMOCIONADOS, CELEBRANDO. FLAVIO LOS MIRA TRIUNFANTE.

APEMANTO, ESCÉPTICO, VA HACIA ELLOS.

VENTIDIO: (A TIMÓN) ¡Doy gracias humildemente a su señoría, que no me venga nunca fortuna o dicha que no puedas considerar como tuya! Eres infinitamente bueno.

TIMÓN: Buenos días, amable Apemanto.

APEMANTO: Guarda tus buenos días hasta que yo sea amable. Te los devolveré cuando seas el perro de Timón, y estos pillos, honrados.

TIMÓN: ¿Por qué los llamas pillos? No los conoces.

APEMANTO: ¿No son atenienses?

TIMÓN: Sí.

APEMANTO: Entonces no me arrepiento de la palabra.

VENTIDIO: ¿Me conoces, Apemanto?

APEMANTO: Sabes bien que sí.

TIMÓN: ¡Eres orgulloso, Apemanto!

APEMANTO: Lo prefiero, a parecerme a Timón.

TIMÓN: ¿A dónde vas?

APEMANTO: A romperle el cráneo a un ateniense honrado.

TIMÓN: Es una acción que te acarreará la muerte.

APEMANTO: Es justicia, si él no hacer nada se castiga por la ley con la muerte.

VENTIDIO: ¿Qué piensas de mí?

APEMANTO: Pienso que quien te ha hecho ha trabajado mejor que tus adulaciones. Y, sin embargo, ha hecho una obra bien triste.

VENTIDIO: ¡Eres un perro!

APEMANTO: Tu madre es de mi generación. ¿Qué es ella, si yo soy un perro?

TIMÓN: ¿Quieres cenar conmigo, Apemanto?

APEMANTO: No. No como, señores.

TIMÓN: Si haces esto, irritarías a las damas.

APEMANTO: Ellas se comen a los señores. Es lo que les pone gruesos los vientres.

TIMÓN: He ahí una frase que se puede tomar por una obscenidad.

APEMANTO: Si la tomas así, tómala por tu trabajo.

FLAVIO: Eres injusto, Apemanto.

APEMANTO: No más que tú. Relee tus pensamientos, en los que consideras a Timón un hombre digno.

FLAVIO: No hay ninguna ficción. Es realmente así.

APEMANTO: Sí, digno de ti y de pagarte por tu labor. Aquel que gusta de ser adulado es digno del adulador ¡Ah, que no fuera yo un señor!

TIMÓN: ¿Qué harías entonces, Apemanto?

APEMANTO: Lo que hace Apemanto por el momento: odiaría al señor con toda mi alma.

TIMÓN: ¿Te odiarías a ti mismo?

APEMANTO: Sí.

TIMÓN: ¿Por qué?

APEMANTO: Por no poderme burlar hasta la saciedad de un señor... ¿No eres tú mercader?

VENTIDIO: Sí, Apemanto.

APEMANTO: ¡Que el tráfico te arruine, si los dioses no te arruinan!

VENTIDIO: Si el tráfico me arruina, serán los dioses los que me arruinan.

APEMANTO: El tráfico es tu dios. ¡Que tu dios te confunda!

APEMANTO SE ALEJA. VENTIDIO Y TIMÓN DAN LA ESPALDA Y PERMANECEN ESTÁTICOS AL FONDO DEL ESCENARIO. EN PRIMER PLANO, FLAVIO INTERROGA A APEMANTO.

FLAVIO: ¿Qué hora es, Apemanto?

APEMANTO: La hora de ser honrado.

FLAVIO: Siempre es hora de serlo.

APEMANTO: Tanto más maldito eres, ya que sin cesar faltas a ella.

FLAVIO: ¿Vienes a la fiesta del señor Timón?

APEMANTO: Sí. Para ver la comida ahogar a los granujas y el vino calentar a los idiotas.

FLAVIO: Adiós, adiós.

APEMANTO: Eres un necio al decirme dos veces adiós.

FLAVIO: ¿Por qué, Apemanto?

APEMANTO: Debieras haber guardado uno para ti, pues no tengo intención de dirigirte ninguno.

FLAVIO: ¡Anda y ahórcate!

APEMANTO: No, no haré nada por tu mandato. Dirige tus requerimientos hacia los que te dominan.

FLAVIO: ¡Atrás perro pendenciero, o te hecho de aquí a puntapiés!

APEMANTO: Voy a huir como un perro de los cascós de un asno.

APEMANTO SE ALEJA. VENTIDIO SE ACERCA A FLAVIO.

VENTIDIO: Es hostil a la Humanidad. Veamos. ¿Entramos a probar la generosidad del señor Timón? Sobrepuja en bondad al corazón de la bondad misma.

FLAVIO: Hace llover sus generosidades. Pluto, el dios del oro, no es más que su administrador. No hay mérito que no remunere siete veces más de lo que vale. No hay regalo que no reporte a su autor un regalo que exceda todas las medidas ordinarias.

VENTIDIO: Tiene realmente el alma más noble que haya gobernado jamás a hombre alguno en el mundo.

FLAVIO: ¡Que viva largo tiempo rico!

PENUMBRA. EL ESCENARIO SIMULA SER, EN MEDIO DE LAS RUINAS, DE UNA GRAN OPULENCIA. ESTAMOS EN LA MANSIÓN DE TIMÓN. ESCUCHAMOS UNA MÚSICA DE APARENTE ALEGRÍA. VENTIDIO, TIMÓN Y FLAVIO, CELEBRAN. APEMANTO PERMANECE EN LA DISTANCIA.

VENTIDIO: Muy honorable Timón: los dioses han querido acordarse de la edad de mi padre y llamarle a una larga paz. Así como me lo pide la virtud del reconocimiento, que me obliga hacia tu corazón generoso, te entrego, duplicados por mis agradecimientos, y mi gratitud, estos talentos que me procuraron la libertad.

TIMÓN: ¡Oh, de ninguna manera, honrado Ventidio, juzgas mal mi amistad! He hecho libremente cesión de esa suma, y no hay nadie que pueda decir que dé verdaderamente, si se le restituye. Si nuestros superiores hacen ese juego, nosotros no debemos osar imitarlos. Son hermosos defectos los que tienen por principio la generosidad.

VENTIDIO: ¡Noble corazón!

TIMÓN: ¡Pero, por favor, señores! Las ceremonias fueron inventadas, en su origen, para dar lustre a las acciones hipócritas, a las bienvenidas falaces, a la generosidad poco decidida que se arrepiente antes de mostrarse. Allí donde existe verdadera amistad, no hay necesidad de ceremonias. Pero... ¿a quién tenemos aquí? ¡Apemanto!... Seas bienvenido.

APEMANTO: No. No me des la bienvenida. He venido a que me hagas arrojar fuera de tus puertas.

TIMÓN: Eres un grosero. ¡Dispongan una mesa para él solo, porque no le gusta la compañía y, verdaderamente, no está hecho para ella!

APEMANTO: Déjame a tus riesgos y peligros. Timón, he venido a observar. Te lo advierto.

TIMÓN: No te presto atención. Eres un ateniense. Por consiguiente, seas bienvenido. Quisiera no tener aquí ninguna autoridad. Te ruego que mi comida me procure tu silencio.

APEMANTO: Desprecio tu comida, me asfixia, pues me sería imposible adularlo. ¡Oh, cielos, qué masa de personas come a Timón, y él sin advertirlo! Me molesta ver tantas gentes empapar su pan en sangre de un solo hombre, y el colmo de su locura es que él los aplaude por ello. Me extraña que los hombres se atrevan a confiar en los hombres; me parece que debían invitar a sus semejantes a venir sin sus cuchillos. Sería económico para su comida y seguro para sus existencias. Hay numerosos ejemplos de esto: el individuo que está sentado más cerca de él, que parte el pan con él, con quien bebe la mitad de un mismo brindis, en la misma copa, es el hombre que será el primero en matarle. Es cosa probada. Si yo fuera un gran personaje, temería beber en mis comidas, por miedo a que se diera con el sitio peligroso en que se puede hacer ¡crac! a la flauta de mi gaznate. Los hombres poderosos debieran beber con una armadura al cuello.

TIMÓN: ¡Con toda cordialidad, mi señor, y que la salud circule a la redonda!

APEMANTO: Observa bien su marea, Timón. Estas saludes te harán enfermar a ti y a tu fortuna. He aquí lo que es demasiado débil para conocer al pecado, la honrada agua que jamás dejó hombre en el cenagal. Ese brebaje y mi alimento van a la par. No hay discordancia. Hay demasiado orgullo en los festines para que se den gracias a los dioses por ello.

TIMÓN: Sin duda, mis buenos amigos. Pero los dioses mismos han decretado que yo tuviera gran necesidad de ustedes, pues, sin esto, ¿cómo serían mis seres amados? ¿Por qué habían de llevar este título afectuoso entre miles de hombres, si no pertenecieran a los más allegados a mi corazón? He pensado: ¿dónde estaría la necesidad de los amigos, si no hubiéramos de tener nunca necesidad de ellos? Serían las criaturas más inútiles del mundo si no necesitáramos emplearlos jamás, y parecerían melodiosos instrumentos encerrados en sus estuches que guardarían sus sonidos para sí propios. Verdaderamente, me he deseado a menudo ser más pobre, con la idea de sentirme más cerca de ustedes. Hemos nacido para ejercer la beneficencia, ¿y qué podemos llamar más exacta y justamente nuestras que las riquezas de nuestros amigos? ¡Oh!

¡Qué preciosa felicidad es la de tenerlos, unidos como hermanos y mandando en las fortunas los unos de los otros!

VENTIDIO, TIMÓN Y FLAVIO CELEBRAN EFUSIVAMENTE.
APEMANTO CONTINÚA CON SUS REFLEXIONES ESCÉPTICAS.

APEMANTO: La gloria de esta vida es una locura semejante, como lo prueba esta pompa, cuando con un poco de aceite y algunas raíces nos basta para nuestras necesidades. Nos hacemos los locos para aturdimos a nosotros mismos. Y nos prodigamos las lisonjas para beber a la salud de los mismos hombres sobre cuya vejez escupiremos más tarde el vino que hemos bebido con rencor venenoso y envidia.

TIMÓN: ¡Flavio!

FLAVIO: ¿Mi señor?

TIMÓN: Tráeme aquí mi cofrecito. Quiero recompensar a mis amigos.

FLAVIO: Sí, mi señor. (APARTE) ¡Más alhajas aún! No hay medio de contrariarle en sus caprichos. De otro modo le hablaría. Sí, debería hablarle. Cuando esté gastado todo, entonces querrá que se le hubiera contrariado. Es lástima que la generosidad no tenga ojos en la espalda para que este hombre no estuviera nunca en la miseria a causa de su buen corazón.

TIMÓN: ¡Para que gocen de todo mis amigos!

APEMANTO: ¡Qué muecas! ¡Cuántos lameculos! Dudo que sus piernas valgan las sumas que les reportan. La amistad está llena de heces. Me parece que los corazones falsos no debieran tener piernas sólidas. Así es como los tontos honrados dan sus riquezas, a cambio de cumplimientos.

TIMÓN: Apemanto, si no fueras tan arisco, sería bueno para ti.

APEMANTO: No, no quiero nada, pues si me dejase también corromper, no quedaría nadie para ridiculizarme, y entonces pecaría más que aprisa. Has dado tanto, Timón, que temo que te des tú mismo, dentro de poco, en un papel. ¡A santo de qué estas fiestas, estas pompas, estas vanaglorias?

TIMÓN: Vamos, he jurado no prestarte más atención en cuanto comienzas a ridiculizar a la sociedad. Adiós y vuelve con una música mejor. (TIMÓN SE ALEJA)

APEMANTO: Bien. No quieres oírme ahora, no me escucharás más. Voy a cerrarte las puertas del saludo. ¡Oh! ¿Deben los oídos de los hombres estar sordos a los buenos consejos cuando no lo están a la adulación?

TODOS LOS PERSONAJES PERMANECEN ESTÁTICOS MIENTRAS
REGRESA LA PENUMBRA. SUBE MÚSICA. LOS PERSONAJES TIENEN
AHORA UNA NUEVA DISPOSICIÓN, LA CUAL INDICA QUE EL TIEMPO
HA PASADO.

ESCENA 4

VENTIDIO VA A PRIMER PLANO. LOS TRES PERSONAJES RESTANTES,
PERMANECEN ATRÁS, DE ESPALDAS, EN LA PENUMBRA.

VENTIDIO: Y muy recientemente, cinco mil. Es muy cierto: puede haber ayudado en mi libertad, pero el tiempo pasa y el mundo sigue siendo de los nobles. Debe nueve mil a Varrón y a Isidoro. Además, mi suma precedente, lo que hace veinticinco. Y siempre en vena de prodigalidad furiosa. Esto no puede durar, no durará. Si siento necesidad de oro, no tengo más que robar el perro de un mendigo y darlo a Timón. A fe que este perro me apedreará con oro. Si tengo afán de vender mi caballo a Timón, dárselo sin pedirle nada, inmediatamente esta bestia va a potrearme diez soberbios caballos. No es un portero quien está a su puerta, sino más bien un hombre encargado de sonreír y de invitar a entrar a todos los que pasan. Esto no puede durar. No existe ninguna razón para creer que su fortuna sea sólida.

FLAVIO SE ACERCA A VENTIDIO.

FLAVIO: Aquí me tienes, señor. ¿Qué deseas?

VENTIDIO: Ve a casa del señor Timón. Insiste cerca de él para que me dé dinero. No te vayas a dejar despedir con una ligera repulsa, ni reducir al silencio por un “saluda en mi nombre al buen Ventidio”, mientras juegues con algún objeto en la mano derecha. Dile que mis necesidades son imperiosas, que debe satisfacerlas por medio de lo que me pertenece. Sus plazos y sus fechas han transcurrido, y la confianza que tenía puesta en las promesas que no ha cumplido ha hecho gran daño a mi crédito. Le quiero y le distingo,

pero no deseo quebrarme los riñones por curarle un dedo. Mis necesidades son apremiantes y no puedo hacer frente a ellas con bellas palabras, sino que exigen recursos inmediatos. Parte, toma una cara de hombre por demás inoportuno, una cara de acreedor, porque me temo que cuando cada una de sus plumas sea restituida al ala de donde procede, este señor Timón, que brilla ahora como un Fénix, no será más que un pajarraco desplumado.

VENTIDIO SE ALEJA. QUEDA SOLO EN PRIMER PLANO FLAVIO.

FLAVIO: ¡Ningún cuidado! ¡Ninguna pausa! Timón ha sido tan insensato en sus gastos que no quiere ni saber cómo los continuará ni parar este diluvio de prodigalidades. Timón no se da cuenta de la manera como sus riquezas desaparecen, ni se preocupa en absoluto de lo que tiene que llegar. Jamás ser alguno fue a la par tan desatinado y tan bueno. ¿Qué hacer? No escuchará sino cuando sienta el golpe. Voy a hablarle francamente en cuanto vuelva de la caza.

ESCUCHAMOS MÚSICA DE APARENTE ALEGRÍA. TIMÓN, DESDE EL FONDO, SALUDA A UNO Y OTRO LADO. FINALMENTE, TOMA UN ARCO Y UNA FLECHA EN ACTITUD DE CAZA. VENTIDIO, DESDE LA DISTANCIA, HIPÓCRITAMENTE LO APLAUDE. TIMÓN VA A PRIMER PLANO Y MIRA EXTRAÑADO A FLAVIO.

TIMÓN: Me colmas de asombro. ¿Por qué has esperado hasta este día para exponerme claramente mi situación? Habría podido de esa manera acomodar mis gastos a mis recursos.

FLAVIO: No has querido escucharme. Varias veces he intentado explicarte en tus horas de ocio.

TIMÓN: Anda. Sin duda escogiste las horas en que, estando mal dispuesto, te he despedido y te has aprovechado de esta circunstancia para excusarte.

FLAVIO: ¡Oh, mi buen señor! Varias veces te he presentado mis cuentas, las he puesto ante tus ojos y las has rechazado, diciéndome que confiabas en mi honradez. Cuando me has mandado entregar presentes tan magníficos por alguna bagatela dada en obsequio, he bajado la cabeza y he llorado. Sí. A despecho de las leyes mismas del respeto te he suplicado que tuvieres la mano más estrechamente cerrada. Con gran frecuencia he tenido que sufrir reprimendas de tu parte, y reprimendas que no eran ligeras, cuando me esforzaba en mostrarte el reflujo de tu fortuna y la enorme marea ascendente de

tus deudas. Mi muy caro y amado señor: aunque consientes en oírme ahora, demasiado tarde, ¡ay!, debes saber que al presente se necesita la mitad de la suma entera de tu fortuna para poder pagar tus deudas actuales.

TIMÓN: Que se vendan todas mis tierras.

FLAVIO: Están todas empeñadas. Algunas, embargadas, han ido a parar a las manos de los acreedores, y lo que resta apenas bastaría para contener los chillidos de las deudas presentes. El porvenir avanza a grandes pasos. ¿Cómo haremos frente en el interregno? Y, finalmente, ¿cómo arreglaremos nosotros nuestras cuentas?

TIMÓN: Mis tierras se extendían hasta Lacedemonia.

FLAVIO: ¡Oh, mi buen señor! El mundo no es más que una palabra. Aunque fuese todo tuyo, como lo diste en una sola frase, bien pronto ha sido repartido.

TIMÓN: Dices la verdad.

FLAVIO: Si sospechas de mí como despilfarrador o defraudador, hazme citar ante los más rigurosos expertos y oblígame a rendir mis cuentas. ¡Los dioses me bendigan! Cuando todos nuestros aposentos estaban atestados de comensales escandalosos. Cuando todas nuestras cuevas lloraban olas de vino derrochado en la borrachera. Cuando cada sala se hallaba deslumbrante de luces y atronadora de cantos, me he apoyado muy a menudo sobre uno de esos toneles prodigados y he dejado correr mis lágrimas.

TIMÓN: Basta, te lo ruego.

FLAVIO: ¡Cielos, he dicho, miren la generosidad de este señor! ¡Cuántos pedazos prodigados han engullido esta noche los esclavos y los campesinos! ¿Quién no es el hombre de Timón? ¿Quién no pone a la disposición del señor Timón su corazón, su cabeza, su espada, su fuerza, sus recursos? ¡El gran Timón, el noble, el digno, el real Timón! ¡Ah!, cuando las riquezas que compran esas alabanzas hayan desaparecido, el soplo de aire de que están hechos esoselogios se extinguirá también. Lo que gana la gordura cara, el ayuno lo pierde. Que una nube de invierno desate la lluvia y verás todas esas moscas abajo.

TIMÓN: Vamos, no me sermonees más. Mi generosidad no ha sido de naturaleza para acusar a mi corazón. He dado locamente, pero no innoblemente.

¿Por qué lloras? ¿Puedes carecer de fe hasta el punto de creer que me faltará amigos? Tranquiliza tu corazón. Si quisiera poner a cata los toneles de mis amistades y experimentar la tela de los corazones pidiendo préstamos, podría gozar tan fácilmente de los hombres y de sus fortunas como fácil me es ordenarte que hables.

FLAVIO: ¡Que pueda esta convicción bendecir tus pensamientos!

TIMÓN: Y al considerar las cosas de cierta manera, estas necesidades en que me hallo coronan tan bien mis anhelos, que las tengo por una bendición, porque, gracias a ellas, podré probar a mis amigos. Y vas a ver cómo té equivocas sobre mi fortuna. Soy rico por mis amigos. ¡Escúchame bien! Necesito enviarte a diversos sitios. Tú ve a casa del señor Lucio, a casa del señor Lúculo. Encomiéndame a sus amistades y diles que estoy orgulloso de que las circunstancias me suministren una ocasión para dirigirme a ellos con una súplica de dinero.

FLAVIO: He tenido el atrevimiento, pues sabía que era el medio más corto, de presentarles tu nombre y tu firma. Pero han meneado la cabeza y no he vuelto más rico.

TIMÓN: ¿Es verdad? ¿Es posible?

FLAVIO: Responden a una sola y misma voz. Que por el momento están apretados, que les falta dinero. Que no pueden hacer lo que quisieran. Lo sienten mucho. Saben que eres honorable. Pero, no obstante, habrían deseado... En fin. Luego, pretextando otros asuntos importantes, después de haberme servido trozos de frases acompañadas de sonrisas desdeñosas, levantando a medias sus sombreros y saludándome con señitas frías, me han dejado petrificado y silencioso.

TIMÓN: ¡Oh, dioses, dales su recompensa! Te lo ruego, hombre, recobra tu aspecto alegre. ¿En casa de esos viejos amigos la ingratitud es hereditaria? Su sangre está coagulada. Es fina, apenas circula. Son duros, porque ese calor que lleva consigo la ternura les falta. Y nuestra naturaleza, a medida que se aproxima a la tierra, se prepara para su viaje y se hace sorda y pesada. Ve a casa de Ventidio,

FLAVIO LO MIRA EXTRAÑADO, RECORDANDO LO QUE YA SABE.

FLAVIO: Pero, señor... Ventidio es el último en el que podría...

TIMÓN: ...te lo suplico, no estés triste. Eres honrado y leal. Habla sinceramente. Ninguna censura debe recaer sobre ti. Ventidio ha enterrado recientemente a su padre y, a consecuencia de su muerte, ha heredado una gran fortuna. Cuando era pobre y estaba preso y privado de amigos, le libró mediante cinco talentos. Ve a ofrecerle mis saludos. Ruégale que quiera creer que la necesidad apremia a su amigo de modo urgente, y por ello se ve forzado a recordarle esos cinco talentos. Una vez tengas esos cinco talentos en tu poder, dalos a las gentes a quienes se les debe ahora. No digas ni pienses jamás que los amigos de Timón dejarán que perezca su fortuna.

FLAVIO: No quisiera pensar lo, pues este pensamiento es el enemigo de la generosidad, que, siendo liberal por naturaleza, cree que todos lo son también.

ESCENA 6

ESCUCHAMOS MÚSICA DE TRANSICIÓN. FLAVIO SE DIRIGE HACIA EL ESPACIO EN EL QUE PERMANECE VENTIDIO, HACIENDO CUENTAS AL AIRE. VENTIDIO LO OBSERVA Y HABLA PARA SÍ MISMO.

VENTIDIO: (APARTE) ¿Ha regresado? Apuesto que viene con gratas noticias. Puedo adivinar que viene con algún regalo. Llega justo a tiempo. Había soñado esta noche con una palangana y un jarro de plata. (VENTIDIO ABRAZA A FLAVIO) Flavio, honrado Flavio. Estoy encantado de volver a verte. ¿Quieres vino? ¿Cómo va ese honorable, ese cumplido, ese franco caballero de Atenas, tu muy generoso buen señor y amo?

FLAVIO: Su salud es buena, señor.

VENTIDIO: Me alegro que se halle en buena salud. ¿Y qué tienes ahí bajo tu capa, gentil Flavio?

FLAVIO: Nada, sino una caja vacía, señor, que vengo a suplicar a usted la llene para rendir un servicio a mi amo quien, por tener una grande y apremiante necesidad de cincuenta talentos, los envía a pedir a su señoría, y no duda, de ninguna manera, que usted le prestará su valioso apoyo.

VENTIDIO: ¡Por favor! ¡Qué no duda de ninguna manera, dice? Pero parece que no me hubieras oído nunca, Flavio. ¡Ay, el buen señor! Es un noble caballero que no tiene más defecto que sostener casa con excesivo lujo. Mil y una vez he comido con él, y se lo he dicho, y en seguida he vuelto a cenar con él, nada más que para impedir que gaste tanto. Pero no quería escuchar

ningún consejo ni recibir ninguna advertencia, a pesar de mi visita. Todo hombre tiene su defecto y la liberalidad es el suyo. Se lo he dicho, pero jamás he podido corregirle.

VENTIDIO LE OFRECE UNA COPA DE VINO A FLAVIO.

VENTIDIO: Flavio, siempre te he tenido por alguien despierto. Esto es para ti.

FLAVIO: Su señoría es muy amable.

VENTIDIO: Avanza aquí, honrado Flavio. Tu amo es un magnífico caballero, pero tú eres listo y sabes muy bien, a pesar de tu visita, que no estamos en tiempo de que se preste dinero. Sobre todo, por pura amistad y sin garantía. Las deudas no se pagan con deudas. Aquí tienes tres sueldos para ti. Buen muchacho, suponte que no me has visto y di que no me has encontrado. Que te vaya bien.

FLAVIO: ¿Es posible que los hombres den la media vuelta hasta ese punto y que seamos las mismas gentes que éramos hace un momento? ¡Vuélvete, bajeza condenada, a quien te adora!

VENTIDIO: Escúchame, Flavio. Reconozco tu lealtad. Está bien. ¿Pero no te parece que este no es momento para dádivas? Podía haberse dirigido al señor Lucio, o a Lúculo, o a Sempronio.

FLAVIO: Todos ellos han sido probados y reconocidos por el vil metal. Porque todos se han negado.

VENTIDIO: ¡Cómo! ¿Se han negado? ¿Se han negado y te envía a mi casa? Mira cómo Timón muestra poco afecto y juicio. ¿Es que he de quedar yo para ser su último refugio? Mis amigos, como médicos, le han abandonado tres veces. ¿Debo emprender yo su cura? Me ha hecho un gran ultraje. Estoy irritado contra él, que debió saber mejor quién soy. No puedo comprender cómo no se ha dirigido a mí desde el principio, pues, en conciencia, fui yo el primero que recibió un presente suyo. ¿Tiene pues, ahora, tan mala opinión de mí para creer que soy el último que debe mostrársele reconocido? No, eso podría proporcionar a los otros un motivo de irrisión y hacerme pasar por un tonto entre los señores. Habría dado tres veces la suma porque se hubiera dirigido a mí, aunque no fuera más que en consideración a la forma de mi carácter. Habría mostrado el más grande ardor en servirle. Pero ahora puedes volverte

y juntar mi respuesta a las cobardes negativas de los demás: quien rebaje mi honor, no conocerá mi dinero.

VENTIDIO SE DA MEDIA VUELTA Y SE ALEJA.

FLAVIO: ¡Excelente! Su señoría es un canalla bajo la máscara de un hombre virtuoso. El diablo no sabía lo que hacía cuando forjó al hombre político. Se creó obstáculos a sí mismo. Y creo que, al fin, las perfidias del pillo del hombre le harán parecer blanco como la nieve. ¡Qué escrúpulos muestra este señor para embellecer la negrura de su alma! ¡Qué apariencias de virtudes toma para ser perverso! Se semeja a esas gentes que, bajo el pretexto de un celo ardoroso y cálido, prenderían fuego a los reinos. De igual naturaleza es su amistad política. Esta era la mejor esperanza de mi amo. Todos han huido, no quedan más que los dioses. Ahora sus amigos están muertos y sus puertas, que durante tantas prodigalidades no reconocieron jamás los cerrojos, servirán desde ahora para mantener en seguridad a su dueño. Y ahí está todo lo que, en fin de cuentas, una conducta liberal les produce. El que quiera guardar su fortuna, debe guardar su casa.

ESCENA 7

ESCENA SIN DIÁLOGO. EL ESCENARIO SE ILUMINA DE AZUL. TIMÓN ESTÁ AL CENTRO. LOS DEMÁS PERSONAJES TENDRÁN MÁSCARAS BLANCAS, NEUTRAS. MIENTRAS SUENA MÚSICA DE PESADILLA, APEMANTO, VENTIDIO Y FLAVIO (ESCONDIDOS TRAS LAS MÁSCARAS) LE COBRAN INSISTENTEMENTE A TIMÓN. ESTE LES PIDE UN POCO DE CLEMENCIA. LOS TRES LO RECHAZAN Y COMIENZAN A QUITARLE LOS MANTELES, LAS COPAS Y DEMÁS OBJETOS QUE DENOTAN LA OPULENCIA DE LA CASA. POR ÚLTIMO, TIMÓN LE IMPLORA COMPRENSIÓN A VENTIDIO, PERO ESTE SE DA MEDIA VUELTA Y SE ALEJA. TIMÓN QUEDA DE RODILLAS EN EL CENTRO DEL ESCENARIO. ACTO SEGUIDO, SE LEVANTA Y OBSERVA TODO A SU ALREDEDOR: SU CASA HA SIDO SAQUEDA. TIMÓN SE PASEA EN MEDIO DE LOS ESCOMBROS.

TIMÓN: ¡Cómol! ¿Es que mis puertas van a oponerse a que yo pase? ¿He sido siempre libre, y mi casa será ahora un adversario que me tenga cautivo, una prisión? ¿Es que la vivienda donde he dado mis fiestas va, como todo el género humano, a mostrarme un corazón de hierro?

FLAVIO: Señor: aquí están los documentos de sus deudas.

TIMÓN: Sírvete de ellos como de mazos para golpearme, hendirme hasta la cintura.

FLAVIO: ¡Ay, mi señor!

TIMÓN: Divide mi corazón en sumas de dinero.

FLAVIO: Aquí hay otra nota. Cincuenta talentos.

FLAVIO COMIENZA A RECOGER, DE LOS ESCOMBROS, DISTINTOS
FRAGMENTOS DE PAPEL QUE SIMULAN LOS PAGARÉS.

TIMÓN: Tómalos de mi sangre.

FLAVIO: Cinco mil coronas, señor.

TIMÓN: Reembólsalos con cinco mil gotas de mi sangre. ¡Desgárrenme, cójanme, y que los dioses caigan sobre todos los que me persiguen!

FLAVIO: Señor...

TIMÓN: ¿Es esto un sueño, Flavio?

FLAVIO: Estamos aquí, señor.

TIMÓN: Me han dejado sin aliento los miserables. ¿Acreedores? ¡Diablos!

FLAVIO: Mi querido señor...

TIMÓN: Pero... ¿Y si yo lo hiciera?

FLAVIO: Mi señor...

TIMÓN: Lo haré... ¡Intendente!

FLAVIO: Aquí, mi señor.

TIMÓN: ¿Tan fiel a la llamada? Ve, convida una vez más a todos mis amigos, Lucio, Lúculo, Sempronio, todos. Quiero tratar una vez más a esos bellacos.

FLAVIO: ¡Oh, mi señor! Hablas de ese modo en el desvarío de tu alma. No te queda lo bastante para costear los gastos de una comida modesta.

TIMÓN: No te inquietes por eso. Ve, invítalos a todos.

FLAVIO: Usted sabe que no vendrán.

TIMÓN: Entonces avísale a Ventidio. Dile que le tengo su dinero y que lo invito a cenar. Te aseguro que aparecerá. Deja que venga una vez más. Mi cocinero y yo nos encargaremos del resto.

TIMÓN VA HACIA UN LADO DEL ESCENARIO. SUBE MÚSICA DE TRANSICIÓN. FLAVIO VA HACIA EL FONDO Y OCUPA EL LUGAR DE VENTIDIO. VENTIDIO VA HACIA EL FRENTE. MIRA A TIMÓN. TIMÓN LE SONRÍE. MIENTRAS TANTO, FLAVIO IMPROVISA UNA MESA. AL CENTRO, UNA GRAN OLLA. TIMÓN Y VENTIDIO VAN A LA MESA Y SE SIENTAN FRENTE A FRENTE.

ESCENA 8

TIMÓN: Cada uno en su sitio, con el mismo apresuramiento con el que corriera a los labios de su querida. La comida será la misma. No imitemos esas escenas de ciudad, donde se dejan enfriar los platos, mientras se disputa a quién debe corresponder el primer puesto. Los dioses piden que les rindamos gracia... ¡Oh, grandes bienhechores, esparzan por nuestra sociedad la virtud del agradecimiento! Hagan que el festín sea más amado que el hombre que los da. Que cuantas veces se reúnan veinte personas, haya veinte bribones. Que cuando doce mujeres estén sentadas junto a la mesa, haya una docena de ellas que sean.... lo que son. En cuanto al resto de nuestros enemigos, ¡oh, dioses!, concédanle al Senado de Atenas y a la vulgar hez de su pueblo y a todos en conjunto el beneficio de sus propios vicios. Y con respecto a mi amigo Ventidio, aquí presente, como no es nada para mí... ¡No lo bendigan en nada, porque en nada es bienvenido! ¡Descubre los platos, perro, y bebe a lengüetadas!

VENTIDIO: ¿Quéquieres decir?

TIMÓN: ¡Agua y piedras! ¡Agua ardiente y piedras! He aquí el menú de mi último banquete. ¡Que nunca puedas ver mejor festín, amigo de labios para afuera! Humo y agua tibia: es esta tu perfecta imagen. Este es el último banquete de Timón que, cubierto y dorado por tus adulaciones, se lava así de

ellas y te rocía la cara con tus infamias humeantes. (LE ECHA EL AGUA AL ROSTRO) ¡Vive despreciado y por largo tiempo, parásito detestable, empalagoso, en perpetua sonrisa, cortés agente de la ruina, lobo afable, oso humilde, juguete de la fortuna, amigo de la cocina, mosca de la prosperidad, lacayo de gorra en mano y dobladas rodillas. ¡Que la infinita variedad de enfermedades del hombre y de la bestia te recubra de úlceras desde la cabeza a los pies! ¡Cómo! ¿Te marchas? ¡Espera, que voy a prestarte dinero y no a pedírtelo! (VENTIDIO HUYE) Que desde hoy no haya fiesta en que un villano no sea un invitado bienvenido. ¡Arde, casa! ¡Húndete, Atenas! ¡Y sé desde hoy odiada del individuo llamado Timón y de toda la humanidad!

TIMÓN DESTROZA, CON VIOLENCIA DESENFRENADA, TODO EL
ESCENARIO. LOS ESCOMBROS SE VUELVEN POLVO, MIENTRAS TIMÓN
AÚLLA Y LLORA. POR ÚLTIMO, SE RASGA LAS VESTIDURAS Y QUEDA
CUBIERTO POR ANDRAJOS. LOS OTROS TRES ACTORES SE PROTEGEN
DETRÁS DE LO QUE PUEDEN.

ESCENA 9

TIMÓN HA QUEDADO POR EL SUELO LUEGO DE DESTRUIR TODO
LO QUE LO RODEA.

SE ARRASTRA HACIA EL PROSCENIO, COMO UNA BESTIA HERIDA.
LO ACOMPAÑA MÚSICA MUY TRISTE.

TIMÓN: ¡Oh, bendito sol, dispensador de vida, extrae de la tierra la humedad podrida, impregna el aire bajo el orbe! A los hermanos gemelos de un mismo vientre, apenas distintos por concepción, morada y nacimiento: pruébalos con fortunas diferentes y que el mayor desprecie al menor. Que no pueda índole alguna, asediada por todas las plagas, soportar gran fortuna, como no sea menospreciando la naturaleza. Eleva a ese mendigo, despoja a este señor. Los senadores despreciarán el desprecio heredado, y los mendigos honores de nacimiento. Nada está en su nivel. Solo la recta infamia en nuestras mal-ditas naturalezas. Timón desdeña a sus semejantes. O sea, se desdeña a sí mismo. ¡Que la destrucción desgarre a la humanidad! Tierra, bríndame raíces. (CAVA) Y con el veneno más potente deleita el paladar de quien busque algo mejor de ti. (DE REPENTE, TIMÓN SE SORPRENDE AL ENCONTRAR ORO) ¿Qué hay aquí? ¿Oro? ¿Oro amarillo, reluciente, precioso? No, dioses, no soy devoto que ruegue en vano: ¡raíces, cielos cristalinos! Pues mucho de esto hará negro lo blanco, feo lo bello, mal lo correcto, bajo lo noble, viejo lo joven, cobarde lo valiente. ¡Ah, dioses! ¿Por qué esto? ¿Para qué, dioses?

Pues esto desplazará de tu camino a sacerdotes y servidores, y quitará la almohada de debajo de la cabeza de los hombres fuertes. Este esclavo amarillo unirá y partirá religiones, bendecirá a los malditos, hará que sea adorada la blancuzca lepra, y pondrá a los ladrones, con títulos, aprobación y reverencias, en los escaños entre los senadores. Es él quien casa de nuevo a la ajada viuda, quien perfuma y embalsama, cual para día de abril, a la que haría vomitar a los leprosos y las llagas. Vamos, maldita tierra, ramera vulgar de la humanidad que siembras la discordia entre las hordas de hombres, yo te haré actuar según tu naturaleza incierta. Estás vivo, pero te sepultaré. (ENTIERRA PARTE DEL ORO) Seguirás adelante, vigoroso ladrón, cuando tus gotosos guardianes ya no se tengan en pie.

EN ESE MOMENTO, APARECE APEMANTO. LO MIRA, COMO CONSTATANDO LO QUE ANTES HABÍA PRONOSTICADO. TIMÓN SE SIENTA EN EL SITIO QUE ANTES OCUPASE APEMANTO.

APEMANTO: Se me ha indicado dónde estabas. Las gentes pretenden que afectas mis maneras. Que te comportas a mi modo.

TIMÓN: Entonces, es simplemente porque no tienes perros que pueda imitar. ¡Que la consunción caiga sobre ti!

APEMANTO: Esa disposición no es en ti más que el resultado de una naturaleza afectada, una pobre melancolía sin virilidad, que ha surgido del cambio de fortuna. Tus aduladores continúan llevando la seda, bebiendo vino, durmiendo en buenos lechos. Acarician a sus queridas de perfumes perniciosos y han olvidado que haya existido nunca Timón. Sé entonces un adulador ahora y busca el modo de prosperar por los mismos medios que te han arruinado. Es más justo que llegues a ser canalla a tu vez. Si volvieres a ser rico, los canallas tendrían tu fortuna. No asumas mi semejanza.

TIMÓN: Si me asemejara a ti, me destruiría a mí mismo.

APEMANTO: Te has destruido semejándote, tú que fuiste tan largo tiempo un loco, ahora eres un tonto.

TIMÓN: Eres un payaso ¡Vete!

APEMANTO: Te quiero más ahora que nunca.

TIMÓN: Te odio mucho más yo.

APEMANTO: ¿Por qué?

TIMÓN: Adulas la miseria.

APEMANTO: Yo no te adulo. Apenas digo que eres un miserable.

TIMÓN: ¿Por qué vienes a buscarme?

APEMANTO: Para fastidiarte.

TIMÓN: Ese oficio es siempre el de un villano o de un loco. ¿Es que te agrada?

APEMANTO: Sí.

TIMÓN: Cuando no haya más ser viviente en el mundo que tú, serás bienvenido. Preferiría ser el perro de un mendigo, antes que Apemanto.

APEMANTO: Eres el superlativo de todos los idiotas vivientes.

TIMÓN: ¡Que no estés lo bastante limpio para escupirte!

APEMANTO: ¡Mala peste contigo! ¡No vales ni una maldición!

TIMÓN: Todos los granujas, comparados con tu persona, son inmaculados.

APEMANTO: ¡No hay más lepra que tus palabras!

TIMÓN: Cuando te nombro... Te pegaría, si no me infectara las manos.

APEMANTO: ¡Ojalá mi voz hiciera que cayesen podridas!

TIMÓN: ¡Afuera, vástago de perro sarnoso! La cólera me mata de pensar que puedes vivir. Me desmayo de verte.

APEMANTO: Ojalá revientes.

TIMÓN: ¡Afuera, fastidioso canalla! ¡Me aflige perder una piedra arrojándotela!

APEMANTO SE ALEJA. PERMANECE TIMÓN EN PRIMER PLANO.

ESCENA 10

TIMÓN SE DIRIGE AL PROSCENIO.

TIMÓN: ¡Déjame que te mire todavía! ¡Húndete, muralla, y no protejas más tierra! ¡Matronas, vuélvanse impudicas! ¡Padres, abandonen a sus hijos! ¡Esclavos y payasos, arranquen de sus asientos a los graves senadores de arrugas venerables y gobiernen en su lugar! ¡Banqueros en quiebra, manténganse firmes, y antes que pagar sus deudas, saquen sus cuchillos y corten las gargantas de sus prestamistas! ¡Criados de confianza, roben! ¡Sus sesudos amos son unos ladrones de mangas anchas que saquean con la autoridad de la ley! ¡Corran a los lupanares públicos, jóvenes vírgenes, y háganlo a la vista de sus padres! ¡Sirvienta, entra en el lecho de tu amo! Tu ama pertenece al burdel. ¡Niño de dieciséis años, despoja al viejo cojitrano de tu padre de su muleta forrada y sírvete de ella para saltarle los sesos! ¡Que la piedad, el temor, la Justicia, la verdad, el respeto de la familia, el descanso de las noches, las relaciones de vecindad, la instrucción y los modales, los cultos, los oficios, las jerarquías, las tradiciones, las costumbres y las leyes se desvien en las contrarias anarquías y reine la confusión! ¡Plagas que atacan a la Humanidad, amontonen sus contagios potentes e infecciosos sobre Atenas, madura para sus pestes! ¡Fría ciática, tulle a nuestros senadores a fin de que sus piernas cojeen tan fuertemente como cojean sus costumbres! ¡Licencia y lubricidad, deslicen en las almas y en las médulas de nuestros jóvenes, con objeto que puedan luchar contra la ola de virtud y ahogarse en el libertinaje! ¡Sarnas, úlceras, riéguense sobre todos los senos atenienses y lleven a ellos la siembra de una lepra general! ¡Que el aliento infecte el aliento, para que su sociedad como su amistad no sea más que veneno! No me llevaré nada tuyo, sino la desnudez, ciudad detestable. Que pese también sobre ti con mil y mil maldiciones. Timón se va a los bosques, donde encontrará a la más salvaje de las bestias, más tierna que el género humano. Escúchenme, dioses: confundan a los hombres dentro y fuera de la ciudad. ¡Y concedan a Timón el don para que se incremente cada vez más su odio hacia la especie humana toda, grandes y pequeños, a medida que avance en edad! Amén.

EPÍLOGO

LAS SILUETAS DE LOS CUATRO ACTORES COMIENZAN A TOMAR LA POSICIÓN INICIAL. MIRAN AL PÚBLICO, ENTRE TRISTES Y DESAFIANTES. POCO A POCO, LOS ACTORES COMIENZAN A

DESPOJARSE DE SUS TRAJES DE ÉPOCA Y, MIENTRAS LO HACEN,
INTERPRETAN SUS ÚLTIMOS TEXTOS.

APEMANTO: ¿Qué quisieras mandar a la tierra?

TIMÓN: A ti, en un torbellino. Si quieres, cuéntales que tengo oro. Mira si tengo.

APEMANTO: Aquí el oro no sirve de nada.

TIMÓN: Sirve más y es más leal. Aquí duerme y no hace daño.

VENTIDIO: ¿Dónde pasas la noche, Timón?

TIMÓN: Bajo lo que está sobre mí. ¿Dónde comes de día, Flavio?

FLAVIO: Donde encuentre comida mi estómago. O más bien, donde como. Mi querido señor, bendito para ser el más maldito. Rico solo en desgracias: tu gran fortuna es ahora tu gran pena. Ay, buen señor. No te preocunes. Mientras yo tenga oro, seré tu mayordomo.

TIMÓN: ¡Que el veneno fuera obediente y supiera mi deseo!

VENTIDIO: ¿A dónde lo enviarías?

TIMÓN: A sazonar los platos de los hombres.

APEMANTO: Nunca has conocido el punto medio de la humanidad. Solo los dos extremos. Cuando estabas entre oropeles y perfumes, se burlaban de ti, por ser demasiado elegante. Ahora, en harapos, nada tienes, y te desprecian por lo contrario. Aquí tienes un níspero. Cómetelo.

TIMÓN: No me alimento con lo que odio.

APEMANTO: ¿Odias los nísperos?

TIMÓN: Sí. Porque se parecen a ti.

APEMANTO: Y si desde antes hubieras odiado a los entrometidos, ahora te amarías mejor a ti mismo. ¿Has conocido a alguien pródigo, amado por sus propios recursos?

TIMÓN: ¿De quién, sin esos recursos de que hablas, supiste alguna vez que lo amaran?

APEMANTO: De mí mismo.

TIMÓN: Te comprendo. Tienes medios suficientes para mantener a un perro.

APEMANTO: ¿Qué cosas del mundo se parecen más a tus aduladores?

TIMÓN: Se parecen más las mujeres. Pero los hombres... Los hombres son la adulación misma. ¿Qué harías tú con el mundo, Apemanto, si estuviera en tu poder?

APEMANTO: Dárselo a las bestias, para que se libren de los hombres.

TIMÓN: ¿Y te dejarías caer en la destrucción de los hombres, para ser una bestia entre las bestias?

APEMANTO: Sí, Timón.

TIMÓN: Bestial ambición. Ojalá los dioses te la concedan. Si fueras un león, el zorro te engañaría. Si fueras cordero, el zorro te comería. Si fueras el zorro, sospecharía de ti el león cuando el asno te acusara por azar. Si fueras el asno, tu torpeza te atormentaría, y solo seguirías siendo desayuno del lobo. Si fueras el lobo, te acongojaría tu avidez, y con frecuencia tendrías que arriesgar tu vida por la cena. Si fueras el unicornio, te destruirían el orgullo y la ira, y harían de tu propio ser la conquista de tu furia. Si fueras un oso, te mataría el caballo. Si fueras un caballo, el leopardo te avasallaría. Si fueras un leopardo, serías pariente cercano del león, y las manchas de tu allegado serían los jueces de tu vida. Tu seguridad dependería toda de que te alejaras, tu defensa de que te ausentaras. ¿Qué bestia podrías ser, que no dependiera de otra bestia? ¡Y qué bestia eres ya, si no ves lo que perderías al transformarte!

FLAVIO: ¿Y qué, si fuera yo mujer? ¿Tienes también algo contra ellas?

TIMÓN: Sigue siendo puta. No te aman quienes te usan. Da enfermedades a quienes te dejan su lujuria.

VENTIDIO: ¿Todavía tienes oro?

TIMÓN: Suficiente para que una puta abjure de su oficio y para hacer pudiente a una alcahueta. Mantengan siempre sus delantales arriba, rameras. No pueden jurar, aunque sé que jurarán. Jurarán terriblemente hasta dar temblores y escalofríos a los dioses que las oigan. Prescindan de jurar. Confío en su oficio. Sigan siendo putas. Y con aquel cuyo piadoso aliento trate de convertirlas, sean putas firmes, sedúzcanlo, quémenlo. Hagan prevalecer su fuego enfermo sobre el humo sano y no cambien de ropa. Pero que los seis meses de dolores sean para ustedes muy diferentes. Y les reparen el techo de las calvas molleras con despojos de los muertos (nada importa que algunos de ellos hayan sido ahorcados). Úsenlos. Engañen con ellos. Putas siempre. Píntense hasta que un caballo pueda hundirse en el lodo de sus caras. ¡Y que caiga la peste en sus arrugas!

FLAVIO: Bueno, más oro. ¿Y ahora? Créenos. Por oro, haremos lo que sea.

TIMÓN: Putas: consuman hasta ahuecarlos los huesos de los hombres. Quiébrenles las canillas y embótenles las espuelas. Hagan que se quiebre la voz del abogado y así no pueda alzar falsas demandas, ni pronunciar sus equívocos chillones. Ulceren al sacerdote falso que impreca contra los placeres de la carne. Abajo las narices. Que queden desnarigados. Arrebaten el caballete a quien husmea el interés general para provecho propio. Vuelvan calvo al rufián de cabellos crespos. Y hagan sufrir al ileso fanfarrón de la guerra. Inféstens los a todos. Y que sus acciones derroten y sequen la fuente de toda erección. Más oro, vean. ¡Condenen a los demás y que el oro las condene a ustedes! ¡Y la zanja sea tumba de todos!

LA LUZ VA DESAPARECIENDO. EN MEDIO DE UNA DÉBIL
PENUMBRA, TIMÓN LANZA SUS ÚLTIMAS PALABRAS.

TIMÓN: Me enferma este mundo falso. Y de cuanto produjo solo amé lo necesario. Por eso, Timón, prepara ya tu tumba. Yace donde la leve espuma del mar pueda golpear tu lápida a diario: haz tu epitafio para que yo en la muerte pueda reírme de las vidas de los otros. (MIRANDO EL ORO) ¡Oh, tú, dulce regicida y precioso divorcio entre el hijo natural y el padre, brillante corruptor del más puro lecho de Himeneo, valiente Marte, galante siempre joven, fresco, amado y delicado, cuyo resplandor derive la nieve sagrada en el regazo de Diana! ¡Tú, Dios visible, que sueltas estrechamente los contrarios y hacen que se besen, que hablas en todas las lenguas y con cualquier objeto! ¡Oh, piedra de toque de los corazones, piensa que tus esclavos, los hombres, se rebelan, y haz con tu poder que se enfrenten y se inmolen para que en el mundo imperen las bestias!

LOS ACTORES PERMANECEN ESTÁTICOS, SILUETEADOS.
SUBE MÚSICA SINIESTRA. OSCURIDAD TOTAL.

Bogotá, 1988 – 2008

Esta obra se estrenó con estudiantes de actuación de la Escuela Nacional de Arte Dramático de Bogotá, en el Teatro Libre del Centro, bajo la dirección de su autor. Fue puesta en escena de nuevo, en el año 2008, con estudiantes de actuación del programa de Artes Escénicas de la Facultad de Artes ASAB, dirigido igualmente por su autor.

Nuestro pueblo

Versión libre de la obra *Our Town* de Thornton Wilder

Para Fernando Montes y sus fantasmas.

In Memoriam Manuela Ortiz.

La obra está concebida para ser representada por diez actores-narradores. Cada uno de ellos representará, a su vez, los siguientes

PERSONAJES

El Doctor Montenegro

La Señora Julia Montenegro

Jorge Montenegro

El Señor Carlos Cruz

La Señora Yolanda de Cruz

Emilia Cruz

Juan

El hermano de Juan

El Profesor Villa

Luis, el lechero

El Profesor Andrés

La Señora Lucía Pérez

El Policía

El Señor Cuevas

Samuel

Personas del público

Otros muertos

ACTO PRIMERO: LA VIDA COTIDIANA

Espacio vacío. El público, al llegar, ve un escenario a media luz, con distintos objetos dispuestos sin ningún orden. Los actores entran y empiezan a organizar los elementos necesarios para la historia que van a contar. Cuando las luces de la sala se apagan, los actores terminan de arreglar el escenario y observan cómo acaba de llegar el público. Cuando la sala está completamente a oscuras, los actores se dirigen a los espectadores.

PRESENTACIÓN

ACTOR 1: La obra que verán a continuación se llama *Nuestro pueblo*. Fue escrita originalmente por Thornton Wilder, pero nos hemos permitido hacer algunas variaciones, ya entenderán ustedes por qué. La adaptación es de Sandro Romero Rey y la puesta en escena de Fernando Montes. En ella verán ustedes a los estudiantes de quinto año de actuación de la ASAB. El nombre del pueblo no vamos a revelarlo, pero, de acuerdo con algunas pistas, no creo que les sea muy difícil intuirlo.

ACTOR 2: El primer acto muestra un día en nuestro pueblo. Es el siete de mayo de un año cualquiera. Justo antes del amanecer. (*Canta un gallo.*) En el cielo están empezando a aparecer algunos brochazos de luz, aquí al Este, detrás de las montañas. El lucero de la mañana siempre se ve brillante en el minuto antes de tener que marcharse. (*Lo contempla un momento y luego se va hacia el fondo del escenario.*) Aquí... (*Señala un camino al centro del escenario.*) ...está la calle Mayor. Allá abajo está la antigua estación del ferrocarril. Aquí y allá encontrarán varias iglesias. La iglesia principal está al otro lado de la vía abandonada del tren. Allí están la alcaldía y el correo. La cárcel está en el sótano. Los políticos de turno alguna vez pronunciaron un discurso desde esos escalones. Aquí, a este lado, hay unas cuantas tiendas. El primer automóvil lo traerá el banquero, nuestro ciudadano más rico.

ACTOR 3: Allí está la plaza de mercado, y aquí la tienda. La mayor parte de los habitantes del pueblo se las arregla para asomarse a estos dos lugares por lo menos una vez al día. La escuela pública, allí. La escuela superior, un poco más lejos. Todas las tardes, a las tres en punto, el pueblo puede oír los gritos que salen de los patios de las escuelas.

ACTOR 4: Esta es la casa de nuestro médico. Esta es la puerta trasera. (*Organizan el espacio con objetos improvisados.*) Aquí hay algunos decorados para los que creen que tiene que haber decorados. Aquí hay un huerto. (*Cruza la escena.*) En estos días, nuestro periódico sale dos veces a la semana. Lindo pueblo, ya se imaginarán ustedes lo que quiero decir. Nadie muy notable salió nunca de aquí..., al menos que sepamos. Las lápidas del cementerio cada día aumentan más pronto de compañía.

ACTOR 5: (*Interrumpiendo.*) Bien: como veníamos diciendo, en contados instantes va a amanecer. Las únicas luces que hay en el pueblo están en una casita, al otro lado de la vía del tren, donde una madre llora la muerte de sus hijos. (*Pausa incómoda. Cambia de tema.*) Naturalmente, en el campo..., por

ahí..., hace ya tiempo que tendrán las luces encendidas. Tienen que ordeñar y hacer cosas de ese tipo. Pero aquí, en el pueblo, la gente duerme hasta más tarde. Así es que ha empezado otro día. Ahí viene el doctor por la calle Mayor. Vuelve de asistir a esa mujer que perdió a sus hijos. Y aquí está su esposa bajando la escalera para preparar el desayuno. El doctor murió hace varios años. El hospital nuevo lleva su nombre. Su esposa murió antes que él... hace mucho tiempo. Ya entenderán las razones. Allá arriba está, en el cementerio..., entre una mezcolanza de apellidos. En nuestro pueblo nos gusta saber los detalles de las vidas ajenas... Ya está aquí el doctor. Y ahí viene Juan, hijo, repartiendo el periódico.

EL PUEBLO DESPIERTA

El Doctor Montenegro ha recorrido la calle Mayor. En el punto en que debiera dar la vuelta para acercarse a su casa, se detiene, se quita el sombrero y, cansado, se enjuga el rostro con un enorme pañuelo azul. La esposa del doctor ha entrado en su cocina, y hace los movimientos de echar leña a un fogón, de encender la lumbre y de preparar el desayuno. De pronto Juan, hijo, baja por la calle Mayor corriendo; viene por la derecha, arrojando periódicos imaginarios al pasar por las imaginarias puertas de las casas.

JUAN: Buenos días, doctor.

DOCTOR: Buenos días, Juan.

JUAN: ¿Hay algún enfermo, doctor?

DOCTOR: Una mujer perdió a sus dos hijos. Lo terrible es que la vida sigue.

JUAN: ¿Quiere el periódico ahora?

DOCTOR: Sí. ¿Ha ocurrido algo serio en el mundo?

JUAN: Sí, señor. La maestra de mi escuela se va a casar.

DOCTOR: ¿De verdad? ¿Y qué piensan los alumnos?

JUAN: Bueno, no es mi problema. Pero me parece que cuando una persona se decide a ser maestra, debiera seguir siéndolo.

DOCTOR: ¿Qué tal tu rodilla?

JUAN: Bien. Siempre me avisa cuándo va a llover.

DOCTOR: Y hoy, ¿qué te dice? ¿Lloverá?

JUAN: No, señor.

DOCTOR: ¿Seguro?

JUAN: Sí, señor.

DOCTOR: ¿La rodilla no se equivoca nunca?

JUAN: No, señor. (*Sale. El Doctor se queda leyendo el periódico.*)

ACTOR 6: Es preciso saber algo sobre este muchacho. Juan fue alguien muy brillante. Le fue muy bien en el colegio y se ganó una beca para estudiar en la capital. Pero la guerra se le atravesó en el camino y lo mataron antes de partir. (*Pausa incómoda.*) Ahí viene el lechero. (*Luis pasa por delante del Doctor, llega al centro del escenario, deja algunas botellas de leche junto a la puerta de la casa de la Señora Cruz, y cruza el escenario para acercarse a la puerta trasera de la Señora Montenegro.*)

LUIS: ¡Buenos días, doctor!

DOCTOR: Buenos días, Luis.

LUIS: ¿Hay alguien enfermo?

DOCTOR: Mataron a dos muchachos.

LUIS: ¡Dos más! Nos vamos a quedar solos.

DOCTOR: ¿Va a llover hoy?

LUIS: No, señor, no. Hermoso día, pero caliente. (*Llega a la puerta de la Señora Montenegro, que lo está esperando.*)

SEÑORA MONTENEGRO: Buenos días, Luis.

LUIS: Buenas, señora Montenegro. El doctor está ahí, en la calle.

SEÑORA MONTENEGRO: ¿Verdad? Me parece que hoy llegas tarde.

LUIS: Sí; no sé qué ha pasado con los embudos. (*Vuelve a la calle Mayor y sale por la derecha. El Doctor llega a su casa y entra.*)

SEÑORA MONTENEGRO: ¿Cómo te fue?

DOCTOR: Por desgracia, esto ya se está convirtiendo en una rutina.

SEÑORA MONTENEGRO: El desayuno va a estar listo dentro de un minuto. Siéntate y ve tomando el café. ¡Muchachos, arriba! Ya es hora de levantarse... ¡Jorge! ¡Rebeca!... ¿Podrás tomarte un par de horas de descanso hasta mañana? Digo yo...

DOCTOR: La señora Vélez va a venir a las once. Parece que lleva varios días sin dormir. Me imagino lo que tiene.

SEÑORA MONTENEGRO: Y tú vas a seguir sus pasos. No vas a poder dormir ni una hora. ¡Lo que me gustaría que pudieses marcharte a cualquier parte y descansar un poco! (*Corte a:*)

SEÑORA CRUZ: ¡Emilia! ¡Ya es hora de levantarse! ¡Son las siete! (*Corte a:*)

SEÑORA MONTENEGRO: Mira... Tienes que hablar con Jorge. Algo le pasa desde hace algún tiempo. No me ayuda en nada.

DOCTOR: ¿Te contesta mal?

SEÑORA MONTENEGRO: No. No hace más que rezongar. No piensa más que en el fútbol... ¡Jorge! ¡Rebeca! ¡Van a llegar tarde!

DOCTOR: ¡Jorge, por favor!

LA VOZ DE JORGE: Ya voy, papá.

DOCTOR: ¿No oyes que tu mamá te está llamando? (*Corte a:*)

SEÑORA CRUZ: ¡Emilia! ¡Vas a llegar tarde a la escuela! ¡Lávate como Dios manda!

Suena el silbato de una fábrica. Los jóvenes entran y ocupan sus puestos respectivos en las mesas para tomar el desayuno: a la derecha, Jorge, de dieciséis. A la izquierda, Emilia, de la misma edad. Ambos llevan libros para el colegio.

ACTOR 7: Tenemos una fábrica en el pueblo... ¿No han oído? Los dueños están ganando con ella una fortuna.

SEÑORA CRUZ: Concéntrate en el desayuno, Emilia. Lo sabes lo mismo que yo... Mientras se está comiendo no se lee. Prefiero que mis hijos estén sanos a que sean inteligentes.

EMILIA: Yo soy las dos cosas, mamá. De sobra lo sabes: soy la más inteligente de la clase y, para mi edad, tengo una memoria prodigiosa.

SEÑORA CRUZ: ¡Come y calla! (Corte a:)

SEÑORA MONTENEGRO: En cuanto tu padre descance, tengo que hablarle de ti. Me parece que lo que te da a la semana es mucho para un muchacho de tu edad. No sé en qué te lo gastas.

JORGE: ¡Ay, mamá! Tengo que comprar muchísimas cosas.

SEÑORA MONTENEGRO: Helados de fresa. En eso te lo gastas.

Se oye sonar la campana de la escuela.

JORGE Y EMILIA: ¡La campana! ¡Tengo que apurarme!... No quiero comer más...

SEÑORA CRUZ: Vayan rápido, pero no necesitan correr.

JORGE Y EMILIA: ¡Adiós!

Jorge y Emilia se reúnen en el centro de la escena y suben a la calle Mayor. Desaparecen por la izquierda.

LAS SEÑORAS CONVERSAN

La Señora Montenegro se llena el delantal con comida para las gallinas y se acerca a las candilejas.

SEÑORA MONTENEGRO: ¡Pi, pi, pi!... ¡No, tu vete!... ¡Pi, pi, pi!... ¿Qué te pasa?... ¿Van a pelear?... ¡Ah, tú no eres mío! ¿De dónde has venido? (Sacude el delantal.) ¡No te asustes! Nadie te va a hacer daño... (La señora Cruz está desgranando maíz.)

SEÑORA MONTENEGRO: ¡Buenos días! ¿Cómo va tu resfriado?

SEÑORA CRUZ: Mejor. Pero no sé si podrá ir esta noche al coro.

SEÑORA MONTENEGRO: Ve de todas maneras al ensayo y prueba si puedes cantar.

SEÑORA CRUZ: He decidido sembrar la huerta, aunque me cueste la vida sacarla adelante. Los niños dicen que la odian, pero ya la querrán en el futuro. (Pausa.)

SEÑORA MONTENEGRO: Tengo que decirte una cosa, porque si no se lo cuento a alguien, estallo.

SEÑORA CRUZ: ¿Qué pasa?

SEÑORA MONTENEGRO: Déjame ayudarte. Oye: ¿vino a tu casa, el viernes, uno de esos compradores que compran muebles de segunda mano?

SEÑORA CRUZ: No. ¿Por qué?

SEÑORA MONTENEGRO: Porque en mi casa estuvo. Primero, creí que era un enfermo que venía a consultar a mi marido. Pero se metió en la sala y..., ¡no lo vas a creer!..., me ofreció una fortuna por ese mueble alto que heredamos de la abuela.

SEÑORA CRUZ: ¡Pero, Julia!...

SEÑORA MONTENEGRO: ¡Como lo oyes! ¡Ese trasto viejo! No sabía dónde ponerlo y estuve a punto de regalárselo a mi primo.

SEÑORA CRUZ: Se lo vas a vender, ¿no?

SEÑORA MONTENEGRO: No lo sé.

SEÑORA CRUZ: ¡No lo sabes, y es una fortuna! ¿Estás loca?

SEÑORA MONTENEGRO: Si pudiera conseguir que mi marido aceptara la plata y la gastara en que hiciéramos un viaje a cualquier parte, sí que lo vendería. Desde que estaba chiquita estoy pensando en lo que me gustaría ir a Estados Unidos...

SEÑORA CRUZ: ¿Y qué piensa el doctor?

SEÑORA MONTENEGRO: Pues verás... Lo he tanteado un poco diciéndole que si salgo favorecida con la herencia... lo obligaría a que me llevara a cualquier parte.

SEÑORA CRUZ: ¿Y qué te ha dicho?

SEÑORA MONTENEGRO: Ya sabes cómo es. Desde que lo conozco, no le he oído hablar en serio ni una sola vez. Dice que no, que a lo mejor, que si vamos a dar vueltas por los Estados Unidos, ya no me va a gustar nuestro pueblo. Dice que más vale que dejemos Estados Unidos en paz. Él, cada dos años, hace un viaje a la capital, y dice que con eso hay bastante distracción para cualquiera. (*Pausa*.)

SEÑORA CRUZ: Bueno, si ese comprador es hombre serio y lo quiere, ¡vénedelo, Julia! ¡Y en cuanto tengas la plata, te vas a Miami!

SEÑORA MONTENEGRO: ¡Ay, siento haberlo dicho! Pero es que me parece que, al menos una vez en la vida, antes de morirse, debería uno ver un país donde no hablen ni piensen en español... (*El Actor 8 las interrumpe:*)

LA LECCIÓN DE HISTORIA

ACTOR 8: Está bien. Es suficiente. Muchas gracias, señoras. (*Las dos señoras recogen sus cosas, vuelven cada una a su casa y desaparecen.*) Ahora, vamos a saltar unas cuantas horas del día. Pero antes quiero que sepan algo más acerca del pueblo. Así es que le pedí al profesor Villa que venga aquí y esboce unos cuantos detalles de nuestra pasada historia. (*El profesor Villa, un sabio rural con lentes, entra por la derecha con unas hojas en la mano.*) Les presento al profesor Villa. Gracias, profesor. Por desgracia, el tiempo en el teatro es limitado.

PROFESOR VILLA: Este pueblo está asentado sobre el viejo granito arqueozoico de la cordillera. Puedo decir que es uno de los terrenos más antiguos del mundo. De lo cual estamos muy orgullosos. Crúzalo una faja de basalto

devoniano con vestigios de esquistomesozoico y algunas afloraciones o crestones de arenisca, pero todo esto es más reciente, de hace unos doscientos a trescientos millones de años. Se han encontrado algunos fósiles altamente interesantes... a dos kilómetros de este pueblo. Pueden verse no muy lejos, a cualquier hora. ¿Desean ustedes saber las condiciones meteorológicas?

ACTOR 9: Si no es mucha molestia.

PROFESOR VILLA: La temperatura anual oscila entre los dieciocho y los veinticinco grados.

ACTOR 1: Gracias, señor profesor. ¿Tiene usted alguna nota sobre la historia humana de nuestra vida?

PROFESOR VILLA: Sí... Datos antropológicos: tronco amerindiano primitivo; tribus desaparecidas... No hay evidencia antes del siglo décimo de nuestra era... Ahora han desaparecido por completo... Huellas posibles en tres familias. Migración, hacia fines del siglo diecisiete, de tronco español braquicéfalo con ojos oscuros... en su mayor parte. Desde entonces, algún influjo de tipos orientales, mediterráneos y negroides.

ACTOR 2: ¿Cuántos habitantes, profesor Villa?

PROFESOR VILLA: Dentro de los límites del pueblo: dos mil seiscientos cuarenta. El Municipio agrega otros quinientos siete. La natalidad y la mortalidad son constantes.

ACTOR 3: Muchísimas gracias, profesor.

PROFESOR VILLA: De nada, de nada.

ACTOR 4: Por aquí, profesor, y gracias otra vez. (*Sale el profesor Villa.*)

LAS PREGUNTAS DEL PÚBLICO

ACTOR 4: (Continúa.) Ahora, el informe político y social. El señor director de nuestro periódico local... ¡Señor Cruz! (*La Señora Cruz aparece en la puerta trasera de su casa.*)

SEÑORA CRUZ: Estará aquí dentro de un minuto... Se cortó en una mano al pelar una manzana.

ACTOR 5: Muchas gracias, Señora Cruz.

SEÑORA CRUZ: ¡Carlos! ¡Todo el mundo está esperando! (*Sale la Señora Cruz.*)

ACTOR 6: Como saben ustedes, el señor Cruz es el editor-director de nuestro periódico... (*El Señor Cruz sale de su casa poniéndose la chaqueta. Trae la mano vendada con un pañuelo.*)

SEÑOR CRUZ: No necesito decirles que estamos dirigidos por un consejo de hombres selectos... Todos los varones votan desde la edad de 18 años. Las mujeres tienen voto indirecto. Somos clase media baja, salpicada con unos cuantos profesionales... Un alto porcentaje de campesinos, analfabetos. Políticamente somos: un ochenta y seis por ciento, conservadores; un seis por ciento, liberales; un cuatro por ciento, comunistas; el resto, indiferentes. En religión, el ochenta y cinco por ciento, católicos; el doce por ciento, protestantes; el resto, indiferentes. ¿Desean ustedes las estadísticas de la pobreza y la locura?

ACTOR 7: Gracias. No. ¿Quiere usted hacer un comentario?

SEÑOR CRUZ: Pueblo muy corriente, ya que ustedes lo preguntan. Un poco mejor comportado que la mayoría. Probablemente un poco más aburrido. Pero nuestra juventud parece tenerle cariño.

ACTOR 8: Muchas gracias, señor Cruz. Ahora, ¿hay alguien en el público que quiera preguntar algo acerca de nuestro pueblo?

UNA MUJER DEL PÚBLICO: ¿Se bebe mucho en su pueblo?

SEÑOR CRUZ: Señora, a decir verdad, no sé a qué llamará usted mucho. Los sábados por la noche, los campesinos se reúnen y se alebrestan un poco. No creo que sea frecuente encontrar en las casas una botella de alcohol, excepto la que guardan en el botiquín. Se dice que es muy bueno contra las mordeduras de serpiente.

EL HOMBRE ALTO: ¿No hay nadie en este pueblo que se dé cuenta de la injusticia social y de la desigualdad industrial?

SEÑOR CRUZ: Pero, claro. ¡De eso se da cuenta todo el mundo!... Es algo terrible. En este pueblo se pasan la mayor parte del tiempo hablando de quién es rico y quién es pobre.

EL HOMBRE ALTO: ¿Y por qué no hacen nada para remediarlo?

SEÑOR CRUZ: Como usted podrá ver, aquí estamos todos dispuestos a escuchar a cualquiera que pueda sugerirnos un medio de conseguir que los que trabajan y tienen sentido práctico triunfen y que los vagos se hundan. Mientras eso se logra, procuramos cuidar a los que no pueden valerse por sí mismos. Y a los que son capaces de arreglárselas solitos, los dejamos en paz... ¿Hay alguien más que quiera hacer preguntas?

UNA SEÑORA (*Entre el público*): ¡Señor Cruz!... ¿Hay en su pueblo cultura, o amor a la belleza?

SEÑOR CRUZ: Pues..., a decir verdad, señora, no mucho, en el sentido en que usted lo entiende.

LA SEÑORA DEL PÚBLICO: Lo que me figuraba. Muchas gracias, señor Cruz.

ACTOR 9: ¡Está bien, está bien! Gracias a todos. (*El Señor Cruz se retira*.) Ahora volvemos al pueblo. Son las tres de la tarde. Ha pasado la hora del almuerzo. El Doctor está en su despacho dando golpecitos en el pecho a sus clientes. El señor Cruz se dedica a sus asuntos. Vuelven los niños de la escuela.

LAS CURIOSIDADES DE EMILIA

Jorge Montenegro viene por la Calle Mayor jugando con un balón. Al ver a Emilia interrumpe el juego.

JORGE MONTE NEGRO: (*Tímido*.) Hola, Emilia.

EMILIA: Hola.

JORGE MONTE NEGRO: Me gustó la exposición que hiciste.

EMILIA: Sí... Me trasnoché preparándola.

JORGE MONTE NEGRO: Es curioso. Desde mi ventana, alcanzo a ver tu cabeza por las noches cuando estás haciendo tus tareas.

EMILIA: ¡Ah!, ¿sí?

JORGE MONTE NEGRO: Eres muy aplicada.

EMILIA: No es que me guste. Es que me toca. Y no me importa. Ayuda a que pase el tiempo.

JORGE MONTENEGRO: Podríamos inventar una especie de teléfono desde mi ventana hasta la tuya, y, de cuando en cuando, me podrías dar una ayudita en alguno de esos problemas de álgebra.

EMILIA: Una ayudita, de pronto. Si me necesitas, silbas.

JORGE MONTENEGRO: Emilia, creo que eres más que inteligente.

EMILIA: Supongo que cada uno nace como nace.

JORGE: Claro. Pero, ya ves. Quiero ser agricultor, como mi tío. Y mi tío Lucas dice que cuando crea que estoy preparado, puedo ir a trabajar a su propia finca, y si sirvo, me puedo ir quedando con ella.

EMILIA: ¿Quieres decir con la finca? (*Entra la Señora Cruz.*)

JORGE MONTENEGRO: Sí... Bueno, Emilia, gracias... Tengo que ir a entrenar fútbol. Gracias por la conversación. Buenas, Señora Cruz.

SEÑORA CRUZ: Buenas tardes, Jorge.

JORGE: Hasta luego, Emilia.

EMILIA: Hasta luego, Jorge.

SEÑORA CRUZ: (*A Emilia.*) Ven a ayudarme con el maíz. Mucha conversación has tenido con Jorge Montenegro. Ya va creciendo. ¿Cuántos años tendrá?

EMILIA: No lo sé.

SEÑORA CRUZ: A ver. Debe de estar por cumplir los dieciséis.

EMILIA: Mamá, hoy me fue muy bien en la exposición.

SEÑORA CRUZ: Tienes que contarle a tu papá. ¿Sobre qué era?

EMILIA: Sobre la Independencia. ¡Voy a pasarme la vida haciendo discursos! (*Pausa.*) Mamá, ¿me vas a contestar una pregunta?

SEÑORA CRUZ: Claro que sí.

EMILIA: Mamá, ¿soy bonita?

SEÑORA CRUZ: Se te puede mirar. Todos mis hijos son bellos. Me daría pena si no lo fueran.

EMILIA: Mamá, no es eso. Lo que quiero decir es: «¿soy bonita?»

SEÑORA CRUZ: Ya te lo he dicho. Sí. Tienes la belleza de la juventud. Y deja de preocuparte por esas cosas.

EMILIA: ¡Ay, mamá! Nunca nos dices la verdad de nada.

SEÑORA CRUZ: Te estoy diciendo la verdad.

EMILIA: Mamá, ¿tú eras bonita?

SEÑORA CRUZ: Sí que lo era, sí. Era la más bonita del pueblo, después de María Helena Monsalve.

EMILIA: Pero quiero que me digas algo. ¿Soy lo bastante bonita... para que cualquiera..., para que la gente se interese por mí?

SEÑORA CRUZ: Hija, me cansas. Acaba de una vez. Eres lo bastante bonita para todas las cosas normales. Vamos adentro y tráete la olla.

EMILIA: No le ayudas a una en nada.

LOS ACTORES MIRAN EL PUEBLO DESDE EL FUTURO

ACTOR 1: ¡Gracias! Ya es suficiente. Aquí tenemos que interrumpir de nuevo. Gracias, Señora Cruz. Gracias, Emilia (*La Señora Cruz y Emilia desaparecen.*) Nos quedan otras cosas que explorar en este pueblo. Esta vez vamos a proceder de otro modo; vamos a mirarlo hacia atrás, desde el futuro. No les voy a decir lo que les sucedió a estas dos familias. Lo iremos viendo poco a poco. Pero el resto de la obra nos hablará de ellas. Ahora hablaremos de algunos otros. Por ejemplo, de Juan, hijo, el repartidor del periódico. Juan era un muchacho inteligente. Se graduó con magníficas notas y se ganó una beca para irse a la capital. Pero comenzaron las matanzas y murió en el fuego cruzado. ¡Toda esa educación para nada! Luis sigue repartiendo la leche en el

pueblo. Ya está viejo, y tiene quien le ayude en su trabajo, pero aún lo hace. Dice que así sigue sintiendo al pueblo. Lleva las cuentas en la cabeza. Nunca ha escrito ni una sola palabra. La tienda del señor García no es lo que era. Se ha convertido en una "Miscelánea". El señor García se retiró y se fue a vivir a la Costa, donde su hija se casó con un vendedor de fincas. El señor García murió allí y lo enterraron en la playa. Casi se olvidó de su pueblo y se dedicó a otros asuntos.

ACTOR 2: Los ricos del pueblo siguieron haciéndose cada día más ricos. Ellos están fuera, dándose banquetes en hoteles... y en las playas de Miami. Con las ganancias han empezado a hacer un edificio. Lamento decir que tuvieron que ir a la Capital para conseguir los materiales para la construcción. Allí le preguntaron a un amigo mío qué tenían que poner en la primera piedra para que la excavasen dentro de mil años. Naturalmente, van a poner un ejemplar del periódico local. Es muy interesante, porque algunos científicos han inventado un método de pintar todo el material de lectura con una técnica especial..., que lo conservará mil años, no, dos mil. También vamos a poner una Biblia y la Nueva Constitución. ¿Qué les parece, muchachos? Ya saben que Babilonia en otro tiempo tenía dos millones de habitantes, y todo lo que sabemos de ellos es los nombres de los reyes y algunos ejemplares de contratos de venta de trigo y de... ventas de esclavos. Sí; todas las noches todas aquellas familias se sentaban a cenar y el padre volvía a casa de su trabajo, y salía el humo de la chimenea..., lo mismo que aquí. Y hasta de Grecia y Roma, todo lo que sabemos de la vida real de la gente es lo que podemos ir sacando a pedazos de los poemas en broma y de las comedias que escribieron para el teatro. Así es que voy a hacer que metan un ejemplar de esta comedia en la primera piedra, para que la gente, dentro de dos mil años, pueda saber unos cuantos hechos sencillos acerca de nosotros... Algo más que la Biblia o la Nueva Constitución. ¿Comprenden lo que quiero decir?

ACTOR 3: Han de saber, quienes viven dentro de dos mil años, que en nuestro pueblo la gente, a pesar de todo, comía tres veces al día: un poco después del amanecer, a mediodía y al ponerse el sol. Cada séptimo día, por ley y religión, era de descanso y todo el trabajo se detenía. La religión en aquel tiempo era el cristianismo. El arreglo doméstico era el matrimonio, una relación entre un varón y una hembra que duraba toda la vida. El cristianismo prohíbe formalmente matar, pero estaba permitido matar a los animales y también matar a seres humanos en la guerra y en castigo de crímenes a los gobiernos. Pero, igual, la gente terminaba matándose por cualquier otra razón. Veamos si falta algo. ¡Ah, sí! Al que moría se le enterraba, lo mismo que ahora. De modo, amigos, que así nos criábamos y así crecíamos, y así nos casábamos

y así nos curábamos, así vivíamos y así nos moríamos. Y ahora volvamos a nuestros días en Nuestro Pueblo. Ha transcurrido bastante tiempo. Cae la tarde. Pueden ustedes oír el coro que está ensayando en la Iglesia. Todos los muchachos están en sus casas haciendo sus tareas. El día se arrastra como un reloj cansado. (Un coro, medio oculto en el lugar que suele ocupar la orquesta, ha empezado a cantar. El profesor Andrés está de pie, dirigiendo a los cantores. En el escenario se han colocado un par de escaleras de mano. Sirven para indicar los segundos pisos de las casas de los Montenegro y de los Cruz. Jorge y Emilia trepan por ellas y emprenden sus trabajos escolares. El doctor Montenegro ha vuelto a casa y está sentado en su cocina, leyendo.)

LA NOCHE EN NUESTRO PUEBLO

EL PROFESOR ANDRÉS: ¡Atención todos! La música vino al mundo para proporcionar placer. ¡Más suave, más suave! Que se les quite de la cabeza que la música no es buena si no hace mucho ruido. Dejen el ruido para la música moderna. Aunque quieran, en eso de hacer ruido no pueden vencerla. Otra vez. ¡Tenores!

JORGE: (Silba, y luego dice) ¡Emilia!

EMILIA: ¡Hola!

JORGE: ¡Hola!

EMILIA: No puedo trabajar. La luna está horrible.

JORGE: ¿Has resuelto ya el tercer problema?

EMILIA: ¿Cuál?

JORGE: El tercero.

EMILIA: Sí..., es el más fácil de todos.

JORGE: Yo no lo entiendo... Emilia..., ¿quieres darme una ayudita?

EMILIA: Te diré una cosa: la respuesta es en yardas.

JORGE: ¡En yardas! ¿Cómo así?

EMILIA: En yardas cuadradas.

JORGE: ¡Ah!... En yardas cuadradas.

EMILIA: Sí... Pero ¿no lo entiendes?

JORGE: Sí, más o menos.

EMILIA: En yardas cuadradas.

JORGE: ¡Ah, sí! Ahora lo entiendo. Un montón de gracias, Emilia.

EMILIA: De nada. ¡Qué terrible está la luna! Y el coro que sigue ensayando... ¡Me parece que conteniendo el aliento se podría oír el ruido de los buses de aquí a la capital! ¿No los oyés?

JORGE: Me encanta que sepas de todo...

EMILIA: ¿Hacemos las tareas?

JORGE: Buenas noches, Emilia. Y gracias.

EMILIA: Buenas noches, Jorge.

PROFESOR ANDRÉS: Antes que se me olvide: ¿cuántos pueden venir el jueves por la tarde para cantar en el matrimonio? Los que puedan que levanten la mano. Está bien. Estará muy bien. Cantaremos lo mismo que cantamos el mes pasado en el matrimonio de la señorita Laverde. Ahora vamos a ensayar la otra partitura.

DOCTOR: Jorge, ¿puedes bajar un momento?

JORGE: Sí, papá. (*Baja la escalerilla.*)

DOCTOR: Siéntate. No te voy a quitar más de un minuto. Jorge: ¿Quéquieres hacer cuando termines el colegio?

JORGE: Quiero ser agricultor. En la granja del tío Lucas.

DOCTOR: Es decir, que estás dispuesto a levantarte temprano a cumplir con las labores del campo...

JORGE: Claro que sí. ¿Qué quiere usted?... Quiero decir, ¿qué quiere usted decir, papá?

DOCTOR: Pues... verás. Esta mañana, estando en mi despacho, oí un sonido raro... Era tu mamá, partiendo leña con el hacha. Sí, hijo, sí; tu mamá, que se levanta al amanecer; que se pasa el día cocinando; que lava, que plancha..., y que, por si fuera poco, tiene que ir a partir la leña. Supongo que está aburrida de pedirte a ti que la partes. Ha decidido que es más fácil partirla ella. Y tú comes lo que ella cocina, y te pones la ropa que ella lava y plancha y cose para ti, y tú echas a correr para ir a jugar fútbol. Como si ella fuera una empleada que contratamos, pero a la que no le tenemos demasiado cariño. ¿Entiendes lo que te quiero decir? Bueno, de sobra sé que es suficiente con que te llame la atención sobre este asunto.

JORGE: Lo siento, papá.

DOCTOR: Piénsalo. (*Cambiando de tema.*) No sé qué le habrá ocurrido a tu mamá esta noche. El ensayo del coro nunca dura tanto.

JORGE: No son más que las ocho y media.

DOCTOR: No sé qué va a hacer en ese coro. Tiene menos voz que un cuervo viejo... Vagando por las calles a estas horas... Ya es hora de que te vayas a dormir, ¿no?

JORGE: Sí, papá. (*Jorge vuelve a su puesto en la escalera. Se oyen risas y «buenas noches» en el escenario, y la Señora Montenegro, la Señora Pérez y la Señora Cruz bajan la calle Mayor. Cuando llegan al centro de la escena, se detienen.*)

SEÑORA PÉREZ: Buenas noches, Marta.

SEÑORA CRUZ: Se lo diré a mi marido. De seguro quiere ponerlo en el periódico.

SEÑORA MONTENEGRO: ¡Es tardísimo!

SEÑORA PÉREZ: Buenas noches a todas.

SEÑORA MONTENEGRO: Estuvo muy bien el ensayo, ¿verdad? ¡Mira qué luna! Buen tiempo para la cosecha, seguro.

SEÑORA PÉREZ: No he querido decirlo delante de los demás, pero ahora que estamos solas..., la verdad..., es un escándalo que no se puede seguir tolerando.

SEÑORA MONTENEGRO: ¿Qué escándalo?

SEÑORA PÉREZ: ¡El profesor Andrés!

SEÑORA MONTENEGRO: ¡Oh, no! ¡Por favor!

SEÑORA PÉREZ: Tener año tras año en la iglesia un organista borracho. ¡Esta noche, de sobra sabes que lo estaba!

SEÑORA MONTENEGRO: ¡No digas! Todos conocemos al profesor Andrés, todas sabemos las desdichas que le han caído encima, y el doctor Ruiz está más enterado que nadie, y si él lo conserva en su puesto, lo mejor que podemos hacer es no darnos por enteradas.

SEÑORA PÉREZ: Pero ¡si está cada día peor!

SEÑORA CRUZ: No, Lucía, no es cierto. Va mejorando. Yo llevo en el coro el doble de tiempo que tú. Ahora no le ocurre tan a menudo... ¡Ay, siento tener que irme a la cama en una noche como esta!... Me voy. Emilia debe estar despierta. Buenas noches. (*Atraviesa corriendo el escenario y desaparece.*)

SEÑORA PÉREZ: ¿Te atreves a volver sola a casa? ¿No es peligroso?

SEÑORA MONTENEGRO: La noche está clara. Veo a mi marido en la ventana. Los hombres se ponen como si volviéramos de un baile.

(Se despiden. La Señora Montenegro llega a su casa.)

SEÑORA MONTENEGRO: Pasamos muy bien.

DOCTOR: Así parece, por lo tarde que vuelves.

SEÑORA MONTENEGRO: No es más tarde que de costumbre.

DOCTOR: La noche no está como para chismear en la calle.

SEÑORA MONTENEGRO: No digas bobadas. Más bien sal y hueles mis heliotropos a la luz de la luna. (*Pasean un poco del brazo a lo largo de las*

candilejas.) ¿No huelen a gloria?... Y tú, ¿qué anduviste haciendo mientras yo estuve fuera?

DOCTOR: La señora Gómez cierra todas las noches la puerta de su casa con cerrojo. Todos los que viven en su barrio lo hacen.

SEÑORA MONTENEGRO: Parecen de la capital. No tienen nada digno de robarse.

DOCTOR: En este pueblo no solo se roban las cosas.

(El Actor 4 se acerca al proscenio.)

ACTOR 4: Las nueve y media. La mayor parte de las luces se han apagado. Por allí anda la policía, probando a ver si han cerrado las puertas en la calle Mayor. Y aquí viene el señor director Cruz, a acostarse después de haber puesto a punto su periódico.

SEÑOR CRUZ: Buenas noches, Pedro.

ACTOR 4: Buenas noches, señor Cruz.

SEÑOR CRUZ: ¡Hermosa luna!

UN POLICÍA: Sí.

SEÑOR CRUZ: ¿Todo en paz esta noche?

POLICÍA: Parece que todo está en calma. Solo el profesor Andrés anda por ahí, vagando. Ahí viene... (El profesor Andrés baja la calle Mayor, viniendo de la izquierda, tambaleándose.)

SEÑOR CRUZ: Buenas noches, Andrés... Parece que el pueblo se ha decidido a pasar una noche tranquila... (Andrés se acerca y se detiene un momento.) Sí, ya casi todo el mundo se ha ido a acostar. Me parece que usted debiera hacer lo mismo. ¿Puedo acompañarlo a su casa? (El profesor Andrés sigue su camino sin pronunciar palabra. Desaparece.) Buenas noches.

EL POLICÍA: ¡No sé en qué va a parar esto, señor Cruz!

SEÑOR CRUZ: Nadie sabe en qué va a parar todo esto. Esperemos que esta noche siga en calma. Buenas noches.

EL POLICÍA: Buenas noches, señor Cruz. (*Sale.*)

SEÑOR CRUZ: ¿Quién anda por ahí?

EMILIA: Soy yo.

SEÑOR CRUZ: ¿Por qué no estás en la cama?

EMILIA: No lo sé. No puedo dormir. ¡Está la luna tan maravillosa! ¡Y cómo huelen los heliotropos de los Montenegro! ¿No lo notas, papá?

SEÑOR CRUZ: Sí. ¿Qué preocupaciones tienes en esa cabecita?

EMILIA: ¿Preocupaciones? Ninguna.

SEÑOR CRUZ: Bueno. Como quieras. Pero ¡que no te pesque tu mamá despierta! Buenas noches.

EMILIA: Buenas noches, papá. (*El Señor Cruz entra en su casa, silbando la melodía del Coro, y desaparece. Emilia se comunica por el “teléfono” con Jorge Montenegro.*)

EMILIA: ¿Nunca te hablé de una carta que Juanita Pachón recibió de un cura cuando estuvo enferma? El cura del pueblo, en el que vivía antes de venir aquí, le escribió una carta y en el sobre puso estas señas: «Juana Pachón. Finca de los Pachón. Nuestro Pueblo.»

JORGE: ¿Eso te parece extraño?

EMILIA: Espera, que no he terminado: «País: Colombia. Continente: América del Sur. Hemisferio: Occidental. Planeta: la Tierra. Sistema solar. El Universo. La mente de Dios...» Eso es lo que decía el sobre.

JORGE: Y seguro que la carta no le llegó. (*Jorge y Emilia se miran sonrientes de ventana a ventana. Suena un disparo lejano. Ambos se atemorizan y apagan la luz.*)

ACTOR 5: Este es el fin del primer acto, amigos. Ahora pueden salir a fumar. Si les gusta. De lo contrario, esperen un instante.

ACTO SEGUNDO: AMOR Y MATRIMONIO

Los actores organizan una nueva disposición del espacio. Al terminar, se dirigen al público.

LOS ACTORES VUELVEN A PRESENTARSE

ACTOR 6: Han pasado tres años. Sí, ha salido el sol más de mil veces. El paso del tiempo ha desgastado las montañas un poco y las lluvias han arrastrado parte del polvo. Algunos niños, que aún no habían nacido, ahora ya construyen frases correctas. Y muchas personas que se creían jóvenes han notado que no pueden subir a toda prisa las escaleras sin que el corazón se les altere un poco. Todo esto bien puede ocurrir en el transcurso de mil días. La Naturaleza también ha ido empujando y haciendo de las suyas en otros asuntos: unos cuantos jóvenes se han enamorado y se han casado. Ha pasado mucha agua por el molino, y aquí se pusieron las tejas de una nueva morada.

ACTOR 7: La mayoría de la gente se casa...., ¿ustedes me entienden? En nuestro pueblo hay muy pocas excepciones. La mayoría de las gentes van a la tumba casados. El acto primero se titulaba «La vida cotidiana». Este, que es el segundo, se titula «Amor y matrimonio». Habrá otro después de este. Supongo que pueden imaginar de qué se va a tratar. Bien. Han pasado tres años. Precisamente el tiempo en que la mayoría de nuestros jóvenes dan el salto y se casan. Parece que, de pronto, se sienten preparados para el matrimonio.

ACTOR 8: Es por la mañana temprano. Pero esta vez ha estado lloviendo. Lloviendo a cántaros y tronando. Los huertos de la Señora Montenegro y de la Señora Cruz, aquí y aquí, están encharcados. Todas las siembras se han inundado. Todo el día de ayer, en la calle Mayor, la lluvia parecía una cortina que alguien se estuviese divirtiendo en sacudir. En cualquier momento puede soltarse de nuevo el diluvio. Aquí viene Luis, el lechero. (*El hermano de Juan y Luis hacen las mismas acciones del primer acto.*) Y ahí está el hermano de Juan, repartiendo los periódicos, lo mismo que hacía antes su hermano... (*La Señora Montenegro y la Señora Cruz se dirigen a sus respectivas cocinas y comienzan el día, al igual que en el primer acto.*)

ACTOR 9: Ese día, la Señora Montenegro y la Señora Cruz bajan a preparar los desayunos como si fuese un día cualquiera. No tengo para qué explicar a

las mujeres que hay en el público que estas señoras que tienen delante..., sí, estas dos señoras.... llevan, una veinte años, y otra cuarenta, preparando tres comidas al día..., y sin vacaciones. Cada una ha traído hijos al mundo. Han lavado, han limpiado la casa..., y nunca han sufrido una crisis de nervios. Ni han pensado que la suerte las ha tratado mal. Es que, como dijo algún poeta: «para triunfar en la vida hay que amar la vida, y para amar la vida hay que vivirla...». Es lo que se llama un círculo vicioso.

PREPARATIVOS DE LA BODA

El Doctor baja en mangas de camisa y se sienta en la mesa para desayunar.

DOCTOR: Bueno, mi señora, llegó el día.

SEÑORA MONTENEGRO: ¡No digas ni una palabra más! Cada minuto que pasa, ¡me entran unas ganas de llorar! Tómate el café.

DOCTOR: El novio se está afeitando. Silba y canta como si se alegrara de dejarnos. De cuando en cuando le dice al espejo: «¡Yo me las arreglaré!» Pero no me parece que esté muy convencido...

SEÑORA MONTENEGRO: No sé cómo se las va a arreglar solo. Ya le he preparado toda la ropa. ¡Dios, son demasiado jóvenes! A Emilia no se le ocurre pensar en esas cosas. Dentro de una semana se muere de un resfriado... Aquí tienes una cosita que he hecho para ti.

DOCTOR MONTENEGRO: Pero, Julia, ¿te pusiste a hacer tortillas?

SEÑORA MONTENEGRO: ¡No cuesta nada hacerlas! En un día como hoy, tenía que inventarme algo.

DOCTOR: Julia..., recuerdo la mañana de mi boda...

SEÑORA MONTENEGRO: No empieces a hablar de eso. Ya te he dicho que no voy a poder contenerme.

DOCTOR: No había un muchacho con más miedo que yo en todo el pueblo. Pensaba que de seguro había cometido un error. ¡Y cuando te vi atravesando la iglesia, pensé que eras la muchacha más bonita que había visto y hasta entonces no me había dado cuenta! Pero estabas en la iglesia y me iba a casar con una desconocida.

SEÑORA MONTENEGRO: ¡Pues si te figuraras lo que yo sentía!... Las bodas solo traen problemas. Las bodas son una farsa.

(El Doctor come en silencio.)

DOCTOR: ¿Qué tal dormiste anoche?

SEÑORA MONTENEGRO: Me pasé oyendo los golpes de las horas.

DOCTOR: Yo también. Estaba desconcertado, pensando en que Jorge se va a volver padre de familia. No hay nada más terrible en el mundo que un hijo. La relación entre un padre y un hijo es...

SEÑORA MONTENEGRO: Bueno, la relación entre mamá e hija no es que sea precisamente una fiesta.

DOCTOR: Cada cual tiene derecho a fabricarse sus problemas.

SEÑORA MONTENEGRO: Todo el mundo quiere justificar su vida en pareja. Debe ser el pánico de quedarse solos. (Pausa.)

DOCTOR: (Sonriendo.) ¿Sabes qué me daba miedo del matrimonio?

SEÑORA MONTENEGRO: Ay, por favor. No empieces.

DOCTOR: Tenía miedo de que se nos acabara el tema de conversación a la semana. Tenía miedo de que pasáramos nuestras comidas en silencio. Veinte años rumiando los mismos temas.

SEÑORA MONTENEGRO: “Llueve, no llueve”. Siempre habrá algo de qué hablar. (Pausa. Jorge baja, haciendo mucho ruido.)

JORGE: ¡Buenos días a todos! Solo me quedan cinco horas de vida. (Hace un ademán de cortarse el cuello.)

SEÑORA MONTENEGRO: ¿Adónde vas?

JORGE: Voy a cruzar la calle para ver a mi novia.

SEÑORA MONTENEGRO: Llévate un paraguas o no vuelvo a abrirte.

JORGE: Pero, mamá, ¡si estamos a un paso!

SEÑORA MONTENEGRO: Desde mañana puedes matarte. Pero mientras estés en mi casa, haces lo que yo te diga.

JORGE: Pero...

DOCTOR: Jorge, haz lo que te dice tu mamá.

SEÑORA MONTENEGRO: Tal vez la señora Cruz no esté acostumbrada a recibir visitas a esta hora. Toma antes un café.

JORGE: Estoy de vuelta dentro de un minuto. (*Cruza el escenario, saltando sobre los charcos.*) ¡Buenos días, mamá Cruz!

SEÑORA CRUZ: ¡Válgame Dios! Me has dado un susto. Bueno, Jorge, puedes quedarte en la puerta, para que no te mojes. Pero ya sabes que no puedo dejarte entrar en casa.

JORGE: ¿Por qué no?

SEÑORA CRUZ: Lo sabes tan bien como yo. El novio no puede ver a la novia el día de la boda hasta que la encuentra en la iglesia.

JORGE: Eso no es más que una superstición. (*Entra el Señor Cruz.*)

SEÑOR CRUZ: Buenos días, Jorge.

JORGE: Señor Cruz, usted no cree en supersticiones, ¿verdad?

SEÑOR CRUZ: En algunas supersticiones hay mucho sentido común.

SEÑORA CRUZ: Y millones de gentes las creen, y no quiero que sea este día el primero en que vayamos contra la costumbre.

JORGE: ¿Cómo está Emilia?

SEÑORA CRUZ: Aún no se ha despertado.

JORGE: ¡Emilia está dormida!

SEÑORA CRUZ: No te asombres. Estuvimos levantadas hasta no sé qué hora... cosiendo y empacando. Te diré lo que voy a hacer. Tú te sientas aquí un minuto con mi marido y te tomas esta taza de café, y yo subo para que a ella no se le ocurra bajar y te vea por sorpresa. (*Sale la Señora Cruz. Silencio un tanto forzado.*)

SEÑOR CRUZ: ¿Cómo va ese ánimo?

JORGE: Muy bien. (*Pausa.*) ¿Qué sentido común puede haber en semejante superstición?

SEÑOR CRUZ: En realidad... La mañana de su boda, la novia..., digo yo..., debe estar hecha un desastre ¿No te parece?

JORGE: Claro... Nunca se me había ocurrido.

SEÑOR CRUZ: Una muchacha debe estar muy nerviosa el día de su matrimonio. (*Pausa.*)

JORGE: Me gustaría que pudiera uno casarse sin tanto misterio.

SEÑOR CRUZ: A todo hombre en el mundo que se ha casado le ha pasado lo mismo. Pero nunca sirve de nada. Las mujeres son las que se inventaron el matrimonio. Por lo cual lo han arreglado a su gusto. Todas estas buenas señoritas se apoyan unas a otras para estar seguras de que el nudo se ata del modo más público posible.

JORGE: Pero ¿usted..., usted es partidario...?

SEÑOR CRUZ: ¿Del matrimonio? Sí. No vayas a figurarte lo que no existe. El matrimonio es algo maravilloso. ¡Y no lo olvides nunca!

JORGE: ¡No, señor!... Señor Cruz..., ¿qué edad tenía usted cuando se casó?

SEÑOR CRUZ: Pues... Había ido al colegio, y me había tomado un poco de tiempo para organizarme. Pero mi mujer... no era mayor de lo que es ahora Emilia. La edad no tiene mucha importancia...comparada con otras cosas.

JORGE: ¿Qué es lo que iba usted a decir, señor Cruz?

SEÑOR CRUZ: Pues... no lo sé... ¿Iba yo a decir algo? (Pausa.) Jorge, la otra noche estuve pensando en algunos consejos que me dio mi papá cuando me casé. Me dijo: «Carlos, empieza desde el primer día a demostrar quién es el amo. Lo mejor que puedes hacer es dar una orden, aunque no haga falta. Solo para que aprenda que tiene que obedecer.» Y también me dijo: «Si hay algo en tu mujer que te molesta..., por ejemplo, su conversación o cualquier otra cosa, no lo demuestres..., no hagas más que levantarte y marcharte de casa. Ella se dará cuenta.» ¡Ah, sí! Otra cosa me dijo: «¡Carlos, que tu mujer no sepa nunca, pero nunca jamás, cuánto dinero tienes!»

JORGE: La verdad, señor Cruz, creo que no podré...

SEÑOR CRUZ: Claro. Yo hice lo contrario de lo que mi papá me aconsejó, y he sido muy feliz. Y que esto te sirva de lección. Nunca pidas consejo en cuestiones personales. (Pausa.) ¿Piensas criar gallinas?

JORGE: Al tío Lucas no le interesan mucho, pero a mí me parece...

SEÑOR CRUZ: El otro día llegó a mi oficina un libro sobre un sistema de criar pollos. Me gustaría que lo leyeseis. (*Entra la Señora Cruz.*)

SEÑORA CRUZ: ¡Ay, Carlos, ya estás volviendo a hablar de los pollos! Creí que estaban hablando de cosas más importantes.

SEÑOR CRUZ: Si tú quieres dar al muchacho algún buen consejo, subo a mi cuarto para que te quedes a solas con él.

SEÑORA CRUZ: Lo siento, Jorge, pero tengo que decirte que te marches para que pueda bajar Emilia a desayunar. Me ha dicho que te diga que te quiere mucho, pero que no quiere ni mirarte. De modo que adiós. (*Jorge cruza a su propia casa y desaparece.*)

SEÑOR CRUZ: Me imagino que no conocías esta nueva regla.

SEÑORA CRUZ: ¿Cuál?

SEÑOR CRUZ: Es una que viene de la época de las cavernas: al novio no se lo puede dejar a solas con su futuro suegro. ¡Que no se te olvide!

CÓMO EMPIEZAN ESTAS COSAS

ACTOR 10: Gracias. Gracias a todos. Aquí tenemos que interrumpir una vez más. Ustedes comprenden: necesitamos saber cómo comenzó todo esto..., esta boda, este plan de pasar toda una vida juntos. Nos interesa entender cómo empiezan estas cosas. Dense cuenta: tiene uno veintiún años y toma ciertas decisiones. Luego, cuando menos uno lo piensa, ya tiene setenta. Ha sido uno abogado durante medio siglo, y esa señora con el pelo blanco que tiene uno al lado ha comido con uno más de cincuenta mil veces.

ACTOR 1: ¿Cómo empiezan cosas como estas? Jorge y Emilia van a dejarles escuchar la conversación que tuvieron cuando por primera vez se dieron cuenta de que..., como se acostumbra decir..., habían nacido el uno para el otro. Pero antes queremos que intenten recordar cómo era la vida cuando eran más jóvenes, cuando tenían quince o dieciséis años. Por no sé qué razón, es muy difícil recordarlo. Aquellos días en que las cosas más pequeñas de la vida eran tan excitantes que no podíamos evitarlas. Y, particularmente, los días en que se enamoraron por primera vez, cuando eran como un personaje de un sueño y no veían la calle por donde caminaban, y casi no oían lo que alguien les decía. Estaban algo trastornados... ¿Quieren hacernos el favor de recordarlo?...

ACTOR 2: Ahora están saliendo del colegio a las tres de la tarde. Acaban de elegir a Jorge vicepresidente del consejo estudiantil. Y, como estamos en junio, eso quiere decir que el semestre que viene será presidente. Y a Emilia la han elegido secretaria y tesorera. No hace falta que les diga la importancia que tiene el acontecimiento. (*Pone un tablón sobre los respaldos de dos sillas, paralelo a las candilejas, y detrás coloca dos sillas. Es el mostrador de la tienda del señor García.*) ¡Listo! (*Emilia lleva un inmenso e imaginario montón de libros. Viene por la izquierda de la calle Mayor. Jorge, que también lleva un montón de libros, se empareja con ella.*)

JORGE: ¿Puedo llevarte los libros hasta tu casa?

EMILIA: (*Fríamente.*) Gracias. (*Le entrega los libros.*)

JORGE: Emilia, ¿estás enojada conmigo?

EMILIA: No. No estoy enojada contigo.

JORGE: Me.... me tratas de un modo tan raro...

EMILIA: Bueno...., más valdrá que te lo diga de una vez. No me gusta cómo has cambiado este último año. Hace un año te tenía bastante cariño. Y acostumbraba atender todo lo que hacías..., porque..., porque llevábamos tanto tiempo de ser amigos. Pero luego empezaste a gastar todo el tiempo en el fútbol, y ya no te dignabas hablar con nadie, ni siquiera con tu familia... Y, Jorge, la verdad, te has puesto tan presumido y tan importante...; todas mis amigas lo dicen. Puede que no te lo digan en tu cara, pero lo dicen cuando no las oyes, y a mí me duele oírlo, pero tengo que comprender que tienen un poco de razón. Siento molestarte..., pero no lamento habértelo dicho.

JORGE: Yo.... estoy contento de que me lo hayas dicho. No me había dado cuenta. Por lo visto, es difícil que un individuo no tenga algún defecto. (*Da unos cuantos pasos en silencio; luego se detiene, muy triste.*)

EMILIA: Siempre espero que un hombre sea perfecto y crea que está obligado a serlo.

JORGE: No creo posible que nadie sea perfecto, Emilia.

EMILIA: Pues mi papá lo es, y, por lo que salta a la vista, también lo es el tuyo. No veo la razón por la cual tú no puedes serlo.

JORGE: Está bien..., pero a mí me parece que es todo lo contrario. Los hombres no son naturalmente buenos. Las mujeres, sí. Como lo son tú y tu mamá y la mía.

EMILIA: Yo tampoco soy perfecta. Para una muchacha, la perfección no es tan fácil como para un hombre. Porque las muchachas somos más nerviosas... Bueno..., siento lo que te he dicho; no sé qué es lo que me empujó a decírtelo.

JORGE: Si te parece que es verdad, claro que tenías que decírmelo. ¿No quieres tomar algo antes de irte a tu casa?

EMILIA: Bueno, gracias. (*Entran en la tienda y se sientan en las sillas.*)

ACTOR 3: (*Como si fuese el Señor García.*) ¡Hola, Jorge! ¡Hola, Emilia! ¿Qué van a tomar? ¿Qué pasa, Emilia? ¿Has estado llorando?

JORGE: (Que se apresura a dar una explicación.) Es que... acaba de llevarse un susto tremendo. Casi la atropella un carro fantasma.

ACTOR 3: Te ves muy asustada. ¿Qué quieres tomar?

EMILIA: Una gaseosa. Gracias, señor García.

JORGE: No, no. Tómate conmigo algo más fuerte.

ACTOR 3: (Haciendo ademán de servir.) Siempre se los estoy diciendo: es preciso mirar a los dos lados antes de cruzar la calle Mayor. Cada año está peor. El inspector del gobierno estuvo ayer aquí. Y ahora que van a traer a patrullar al ejército, lo mejor que se puede hacer es quedarse en la casa. Aún recuerdo los tiempos en que un perro podía pasarse el día entero tumbado en mitad de la calle Mayor y no venía nadie a estorbarle... Sí, señorita. (Sale.)

EMILIA: (A media voz.) Todo es tan caro...

JORGE: No..., no pienses en eso. Estamos de fiesta. Primero, celebrando nuestra elección. Y luego, ¿sabes qué otra cosa estamos celebrando?

EMILIA: No.

JORGE: Yo estoy celebrando el tener una amiga que me dice todo lo que no me dicen los demás.

EMILIA: Jorge, hazme el favor de no pensar en eso. No sé por qué te lo he dicho. No es verdad. Eres...

JORGE: No, no. Tienes razón. Me gusta que me hayas hablado como lo has hecho. Pero vas a ver Hoy mismo voy a cambiar. Apuesto cualquier cosa a que voy a cambiar. Emilia, te voy a pedir un favor.

EMILIA: ¿Qué?

JORGE: Emilia, si el año que viene me voy a la universidad ¿me escribirás una carta de cuando en cuando?

EMILIA: Claro que sí, Jorge. (Pausa.) Me parece que, si estás fuera de aquí cuatro años seguidos, se te van a olvidar muchas cosas.

JORGE: ¡No, no! ¡De ninguna manera! Me voy para poder volver con más conocimientos. De modo que tus cartas serán muy importantes. Ya sabes, me tendrás que contar todo lo que pasa en el pueblo...

EMILIA: De todos modos, cuatro años es muchísimo tiempo. Puede que, después de todo, las cartas que recibas de aquí no te resulten tan interesantes en cuanto haya pasado el tiempo. Este pueblo no es un lugar muy importante, si se lo compara con el resto del país. Aunque a mí me parece un pueblo muy rico.

JORGE: No llegará el día en que no quiera saber todo lo que está sucediendo aquí. Eso te lo aseguro, Emilia.

EMILIA: Voy a tratar que mis cartas sean interesantes. (*Pausa.*)

JORGE: ¿Sabes?... Cada vez que me encuentro con un campesino le pregunto si cree que es muy importante ir a la universidad para poder trabajar la tierra.

EMILIA: ¿Y qué dicen?

JORGE: Pues que sí..., aunque algunos dicen que es perder el tiempo. Que lo mismo puede uno aprender todas las cosas necesarias en los folletos que manda el Gobierno. Y el tío Lucas se está poniendo viejo. Si yo quisiera, mañana mismo me encargaría de la finca. Si yo quisiera.

EMILIA: ¿De veras?

JORGE: Y como dices tú..., estar fuera de aquí tanto tiempo..., en otros sitios..., tratando con otra gente... Si algo va a pasar, no quiero irme. No sé por qué pienso que las gentes de ahora no son tan buenas como las de antes. Casi apostaría a que no lo son, Emilia... Ahora que lo pienso, habiendo encontrado una amiga tan buena como tú, no necesito ir a buscar gentes nuevas en otros pueblos.

EMILIA: Pero, Jorge, tal vez sea muy importante para ti ir a aprender sobre el ganado y los terrenos y todas esas cosas.

JORGE: (*Después de una pausa.*) Emilia, he tomado la decisión. No me voy. Esta misma noche se lo digo a mi papá.

EMILIA: No sé por qué lo has de decidir ahora mismo. Aún tienes un año por delante.

JORGE: Escucha Emilia: te voy a decir por qué no me voy a la universidad. Creo que cuando uno ha encontrado una persona a la que le tiene mucho cariño..., quiero decir una persona que también le tiene a uno cariño... que, por lo menos, se interesa por el carácter de uno...., pues me parece que eso es tan importante como la universidad, y puede que aún más. Esa es mi opinión.

EMILIA: Sí...; a mí también me parece que tiene su importancia.

JORGE: Emilia...

EMILIA: Jorge...

JORGE: Emilia, si mejoroy cambio... muchísimo..., ¿me...? Quiero decir, ¿será qué...?

EMILIA: Sí... Claro... ahora mismo..., quiero decir..., desde siempre.

JORGE: (*Después de una pausa.*) Me parece que esta conversación es bastante importante.

EMILIA: Claro que sí.

JORGE: (*Respira profundo y se pone muy derecho.*) Espérame un minuto, y te acompañó hasta tu casa. (*Se levanta y se dirige hacia el Actor 3, que se acerca a él.*) Señor García, tengo que ir a mi casa a buscar dinero para pagarle. Vengo dentro de un minuto.

ACTOR 3: ¿Cómo? Quieres decir que... ¡No!...

JORGE: Sí...; pero tenía mis razones, señor García. Mire..., aquí está mi reloj de oro. Quédese con él hasta que yo vuelva con mi plata.

ACTOR 3: Está bien. No necesito el reloj. Me fío de ti.

JORGE: Vuelvo dentro de cinco minutos.

ACTOR 3: Te fío hasta diez años. Pero ni un día más... ¿Se te pasó el susto, Emilia?

EMILIA: Sí, señor. Gracias. No era nada.

JORGE: (Recogiendo los libros del mostrador.) Estoy listo.

Atraviesan el escenario en grave silencio, dan la vuelta, pasan bajo el espaldar de la puerta trasera de la casa de los Cruz y desaparecen.

EL MATRIMONIO

ACTOR 4: Gracias, Emilia. Gracias, Jorge. Ahora, antes de ir a la boda, podemos suponer cómo lo tomaron los padres. Pero, sobre todo, quiero saber..., pueden imaginarse lo que quiero decir...; quiero saber lo que un pueblo como este, en la situación en que está, piensa del matrimonio en general. Lo saben lo mismo que yo: la gente no es capaz de decir de pronto lo que piensa del dinero, o de la muerte, o de la fama, o del matrimonio. Es preciso leer entre líneas. Es preciso entender los subtextos.

ACTOR 5: Lo mejor es que pasemos a la boda. (*Mientras habla el Actor 5, los demás actores quitan la mesa y las sillas y los espaldares que indican las casas. Arreglan los bancos para la iglesia en el fondo del escenario. Los concurrentes se sentarán frente a la pared del fondo. La iglesia está en el centro del escenario. Colocan una tarima pequeña contra la pared del fondo, sobre la cual el Actor 5, oficiando de sacerdote, puede estar en pie.*) Mucho hay que decir acerca de un matrimonio. Hay muchos pensamientos que se ponen en marcha durante una boda, naturalmente, en especial en una boda en Nuestro Pueblo, donde la ceremonia es tan sencilla y corta, pues vivimos otro tipo de urgencias. En esta boda yo hago el papel de sacerdote. Lo cual me da derecho a decir unas cuantas cosas acerca de ella. Durante un corto tiempo, esta obra se tiene que poner muy seria. Como ustedes saben, la Iglesia dice que el matrimonio es un sacramento. No comprendo del todo lo que quiere decir, pero puedo imaginármelo. Como dijo hace poco la Señora Montenegro, la gente está diseñada para vivir en pareja. Esta es una buena boda. Pero la gente está tan confundida, que hasta en una buena boda, hay un poco de desconcierto en lo más hondo del entendimiento, y creemos que debe haberla también en nuestra obra. El verdadero protagonista de esta escena no está en el escenario, y de sobra saben quién es. Como ha dicho algún escritor, cada niño que nace en el mundo es un intento que hace la Naturaleza para producir un ser humano perfecto. Bueno; sabemos que la Naturaleza lleva ya mucho tiempo intentándolo. Sabemos que a la Naturaleza lo que más le interesa es la cantidad, pero también le interesa la calidad. Por eso, ahora estamos tratando de inventarnos otro buen alcalde para nuestro pueblo. No se olviden que también hay

otros testigos en esta boda..., los antepasados. Son millones. La mayor parte de ellos también se instalaron para vivir emparejados. Millones. Bien; se acabó el sermón. No ha sido demasiado largo.

El órgano empieza a tocar música de Haendel. Los asistentes entran y se sientan. La Señora Cruz, antes de llegar a su puesto, se vuelve y habla al público.

SEÑORA CRUZ: No sé por qué estoy llorando. Supongo que no hay por qué llorar. Empecé esta mañana cuando vi a Emilia tomando el desayuno, como lo ha hecho durante diecisiete años, y desde ahora lo va a tomar en otra casa que no es la mía. Supongo que es por eso... Y Emilia va y dice de pronto: «No puedo tragar un pedazo más.» Y apoya la cabeza en la mesa y se echa a llorar. (*Se pone de nuevo en marcha hacia su asiento, pero de nuevo se vuelve hacia el público y añade.*) No tengo más remedio que decirlo. De sobra lo saben: es completamente cruel mandar a estas niñas al matrimonio. Espero que alguna de sus amigas le haya dicho algo. Es cruel, ya lo sé. Pero no he tenido valor para decirle nada. Lo que sucede es que en este mundo todo anda patas arriba. Ahí vienen. (*Se apresura por llegar a su banco. Jorge empieza viiniendo de la derecha por el pasillo central de la platea, paseando por entre el público.*)

SUEÑOS, VERDADES

De pronto, tres de sus compañeros del equipo de fútbol aparecen junto a la pilastra derecha del proscenio y empiezan a silbarle y a dar maullidos. Visten como para jugar un partido de fútbol.

LOS JUGADORES DE FÚTBOL: ¡Jorge, Jorge! (*Silban y maúllan.*) ¡Si no van bien las cosas, llámanos! Nosotros te sacamos del problema. (*Maúllan.*) Jorge, no pongas esa cara de inocente. Ya sabemos en qué estás pensando. ¡No vayas a dejar mal al equipo!

ACTOR 5: Está bien. Está bien. ¡Basta! (*Sonriendo, los echa a empujones del escenario. Se van, pero antes dan unos cuantos gritos.*) Antiguamente se acostumbraba hacer sandeces como estas en las bodas..., en Roma... y en otros lugares... Pero ya..., según dicen..., estamos más文明izados.

El coro empieza a cantar. Jorge ha llegado al escenario. Mira a los asistentes un momento y luego retrocede, dando unos cuantos pasos hacia la derecha del proscenio.

JORGE: (Sombrío, hablando para sí.) ¡Lo que daría por estar en la escuela!... No me quiero casar.

Su madre ha dejado su puesto y se acerca a él. Se detiene y le mira con ansiedad.

SEÑORA MONTENEGRO: ¡Hijo!, ¿qué te pasa?

JORGE: No quiero envejecerme. ¿Por qué me empujan?

SEÑORA MONTENEGRO: Pero, hijo..., tú lo has querido.

JORGE: ¿Por qué me tengo que casar? Te pregunto por última vez...

SEÑORA MONTENEGRO: ¡No, no, Jorge! Ya eres un hombre.

JORGE: Lo único que quiero es ser un mucha...

SEÑORA MONTENEGRO: ¡Jorge, si alguien te oye! Me avergüenzo de ti.

JORGE: (Pasándose la mano por la frente.) ¿Qué sucede? He estado soñando. ¿Dónde está Emilia?

SEÑORA MONTENEGRO: ¡Bendito sea Dios! ¡Me diste un susto!

JORGE: ¡Alégrate, mamá! ¿Por qué pones esa cara? ¡Alégrate! ¡Me estoy casando!

SEÑORA MONTENEGRO: Déjame que respire un minuto.

JORGE: Ahora, mamá, tendrás tus noches del jueves. Emilia y yo vendremos a comer todos los jueves..., ya verás... Mamá, ¿estás llorando? Anda..., tenemos que irnos preparando.

Entre tanto, Emilia, vestida de blanco ha venido pasando entre el público, y ha subido al escenario. También retrocede cuando ve a los concurrentes en la iglesia. El coro sigue cantando.

EMILIA: En mi vida me he sentido más sola. Y Jorge, ahí..., con esa cara... ¡Le odio! Me quiero morir. ¡Papá! ¡Papá!

SEÑOR CRUZ: (Se levanta de su asiento y se acerca a ella con ansiedad.) ¡Emilia, hija, no te angusties!

EMILIA: ¡Ay, papá, no quiero casarme!...

SEÑOR CRUZ: Cállate, Emilia. Si todo va bien.

EMILIA: ¿Por qué no puedo seguir siendo lo que soy... un poquito más? ¡Vámonos!

SEÑOR CRUZ: No, no, Emilia. Tranquilízate y piensa.

EMILIA: Acuérdate de lo que decías..., que no soy más que tu hija... Debe haber tantos sitios dónde ir... Vámonos, papá... Yo trabajaré para ti..., yo cuidaré la casa.

SEÑOR CRUZ: No pienses tonterías... Estás nerviosa... ¡Te vas a casar con el mejor muchacho del mundo! (*La Señora Montenegro vuelve a su asiento. Jorge oye al Señor Cruz y le mira. El Señor Cruz, por señas, le dice que venga. Se mueven al centro de la escena.*) Te entrego a mi hija, Jorge. ¿Crees que podrás cuidar de ella?

JORGE: Señor Cruz, quiero..., quiero intentarlo. Emilia, haré lo más y mejor que pueda. Emilia, te quiero, te necesito.

EMILIA: ¡Si me quieres, ayúdame! ¡Todo lo que necesito es alguien que me quiera!

JORGE: Así lo haré, Emilia.

EMILIA: Estoy enferma. Estoy angustiada. Eso es lo que quiero decir.

JORGE: Te prometo que estaré contigo para siempre.

EMILIA: Quiero decir, para siempre. ¿Lo oyes? Para siempre. (*Caen uno en brazos del otro. Se oye la marcha de «Lohengrin».*)

SEÑOR CRUZ: Vamos. Nos están esperando. Ahora ya saben que todo saldrá bien. Dense prisa.

Jorge se separa de ellos y va a ocupar un puesto junto al Actor 5. Emilia avanza del brazo de su padre.

ACTOR 5: Jorge, ¿aceptas a esta mujer, Emilia, por legítima esposa?

SEÑORA PÉREZ: (Que ha estado sentada en la última fila de los concurrentes, ahora se vuelve hacia sus vecinos y con voz aguda dice.) ¡Una boda encantadora! ¡La boda más simpática a la que he asistido! ¡Ay, cómo me gustan las bodas! ¿No es bonita la novia?

JORGE: Sí. Acepto.

ACTOR 5: Emilia, ¿aceptas a este hombre como tu legítimo marido?

SEÑORA PÉREZ: No recuerdo haber visto una boda más simpática. Pero siempre lloro. No sé por qué, pero siempre lloro. ¡Me gusta tanto ver feliz a la gente joven! ¿A ustedes no? ¡Es encantador! (*El anillo. Se besan. La escena, de pronto, parece inmovilizarse formando un cuadro mudo. El Actor 5, mirando al espacio, dice al público.*) He casado en mis días a cientos de parejas. ¿Me creen? Yo... no lo sé. X se casa con Y. Millones de X y Y. La casita, la cunita, los paseos los domingos por la tarde, el primer dolor, los nietos, el segundo dolor, el lecho de muerte... (*Pausa irremediable.*) Está bien. Escuchemos la Marcha nupcial, de Mendelssohn.

El órgano toca la Marcha nupcial. La novia y el novio avanzan al centro del escenario, intentando parecer muy dignos.

SEÑORA PÉREZ: ¡Qué pareja tan linda! ¡Ay, en mi vida he visto boda más simpática! Estoy segura de que serán felices. Y siempre lo digo: ¡Lo único importante es ser feliz!

Súbitamente, la imagen se congela. La música se interrumpe. El Actor 5 avanza hacia el público.

ACTOR 5: Aquí termina el segundo acto. Diez minutos de intermedio, amigos.

ACTO TERCERO: LA MUERTE

Durante el intermedio, el público ha visto a los actores arreglar la escena. A la derecha, se han colocado diez sillas ordinarias, bien separadas unas de otras y formando tres filas, de frente al público. Son las tumbas en el cementerio. Hacia el fin del intermedio, los actores entran y ocupan sus puestos. En la primera fila, la silla más próxima al centro del escenario está vacía. En la siguiente se sienta la Señora Montenegro, y en la tercera, el Profesor Andrés. La segunda fila contiene, entre otros, a la Señora Pérez. Estos muertos están sentados, inmóviles, pero sin indiferencia. Los actores ocupan sus lugares y esperan a que se apaguen las luces de la sala.

ACTOR 6: Esta vez han pasado nueve años, amigos. Al parecer, ha habido cambios graduales en Nuestro Pueblo. Escasean los caballos. Y los jinetes también. La mayor diferencia, a mi parecer, se nota en los jóvenes. Quisieran pasarse la vida en el cine. Quieren que su ropa se parezca a la que ven en las películas..., quieren parecer de la ciudad. Ahora todo el mundo cierra las puertas por la noche. Nadie le ha visto la cara a los ladrones y a los asesinos, pero todos saben que andan por ahí. Les sorprenderá observar que, en conjunto, las cosas no han cambiado mucho en Nuestro Pueblo. Supongo que les gustará saber para qué son todas estas sillas. Los más desconfiados ya lo han adivinado. No sé lo que sienten respecto a estas cosas, pero ciertamente es un lugar hermoso... Está en lo alto de una colina... barrido por el viento..., cielo y cielo. Nubes y nubes..., y a veces, mucho sol y mucha luna y muchas estrellas. Si vienen aquí una hermosa tarde, pueden ver filas y filas de montañas... tremadamente azules... allá arriba. (Apuntando hacia abajo en el público.) Ahí, bastante más bajo, está Nuestro Pueblo. Sí, aquí arriba es un lugar hermoso. Muchas flores. A menudo me asombro de que la gente quiera que la entierren en otros cementerios, cuando podrían pasar tan bien aquí. Ahí, en ese rincón, están las viejas lápidas. Gentes arriesgadas que vinieron desde muy lejos para ser independientes. Los veraneantes pasean por ahí riéndose de las inscripciones cómicas que hay en los sepulcros. No causan ningún daño. Y también vienen historiadores, pagados por gentes de las ciudades, para que les busquen sus antepasados. Me parece que tampoco hacen daño alguno. Por dondequiera que nos acerquemos a la raza humana, siempre encontramos capas y capas de tontería...

ACTOR 7: Ahí también están unos cuantos veteranos de otras guerras. Cruces de hierro sobre sus tumbas. La verdad, es que siempre ha habido alguna razón para que sigamos en guerra. Aquí o allá, la gente sabe encontrar razones para hacerse matar. Esta es la parte nueva del cementerio. Aquí está nuestra amiga la Señora Montenegro. Y, veamos, aquí está el Profesor Andrés, organista de la Iglesia. Y ahí detrás, la Señora Pérez, a quien tanto le gustaban las bodas..., ¿se acuerdan? Y otros muchos. Sí; tremenda cantidad de penas se han ido calmando poco a poco. Gentes locas de angustia han traído a los suyos a esta colina. Todos sabemos lo que es eso..., y luego, el tiempo..., y los días de sol..., y los días de lluvia... Nos gusta que estén en un lugar hermoso, y aquí vendremos nosotros también cuando nuestra lucha acabe. Este es, ciertamente, un lugar importante de Nuestro Pueblo. Muchos pensamientos suben aquí, de noche y de día, pero no bajan de regreso. Ahora les vamos a decir algunas cosas que ya saben. Las saben tan bien como nosotros. Pero no las sacan para mirarlas de vez en cuando. No importa lo que digan las gentes. Todo el mundo sabe que existe algo eterno. Y aunque no haya casas, y aunque no haya nombres, y aunque no haya tierras y ni siquiera estrellas...,

todo el mundo sabe, en la médula de sus huesos, que algo es «eterno», y que ese «algo» tiene que ver con los seres humanos que han vivido en la tierra. Nos lo han estado diciendo durante más de cinco mil años y, sin embargo, les sorprendería cuánta gente está siempre olvidándose de ello. Hay algo en lo más hondo que es eterno respecto a todo ser humano.

ACTOR 8: Saben tan bien como yo que los muertos no continúan interesándose por nosotros, los vivos, durante largo tiempo. Poco a poco, pierden el contacto con la tierra... Este es el único medio que tengo de decirlo..., con las ambiciones que tuvieron... y con los placeres... y con las penas que los atormentaron... y con las gentes a quienes amaron. Los avientan de la tierra..., no se me ocurre otra manera de decirlo..., los lanzan a lo alto. Sí; están aquí, mientras la tierra arde. Se va quemando en ellos, durante un tiempo hasta que, poco a poco, se les vuelve indiferente lo que esté sucediendo en Nuestro Pueblo.

ACTOR 9: Están esperando. Están esperando algo que sienten que ha de llegar. Algo importante y grande. ¿No esperan, tal vez, que se esclarezca la parte eterna que hay en ellos? Algunas de las cosas que les van a decir acaso choquen con sus sentimientos...; pero así son.... madre e hija, marido y mujer..., amigo y enemigo..., dinero y miseria. Todas esas cosas tan terriblemente importantes, aquí, en derredor, van empalideciendo. ¿Y qué queda? ¿Qué queda cuando la memoria se ha ido y con ella la identidad? (*Mira un instante al público y luego vuelve la vista al escenario.*) Bien; aquí hay unos cuantos seres vivos. Está el Señor Cuevas, nuestro sepulturero. Y aquí viene un muchacho de Nuestro Pueblo que nos dejó para ir a la capital. (*El sepulturero ha estado vagando por el fondo. Samuel entra por la izquierda, limpiándose el sudor de la frente. Trae un paraguas y se adelanta.*)

SAMUÉL: Buenas tardes, señor Cuevas.

SEÑOR CUEVAS: Buenas tardes, buenas. Vamos a ver. ¿Le conozco yo a usted?

SAMUÉL: Soy Samuel.

SEÑOR CUEVAS: ¡Bendito sea Dios! Pero, ¿estás vivo? Me he debido imaginar que no ibas a faltar al funeral. Mucho tiempo has estado fuera.

SAMUÉL: Sí; unos doce años. Ahora tengo otros negocios. Pero estaba cerca de aquí cuando recibí la noticia de la muerte de mi prima. Así es que pensé que podía aprovechar un poco la ocasión y venir a mi antiguo hogar. Parece que le va a usted bien.

SEÑOR CUEVAS: Sí; no puedo quejarme. Nuestro trabajo es muy triste, Samuel.

SAMUÉL: Sí.

SEÑOR CUEVAS: Sí, sí. Lo digo siempre. Me disgusta muchísimo esto de enterrar una persona joven. Ya veo que has traído paraguas. Puede que llueva, y entonces será mucho más triste. Llegarán dentro de unos minutos. Hoy tuve que venir aquí temprano.

SAMUÉL: (Leyendo lápidas.) El viejo Loayza. En otro tiempo trabajé para él.... al salir de la escuela... Sufría de lumbago.

SEÑOR CUEVAS: Sí; le trajimos aquí hace ya no sé cuántos años.

SAMUÉL: (Mirando a la Señora Montenegro.) ¿Mi tía Julia?... La verdad..., había olvidado que..., claro, claro.

SEÑOR CUEVAS: Sí; el Doctor perdió a su señora hace unos tres años...; por este tiempo era... Y hoy es otro golpe grande para él...

SEÑORA MONTENEGRO: (Al profesor Andrés, en voz queda y monótona.) Es el chico de mi hermana Carolina. Samuel.

PROFESOR ANDRÉS: Siempre me molesta que anden por aquí.

SEÑORA MONTENEGRO: Andrés...

PROFESOR ANDRÉS: ¡Con su alegría tonta de seguir estando vivos!

SEÑORA MONTENEGRO: Andrés, ten paciencia...

SAMUEL: ¿Hay muchos que han elegido sus propios epitafios?

SEÑOR CUEVAS: No..., muy pocos. Generalmente, los parientes afligidos eligen versículos corrientes.

SAMUEL: Lo digo porque este no me suena a mi tía Julia. Ya no quedan muchas de sus hermanas. Vamos a ver... ¿Dónde están, quisiera ver, las de mi papá y mi mamá?

SEÑOR CUEVAS: Ahí. Busque su apellido.

SAMUEL: (*Leyendo el epitafio del profesor Andrés.*) El profesor Andrés. Era el organista de la iglesia, ¿verdad? Decían que bebía mucho...

SEÑOR CUEVAS: Sí; pero todos hacíamos como si no lo supiéramos. Había pasado muchas calamidades. Esos músicos no son como los demás, no se parecen a nosotros. Sufren distinto, digo yo. (*Casi tapándose la boca con la mano.*) Se quitó la vida...

SAMUEL: ¿Verdad?

SEÑOR CUEVAS: Se colgó en el ático. Intentaron ocultarlo, pero naturalmente se supo. Su mujer acaba de casarse otra vez. ¡Cuántas veces la vi por las noches, corriendo las calles buscando a su marido! ¡Figúrate! Ahora se ha casado lejos de aquí. El profesor sí que eligió su propio epitafio. Lo puedes ver. No es un versículo exactamente.

SAMUEL: Son unas cuantas notas de música... ¿Qué significa?

SEÑOR CUEVAS: ¡Vaya usted a saber!

SAMUEL: Y mi prima... ¿de qué murió?

SEÑOR CUEVAS: ¿No lo sabes?

SAMUEL: (*Abriendo el paraguas.*) ¿Debería saberlo?

SEÑOR CUEVAS: (*Arreglándose las mangas.*) No. Es mejor que no. Consuélate con saber que ha muerto. Y no averigües el resto.

SAMUEL: ¿Esta va a ser la tumba?

SEÑOR CUEVAS: Sí. Ya no queda mucho sitio aquí. De modo que ya están preparando otro lote. Perdona. Creo que ya vienen.

(*Por el fondo de la escena, viene un cortejo fúnebre. Cuatro hombres llevan un ataúd, pero nosotros no los vemos. Todos traen los paraguas abiertos.*)

SEÑORA PÉREZ: ¿Quién es, Julia?

SEÑORA MONTENEGRO: (*Sin levantar los ojos.*) Mi nuera, Emilia Cruz.

SEÑORA PÉREZ: (Un tanto sorprendida, pero sin emoción.) ¡Válgame Dios! El camino para llegar aquí debe de estar lleno de barro. (Melancólica.) ¡Qué cosa tan terrible es la vida! (Suspira, no muy convencida.) ¡Y tan maravillosa!

EL PROFESOR ANDRÉS: (Mirándola de reojo.) ¡Maravillosa dices?

SEÑORA MONTENEGRO: ¡Andrés! ¡Recuerda!

SEÑORA PÉREZ: Recuerdo la boda de Emilia. ¡Qué boda tan simpática! Y recuerdo cuando leyó el poema de la clase el día del grado. Emilia fue una de las muchachas más brillantes de este pueblo. Se lo oí decir tiempos después al director. Un día fui a visitarlos en su nueva casa, precisamente poco antes de morirme. ¡Qué casa tan hermosa!

UNA MUJER DE ENTRE LOS MUERTOS: Está en la misma carretera de la casa donde vivíamos nosotros.

UN HOMBRE DE ENTRE LOS MUERTOS: Sí; precisamente detrás de la tie-rrita de los González. ¿Recuerdas, Juan, cerca al río donde íbamos a bañarnos? ¡Una finca muy bien organizada! (*Dejan de hablar. El grupo que está junio a la sepultura empieza a cantar una tonada fúnebre.*)

UNA MUJER DE ENTRE LOS MUERTOS: Siempre me gustó ese himno. Estaba esperando que cantasen un himno.

UN HOMBRE DE ENTRE LOS MUERTOS: Mi mujer..., mi segunda mujer.... se sabe las letras de todos los cantos religiosos que existen. Sabe más que el libro de oraciones.

Pausa. De pronto, Emilia aparece entre los paraguas. Va vestida de blanco. Lleva el pelo peinado hacia atrás y sujetado con una cinta blanca, como una niña. Anda lentamente, mirando, asombrada, a los muertos, un poco aturdida. Se detiene a mitad de camino y sonríe débilmente.

EMILIA: Hola.

VOCES DE ENTRE LOS MUERTOS: Hola, Emilia. Hola, Señora Montenegro.

EMILIA: (A la Señora Montenegro.) Hola, mamá Julia.

SEÑORA MONTENEGRO: Emilia.

EMILIA: Hola. (*El himno continúa. Emilia mira hacia el funeral. Dice como en sueños.*) Está lloviendo.

SEÑORA MONTENEGRO: Sí... Pronto se marcharán. Descansa.

Emilia se sienta en una silla, junto a la Señora Montenegro.

EMILIA: Parece que han pasado cientos de años desde que... ¡Qué tontos parecen todos! ¡No debieran poner esas caras!

SEÑORA MONTENEGRO: No los mires ahora. Pronto se marcharán.

EMILIA: ¡Ay, me gustaría llevar aquí ya mucho tiempo! No me gusta ser nueva. ¿Cómo está usted, profesor Andrés?

PROFESOR ANDRÉS: ¿Cómo estás, Emilia?

EMILIA: Mamá Julia, Jorge y yo hemos hecho la casita nueva en el sitio más lindo que usted pueda imaginarse. Pensábamos todo el tiempo en usted. Nos hubiera gustado que hubiese visto los sembrados. La compramos con la platica que nos dejó.

SEÑORA MONTENEGRO: ¿Yo les dejé...?

EMILIA: ¿No se acuerda, mamá?...

SEÑORA MONTENEGRO: Supongo que sí.

EMILIA: Teníamos una vista hermosa. Y yo había empezado a sembrar muchas flores. (*Se le apaga la voz y vuelve a mirar al grupo fúnebre.*) La vida ya no será lo mismo para Jorge sin mí. Pero la casa es muy hermosa. Los que están vivos no comprenden, ¿verdad?

SEÑORA MONTENEGRO: No, mi amor. No mucho.

EMILIA: Están como encerrados en unas cajas pequeñitas, ¿no? Tengo la sensación de que lo he sabido hace más de mil años... Mi hijito está pasando el día en casa de la señora López. ¡Oh, señora López, mi niño está pasando el día en casa de ustedes! Mamá Julia, también nosotros tenemos un carro. Nunca se descompone. Pero yo no manejo. Mamá Julia, ¿cuándo se pasa este no sé qué?... ¿Esto de ser... uno de ellos? ¿Cuánto se tarda en...?

SEÑORA MONTENEGRO: Silencio, querida. Espera y ten paciencia.

EMILIA: (Suspirando.) Ya lo sé... Mire, ya han terminado. Se marchan.

SEÑORA MONTENEGRO: ¡Shhh!

Los paraguas abandonan el escenario. El Doctor Montenegro se acerca a la tumba de su mujer, y ante ella se queda en pie un momento. Emilia le mira a la cara. La Señora Montenegro no levanta los ojos.

EMILIA: ¡Mire! El Doctor le trae a usted algunas de mis flores. Se parece a Jorge, ¿verdad? ¡Ay, mamá Julia, hasta ahora no había comprendido lo angustiados y lo... lo a oscuras que están los vivos! De la mañana a la noche así es como están. Angustiados. (*El Doctor Montenegro se va.*)

LOS MUERTOS: Ha refrescado un poco... Sí; la lluvia ha refrescado un poco el aire. Esos vientos del Norte siempre hacen lo mismo, ¿verdad? Si no sigue lloviendo, se pasarán tres días sin dejar de soplar... Puede que aclare antes de que anochezca. (*Una quietud paciente cae sobre la escena. Emilia se pone en pie, con una idea.*)

EMILIA: Pero, mamá Julia, puede uno volver, puede uno volver allí de nuevo..., volver a vivirlo, lo siento, lo sé... Hace un momento estuve pensando en..., en la finca...; durante un momento estuve allí, con mi bebé en los brazos, claro como el día.

SEÑORA MONTENEGRO: Sí, claro que puedes.

EMILIA: Puedo volver y vivir otra vez todos aquellos días...

SEÑORA MONTENEGRO: Todo lo que puedo decirte es: Emilia, es mejor que no lo hagas.

EMILIA: (Da unos pasos hacia uno de los actores en el proscenio.) Pero es verdad, ¿no? ¿Puedo volver allí... y vivir...otra vez?

UN ACTOR: Sí. Algunos lo han intentado. Pero muy pronto vuelven.

SEÑORA MONTENEGRO: No lo hagas, Emilia.

SEÑORA PÉREZ: No lo hagas. No sucede lo que estás pensando.

EMILIA: Es que no iré a vivir un día triste. Elegiré uno feliz. Elegiré el primer día en que me di cuenta de que estaba enamorada de Jorge. ¿Por qué había de causarme pena eso?

Todos callan. La pregunta se vuelve hacia el actor del proscenio.

EL ACTOR: No solo lo vivirías. Además, te verías vivirlo.

EMILIA: ¿Y qué?

EL ACTOR: Y mientras los miraras, verías eso... que los que están... allá abajo... no saben nunca. Verías el futuro. Sabrías lo que va a suceder después.

EMILIA: ¿Y eso sería doloroso? ¿Por qué?

SEÑORA MONTENEGRO: No es esa la única razón por la que no debes hacerlo, Emilia. Cuando lleves aquí más tiempo verás que nuestra vida aquí es nuestra esperanza de que pronto olvidaremos todo aquello. Y nos consolaremos pensando en lo que hay más allá y en estar dispuestos para ese más allá. Así nunca llegue. Cuando lleves aquí más tiempo lo comprenderás.

EMILIA: (Con suavidad.) Pero, Mamá Julia, ¿cómo podré olvidar aquella vida? Es todo lo que sé. Todo lo que he tenido. (*La Señora Montenegro no responde.*) Profesor Andrés, ¿volvió usted?

PROFESOR ANDRÉS: (Con energía.) No.

EMILIA: ¿Y usted, señora Pérez?

SEÑORA PÉREZ: Ay, Emilia, más vale no volver. De veras te lo digo.

EMILIA: (Lentamente.) Pero debo saberlo por mí misma. De todos modos, elegiré un día feliz.

SEÑORA MONTENEGRO: No. Por lo menos, elige un día que no tenga importancia. Elige el día menos importante de tu vida. Así y todo, te importará demasiado.

EMILIA: (Al Actor.) Entonces, no puede ser desde que me casé ni desde que nació mi hijo. ¿Puedo elegir siquiera uno de mis cumpleaños?... Elijo el día en que cumplí los doce.

EL ACTOR: Está bien: el once de febrero. Martes. ¿Quieres una hora especial?

EMILIA: ¡Quiero el día entero!

EL ACTOR: Empezaremos al amanecer. Recordarás que llevaba varios días lloviendo. Pero había dejado de llover la noche anterior, y habían empezado a limpiar los caminos. Sale el sol.

EMILIA: (Dando un grito.) ¡La calle Mayor!... La tienda del señor García, antes de cambiarse de casa.

ACTOR: Sí. Allí estás. Hace catorce años.

EMILIA: Este es el pueblo que conocí de niña. Mire..., esa es la empalizada blanca que rodeaba nuestra casa. ¡La había olvidado! ¡Ay, cuánto la quiero! ¿Estarán dentro?

ACTOR: Sí. Tu mamá bajará a preparar el desayuno.

EMILIA: (En voz baja.) ¿De verdad?

ACTOR: Y recuerda: tu mamá había estado fuera varios días.

EMILIA: No me acordaba...

ACTOR: Había escapado del pueblo. Era mejor no estar aquí.

EMILIA: ¡Miren! Ese es Luis, el lechero. ¡Y nuestro policía! Pero ¡ese ha muerto! ¡Sí, murió! ¿Lo mataron?

El actor la evita y se retira a su rincón. Se oyen, procedentes de la izquierda del escenario, las voces del policía, la de Luis el lechero y la de Juan.

LUIS, EL LECHERO: Buenos días.

EL POLICÍA: Buenos días, Luis.

LUIS, EL LECHERO: Madrugando, ¿no?

EL POLICÍA: Hoy me tocó otro levantamiento. Y cuando regresaba a mi casa me encontré con un tipo tirado en la mitad de la calle. Creí que estaba muerto.

Se emborrachó y se tumbó a dormir en un charco. Cuando lo desperté, pensó que estaba en su cama.

EMILIA: (*Señalando:*) ¡Ese es Juan!

JUAN: Buenos días, agente. Buenos días, Luis.

La Señora Cruz ha aparecido en su cocina, pero Emilia no la ve hasta que la oye gritar.

SEÑORA CRUZ: ¡Emilia!... Ya es hora de levantarse.

EMILIA: ¡Mamá, estoy aquí! ¡Qué joven se ve mi mamá! ¡No sabía que mamá había sido nunca tan joven!

SEÑORA CRUZ: Baja y termina de arreglarte en la cocina. Pero rápido. (*Luis, el lechero, ha entrado recorriendo la calle Mayor y deja la leche a la puerta de la Señora Cruz.*) Buenos días, don Luis. ¡Cómo llueve!, ¿no?

LUIS, EL LECHERO: No ha parado en toda la noche, señora Cruz.

SEÑORA CRUZ: ¡Válgame Dios! ¡Abríguese bien! (*Tiritando, entra con las botellas en la casa.*)

EMILIA: (*Haciendo un esfuerzo por hablar.*) Mamá, no encuentro mi cinta azul por ninguna parte.

SEÑORA CRUZ: ¡La tienes delante de los ojos, como si te viera! Te la he dejado a propósito... ahí. Si fuese una serpiente, te mordería.

EMILIA: Sí, sí... (*Se lleva la mano al corazón. El Señor Cruz viene por la calle Mayor, donde se encuentra con el Policía.*)

SEÑOR CRUZ: Buenos días.

EL POLICÍA: Buenas, señor Cruz. ¿Madrugando también?

SEÑOR CRUZ: Sí. Vengo del anfiteatro. ¿Algo nuevo por aquí?

EL POLICÍA: Esta mañana me llamaron para otro levantamiento.

SEÑOR CRUZ: (Furtivo:) Ya no sé si eso deba ir en el periódico...

EL POLICÍA: Es mejor que no se meta en problemas.

EMILIA: (En un murmullo.) Papá...

El Señor Cruz se sacude el barro de los pies y entra en la casa.

SEÑOR CRUZ: Buenos días, mi señora.

SEÑORA CRUZ: ¿Cómo te fue?

SEÑOR CRUZ: Muy bien..., me parece. Les dije unas cuantas cosas.

SEÑORA CRUZ: ¿Y eso no es peligroso?

SEÑOR CRUZ: Peor hubiera sido que me quedara callado.

SEÑORA CRUZ: Carlos..., me parece que no deberíamos estar corriendo riesgos innecesarios.

SEÑOR CRUZ: ¡Aquí todo va bien?

SEÑORA CRUZ: Sí... No recuerdo que haya sucedido nada extraño. Mucha lluvia. El lechero dice que su calle está inundada.

SEÑOR CRUZ: Sí. Y hace más frío en la carretera.

SEÑORA CRUZ: El café está listo. (Él comienza a subir las escaleras.) ¡Carlos, no se te olvide que es el cumpleaños de Emilia! ¡Has pensado en traerle algo?

SEÑOR CRUZ: (Dándose golpecitos en el bolsillo.) Sí. Aquí le traigo una sorpresa.

SEÑORA CRUZ: ¡Dios quiera que le guste lo que le he comprado!... Que bastante trabajo me costó encontrarlo. ¡Sube, sube!

SEÑOR CRUZ: ¿Dónde está mi niña? ¿Dónde está la señorita del cumpleaños? (Desaparece por la izquierda.)

SEÑORA CRUZ: No la entre tengas ahora. Ya la verás cuando baje a desayunar. ¡Apúrate, Emilia! ¡Ya son las siete!

EMILIA: (Con voz queda, con más asombro que pena.) No puedo resistirlo... Son tan jóvenes y tan bellos... ¿Por qué tienen que envejecer? Mamá, estoy aquí, he crecido: los quiero a todos, le tengo cariño a todo..., no me canso de mirar... Ahí están los árboles. (*Pasea por la calle Mayor.*) Ahí está la tienda del señor García. Y allí está la escuela... Y ahí está la iglesia donde me casé... (*El Actor la llama con un leve ademán, señalándole su casa. Ella responde, casi sin aliento: «Sí», y se acerca a la casa.*) Buenos días, mamá.

SEÑORA CRUZ: (Al pie de las escaleras, besándola como cosa corriente.) Bueno, hijita. Feliz cumpleaños y muchísimos más. En la mesa de la cocina te están esperando unas cuantas sorpresas.

EMILIA: ¡Oh, mamá!... ¿Por qué? (Mira con angustia al Actor.) No puedo..., no puedo.

SEÑORA CRUZ: (Mirando al público por encima del fogón.) Pero cumpleaños o no cumpleaños, quiero que desayunes como es debido, comiendo bien y despacio, para que crezcas y seas una muchacha fuerte. (*Vuelve al fogón, dando la espalda a Emilia. Emilia abre los paquetes.*) Ese de papel azul es de tu tía Raquel, y me figuro que adivinarás quién trajo el álbum de fotos. Lo encontré en el umbral cuando entré la leche... Jorge Montenegro..., debe haber venido, a pesar del frío. Muy temprano. Ha sido muy amable.

EMILIA: ¡Ay Jorge! ¡Esto se me había olvidado!

SEÑORA CRUZ: Tómate el café. Te dará calor para todo el día.

EMILIA: (Empieza a hablar en voz queda, pero apasionada.) ¡Ay, mamá, mírame un minuto, como si me vieses de veras!... Mamá, han pasado catorce años, estoy muerta..., eres abuela. Mamá, me casé con Jorge Montenegro, mamá. Tus hermanas han muerto. Solo por un momento, estamos aquí todos juntos. Mamá, solo por un momento, somos felices. Mirémonos unos a otros.

SEÑORA CRUZ: Ese del papel amarillo es algo que he encontrado en el ático, entre las cosas de tu abuela. Ya tienes edad de ponértelo, y pensé que te gustaría.

EMILIA: Y este es tu regalo. ¡Qué bonito es, mamá! ¡Precisamente lo que yo quería! ¡Qué lindo!

Echa los brazos al cuello de su madre. La madre sigue cocinando, pero le gusta que su hija la abrace.

SEÑORA CRUZ: Me imaginé que te iba a gustar. Me costó encontrarlo. Tu tía no logró encontrarlo. Así es que tuve que mandarlo a buscar a la capital. (*Se ríe.*) Tu papá también te ha preparado una sorpresa. Ni siquiera yo sé lo que es... ¡Silencio! Ahí viene.

SEÑOR CRUZ: (*Fuera del escenario.*) ¿Dónde está mi chica? ¿Dónde está la señorita que cumple años?

EMILIA: (*En voz alta, al Actor.*) ¡No puedo! ¡No puedo seguir! Pasa todo tan rápido. No tenemos tiempo ni para mirarnos unos a otros. (*Rompe en sollozos. El Actor hace un ademán y la Señora Cruz desaparece.*) No me daba cuenta. De modo que estaba pensando todo esto, y nunca nos damos cuenta. Llévenme de aquí... a la colina..., a mi sepultura. Pero antes... ¡Esperen! Una mirada más. ¡Adiós! ¡Adiós, adiós, mundo! ¡Adiós a nuestro pueblo!... Mamá y papá. ¡Adiós a los relojes que están haciendo «tic-tac», «tic-tac»..., y a los girasoles de mamá..., y a las comidas y al café. Y a los trajes recién planchados y a los baños calientes..., y al dormir y al despertar. ¡Oh, tierra, eres demasiado maravillosa para que nadie te comprenda! (*Mira hacia el Actor y pregunta bruscamente, entre lágrimas.*) Los seres humanos, ¿se dan alguna vez cuenta de lo que es la vida mientras la están viviendo?... ¿De cada minuto?

ACTOR 1: (*Pausa.*) Los santos y los poetas, de pronto.

EMILIA: Estoy lista. Volvamos. (*Vuelve a sentarse en su silla, junto a la Señora Montenegro.*) Mamá Julia, hubiera debido hacerle caso. Ahora necesito estar algún tiempo en silencio... ¡Ay, mamá Julia, lo he visto todo..., he visto su jardín!

SEÑORA MONTENEGRO: ¿Verdad, hijita?

EMILIA: ¿Sabe usted lo que son todos los seres humanos? Ciegos.

SEÑORA MONTENEGRO: Mira: ya se está despejando. Las estrellas empiezan a salir.

EMILIA: ¡Oh, profesor Andrés, hubiera debido hacerle caso!

PROFESOR ANDRÉS: (*Cada vez con más violencia, como si mordiese.*) Sí, ahora ya sabes. ¡Ahora ya sabes! ¡Eso es lo que era estar vivo! Moverse en una nube

de ignorancia; ir arriba y abajo dando trancos, pisoteando los sentimientos de los que estaban a tu lado. Desperdiciar el tiempo como si tuvieras a tu disposición un millón de años. Estar siempre dependiendo de una pasión egoísta. Ahora ya sabes... lo que es esa hermosa existencia a la que querías volver, la que anhelabas ver otra vez. ¡Los llamaste? ¡A gritos?

EMILIA: Sí.

PROFESOR ANDRÉS: Entonces, ya sabes cómo están: hundidos en la ignorancia y la ceguera.

SEÑORA MONTENEGRO: (Con energía.) ¡Profesor Andrés, esa no es toda la verdad, y usted lo sabe! (*Los muertos se agitan.*)

LOS MUERTOS: Parece que se levanta viento. Esta noche me da por recordar. Hace frío para ser el mes de junio, ¿verdad?

SEÑORA MONTENEGRO: Mire lo que ha hecho usted con su espíritu rebelde, agitándonos a todos los que estamos aquí... Emilia, mira esa estrella. Se me ha olvidado su nombre.

LOS MUERTOS: Yo ya voy conociéndolas todas, pero sus nombres no los sé. Mi niña las conocía. Se sentaba en el pórtico, de noche, y las llamaba por su nombre. ¡Era maravilloso! Una estrella es muy buena compañía. Sí, sí lo es.

PROFESOR ANDRÉS: Ahí viene uno de ellos.

LOS MUERTOS: Es curioso: a esta hora no viene nadie por aquí.

EMILIA: ¡Mamá Julia! ¡Es Jorge!

SEÑORA MONTENEGRO: Silencio, hija. Tranquilízate.

EMILIA: Es Jorge. (*Jorge entra por la izquierda. Se acerca a ellas.*)

UN HOMBRE DE ENTRE LOS MUERTOS: Y mi niña que conocía las estrellas..., decía que para que esa chispita de luz llegase a la Tierra se necesitan millones de años. Claro que eso no hay quien pueda creerlo, pero ella lo decía... Millones de años.

OTRO MUERTO: Así parece. (*Jorge llora sobre la tumba de Emilia.*)

LOS MUERTOS: Así acabamos. Vivos y muertos. En un solo llanto.

EMILIA: ¡Mamá Julia!

SEÑORA MONTENEGRO: Aquí estoy, Emilia.

EMILIA: No comprenden mucho, ¿verdad?

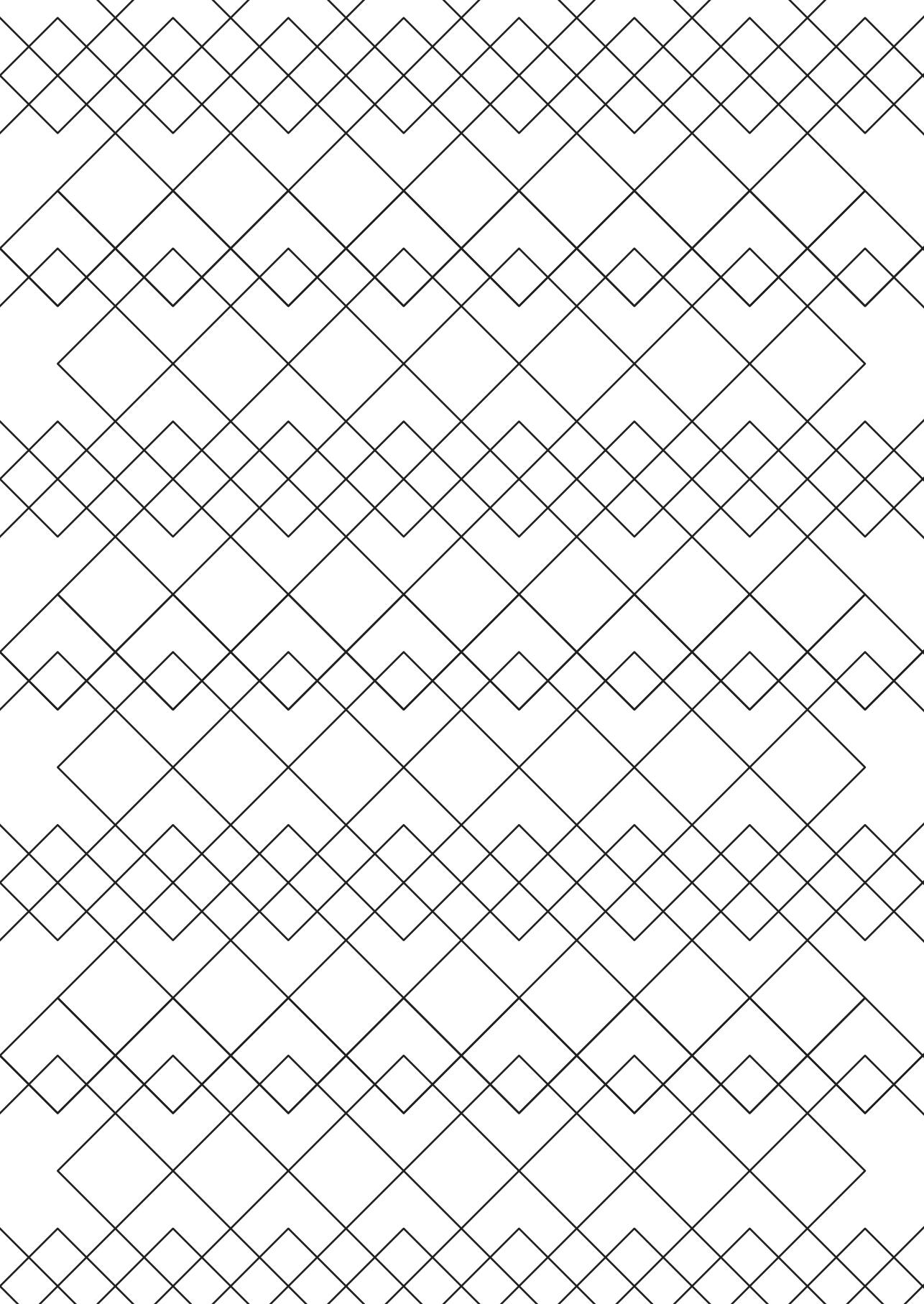
SEÑORA MONTENEGRO: No, hijita..., ¡no mucho!

Todos los actores se incorporan, sujetando una gran cortina negra que van extendiendo para ocultar todo lo que hay en el escenario. A lo lejos se oye un reloj que, con sonido débil, da las horas.

ACTOR 1: Casi todo el mundo duerme en Nuestro Pueblo. Hay unas pocas luces encendidas. A lo lejos, en las montañas, suenan lejanos disparos. Y en la cantina se oyen las voces de algunos que se resisten a acostarse. El cielo se está despejando. Hay estrellas que se cruzan haciendo sus acostumbrados viajes. Los sabios todavía no se han puesto de acuerdo, pero parece que en ellas no existen seres vivos. No son más que piedras y fuego. Solo aquella rompe todos los caminos para darse importancia. Aquí, el cansancio es tal, que cada dieciséis horas todo el mundo se echa a dormir. Algunos no vuelven a pararse. (*Mira su reloj.*) Ya son las once en Nuestro Pueblo. Que ustedes descansen también. Buenas noches. (*Oscuridad.*)

Bogotá, nuestro pueblo, 2008

Esta obra se estrenó con los estudiantes de quinto año de actuación del Programa de Artes Escénicas de la Facultad de Artes ASAB, en el Teatro Varasanta de Bogotá, bajo la dirección de Fernando Montes.



Pentesilea

Estudio coral según la obra homónima de Heinrich von Kleist

Para Coco y sus ejércitos.

Nun, o Unsterblichkeit, bist du ganz mein.

(Ahora, ¡oh inmortalidad!, eres toda mía.)

Epitafio de Heinrich von Kleist, tomado de *El príncipe de Homburg*

PERSONAJES:

Amazonas:

PENTESILEA, reina de las amazonas

PROTOE

MEROE

ASTERIA

SUMA SACERDOTISA DE DIANA

AMAZONA 1

AMAZONA 2

Griegos:

AQUILES

ODISEO

ANTÍLOCO

Las Erinias, también llamadas Furias.

Cautivos griegos

PRÓLOGO. El campo de batalla

Oscuridad. Música siniestra. Luego, débil luz. Entran las Erinias.

CORO DE ERINIAS:

La muerte es una sola.

Nosotras, Erinias, Furias incesantes,
hijas de la noche, responsables del Caos,
sombras de la mala Fortuna,
—Yo, Alecto, Yo, Megera, Yo, Tisifore—

estamos aquí, en el campo de batalla,
observando cómo el mundo se acaba
cuando ellos y ellas, griegos y amazonas,
luces y sombras, risas y lamentos,
aplazan el amor entre arcos y flechas.
Nadie nos juzga. No somos responsables.
Simplemente estamos encargadas
del desequilibrio del Tiempo.
Y si los hombres no pueden llegar triunfantes
a las murallas de Troya
es preciso entonces que
el fragor de una batalla
se encargue de explicar
el paso firme al horror de las tinieblas.
La muerte es una sola.
Nosotras, Erinias, Furias incesantes,
damos paso a la voz y a los recuerdos.
Aquí, en el escenario de los acontecimientos
en el teatro de las grandes batallas,
se enfrentaron griegos y amazonas.
No fueron los primeros
Ni serán los últimos:
Por lo pronto, escuchen ustedes,
Discretos mortales,
El horror de un sueño
Y un Destino intacto.
Nosotras, Erinias, somos las encargadas
de occasionar el Caos.
La muerte... es una sola.
Y nosotras... la invocamos.

Las Erinias desaparecen. Oscuridad.

I. La extraña obsesión de Aquiles

Campo de batalla cerca de Troya. Vemos dos bandos: el de las amazonas y el de los griegos. En el bando griego, ODISEO recibe a ANTÍLOCO.

ODISEO: En estos campos estás viendo las tropas de los griegos y de las amazonas enfrentándose como lobos coléricos, Antíloco. ¡Y no saben por qué!

ANTILOCO: ¿Pero...qué buscan ellas?

ODISEO: Partimos, por consejo de Agamenón, con todas las huestes de los griegos, Aquiles y yo. Nos dijeron que Pentesilea se había alzado en los bosques del pueblo bárbaro de los escitas al frente de un ejército de amazonas, cubiertas de pieles de serpiente, llenas de ardor guerrero, para liberar, en Troya, a Príamo. A orillas del río Escamandro, oímos decir que también Deifobo, hijo de Príamo, abandonó Troya con un ejército para saludar con amistoso gesto a la reina que acude en su ayuda. Quemamos etapas para cerrar el paso a la infame alianza de estos dos enemigos. La tropa serpenteante anda toda la noche, pero a los primeros fulgores del alba, ¡oh, Antíloco!, ¡qué estupor se apodera de nosotros, al ver en un espacioso valle a las amazonas y a los troyanos de Deifobo combatiendo entre sí! Pentesilea, cual viento de tormenta que desgarra las nubes, dispersa ante ella las filas de troyanos como si quisiera barrerlos de la faz de la tierra.

ANTILOCO: ¿Pero, qué quieren?

ODISEO: Nos replegamos para resistir a los troyanos en fuga, lanzados contra nosotros, como en un ataque. Juntamos nuestras lanzas formando una muralla infranqueable. Ante esta visión, vacilaron los troyanos y, tras breve consejo, decidimos nosotros saludar a la reina de las amazonas, que, a su vez, ha frenado su carrera triunfal. Esta virgen, caída del cielo y armada hasta los dientes, irrumpió en nuestra lucha para mezclarse en ella. Debe optar por uno de los bandos. Debe hacerlo. Y tenemos que creerla amiga nuestra, ya que se muestra hostil a los troyanos.

ANTILOCO: No existe otra posibilidad.

Vemos a Pentesilea, al otro extremo del espacio.

ODISEO: He aquí, pues, que Aquiles y yo encontramos a la heroína firme, frente a sus vírgenes, dispuesta para una fiesta guerrera. Pensativa, mira nuestro cortejo con expresión vacía, como si frente a ella nos tuviese escupidos en piedra. Contempla, Antíloco, la palma de mi mano: yo te juro que es más expresiva que su rostro. Entonces se posa su mirada en Aquiles y, de repente, un fuego llameante hasta el cuello le cubre todo el rostro. Con un brusco ademán, salta del lomo del caballo, lanzando sobre Aquiles una mirada intensa. Nos pregunta qué pretensión nos ha llevado a ella con tan brillante escolta. Yo respondo que a los argivos nos alegra mucho encontrar a una enemiga del pueblo de Dárdano, y que contra los troyanos un odio

profundo enciende desde hace tiempo el pecho de los griegos. Y cuán útil sería, tanto para ella como para nosotros, una alianza. Le digo todo lo que el momento me dicta. Pero con gran asombro noto que no me escucha. Se dirige con expresión maravillada a una amiga que tiene junto a sí, y grita:

PENTESILEA: ¡Oh, Protoe! Un hombre así no lo encontró jamás mi madre.

ODISEO: La amiga, a quien confunden sus palabras, no dice nada. Aquiles y yo nos miramos entonces sonrientes. Y ella, ella misma, posa una vez más sus ojos embriagados en el resplandeciente cuerpo de Aquiles, hasta que este se le aproxima, tímido, y le recuerda que aún me debe una respuesta. Luego, con las mejillas encendidas, de ira o de vergüenza, tiñéndose de rojo hasta el cinto la misma coraza que lleva, turbada, altiva y a la vez salvaje, se vuelve a mí y me dice:

PENTESILEA: Yo soy Pentesilea, la reina de las amazonas, y de mis flechas sacaré la respuesta.

ODISEO: Nosotros, sin saber qué pensar de aquella escena, regresamos llenos de encono y de vergüenza. Vemos a los troyanos, quienes, aunque distantes, han adivinado, sarcásticos, nuestra ignominia. Vemos cómo se reúnen ahora triunfantes. Con la idea demente de que todo es favorable para ellos y de que solo un error, próximo a disiparse, causó la ira de la amazona. Deciden ofrecerle nuevamente, a través de un heraldo, el corazón y la mano que ella les rechaza. Pero, antes de que el heraldo que le envían pueda sacudirse el polvo de su armadura, la mujer centauro se lanza a rienda suelta contra ellos. Así nosotros, griegos y troyanos, somos arrastrados con el ímpetu de las aguas torrenciales.

ANTILOCO: ¡Eso no tiene sentido!

ODISEO: Ahora se inicia un combate como jamás se ha librado en este mundo. Yo pensaba que no existía en la naturaleza más que la fuerza y lo que la resiste. Pero aquí, un enemigo airado de ambos bandos se presenta. Acosado por las amazonas, se esconde el troyano tras el escudo de un griego y el griego le salva de la doncella que le acosa. Ahora deben unirse, griegos y troyanos, a pesar del rapto de Elena, para hacer frente al enemigo común. Desde aquel día, ruge sin tregua sobre esta llanura la batalla, como una borrasca apresada entre cumbres rocosas coronadas de bosques. Ayer, la tormenta estallaba con su fragor de truenos, como si quisiera resquebrajar hasta sus raíces la estirpe de los griegos.

ANTILOCO: ¿Y nadie puede averiguar qué quiere ella de nosotros?

ODISEO: Nadie. Con frecuencia, a juzgar por el extraño furor con que, en la confusión de la batalla, busca a Aquiles, nos parece que un odio personal contra él le llena el pecho.

ANTILOCO: ¿La reina? ¿Ella misma?

ODISEO: Ayer, cuando se encontraron en la lucha Pentesilea y Aquiles, se interpuso un troyano en el combate y, poniéndose de parte de la virgen, el troyano asestó certero golpe a la coraza de Aquiles. La reina, lívida, deja caer los brazos unos instantes. Luego, sacudiendo airadamente los bucles que rodean sus mejillas en llamas, se yergue sobre la grupa del caballo y, como si del firmamento cogiera la espada, la hunde en el cuello del intruso, que cae rodando a los pies del Aquiles. Aquiles quiere hacer con ella lo mismo. Pero ella, agachada hasta el cuello del caballo, esquiva el golpe mortal de Aquiles, deja sueltas las riendas y mira en torno suyo. Sonríe. Y se va.

ANTILOCO: ¡Es sorprendente!

ODISEO: ¿Qué nuevas tienes de Troya?

ANTILOCO: Me envía Agamenón y te pregunta si, puesto que las cosas han cambiado, la prudencia no te impone una retirada. Lo que queremos es batir los muros de Ilión, no interrumpir la marcha de una reina libre hacia una meta que no nos importa. De ahí que, si estás seguro de que Pentesilea no viene a la fortaleza de Troya con intención de prestarle ayuda, debes volver a ocupar en seguida, a cualquier precio, los baluartes argivos.

ODISEO: Así opino también. ¿Por qué Aquiles se complace en esta lucha carente de sentido? Hay que alejarlo. Aquiles está frenético, desde que, en el bosque de la guerra, se le ha mostrado esta pieza de caza de tan extraña especie. Atraviésenle el muslo con un dardo y así lo detendrán. Pues ha jurado no dejar de perseguir a la amazona hasta agarrarla de su sedosa cabellera y arrancarla de su caballo manchado como un tigre. Intentemos otra vez unidos y, con calma, poner algo de sensatez en su obsesión.

II. Noticias de Aquiles

Los mismos. Penumbra inquietante. Odiseo y Antíloco se sobrecogen.

ANTÍLOCO: Atención, valiente Odiseo. Me temo que las Furias nos anuncian algo.

ODISEO: Esperemos que sean noticias que el Destino soporte.

Aparecen las Erinias.

ODISEO: ¿Qué mensaje nos traen?

ERINIAS: El más triste que sus oídos hayan escuchado nunca. Aquiles está en manos de las amazonas.

ODISEO: ¿Qué dices?

ERINIAS: Una nueva ofensiva, como rayo de fuego de las hijas de Marte. Todo intento de contener a Pentesilea es vano. Con benigno poder hace que de ambos lados las mujeres se aparten, y con un trote inquieto, recorre el barranco, y busca si no se ofrece algún sendero angosto a sus deseos, pues no tiene alas. Surca el aire un grito de terror de las mujeres, se derrumba de súbito la piedra, arrastrando en su caída al corcel y a su jinete, con estruendo, haciendo que se estrellen en el fondo. Y no se rompe el cuello la doncella, ni le sirve de lección la caída. Tan solo se recobra y reanuda la escalada. Descubren las amazonas un sendero que, en suave pendiente, conduce a la cima, y gritan, llenando todo el valle con sus voces jubilosas, llamando a la reina que, fuera de sí, prosigue en sus intentos de escalar el barranco. Echa hacia atrás su corcel al oírlas, lanza al sendero una rápida ojeada y, distendiendo su cuerpo de leopardo, sigue a sus ojos ahora con sus pies. Él, Aquiles, huye, obligando retroceder a sus corceles. Pero pronto desaparece en la hon-donada y no sé qué ha sido de él.

ANTILOCO: ¡Está perdido! ¿Qué podemos hacer?

ODISEO: Lo que nos dicta nuestro corazón. Arranquémosle de manos de la reina. Por él hay que luchar a vida o muerte. Después me entenderé con los Atridas, nuestros jefes.

ANTÍLOCO, ODISEO y LAS ERINIAS miran a la distancia.

III. Aquiles se divisa

ERINIAS: ¡Miren! ¿No asoma la cabeza de un hombre armado sobre la cresta de aquel monte?

ANTILOCO: ¿De quién puede tratarse?

ODISEO: ¡Victoria! ¡Es Aquiles, el divino! ¡Es él mismo quien guía la cuadriga hacia aquí! ¡Está salvado!

ERINIAS: ¡Dioses del Olimpo!

ODISEO: ¡Miren cómo sobre la grupa de sus corceles tiende su brazo izquierdo! ¡Cómo blande su látigo sobre ellos!

ANTÍLOCO: Pero detrás de él...

ERINIA 1: ¿Qué?

ANTILOCO: En el reborde de la montaña... Polvo...

ERINIA 1: Polvo que se alza cual nubes de tormenta, y como el estallido del relámpago...

ANTILOCO: ¡Dioses eternos!

ODISEO: ¡Pentesilea!

ANTÍLOCO: ¿Quién?

ODISEO: ¡La reina! Siguiéndole los pasos al hijo de Peleo con todo su cortejo de mujeres.

ERINIA 1: ¡Furia frenética!

ANTÍLOCO: (Gritando.) ¡Hacia acá! ¡Oh, hijo de los dioses, dirígete hacia nosotros! ¡Dirige hacia nosotros tu carrera!

IV. Aquiles explica su obsesión

AQUILES frente a ODISEO, ANTÍLOCO y LAS ERINIAS.

ODISEO: ¡Te saludo de corazón, Aquiles heroico! ¡A ti, que aun en la fuga, resultas vencedor! Si a tus espaldas, por el dominio de tu espíritu sobre el suyo, la enemiga acabó mordiendo el polvo, ¿qué será si consigues enfrentarte con ella cara a cara?

AQUILES sostiene el casco en la mano y se seca el sudor. Sin que a él parezca importarle, agarran uno de sus brazos herido y lo vendan.

ANTÍLOCO: En un combate en que tenías que imponerte por la velocidad, has sabido vencer, hijo de Tetis.

ODISEO: Pero ahora, héroe de Egina, si no tienes una idea mejor, dígnate acompañarnos al campamento argivo, pues los hijos de Atreo reclaman nuestra vuelta. Con una retirada simulada intentaremos atraer a la reina hacia el valle del Escamandro, y Agamenón, emboscado en el lugar, la recibirá para una batalla decisiva. Si no es allí, en ninguna otra parte aplacarás el fuego que te apremia y te persigue. Porque también es para mí objeto de horror y odio mortal la furia que no cesa de rondar estos campos, perturbando nuestra acción. Y yo quisiera, con gusto lo confieso, ver la huella de tu airado pie en su mejilla color de rosa.

ANTÍLOCO: Puedes ver que luchamos en inferiores condiciones. Hasta donde alcanza nuestra vista, cubren todas las lomas las huestes de mujeres. Pero... fuera de ti, ¿quién puede decir que ha visto siquiera a la mujer centauro? Es en vano que, con corazas de oro nos mostremos y, al son de las trompetas, anunciamos que se enfrenta a unos príncipes. No sale de la sombra en que se esconde. Y el que quiera escuchar desde lejos su voz de plata traída por un soplo de viento, tendrá que librarse antes una incierta batalla sin gloria contra bandas aisladas de mujeres guerreras, que la protegen como infernales jaurías.

AQUILES: (Mirando a lo lejos.) ¿Sigue aún ahí?

UNA ERINIA: ¿Por quién preguntas?

ANTÍLOCO: ¿Por la reina?

ODISEO: ¡Que haya sitio! ¡Que se abra este bosque de penachos de plumas!

ANTÍLOCO: Y sin embargo, allí...

UNA ERINIA: ¿Dónde?

ANTÍLOCO: Junto al roble bajo el que cayó, el penacho vuelve a ondear en su testa, y ya parece que se ha rehecho de su contratiempo.

ODISEO: ¿Has oído, Aquiles, lo que te proponemos?

AQUILES: ¿Proponerme?

ODISEO: ¿Qué queremos, preguntas? Es extraño. Acabamos de informarte de las órdenes de los Atridas. Agamenón desea que volvamos en seguida al campamento griego. Nos ha enviado a Antíloco —aquí lo tienes— para que nos transmita este acuerdo del consejo de jefes militares. El plan es atraer a la reina de las amazonas hasta Troya para que, en medio de los dos ejércitos, forzada por las nuevas circunstancias, tenga que declarar de quién es amiga. Luego, decida ya lo que decida, sabremos al menos cómo actuar en el futuro. Espero de tu inteligencia, Aquiles, que seguirás tan prudente mandato. Porque sería insensato, por los dioses, cuando la guerra nos reclama en Troya, detenernos ahora a luchar con las vírgenes, sin saber previamente qué quieren de nosotros... si es que algo quieren.

AQUILES: Combatan como eunucos, si quieren. Yo me siento hombre y a esas hembras me enfrentaré, si otro no quiere hacerlo. Que ahora permanezcan o no bajo la fresca sombra de estos pinos, imbuidos por un impotente deseo, rondando a esas mujeres lejos del lecho de la batalla que las mece, es algo que me tiene sin cuidado. Acepto que regresen a Ilión. Sé lo que de mí quiere esta divina criatura. Envía heraldos de sus deseos, empenachados, a través del aire, con susurros de muerte, a mis oídos. En mi vida, jamás con una hembra hermosa me mostré esquivo. Amigos, desde que la barba apunta en mi rostro, saben que a todas he dado satisfacción, y si con esta no he cedido aún, ha sido porque no he hallado aún el lugar apropiado, entre los matorrales, para tomarla en mis brazos sin estorbos, como su corazón anhela, sobre cojines de caliente hierro. Pueden irse, que los seguiré después al campamento griego. Aunque muchos meses y aun años tuviera que esperar sus favores, juro que no dirigiré mi carro hacia mis amigos, ni veré nuevamente la ciudad de Pérgamo, hasta que no consiga hacer de ella mi amante y, coronada su frente de mortales heridas, no la arrastre por los cabellos a través de las calles de mi ciudad.

OTRA ERINIA: (Apareciendo.) Pentesilea viene hacia ti, Aquiles.

AQUILES: (Con loco entusiasmo.) ¡Subió ya en su montura persa?

OTRA ERINIA: Se está acercando a pie, pero el caballo camina junto a ella.

AQUILES: Bien está. ¡Denme también, amigos, un caballo!

(Aquiles sale, enceguecido por el deseo.)

ANTÍLOCO: ¡Insensato!

ODISEO: ¡Ahora, recurre a tu elocuencia, Antíloco!

ANTÍLOCO: Por la fuerza, tenemos que...

UNA ERINIA: ¡Pero si ya se ha ido!

ODISEO: ¡Maldita sea esta guerra de las amazonas! (*Desaparecen.*)

V. La hueste de las amazonas

Al otro extremo del espacio, vemos a PENTESILEA, PROTOE, MEROE y ASTERIA. La hueste de las amazonas.

LAS AMAZONAS: ¡Salud, oh, victoriosa! ¡Dominadora! ¡Reina de la Fiesta de las Rosas! ¡Tuyo es el triunfo!

PENTESILEA: ¡No es mío el triunfo! ¡Ni hay fiesta de las rosas! La batalla me llama nuevamente. Dominaré a Aquiles, este joven dios de guerra, altivo. Compañeras: diez mil soles fundiéndose en una sola esfera incandescente no tendrían para mí el esplendor que tendrá una victoria, una victoria sobre él.

PROTOE: ¡Oh, bienamada, yo te conjuro...!

PENTESILEA: ¡Déjame! Ya oíste lo que he decidido. Antes lograrías dominar el torrente que baja de los montes que frenar el tremendo tumulto de mi alma. Quiero verlo a mis pies, en el polvo, al engreído, al que en esta gloriosa jornada de lucha, confunde como nadie mi bélico entusiasmo. ¿Es acaso la terrible, la triunfante, la orgullosa soberana de las amazonas la que refleja la bruñida armadura broncinea que cubre su pecho, cuando me acerco a él? Yo, con la carga de todas las divinas maldiciones, mientras huye a mi paso la hueste de los griegos, ¿no me siento impedida, herida en lo más hondo, con la sola visión de este héroe único, yo la vencida, yo la dominada? ¿Dónde tiene su asiento el sentimiento que me abate, si me falta un seno? ¡He de lanzarme otra vez al fragor del combate, donde él me acecha con su sonrisa desdeñosa, y he de vencerlo o no seguir viviendo!

PROTOE: ¡Si te dignaras, amada soberana, reposar tu cabeza en mi regazo fiel! Esta caída que, con violencia, hiere tu pecho, te ha inflamado la sangre y sublevado los sentidos. ¡Tiemblan tus miembros jóvenes! Nada resuelvas, te

lo suplicamos todas, hasta que vuelva a serenarse tu espíritu. Ven, descansa un poco junto a mí.

PENTESILEA: ¿Por qué? ¿Qué ha pasado? ¿Qué he dicho?

PROTOE: Por una victoria que seduce un instante tu alma joven, ¿reanudarías el juego de las batallas? Porque un deseo no cumplido, que yo ignoro, vive en el fondo de tu corazón, ¿rechazarás como un niño mal criado la bendición que coronó las plegarias de tu pueblo?

PENTESILEA: ¡Ah, maldito sea este día! ¡Miren cómo hoy con el destino pér-fido se alían mis amigas más queridas para dañarme, para mortificarme! Cuando la mano ávida osa moverse para coger por los rizos dorados la gloria que pasa volando sobre mi cabeza, un poder solapado se cruza en mi cami-no... Y en mi alma solo hay porfía, solo contradicción. ¡Fuera!

PROTOE: (Aparte.) ¡Oh, dioses, protéjanla!

PENTESILEA: ¿No pienso más que en mí? ¿Son solo mis deseos los que otra vez me llaman al campo de batalla? ¿No es mi pueblo? ¿No me mueve tampoco la ruina que, en la loca embriaguez de la victoria, con audible aleteo, se está acercando ya? ¿Qué ha ocurrido para que, apenas al anochecer, queramos ya el descanso, como tras un trabajo concluido? Veo a Aquiles que se apresta a cualquier emboscada traicionera, para caer sobre nuestro jubiloso desfile triunfal. Veo que las sigue, a ustedes y al cortejo de cautivos. Sí, y en el templo veo cómo les quita a sus compañeros las cadenas de rosas florecidas y carga nuestros miembros con el peso de otras cadenas fundidas en bronce. Yo que, furiosa, llevo seis días llenos de sudores buscando su caída, ¿debo dejar de perseguirlo, sabiendo que, herido tan solo por el viento de uno de mis gol-pes, caerá bajo los cascos de mi corcel como un fruto maduro? ¡No! Antes que dejar de acabar con grandeza lo que empecé de un modo tan magnífico. Antes que no tomar la corona que circunda y rodea de murmullos mi frente. Antes que no llevar con júbilo a las hijas de Marte a la cumbre de la dicha..., ahora mismo..., como lo prometí..., prefiero que caiga con estruendo su pirámide sobre mí y sobre ellas. ¡Maldito el corazón que, como el mío, carece de mesura!

PROTOE: Tus ojos, soberana, tienen un fuego extraño, del todo incompre-nible. Y hay ideas que bullen en mi pecho, preñado de reproches, ideas tene-brosas que parecen surgidas de las tinieblas de la eterna noche. Las huestes que te inspiran tan extraño temor, ante ti se dispersaron como polvo al viento. Apenas si se percibe aún alguna lanza. Aquiles, tras haber tú ocupado

posiciones, ha perdido contacto con el Escamandro. No le provoques más. Escapa incluso a sus miradas. Por Zeus te juro que el primer paso que dará será para alcanzar las líneas griegas. Yo cubriré la retaguardia de tu ejército. ¡Ni uno solo de los cautivos te arrebatará! ¡Ni el brillo de sus armas, aunque visible desde muchas millas, aterrará a tus tropas, ni el lejano trote de sus corceles turbará las risas de tus vírgenes! ¡Respondo con mi vida!

PENTESILEA: (Volviéndose a Asteria.) ¿Podrá ocurrir así, Asteria? ¿Puedo hacer que mis tropas regresen, como pide Protoe?

ASTERIA: Oh, princesa, perdona si en mi caso, yo no...

PENTESILEA: Habla sin vacilar. Ya me has oído.

PROTOE: (Con timidez.) Si te dignases recabar el consejo de todas tus princesas reunidas, entonces...

PENTESILEA: ¡Quiero saber lo que ella me aconseja! ¡Qué cambio he sufrido en un puñado de horas? (Pausa. Se concentra en sí misma.) Asteria, habla tú. ¿Puedo llevar mi ejército a la patria nuevamente?

ASTERIA: Si así lo quieres, oh, princesa. Ya sabes que hasta hoy, con la aurora, no he llegado hasta aquí, dispuesta a todo. Y de miles de gargantas que gritan jubilosas me llega la noticia: se ha logrado el triunfo y, satisfechas nuestras pretensiones, ha concluido la guerra de las amazonas. Con gran satisfacción, te lo aseguro, de ver que la plegaria de tu pueblo por tu acción se ha cumplido sin mi ayuda. Vuelvo a disponerlo todo para nuestro regreso. Sin embargo, siento curiosidad por ver a los jóvenes guerreros que, como botín de la victoria, tanto me han ensalzado. Un puñado de esclavos, temblorosos y lívidos a mi vista se ofrece: la hez de los griegos, sobre los escudos que abandonaron en su huida. Y tus guerreras, exaltadas, escogen entre ellos. Pero ante las murallas orgullosas de Troya, está aún toda la hueste de los helenos. Y osan aún mirarte con orgullo. Y Aquiles, al que tu mano debió adornar, alza la frente aún, altanero, y en voz muy alta lo proclama: poner el pie en tu nuca soberana. ¡Y tú, noble hija de Ares, me preguntas si puedes celebrar un retorno triunfal?

PROTOE: (Con pasión.) ¡Oh, pérflida! La reina ha visto a sus pies héroes que, por su nobleza...

PENTESILEA: ¡Calla! ¡Te aborrezco! ¡Asteria, como yo, siente que solo uno es digno de caer a mis pies, y ese uno sigue en el campo de batalla y me reta!

PROTOE: ¡Que no sea la pasión, oh soberana, la que te...!

PENTESILEA: ¡Víbora! ¡Me cautiva tu lengua, pero si no quieres enfrentarte al furor de tu reina, vete de aquí!

PROTOE: Quiero enfrentarme al furor de mi reina. Prefiero no volver a ver tu rostro a seguir, en este instante, junto a ti cobardemente, con alevosa hipocresía. Las llamas que te abrasan te hacen incapaz de llevar adelante la guerra de las vírgenes. En este estado de ánimo, por los dioses eternos, jamás conseguirás que Aquiles sea tuyo. Al contrario, antes de caer el sol, perderás a los jóvenes, ganados por nuestros brazos con tan inestimables esfuerzos. Y todo por causa de tu ciego delirio.

PENTESILEA: ¿Qué te hace, de pronto tan cobarde?

PROTOE: ¿A mí?

PENTESILEA: ¿A quién has abatido tú? ¡Dímelo!

PROTOE: A Licaonte. Me parece que lo has visto ya.

PENTESILEA: ¿Era el que estaba de pie, tembloroso, con el penacho del yelmo arrancado cuando ayer me acerqué a los cautivos?

PROTOE: ¡Tembloroso! Tan firme estaba, como ante ti Aquiles. Pero en la lucha, herido por una de mis flechas, cayó a mis pies. Me sentiré orgullosa de poderlo llevar a nuestro templo para la Fiesta de las Rosas.

PENTESILEA: ¿De verdad? ¡Qué entusiasmo se apodera de ti! ¡Bien..., nadie va a arrebatártelo! ¡Que saquen del tropel de prisioneros a Licaonte, el arca-dio, y que lo traigan! Tómalo, oh, virgen poco amante de la guerra. Huye con él, para que no lo pierdas, lejos del fragor de las batallas. Pero quítate para siempre de mi vista y abandona, desterrada, la capital. Que tu amante y sus besos te consuelen, si todo has de perderlo: gloria, patria y amor, y la reina, tu amiga. ¡Vete! ¡Vete! ¡Nada quiero de ti! ¡Líbrame de tu odiosa presencia!

MEROE: ¡Reina! ¡Qué palabras pronuncias!

PENTESILEA: ¡Caerá mi venganza sobre quien implore piedad por ella!

UNA ERINIA: (Apareciendo.) ¡Oh, reina! ¡Aquiles viene hacia aquí!

PENTESILEA: ¡Se acerca! ¡Arriba, vírgenes, a la batalla! ¡Denme la más segura de las lanzas, denme la espada más flamígera! ¡Oh, dioses, tienen que concederme el placer de tener, victoriosa, en el polvo, a mis pies, a ese joven guerrero tan ardientemente deseado! ¡A él solo! Yo les devuelvo toda la medida de dicha que para mi vida hayan previsto. ¡Asteria! ¡Tú mandarás mis tropas! Darás mucho trabajo al ejército griego. Cuida de que nada me turbe en la vehemencia del combate, ¡Que ninguna de las vírgenes, sea quien sea, se lance contra Aquiles! Una flecha reservo, mortalmente acerada, para quien toque su cabeza. Qué digo. Para quien se atreva a rozar uno solo de sus bucles. ¡Que no se hiera ni uno solo de sus miembros! ¡Sangre de mi corazón, no más preciosa que la suya! No voy a descansar hasta que, por los aires, cual pájaro de bellos colores, lo precipite hacia mí. ¡Que bajen, pues, todas las sombras bienaventuradas a celebrar nuestra victoria! A la patria se encaminará el cortejo triunfal, y yo seré para ustedes la reina de la Fiesta de las Rosas. (*Cuando va a salir, ve a PROTOE llorando y le vuelve la espalda. De pronto, se echa en sus brazos.*) ¡Protoe, hermana de mi corazón! ¿Quieres seguirme?

PROTOE: (Con la voz quebrada.) Ni al reino de las sombras iría sin ti.

PENTESILEA: ¡Tú, mejor que cualquier otro ser humano! ¿Lo deseas? Pues bien, combatiremos, venceremos juntas, o las dos o ninguna. Y la consigna es: Rosas para la frente de nuestros héroes vencidos o cipreses sobre nuestra frente. (*Salen todas.*)

VI. Las amazonas y los cautivos

Aparece la Suma Sacerdotisa de Diana. Con ellas, las Erínias. A cierta distancia, la sombra de los cautivos griegos.

LA SUMA SACERDOTISA: Ahora, bienamadas, pequeñas vírgenes portadoras de rosas, dejen que vea el fruto de su expedición, aquí, donde la fuente brota solitaria en medio de las rocas, a la sombra de los pinos, aquí estamos seguras: esparzan a mis pies su cosecha. ¡No hay tantas flores en la cumbre! Un día de tantas bendiciones, oh, Diana, jamás tan espléndido se alzó sobre este pueblo. Las que van a ser madres y las hijas que me traen sus ofrendas. Ya no sé, deslumbrada por este doble esplendor a quién debo mayor agradecimiento. Hijas mías, ¿es esto todo lo que traen?

UNA ERINIA: Más de lo que hay aquí no era posible.

LA SUMA SACERDOTISA: Sus madres fueron más laboriosas.

UNA ERINIA: En estos campos, sagrada sacerdotisa, era más fácil cosechar cautivos que rosas. Si, apretujada en todas las colinas la cosecha de jóvenes griegos, solo espera la hoz de una segadora, las rosas son, en cambio, más escasas en los valles, y tan bien protegidas, que mejor es pasar entre flechas y lanzas que a través de sus zarzales espinosos. Mira mis dedos, te lo ruego.

OTRA ERINIA: Yo he cogido para ti, oh sacerdotisa, una única rosa, solo una, pero mírala... ¡es esta! Digna de ornar la frente de un monarca. Ni Pentesilea la desea más bella. Para cuando venza a Aquiles, el hijo de los dioses.

LA SUMA SACERDOTISA: Muy bien. Si Pentesilea logra reducirlo, tú le darás a ella esta rosa real. Guárdala con cuidado hasta que vuelva.

OTRA ERINIA: La próxima vez, cuando de nuevo parta al son de los címbalos la hueste de las vírgenes hacia el campo de batalla, nosotras partiremos con ellas, pero ya no —promételo— para celebrar el triunfo de las madres cogiendo rosas y trenzando guirnaldas.

LA SUMA SACERDOTISA: ¿Lo crees así? Bien, tú debes saberlo. ¿Has visto ya las rosas de que hablas? Para otra primavera, cuando de nuevo florezcan, buscarás a tu joven guerrero en la refriega. Pero ahora nos llama el corazón gozoso de las madres: ¡trenzad pues las guirnaldas sin tardanza!

OTRA ERINIA: ¿Por dónde empezamos?

LA SUMA SACERDOTISA: ¿No van a distraer a sus cautivos? ¡No se queden torpemente, oh, Vírgenes, como si tuvieran que enseñarles el amoroso menester! ¿No osarán dirigirles una palabra amable? Exhaustos como están de la batalla, ¿no les van a pedir lo que desean, lo que les hace falta?

OTRA ERINIA: ¡Dicen que nada necesitan, oh, venerable! Nos miran con enojo. Cuando nos acercamos, se apartan altaneros, con gesto de repudio.

LA SUMA SACERDOTISA: ¡Por nuestra diosa, si las miran con enojo, hagan que las miren con benevolencia! ¿Por qué los combatieron? Consuélenlos diciéndoles lo que les va a pasar y verán cómo abandonan su rigor.

OTRA ERINIA: (A uno de los cautivos griegos.) ¿Noquieres, oh, joven bienamado, descansar tus miembros sobre alfombras mullidas? ¿No deseas que te prepare un lecho de flores primaverales a la sombra de un laurel, ya que pareces tan cansado?

OTRA ERINIA: (*Lo mismo.*) ¿No deseas que mezcle el más oloroso bálsamo persa en el agua de un fresco manantial y te lave los pies polvorrientos? ¿Despreciarás el jugo que amorosa te ofrezco con mis propias manos?

LAS TRES: ¡Hablen! ¡Digan! ¿Qué podemos ofrecerles?

UN GRIEGO: ¡Nada!

OTRA ERINIA: ¡Singulares extranjeros! ¿Qué los aflige? ¿Qué es lo que les asusta de nosotras, si nuestras flechas duermen? ¿Es la piel de león lo que los aterra? Tú, el que lleva el cinto, di, ¿qué temes?

EL GRIEGO: ¡Para quién trenzan estas guirnaldas? ¡Confiesen!

OTRA ERINIA: ¡Para quién? ¡Para ustedes! ¡Hay acaso alguien más?

EL GRIEGO: ¡Para nosotros! ¡Y se atreven a confesarlo, inhumanas! ¿Es que quieren llevarnos al matadero adornados con flores, como bestias destinadas al holocausto?

OTRA ERINIA: ¡Al templo de Artemisa! ¿Qué piensan? ¡En sus oscuros encinares los esperan delicias sin medida!

EL GRIEGO: (*Al grupo de cautivos.*) ¿Fue nunca un sueño tan disparatado como lo que aquí se hace realidad?

VII. Preparativos de guerra

Los mismos. Aparece MEROE.

MEROE: ¡En este lugar te encuentro, oh, venerable! ¡Y mientras, a un tiro de piedra, se apresta el ejército a una sangrienta decisión!

LA SUMA SACERDOTISA: ¡El ejército! ¡Imposible! ¿Dónde?

MEROE: En aquellas zonas bajas que lame el Escamandro. Si prestas oído al viento que baja de los montes, oirás la atronadora llamada de la reina, fragor de armas desenvainadas, relinchos de corceles, trompas, clarines, címbalos, y toda la voz de hierro de la guerra.

LA SUMA SACERDOTISA: ¡La reina! ¡No... habla! ¡Es increíble! ¿Por qué, si la batalla no se ha aplacado aún, ordenó celebrar la Fiesta de las Rosas?

MEROE: ¿La Fiesta de las Rosas? ¿A quién le dio la orden?

LA SUMA SACERDOTISA: ¡A mí! ¡A mí!

MEROE: ¿Dónde? ¿Cuándo?

LA SUMA SACERDOTISA: Hace pocos minutos, me encontraba a la sombra de aquel obelisco, cuando Aquiles y ella, persiguiéndole de cerca, veloces como el viento, pasaron junto a mí. Yo pude preguntar: «¿A dónde vas?», a la reina que corría. «Voy a la Fiesta de las Rosas», me gritó, «ya lo estás viendo». Y pasó rauda, y aún pudo gritarme: «¡Haz que no falten flores!»

ERINIAS: (*Mirando hacia la distancia.*) ¡No vemos nada! Solo un montón informe de guerreros que se afanan, buscándose en los campos de la muerte.

LA SACERDOTISA: Querrá cubrir la retirada de las tropas

ERINIAS: También lo creo así.

MEROE: Les digo que se apresta a enfrentarse a Aquiles, la reina, fresca como el corcel que la sostiene, encabritándose. Y ella lanza, a través de sus párpados, una mirada más ardiente que nunca. Y su respiración es libre y gozosa, como si su joven pecho de guerrera sintiera por primera vez el contacto del aire de las batallas.

LA SUMA SACERDOTISA: ¿Qué persigue? ¿Qué le queda por conquistar aún, si en todos los bosques que nos rodean se agitan a millares los cautivos?

MEROE: ¿Qué le queda por conquistar, preguntas?

ERINIAS: (*Desde la loma.*) ¡Oh, dioses!

LA SACERDOTISA: ¿Y bien? ¿Qué hay? ¿Se disipa la sombra?

ERINIAS: ¡Oh, venerable sacerdotisa, ven!

LA SACERDOTISA: ¡Habla!

ERINIAS: ¡Mira, mira! ¡Cómo a través de un claro de las nubes, una masa de luz, la luz del sol, cae sobre la testa de Aquiles!

LA SACERDOTISA: ¿Qué le importa a Aquiles nuestro pueblo? ¿Conviene a una hija de Ares, a una reina, escoger al guerrero que debe combatir? ¡Hijas mías! ¡No ven aún a la reina?

ERINIAS: ¡Sí, sí! ¡Todo el campo reluce! ¡Ahí está ya!

LA SACERDOTISA: ¿Dónde?

ERINIAS: ¡A la cabeza de sus vírgenes! Miren cómo, llameante su dorada armadura, llena de ardor guerrero se lanza a su encuentro. Se diría que, espoleta por ardientes celos, quiere adelantarse, en su carrera, al sol, que besa el joven cráneo de Aquiles. ¡Oh, miren! ¡Si quisiera elevarse hacia el cielo para igualarse a su alto rival, su corcel, obediente a sus deseos, no podría surcar los aires de un modo más alado!

LA SACERDOTISA: ¿Y ni una sola, entre todas las vírgenes, pudo detenerla?

MEROE: Todo el cortejo de princesas le cerró el paso: aquí, en este mismo campo: Hizo Protoe, su hermana, lo imposible. Pero ella parecía estar sorda a la voz de la razón. La más emponzoñada de las flechas de Amor dicen que ha traspasado su joven corazón.

LA SUMA SACERDOTISA: ¿Qué dices?

ERINIAS: ¡Ah, ya se enfrentan! ¡Oh dioses, no dejen que la tierra se hunda! ¡Precisamente ahora, mientras lo estoy diciendo, chocan como dos astros entre sí! (*Sale una de las Erinias.*)

LA SACERDOTISA: (A MEROE.) ¿La reina, dices? ¡Imposible, amiga! Herida por la flecha de Amor... ¿Cuándo? ¿Dónde? ¿La que lleva el cinto de diamantes? ¿La hija de Marte, que incluso carece de seno, herida por tal dardo emponzoñado?

MEROE: La voz del pueblo así lo dice al menos.

LA SACERDOTISA: ¡Es terrible!

Una de las Erinias regresa.

LA SACERDOTISA: ¡Y bien? ¿Qué tienes que decirnos? ¡Habla! ¡Has cumplido mi encargo? ¡Hablaste con la reina?

ERINIAS: ¡Perdona, oh, venerable! ¡Ya era tarde! Rodeada por el cortejo de mujeres, que surgía ahora aquí, ahora allá, las palabras se enredaron en el aire. Sí pude hablar un instante con Protoe y le dije cuál es tu voluntad, y ella me respondió... algo que no sé si entendí, en medio del caos.

LA SACERDOTISA: ¿Qué palabras fueron?

ERINIAS: Detuvo su montura y me pareció que, con los ojos arrasados, miraba a la reina. Y al comunicarle tu enojo, porque la insensata prolongaba la lucha por un hombre, me dijo: «Vuelve a tu sacerdotisa y dile que se poste de rodillas y rece para que Aquiles sea abatido por ella. Si esto no sucede, no habrá salvación, ni para ella ni para nosotros».

LA SACERDOTISA: ¡Oh, de cabeza se precipita al Hades! Y no sucumbirá ante el adversario en el curso del combate, sino ante el enemigo que lleva en su seno. Y a todas nos arrastrará al abismo. Veo anunciararse ya nuestro infortunio.

VIII. La noticia de la derrota

Las mismas. Aparece ASTERIA, descompuesta. Las Erinias empujan los acontecimientos.

ASTERIA: ¡Huye, sacerdotisa, llévate a los cautivos! ¡Toda la hueste griega viene sobre nosotros!

ERINIAS: (En un susurro.) La muerte es una sola... La muerte es una sola...

LA SUMA SACERDOTISA: ¿Qué ha ocurrido? ¿Dónde está la reina?

ASTERIA: Ha sido abatida en la lucha. Todo nuestro ejército huye.

LA SACERDOTISA: ¡Oh, insensata! ¿Qué palabras pronunciaste? ¡Sal con los cautivos! (Sacan a los cautivos griegos.) ¡Dime! ¿Dónde? ¿Cuándo?

ASTERIA: (Mientras ASTERIA narra, vemos la situación al centro del espacio escénico.) En pocas palabras te contaré el peor de los desastres. Aquiles y ella, con las lanzas en ristre, chocan cual dos relámpagos entrecruzándose al salir

de las nubes. Las lanzas, menos fuertes que los pechos, se astillan. Aquiles aguanta. Pentesilea cae del caballo. La muerte proyecta sobre ella su sombra. Y ahora, entregada a su designio vengativo, se revuelca en el polvo, ante él. Todos piensan que se precipitará al Hades. Pero él, por un misterio impenetrable, está lívido, como una sombra fantasmal: «Oh, dioses», grita, «¡con qué mirada de agonía me ha herido!» Desciende velozmente del caballo en tanto que las vírgenes, aún sobrecogidas y de pie, recordando las palabras de la reina, no osan echar mano a sus espadas. El pálido guerrero se aproxima y se inclina sobre ella: «¡Pentesilea!», grita. La levanta en sus brazos, y maldiciendo a voces la acción cometida, con sus gemidos la llama a la vida.

LA SUMA SACERDOTISA: ¿Él? ¿Qué? ¿Él mismo?

ASTERIA: «¡Atrás, objeto de nuestro odio!» grita atronadoramente el ejército entero. «¡Dale las gracias con la muerte!», grita Protoe, «si no retrocede, láncale la más certera de las flechas!», y apartándole con los cascos del caballo, le arranca la reina de los brazos. Despierta en esto, la infeliz. Entre estertores se la llevan, con el pecho abierto, el pelo enmarañado y colgando en desorden, hacia las líneas traseras, donde se recobra. Pero él, el incomprensible griego, como si un dios le hubiese fundido el corazón de amor, grita: «¡Deténganse, amigas! ¡Aquiles las saluda en son de paz eterna!» Y tira la espada y arroja el escudo y se arranca del pecho la armadura, y sigue —aunque con nuestras mazas y con las mismas manos podríamos abatirlo— a la reina con paso imperturbable, como si ya supiera, el loco, el temerario, que su vida es sagrada para nuestras lanzas.

LA SUMA SACERDOTISA: ¿Y quién les dio tan insensata orden?

ASTERIA: ¡La reina! ¡Quién si no?

LA SACERDOTISA: ¡Es horroroso! ¡Miren, miren, vacilante se acerca, sostenida por Protoe, como una imagen del dolor!

AMAZONA 1: ¡Por los dioses eternos! ¡Qué visión!

IX. Las lamentaciones de Pentesilea

Aparece PENTESILEA, acompañada de PROTOE.

PENTESILEA: (Con voz débil.) ¡Arrojen sobre él todos los perros! ¡Azucen contra él, con antorchas encendidas, los elefantes! ¡Con carros de guerra provistos de cuchillas, atropéllélenlo y córtenle los miembros lozanos!

PROTOE: ¡Oh, bienamada! Te conjuramos...

MEROE: ¡Óyenos!

PROTOE: Aquiles te sigue. ¡Huye, si estimas en algo tu vida!

PENTESILEA: ¡Me ha destrozado el pecho, Protoe!

MEROE: ¿No quieres huir?

PROTOE: Lo que no tiene nombre, ¿se consumará hoy en este sitio?

PENTESILEA: ¿Es culpa mía, si en el campo de batalla debo ganar su amor con el combate? ¿Qué es lo que quiero, cuando alzo la espada? ¿Quiero precipitarlo al Hades? ¡Lo que quiero, oh, inmortales, es solo hacer que caiga sobre mí, contra mi seno!

PROTOE: ¡Delira!

LA SUMA SACERDOTISA: ¡Infeliz!

PROTOE: ¡Ha perdido la razón!

LA SUMA SACERDOTISA: No piensa más que en él, en él tan solo.

PROTOE: La caída le ha hecho perder la conciencia.

PENTESILEA: (*Haciendo un esfuerzo por dominarse.*) Bien. Como quieran. Sea. Voy a contenerme. Este corazón, porque así debe ser, dominaré y haré graciosamente lo que me pide la necesidad. Tienen razón. ¿Por qué, como una niña, solo porque un deseo fugaz no se me otorga, habría de romper con mis dioses? ¡En marcha! La dicha, lo confieso, me habría colmado. Pero si no me cae de las nubes, no por ello he de tomar el cielo por asalto. Ayúdenme, eso sí, a abandonar este lugar. Denme un caballo y las haré regresar a la patria.

PROTOE: ¡Benditas sean, tres veces benditas, oh, soberana, estas palabras dignas de una reina! Ven, todo está a punto para la partida.

PENTESILEA: (*Al ver las guirnaldas de rosas.*) ¡Ah, miren! ¿Quién dio la orden de coger las rosas?

UNA DE LAS ERINIAS: ¿Lo preguntas aún? ¿Lo has olvidado? ¿Quién si no...?

PENTESILEA: ¿Quién?

LA SUMA SACERDOTISA: Hoy debía celebrarse la fiesta de la victoria, tan anhelada por tus vírgenes. ¿No fue tu propia boca quien así lo ordenó?

PENTESILEA: ¡Maldita sea tan vil impaciencia! ¡Maldita la idea de las orgías, en medio de la sangrienta refriega! ¡Fuera de mi vista! (*Rompe las guirnaldas.*)

ERINIAS: ¡Reina! ¿Qué haces?

UNA DE LAS ERINIAS: La primavera nada te dará ya para la fiesta.

PENTESILEA: ¡Pues que se pudra ya la primavera! ¡Que el planeta sobre el que respiramos se quiebre, como una de estas rosas al romperse el tallo que lo sostiene! ¡Que yo pudiera, así como deshago estas flores entrelazadas, deshacer la guirnalda entera de los astros!

LA SUMA SACERDOTISA: ¡Está perdida! ¡Su alma ha sido presa de las Furias!

ERINIAS: (*En la colina.*) Aquiles, oh, vírgenes, se acerca. Está tan solo al tiro de una flecha.

PROTOE: ¡De rodillas te lo imploro..., salvate!

PENTESILEA *se sienta en el suelo.*

PROTOE: ¿Qué haces, insensata?

PENTESILEA: ¡Escapen si quieren! Quiero quedarme aquí.

PROTOE: ¿Qué dices? ¿Estás loca?

PENTESILEA: Ya me oyeron. No puedo tenerme en pie. ¿Quieren que se me rompan los huesos? ¡Déjenme!

PROTOE: ¡Mísera entre todas las mujeres! Y Aquiles está a un tiro de flecha.

PENTESILEA: Dejen que venga. Dejen que ponga su pie acerado en mi nuca. Así lo quiero. ¿Por qué dos frescas mejillas como estas habrían de distinguirse

por más tiempo del barro que fue su origen? Dejen que me arrastre por los pelos atada a sus caballos y que este cuerpo, lleno de vida floreciente, sea arrojado con ignominia al campo abierto como pasto matinal de los perros. ¡Prefiero ser polvo a ser una hembra que carece del poder de seducción! (Arrancándose los collares.) ¡Lejos de mí, baratijas inmundas!

PROTOE: ¡Oh, justos dioses! ¿Es este el dominio de ti misma que tanto pregonabas hace poco?

PENTESILEA: Y ustedes también, plumas de mi penacho, ¿para qué seguir ondeando? ¡Malditas sean, puesto que tienen menos poder aún que mis flechas de amazona y mis mejillas de hembra! ¡Maldita sea la mano que hoy me adornó para el combate, y la palabra aleve que pretendió que era para el triunfo!

GRIEGOS: (*Fuera de la escena.*) ¡Adelante, Aquiles, adelante! ¡Consuélate! ¡Unos pasos más y será tuya!

LA SUMA SACERDOTISA: (*En la colina.*) ¡Oh, reina! ¡Estás perdida si no te vas!

PROTOE: ¿No quieres escapar? ¿No piensas moverte? Sea como tú quieras. ¡Si no puedes..., si no quieres...! Sea. No llores. Lo que no puede ser, lo que no está al alcance de tus fuerzas, lo que no puedes realizar..., librenme los dioses de exigirlo de ti. Vírgenes, pueden partir. Vuelvan a las campiñas de la patria. La reina y yo nos quedamos aquí.

LA SUMA SACERDOTISA: ¿Qué dices, infeliz? ¿La apoyas todavía?

MEROE: ¿Para ella sería imposible escapar?

LA SUMA SACERDOTISA: Imposible, porque desde fuera ningún destino la detiene, solo su perturbado corazón...

PROTOE: ¡Es su destino! Te parecen irrompibles las férreas cadenas, ¿no es así? Pues mira: quizá ella las rompa. Pero no romperá el sentimiento que encarneces. Lo que vive en su interior, solo ella lo sabe. Todo pecho que siente es un enigma. Aspiró al bien supremo de la vida, lo acarició, casi pudo agarrarlo: y la mano le falla cuando quiere tenderla a un bien distinto. Ven, cumple tu destino sobre mi pecho. ¿Qué tienes? ¿Por qué lloras?

PENTESILEA: ¡Dolor! ¡Dolor!

PROTOE: ¿Dónde?

PENTESILEA: Aquí.

PROTOE: ¿Qué puedo hacer por ti?

PENTESILEA: Nada, nada, nada.

PROTOE: Tranquilízate. Dentro de poco, todo se habrá consumado.

LA SUMA SACERDOTISA: (A media voz.) ¡Locas las dos!

PROTOE: (También a media voz.) ¡Cállate, te lo ruego!

PENTESILEA: Si aún me decidiera..., si escapara, di..., ¿qué podría hacer?

PROTOE: Irías a Farsos, donde encontrarías reagrupado, porque allí lo mandé, a todo tu ejército, hoy disperso. Descansarías, curarías tus heridas, y con los rayos de un nuevo día, si así lo desearas, reemprenderías la guerra de las vírgenes.

PENTESILEA: ¡Si me fuera posible! ¡Si lo consiguiera! Lo más arduo para las humanas fuerzas lo he hecho yo... He buscado lo imposible. Me lo he jugado todo a un solo dado. ¡Y el dado que decide mi suerte ha caído, ha caído! Tengo que comprender..., comprender que he perdido.

PROTOE: ¡No, no, corazón mío! No lo creo. No valores tus fuerzas en tan poco. No pienses tan mal del precio que te costará el juego, llegando a figurarte que has hecho ya todo cuanto merece.

PENTESILEA: ¡Si me apresurara! ¡Cómo me enloquece! ¿Dónde está el sol?

PROTOE: Justo sobre tu frente. Llegarías allí antes de caer la noche. Sin saberlo los griegos, haríamos una alianza con los troyanos, llegaríamos en silencio a la bahía donde tienen los griegos sus navíos, y estos, en plena noche, a una señal convenida, estallarían en llamas. He aquí que tomamos el campamento por asalto. El ejército, acosado por la vanguardia y por la retaguardia, queda disuelto por los campos, perseguido. Y luego coronaríamos de flores las cabezas de los cautivos para nuestro gusto. ¡Oh, qué feliz sería, si pudiera vivirlo!

PENTESILEA: Si pudiera, con abiertas y ruidosas alas, rasgar los aires.
¡Demasiado alto, lo sé, demasiado alto! En órbitas llameantes, eternamente
remotas, solo sus rayos juegan sobre mi pecho.

PROTOE: ¿De quién hablas, oh, reina idolatrada?

PENTESILEA: Bien, bien, ya basta. ¿A dónde vamos?

MEROE: ¿Te decides por fin?

PENTESILEA: ¿Qué dirección seguimos?

PROTOE: ¿Qué eliges?

PENTESILEA: ¡Las rocas! Así estaré mucho más cerca de él. Síganme. Mas...
una única cosa, amigas, y sería insensata, deben admitirlo, si no tentara todo
el dominio de lo posible.

PROTOE: ¡Bien, mejor sería para mí sucumbir! Porque no hay salvación.

PENTESILEA: (*Mira hacia abajo, a las aguas del río.*) ¡Loca de mí! ¡Helo ahí, a
mis pies! ¡Tómame! (*Va a lanzarse al río. Protoe y Meroe la detienen.*)

PROTOE: ¡Desdichada!

MEROE: Cae como sin vida, como un pesado ropaje en tus brazos.

LA SUMA SACERDOTISA: (*Desde la colina.*) ¡Aquiles se aproxima, oh, prince-
sas! ¡Toda la hueste de las vírgenes no puede detenerle!

ERINIAS: ¡Oh, dioses! ¡Castíguenla! ¡Protéjanla de ese insolente a la reina de
las amazonas!

LA SACERDOTISA: ¡Partamos! No está nuestro lugar en el fragor de la batalla.

X. Las amazonas se defienden

Un grupo de amazonas con arcos en las manos.

ASTERIA: ¡Atrás! ¡Atrevido!

MEROE: ¡No nos escucha!

ASTERIA: ¡Si nos está prohibido disparar, nada detendrá su alocado avance!
¿Qué hacer? ¡Habla, Protoe!

PROTOE: ¡Disparen sobre él diez mil flechas...!

MEROE: ¡Traigan agua!

PROTOE: ¡Pero cuídense de no herirlo mortalmente!

ASTERIA: ¡Pónganse aquí en orden! Rócenle las mejillas. Acaríciénle los rizos. ¡Que sienta fugazmente el beso de la muerte! (*Tienden los arcos.*)

XI. Aquiles y las amazonas

Las mismas. Aquiles sin yelmo, armadura, ni armas, seguido de griegos.

AQUILES: ¡Vírgenes! ¿A quién destinan estos dardos? ¿No será a este pecho descubierto? ¡Debo rasgarme la sedosa túnica para que vean latir mi corazón inocente?

ASTERIA: ¡Rásgala, si es tu gusto! ¡Será en vano!

MEROE: ¡Pásenle con la flecha su mano levantada!

UNA DE LAS ERINIAS: ¡Que le ensarte el corazón y se lo lleve, como se lleva el viento la hoja del árbol!

ASTERIA: ¡Dispren! ¡Acierren! (*Disparan. Las flechas pasan sobre la cabeza de Aquiles.*)

AQUILES: ¡Basta ya! ¡Basta ya! ¡Acertarán mejor con sus ojos! Por los dioses, no bromeo. Me siento herido en lo más hondo y, desarmado en todos los sentidos, me arrojo a sus menudos pies. (*Una lluvia de flechas las ataca.*)

UNA DE LAS ERINIAS: ¡Y entretanto los suyos nos abaten!

MEROE: ¡Y las vírgenes caen a nuestro alrededor!

ASTERIA: ¡Traigan el carro de guerra de afiladas hoces!

ERINIA: ¡Lancen los dogos contra él! ¡Con piedras, desde los elefantes, sepúltelo! (*Descuelga el arco de su hombro y lo tiende.*)

AQUILES: No lo puedo creer. La dulzura de sus voces desmiente nuestras palabras. Tú, la de ojos oscuros, no serás la que lanzará los dogos contra mí, airada. Ni lo harás tú, la de los sedosos bucles. Miren: si por sus palabras excesivas me asaltaran aullando los perros desatados, ¡ah, interpongan sus propios cuerpos entre ellos y yo, para proteger así este corazón que arde de amor hacia ustedes!

UNA DE LAS ERINIAS: ¡Insolente!

OTRA DE LAS ERINIAS: ¡Oigan cómo se ufana!

ASTERIA: Cree que con palabras de adulación... ¡Ah, mira, la que es maestra en disparar el arco! ¡Abran el círculo en silencio, mujeres!

MEROE: ¿Qué sucede?

UNA DE LAS ERINIAS: No preguntes. Ahora lo verás.

MEROE: ¡Aquí! ¡Toma esta flecha!

UNA DE LAS ERINIAS: (*Poniendo la flecha en el arco.*) De un disparo le atravesaré el muslo.

AQUILES se adelanta y la mata de un flechazo.

MEROE: ¡Dioses inmortales! ¡Otra hueste de los griegos se aproxima!

XII. Odiseo apoya a Aquiles

Los griegos rodean a las amazonas.

ODISEO: ¡Aquí, mis bravos soldados, adelante!

PROTOE: ¡Oh, Artemisa! ¡Oh, diosa sacrosanta, sálvanos! ¡Estamos perdidas! (*Vuelve a proteger a la reina, con ayuda de algunas amazonas.*)

MEROE: ¡Nos han apresado! ¡Nos han cercado! ¡Nos han bloqueado! ¡Quien pueda, que se salve!

PROTOE: ¡Al vencedor la entregaré! Es a Aquiles a quien ella pertenece.

AQUILES: ¡Al reino de las sombras descenderá quien me toque a la reina!
¡Es mía! ¡Fuera!

UNA DE LAS ERINIAS: ¿Es tuya, dices? ¿Por qué razón? ¿Con qué derecho?

AQUILES: Por todas las razones.

PROTOE: Tómala. Nada temo de tu alma generosa.

ODISEO: ¡Buena suerte, Aquiles! ¡Deseas que te mande la cuadriga?

AQUILES: (*Inclinado sobre la reina.*) No es necesario. Déjalo.

ODISEO: Bien. Como quieras. ¡Antes de que las hembras se replieguen!

XIII. Pentesilea inconsciente

PENTESILEA, PROTOE y AQUILES. Séquito de griegos y amazonas.

AQUILES: (*Abriendo la armadura de la reina.*) No vive ya.

PROTOE: Lo único que temo es que despierte.

AQUILES: ¿Dónde la herí?

PROTOE: Se recobró del golpe que le desgarró el pecho. Con violento esfuerzo. La trajimos aquí, tambaleante, e íbamos ya a escalar esta roca. Pero, fuese por las heridas de sus miembros, fuese por el dolor de su alma herida, ella no pudo soportar la idea de haber caído ante ti en el combate. Las piernas se negaban a sostenerla y se doblaban. Palabras sin sentido escapaban de sus pálidos labios y por segunda vez cayó en mis brazos.

AQUILES: Se movió... ¿no lo has visto?

PROTOE: ¿No ha vaciado aún su amargo cálix? ¡Oh, mísera! ¡Mírala!

AQUILES: Respira.

PROTOE: ¡Aquiles, si conoces la piedad, si un sentimiento el corazón te mueve, si no quieres matarla, si no quieres sumirla en la demencia, sensible como es, concédeme un favor.

AQUILES: ¡Habla, de prisa!

PROTOE: ¡Aléjate! Que no te tenga, oh, magnífico, ante sus ojos cuando vuelva en sí. Haz que de su presencia se retire la hueste que te rodea, y, no permitas que nadie se le acerque, ni la salude con estas mortales palabras: eres la prisionera de Aquiles.

AQUILES: ¿Me odia acaso?

PROTOE: ¡No me preguntes, oh, magnánimo! Si vuelve, de la mano de la esperanza, dichosamente a la vida, que no sea el vencedor lo primero que vea, desdichada, ante sí. ¡En el pecho de las hembras alientan tantas cosas que no se han hecho para la luz del día! Si su destino quiere que, afligida, te haya de saludar como cautiva, yo te conjuro a que no se lo exijas hasta que su ánimo no esté dispuesto a ello.

AQUILES: Mi voluntad es darle el trato que di al orgulloso hijo de Príamo.

PROTOE: ¿Qué dices, monstruo?

AQUILES: ¿Lo teme ella?

PROTOE: ¿Consumarás con ella lo indecible? Lleno de crueldad, este cuerpo joven, lleno de encantos como un niño con flores, ¿harás de ella un cadáver?

AQUILES: (Luego de una pausa, decidido.) Dile que yo la amo.

PROTOE: ¿Cómo? ¿Qué has dicho?

AQUILES: ¡Por el cielo! ¡La amo como los hombres aman a las mujeres! Castamente, lleno de ansia el corazón. Con inocencia, pero con el deseo de que ella la pierda. ¡Quiero hacerla mi reina!

PROTOE: ¡Oh, dioses inmortales! Repite lo que has dicho. ¿Quieres...?

AQUILES: ¿Puedo quedarme ahora?

PROTOE: ¡Deja que te besé los pies! Pero mira, la reina abre los ojos...

AQUILES: Se mueve.

PROTOE: ¡Es el momento! Tú, escóndete sin tardar. Te conjuro a que no te dejes ver hasta que yo te llame. ¿Lo prometes? No se puede prever lo que pasa por su alma.

XIV. Pentesilea despierta

PENTESILEA, PROTOE, AQUILES.

PENTESILEA: ¿Dónde estoy?

PROTOE: ¿No reconoces la voz de tu hermana?

PENTESILEA: ¡Ah, Protoe! ¡Qué sueño atroz acabo de tener...! Era como si en el tumulto impetuoso, me hubiese alcanzado la lanza de Aquiles.

PROTOE: ¡No, reina idolatrada! La burla no tiene cabida en su alma magnánima. Aunque tu sueño fuese realidad, créeme te espera aún un momento de dicha. Y, tal vez en el polvo, para homenajearlo, verás caer al hijo de los dioses.

PENTESILEA: ¡Maldición sobre mí, si he de aceptar jamás a un hombre no conquistado honrosamente con la espada!

PROTOE: Cálmate, reina...

PENTESILEA: Las palabras «ten calma» me alteran de repente como un viento que mueve las aguas oceánicas. Óyeme: ha sido un sueño lo que te he contado y no una realidad. ¿O lo es acaso? ¿Lo es? ¿Era verdad? ¡Habla! ¿Dónde está Meroe? (*Mira a su alrededor y descubre a Aquiles.*) ¡Horror! ¡Ahí está su figura tremenda! Mas con mi mano libre... (*Saca su daga.*)

PROTOE: ¡Quieta!

PENTESILEA: ¡Oh, indigna! ¿Osarás impedirme...?

PROTOE: ¡Sálvala, Aquiles!

PENTESILEA: ¡Estás loca! ¡Pondrá su pie sobre mi nuca!

PROTOE: ¡Te basta con mirarlo, mísera...! ¿No ves que va sin armas?

PENTESILEA: ¿Qué? ¿Cómo?

PROTOE: Dispuesto, si lo exiges, a que tú le corones con guirnaldas.

PENTESILEA: ¡No es cierto... habla!

PROTOE: Aquiles..., no me cree..., habla tú.

PENTESILEA: ¿Se ofrecería a mí como cautivo?

PROTOE: ¿Por qué no? ¿No es así?

AQUILES: En el más hermoso de los sentidos: tu cautivo. Dispuesto a pasar la vida entera atado con las cadenas de tus miradas. (*Pentesilea se cubre el rostro con las manos.*)

PROTOE: Ya lo oíste también de mi boca. El, como tú, mordió el polvo al enfrentarte, y mientras tú yacías sin sentido, él fue desarmado... ¿no es así?

AQUILES: Fui desarmado y llevado a tus pies.

PENTESILEA: Entonces...dulce encanto de mi vida, yo te saludo, ¡oh, joven dios de mejillas rosadas! Y ahora, corazón, fuera esta sangre que se acumula aún, como esperándote, en las dos cámaras de mi pecho. ¡El joven hijo de la Nereida es mío! Adelante, vírgenes con coronas triunfales, hijas de Marte, cubiertas todavía de la cabeza a los pies por el polvo del combate: ¡tomen de la mano a este joven argivo que la Victoria supo dominar!

PROTOE: Veo que tanto la dicha como el dolor te hacen daño. Y ambos te llevan a la locura. Si así te exaltas más allá de todo límite, yo me inclino a decirte las palabras que habrán de refrenar tu alado gozo. Mira a tu alrededor, ¿dónde te encuentras, engañada? ¿Dónde está tu pueblo? ¿Y las sacerdotisas? ¿Y Asteria? ¿Y Meroe? ¿Dónde están?

PENTESILEA: ¡Oh, déjame, Protoe! Deja a este corazón bucear por un instante en este río de dicha, como un niño que se ensucia. Cada embate de sus olas turgentes borra una mancha de mi seno. Las terribles Euménides escapan. Un soplo en torno mío, como presencia de los dioses, me reclama en su coro de voces. Nunca me sentí, como ahora, tan madura para la muerte. Pero tú, ¿me perdonas?

PROTOE: ¡Oh, mi reina!

PENTESILEA: ¡Lo sé, lo sé! De mi sangre, la mejor parte es tuya. Dicen que la desgracia purifica. Yo jamás lo he creído, oh, bienamada. A mí siempre me ha enconado, sublevado con pasión, aún no comprendida, frente a los dioses y frente a los hombres. ¡El hombre puede ser grande, heroico, cuando sufre, pero es divino cuando es venturoso! ¡Música! ¡Quiero música!

AQUILES: (*Se acerca a Protoe a escondidas, mientras las vírgenes cantan.*) ¡Habla! ¿A qué conduce todo esto? ¡Quiero saberlo!

PROTOE: ¡Solo un instante aún! ¡Oh, magnánimo! Te suplico paciencia..., ya lo verás.

XV. Pentesilea frente a Aquiles

Pentesilea, Protoe, Aquiles. Al fondo, la presencia de las Erinias.

PENTESILEA: Y ahora, dulce hijo de la Nereida, ven y ponte a mis pies..., acércate. ¡Con más audacia! ¿Es que me tienes miedo? ¿No me aborrees porque te venci? ¡Habla! ¿Temes a la que te hizo caer?

AQUILES: (*A sus pies.*) Como la flor a los rayos del sol.

PENTESILEA: Mírame como a tu sol. ¡Oh, Diana, diosa mía, está herido!

AQUILES: Es un simple rasguño en el brazo.

PENTESILEA: No creas que jamás atenté contra tu vida. Aunque con gusto, ciertamente, te acerté. Pero, al verte caer, este pecho mío envidió el polvo que te recibía.

AQUILES: Si me amas, no hables más de ello. ¡Lo ves? Ya está curado.

PENTESILEA: ¿Me perdonas entonces?

AQUILES: De todo corazón.

PENTESILEA: Ahora, ¿puedes decirme cómo hace el Amor cuando quiere encadenar al arisco león?

AQUILES: Pienso que debe acariciar su ruda testa y así lo aquiega.

PENTESILEA: Entonces tú, no hagas más movimientos que un palomo joven en torno a cuyo cuello una muchacha pone una cinta. Porque en este mi pecho, oh, amado, los sentimientos son igual que manos que te acarician. (*Le rodea de guirnaldas.*)

AQUILES: ¿Quién eres tú, hembra maravillosa?

PENTESILEA: ¿Por qué aspiras así?

AQUILES: Es el olor de tus labios dulcísimos.

PENTESILEA: Son las rosas las que despiden este aroma.

AQUILES: Quisiera probarlas en sus tallos.

PENTESILEA: Las cogerás, amado mío, cuando se abran. (*Le pone otra guirnalda en la cabeza y luego lo suelta.*) Ya está hecho... ¡Oh, mira, te lo ruego, mira este esplendor rosado, cómo le sienta, cómo ilumina su rostro oscuro como la tormenta! Di ¿fuiste tú quien abatió, ante los muros de Troya, al más grande de los hijos de Príamo? ¿Tú, tú mismo, con estas manos detuviste el impulso de su ligero pie? ¿Le arrastraste realmente por el pelo, atado al eje de tu carro, alrededor de su ciudad natal?

AQUILES: Sí, yo soy.

PENTESILEA: Entonces, con este beso te saludo, el más indomable de los hombres. ¡Mío! Es a mí a quien perteneces, joven dios de la guerra. Si alguien de los míos te lo pregunta, di mi nombre.

AQUILES: ¡Oh, tú, resplandeciente aparición que a mí desciendes, como si los reinos etéreos se hubiesen entreabierto! ¿Quién eres tú? ¿Cómo llamarle yo si es mi propia alma, extasiada, la que pregunta por su dueña?

PENTESILEA: Si te preguntan, dile los rasgos de mi rostro. Que ellos sean el nombre con que pienses en mí. Yo soy la reina de las amazonas. Mi pueblo me da el nombre de Pentesilea.

AQUILES: Pentesilea.

PENTESILEA: Sí, es el nombre que te he dicho.

AQUILES: Mi cisne cantará al morir: Pentesilea.

PENTESILEA: Te doy la libertad: puedes poner el pie donde quiera que se extienda el campo de las vírgenes. Ahora mismo emprenderemos la marcha hacia Temísciros. Alzarán para ti tiendas de púrpura y no faltarán a tu real deseo esclavos que te sirvan. Sin embargo, por las preocupaciones que me asaltan, quiero que vivas con los otros cautivos: solo en Temísciros podré, con todos mis sentidos, dedicarme completamente a ti.

AQUILES: Sea.

PENTESILEA: (A PROTOE.) Y tú, dime. ¿Dónde está tu joven príncipe de Arcadia?

PROTOE: Princesa...

PENTESILEA: Por tu mano, Protoe bienamada, desearía verlo coronado.

PROTOE: Vendrá, sin duda. Y esta corona no se perderá.

PENTESILEA: Ahora he de hacer muchas cosas aún, deja que parta...

AQUILES: ¿Huyes? ¿Te vas? ¿Me abandonas, antes de dar a mi pecho anhelante la clave de tantos enigmas, amada?

PENTESILEA: Lo haré en Temísciros, amigo.

AQUILES: Aquí, mi reina.

PROTOE: ¿Cómo, mi reina? ¿Adonde quieres ir?

PENTESILEA: He de pasar revista a mis ejércitos... ¡Es extraño!

PROTOE: Tus ejércitos persiguen todavía a los enemigos en fuga. Necesitas descanso. Una vez, rechazado el enemigo al otro lado del Escamandro, tu ejército, victorioso, se presentará a ti.

PENTESILEA: ¿Aquí, en este campo? ¿Estás segura?

PROTOE: Lo estoy, Ten confianza...

PENTESILEA: (A AQUILES) Habla, pero sé breve.

AQUILES: ¿Por qué, mujer maravillosa, te interpones de pronto en nuestra lucha por la ciudad de Troya? ¿Qué te incita a combatir la estirpe de los griegos, a ti, que te bastaría con mostrarte apacible en toda tu belleza para rendir a todo el otro sexo?

PENTESILEA: ¡A mí no se me han dado esas artes, tan tiernas, de las hembras! No es en la fiesta, como las hijas de tu pueblo, cuando toda juventud espléndida rivaliza en gozosos ejercicios, donde debo elegir un amante. No con un ramo de flores, que hablan por sí mismas, ni con miradas púdicas, debo atraer a un hombre. Si no, en el campo ensangrentado he de buscar al joven elegido y tomar con los brazos revestidos de hierro al que mi blando seno recibirá sobre sí.

AQUILES: ¿Y de dónde ha venido, y desde cuándo es uso una ley tan contraria a tu sexo, tan ajena al resto de los hombres?

PENTESILEA: Su origen es la urna de todo lo sagrado. Desciende de la cumbre de los tiempos. Escucha: Donde ahora reina el pueblo de las amazonas, vivía antes, súbdita de los dioses, una tribu de Escitas, libre y guerrera, igual a cualquier pueblo de la tierra. Cuando el rey de los etíopes se presentó al pie de las montañas y abatió a todos los hombres aptos para la lucha, sus tropas luego se esparcieron y acabaron con los niños y viejos que se pusieron al alcance de su acero. La estirpe más espléndida del mundo se extinguió. Los vencedores se afincaron, como bárbaros, en nuestras moradas, arrogantes, se nutrieron de los frutos de nuestros campos fértiles, y para colmar la medida del oprobio, exigieron el amor con amenazas. Arrancaron de las tumbas de sus hombres a las féminas, para sus indignos lechos.

AQUILES: ¡Destino destructor el que dio vida a tu Estado de mujeres!

PENTESILEA: Pero el ser humano se sacude obstinado, de sus hombros, el yugo insopportable. Solo el peso de dolores normales soporta. Noches enteras, silenciosas y en secreto, las mujeres, en el templo de Marte, horadaban con sus lágrimas las gradas, pidiendo salvación con sus plegarias. Las camas profanadas se llenaron de dagas afiladas, relucientes, talladas de joyas de metal al calor de la llama del hogar. Esperaban tan solo la boda del rey etíope con Tanais, la reina, para besar con hierro el pecho de los huéspedes. Y al celebrarse la fiesta de los esponsales, la reina hundió la daga en el corazón del rey. Marte

ocupó el lugar del vil esposo, se consumó la boda, y toda la estirpe criminal fue muerta por caricias de puñal en una sola noche. Y nuestro pueblo, reunido en consejo, decidió que las mujeres, que tal acción heroica cumplieron, eran libres como el viento en campo abierto. Se fundaría un Estado emancipado, un Estado de mujeres, donde jamás volviera a imponerse, ambiciosa, la voz de ningún hombre. Un Estado digno de hacer sus propias leyes, de obedecerse a sí mismo y protegerse: ¡Y Tanais sería su reina! El hombre que pusiera los ojos en ese Estado, debería cerrarlos para siempre. Y si nacía un niño todavía del contacto con los tiranos, seguiría a sus brutales padres al Hades. Pero así que, en el momento solemne, cuando Tanais ascendía por las gradas del templo, se oyó una voz: «Un Estado como este será objeto de la burla, de los hombres y sucumbirá al primer asalto de los pueblos vecinos, belicosos. Porque jamás podrán tender el arco tan fácilmente, como el hombre, unas débiles hembras, limitadas en su acción por sus redondos senos». La reina se detuvo unos instantes, esperando, muda, el efecto del discurso. Pero al ver que un movimiento de cobardía crecía en torno a ella, se arrancó el seno derecho y bautizó a las hembras que tenderían, el arco —desplomándose antes de acabar de decirlo— con el nombre de amazonas, o mujeres sin pechos. Y luego le pusieron la corona.

AQUILES: ¿Sería cierta, entonces, la monstruosa leyenda? Todas estas floricientes vírgenes que te rodean —gloria de su sexo— adornadas de bellos atributos, ¿están mutiladas de un modo tan atroz e inhumano?

PENTESILEA: ¿Es que no lo sabías? Pero cálmate. Estos sentimientos se han puesto a salvo en mi costado izquierdo, donde mora tanto más cercano el corazón. Espero que no te vaya a hacer falta. (*Una pausa. Pentesilea acaricia la cabeza de Aquiles.*) ¿En qué piensas?

AQUILES: ¿Piensas también abandonarme un día?

PENTESILEA: No lo sé. No me pregunes.

AQUILES: Pero... ¿Cómo debo entender que, con tal celo, me persiguieras precisamente a mí? Parece como si me conocieras.

PENTESILEA: Ciento.

AQUILES: ¿De qué?

PENTESILEA: No es conveniente que una hija de Marte busque a su adversario. Debe elegir tan solo a aquél que el dios pone ante ella en el combate. Pero

si sus esfuerzos la conducen a los guerreros más espléndidos, mejor para ella. Protoe, ¿no es así?

PROTOE: Así es.

AQUILES: ¿Y bien?

PENTESILEA: Cuando murió mi madre, lloré mucho. Un mes entero lleno de pesar, junto a la tumba de mi madre, sin coger siquiera la corona que, sin dueña, yacía al borde. Hasta que el grito repetido de mi gente que, impaciente, rodeaba mi palacio, presta a emprender la marcha hacia la guerra, me arrastró al trono violentamente. Me mostré, aún transitada de sentimientos tristes, en el templo de Marte. Me dieron el arco resonante, el arco del imperio de las amazonas; me pareció que mi madre me acompañaba aún, al tomarlo, y nada fue para mí tan sagrado como cumplir su voluntad postrera: "Vete a la guerra, mi dulce hija. Y corona para ti a Aquiles. Sé una madre altiva y gozosa como yo..." Luego, tras esparcir las más perfumadas flores en su sarcófago, partí con el ejército de las amazonas hacia Troya: menos por gustar al gran dios Marte —oyendo su llamada— que por complacer a la sombra de mi madre.

AQUILES: ¿Fue tu madre quien mencionó mi nombre?

PENTESILEA: Yo la amaba...

AQUILES: ¿Y qué más sucedió?

PENTESILEA: A medida que me iba acercando al Escamandro y que en todos los valles recorridos resonaban los ecos de la guerra de Troya, se esfumó mi dolor, y en mi alma surgía el gran mundo de la jubilosa guerra. ¡Oh, Aquiles! ¡Mi eterno pensamiento al despertar, mi sueño eterno, eras tú! Todo el mundo se extendía ante mí como una red desplegada. En cada una de sus mallas, ancha y grande, estaba prendida una de tus acciones, y en mi corazón, blanco y puro como la seda con colores de llama las imprimí todas. Pronto te vi abatir ante Ilión al fugitivo hijo de Príamo. Y tú, inflamado por el júbilo del triunfo, volvías la cara, mientras su cabeza ensangrentada se arrastraba por la tierra desnuda. Vi a Príamo, suplicante, en tu tienda y lloré lágrimas ardientes al pensar que un sentimiento aún, oh implacable, agitaba tu pecho duro como el mármol.

AQUILES: ¡Amada reina!

PENTESILEA: Mas, ¿qué pasó por mí, oh, amigo, cuando te vi en persona, ante mí, en el valle del Escamandro, rodeado de los héroes de tu pueblo, como un astro diurno entre pálidas estrellas? ¡Sentí lo mismo que si el propio Marte con sus blancos corceles bajara entre truenos, el dios de la guerra, a saludar a su novia! Quedé deslumbrada, cuando te marchaste, por tu aparición... En seguida adiviné, oh Aquiles, la causa del sentimiento que llenaba mi pecho. El dios del amor me había alcanzado, pero, entre dos cosas, una decidí: conquistarte o sucumbir en el intento. Y he conseguido lo más dulce. ¿Qué miras? (*Ruido de armas a lo lejos.*)

PROTOE: (En secreto.) ¡Hijo de los dioses! Te lo ruego: dile ya la verdad.

PENTESILEA: ¡Mujeres, se acercan los argivos, en pie!

AQUILES: (La detiene.) ¡Calma! Son cautivos, mi reina.

PROTOE: ¡Es Odiseo! Perseguidos de cerca por Meroe, los tuyos retroceden.

AQUILES: (Aparte.) Así se convirtiesen en piedras.

PENTESILEA: Dime, ¿qué sucede?

AQUILES: ¡De mí, darás a luz al dios de la tierra! Pero no te seguiré a Temísciro: serás tú quien me siga a mi tierra, porque allí, una vez concluida la guerra de mi pueblo, triunfalmente te habré de conducir para ponerte en el trono de mis mayores. (*Sigue el ruido de armas.*)

PENTESILEA: ¿Cómo? ¿Qué dices? No entiendo una palabra.

ERINIAS: (Inquietas.) ¡Oh, dioses!

PENTESILEA: ¿Qué pasa? ¿Qué es lo que sucede?

AQUILES: Nada, nada, no te asustes, mi reina, ya vez que el tiempo apremia: debes oír el destino que los dioses te reservan. Es cierto que soy tuyo por la fuerza del amor. Y eternamente estaré atado a ti. Pero por la suerte de las armas, tú eres, mía. Caíste, tú, oh, magnífica, a mis pies al enfrentarnos, y no yo a los tuyos.

PENTESILEA: (Intenta incorporarse.) ¡Oh, cruel!

AQUILES: ¡Amada mía, por favor! Nadie puede deshacer lo hecho... Domínate, y escucha silenciosa a Antíloco, que, si no me engaño, viene para anunciar algún desastre. Ya que, compréndelo, no es a ti a quien trae nada, pues tu suerte está sellada para siempre. Eres mi prisionera y ni un can del infierno sería de ti más celoso guardián que yo.

PENTESILEA: ¿Yo, tu cautiva?

PROTOE: ¡Así es, reina mía!

PENTESILEA: ¡Oh, eternos poderes celestiales!

XVI. Las amazonas al rescate de Pentesilea

Los mismos. Llega ANTÍLOCO.

AQUILES: ¿Qué me traes?

ANTÍLOCO: ¡Aléjate, Aquiles! La suerte de las batallas vuelve a atraer sobre nosotros a las vírgenes que, victoriosas, gritan su consigna: ¡Pentesilea!

AQUILES: (*Se levanta y se arranca las guirnaldas.*) ¡Mis armas! ¡Mis caballos! ¡Rodaré con mi carro contra ellas!

PENTESILEA: ¡No! ¡Mira al terrible guerrero! ¿Es el mismo?

AQUILES: (*Salvajemente.*) ¿Están aún muy lejos?

ANTÍLOCO: Ahí, en el valle, verás su media luna de oro.

AQUILES: (*Armándose.*) ¡Llévensela!

ANTÍLOCO: ¿A dónde?

AQUILES: Al campamento de los griegos. Yo los seguiré pronto.

ANTÍLOCO: (*A Pentesilea.*) ¡Levántate!

PROTOE: ¡Oh, reina mía!

PENTESILEA: (*Fuera de sí.*) ¿No me destruyes, oh, Zeus, con un rayo?

(En un extremo, una amazona. En el otro, se destaca ahora ODISEO.)

UNA DE LAS ERINIAS: ¡Abandona este lugar, Aquiles, abandónalo! El único camino que puedes seguir lo van a bloquear las amazonas. ¡Fuera!

ODISEO: ¡Ustedes, griegos, saquen de aquí a la reina!

ANTÍLOCO: ¡No se mueve!

AQUILES: ¡Traiganme el escudo! (*Hacia la reina, que se debate.*) ¡Pentesilea!

PENTESILEA: ¡Oh, hijo de la Nereida! ¿No quieres seguirme a Temísciro? ¿No quieres seguirme hasta el templo que emerge de los remotos encinares? Ven, que aún no te lo he contado todo...

AQUILES: ¡Tú me seguirás a mí, reina!

PENTESILEA: ¡Oh! ¡A Temísciro! ¡Oh amigo, a Temísciro te digo, donde emerge entre robles el templo de Diana!

AQUILES: (*La levanta.*) Tienes que perdonarme, amada mía, haré que te construyan un templo semejante en mi país.

Ahora vemos a MEROE y ASTERIA con el ejército de amazonas.

MEROE: ¡Derríbenlo!

AQUILES: (*Suelta a la reina.*) ¿Cabalgan sobre dos vientos de tormenta?

ASTERIA: (*Entre PENTESILEA y AQUILES.*) ¡Liberen a la reina!

AQUILES: Por esta mano diestra, digo... (*Quiere atraer hacia sí a la reina.*)

PENTESILEA: (*Intenta atraerle a él.*) ¿No vendrás conmigo? ¿No me seguirás? (*Las amazonas tienden los arcos.*)

ODISEO: ¡Escapa! ¡No seas loco! Este no es lugar para heroísmos vanos. ¡Síganme! (*Arrastra a Aquiles con él. Se van todos.*)

XVII. Los lamentos de la libertad

Las mismas, sin los griegos, junto a la suma sacerdotisa de Diana.

MEROE Y ASTERIA: ¡Triunfo! ¡Triunfo! ¡Triunfo! ¡Está salvada!

PENTESILEA: (*Después de una tensa pausa.*) ¡Maldito sea este vergonzoso triunfo! ¡Malditas las lenguas que lo celebran! ¡Maldito el aire que lo lleva a otros oídos! ¿No me puso en sus manos el azar del combate, como lo quiere el no uso de la guerra? Si la estirpe de los hombres, entre sí, y no contra lobos ni tigres, se pelea: ¿hay una ley, pregunto, en esta guerra, que pueda romper los lazos de un cautivo con el vencedor a quien se entregó? ¡Hijo de la Nereida!

UNA DE LAS ERINIAS: ¡Oh, dioses! ¿He oído bien?

MEROE: Venerable sacerdotisa de Diana, acércate, te lo suplico...

ASTERIA: La reina nos reprocha por liberarla de la ignominia de la esclavitud.

LA SUMA SACERDOTISA: (*Apareciendo entre la confusión de las mujeres.*) Reina, con estas afrentosas palabras, debo confesar que has coronado indignamente todos tus actos de este día, y no porque, desacatando la costumbre, hayas elegido a tu adversario en el combate y luego hayas sucumbido ante él; no porque, en recompensa por su acción, le hayas aun coronado de rosas, sino porque reprochas a tus huestes leales que hayan roto tus cadenas; les das la espalda y llamas a tu lado al vencedor. ¡Muy bien, ilustre hija de Tanais! Perdón te pido por esta súbita victoria, que solo ha sido una equivocación. Ahora lamento la sangre que ha costado, y los cautivos perdidos por tu causa. En nombre de tu pueblo, te declaro libre, adonde quieras, puedes volver tus pasos. Puedes correr con tu manto ondeante en pos del hombre que te encadenó, y ofrecerle esta ruptura con tu pueblo. ¡Según tú, así lo quieren las leyes de la guerra! Pero a nosotras, debes concedernos renunciar a la guerra y emprender nuevamente la marcha hacia Temísciro. Nosotras, por lo menos, no podemos suplicar que se queden los griegos que huyen. Ni, como tú, con guirnaldas en las manos, rogarles que se nos echen a los pies. (*Pausa.*)

PENTESILEA: (*Tambaleante.*) ¡Protoe!

PROTOE: ¡Hermana de mi corazón!

PENTESILEA: Te pido que te quedes conmigo.

PROTOE: Hasta la muerte, ya lo sabes, ¿tiemblas?

PENTESILEA: Nada, no es nada. Pronto me repondré.

PROTOE: Un gran dolor te alcanzó. Afróntalo con grandeza.

PENTESILEA: ¿Todo el tropel espléndido de jóvenes que abatimos? ¿Perdidos por mi causa?

PROTOE: Cálmate. Nos los devolverás en otra guerra.

PENTESILEA: (*Sobre el pecho de Protoe.*) ¡Oh, jamás! ¡Oh, jamás!

PROTOE: ¡Reina!

PENTESILEA: ¡Jamás! ¡Quiero sumirme en una noche eterna!

XVIII. El reto de Aquiles a Pentesilea

Las mismas. Llega la Amazona 2.

MEROE: ¡Alguien trae un mensaje para ti, oh reina!

PENTESILEA: (*Con un débil acceso de alegría.*) ¡De Aquiles! ¿Qué tendré que oír? ¡Ah, Protoe, dile que vuelva atrás!

PROTOE: ¿Qué mensaje nos traes?

UNA DE LAS ERINIAS: A ti me envía Aquiles y por mi boca te anuncia que, si te mueve el deseo de llevarte como cautivo a tu tierra natal, también él, a su tierra natal tiene el deseo de llevarte: te commina, por tanto, a otro combate a vida o muerte, en pleno campo, para que así la espada, lengua de hierro del destino, decida entre los justos ojos de los dioses quién es digno, él o tú, según su alto juicio, de besar el polvo a los pies del vencedor. ¿Te arriesgas a aceptar el nuevo choque?

PENTESILEA: ¡Que te desate la lengua el relámpago, maldito orador, antes que abras la boca!

PROTOE: Aquiles te reta al combate. Rehúsa en breves términos. Di ¡no!

PENTESILEA: ¡Es imposible! ¿Sabiendo que soy demasiado débil para medir mis fuerzas con las suyas, me reta? Este pecho fiel, ¿no lo conmueve, si no es atravesado por su lanza?

PROTOE: Olvida al insensible.

PENTESILEA: Ahora sí tendré fuerzas para hacerle frente. ¡Morderá el polvo, aunque se junten para defenderle todos sus ejércitos!

PROTOE: ¡Amada reina!

MEROE: ¿Lo has pensado bien?

PENTESILEA: ¡Recobraremos a todos los cautivos!

UNA DE LAS ERINIAS: ¿Así que, en el combate...?

PENTESILEA: A él me enfrentaré: ante los ojos de los dioses. Y que también las Furias bajen a presenciarlo. (*Suena un trueno.*) ¡Carros relucientes, acérquense para la gran cosecha en el campo de batalla! ¡A ti, pompa tremenda de la guerra, te invoco, desoladora, terrible! (*Toma el gran arco de la mano de una amazona.*)

PROTOE: ¡Oh! ¡Está fuera de sí!

UNA DE LAS ERINIAS: ¡Está loca!

PENTESILEA: (*Cae de rodillas, con todos los signos de la demencia, mientras los perros dejan oír sus terribles ladridos.*) ¡A ti, Ares, invoco ahora, oh tremendo, a ti, alto fundador de mi linaje! ¡Haz bajar hasta mí tu broncíneo carro, tú, que aplastas las murallas y las puertas de las ciudades, dios de exterminio, tú, que pisoteas a las gentes en las calles, oh, haz bajar hasta mí tu broncíneo carro! ¡Que pueda en él poner los pies, tomar las bridas, rodar por los campos y caer como un rayo de las nubes sobre la cabeza de este griego! (*Se levanta y sale, en medio de grandes truenos. Todas las demás la observan aterradas, al darse cuenta de la locura de la Reina.*)

XIX. Los planes de Aquiles (Amor y Guerra)

AQUILES, ANTÍLOCO. Luego ODISEO y una de las Erinias.

AQUILES: Escucha, Antíloco. Te ruego no digas nada a Odiseo, ese acerbo moralista, de lo que voy a confiarle. Me repugna y me da náuseas ver siempre en sus labios ese pliegue de reprobación.

ANTÍLOCO: ¿Has enviado el mensaje a la reina?

AQUILES: Te lo diré, amigo: Pero no me contestes, ¿entiendes? ¡Ni una palabra! Esta hembra maravillosa, medio Furia, medio Gracia, me ama. Y, a despecho de todas las mujeres yo la amo también.

ANTÍLOCO: ¿Qué?

AQUILES: Sí. Pero un capricho, para ella sagrado, quiere que yo sea abatido por su espada, antes de que me tienda sus amorosos brazos.

ANTÍLOCO: ¡Insensato!

AQUILES: ¿No quieres escucharme? Lo que en el mundo que la rodea, y en su vida, no ha visto con sus ojos azules, no tiene cabida en su cerebro.

ANTÍLOCO: ¿Tú quieres...? ¡No, habla! ¿Pretendes...?

AQUILES: ¿Me preguntas qué quiero? ¿Es acaso algo tan monstruoso?

ANTILOCO: ¿La has desafiado únicamente para...?

AQUILES: ¡Te digo que no me va a hacer nada! Antes dirigiría su mano, en la lucha cuerpo a cuerpo, contra su propio pecho, y gritaría: «¡Victoria!», viéndola ensangrentada, que dirigirla contra mí. Durante un mes quiero acatar su voluntad en todo lo que pida: uno o dos meses, no más. Luego, ya libre, como he sabido por su propia boca, volveré como una oveja al redil. Si ella me sigue, sería dichoso de ponerla en el trono de mis mayores. (Aparece Odiseo.)

ODISEO: Aquiles, has retado en combate a la reina; ¿quieres, con las tropas agotadas, arriesgarte otra vez a un fracaso?

ANTÍLOCO: Nada de combates, amigo. Solo quiere que ella lo capture.

ODISEO: ¿Qué?

ANTÍLOCO: Ya lo has oído. Quiere abollarle el yelmo como un enconado luchador, y que choquen hasta echar chispas los escudos. Luego, mudo, echarse, vencido, a sus pequeños pies.

ODISEO: ¿Está este hombre en sus cabales? ¿Has oído lo que ha...? ¿Quiere que la reina lo capture? ¿Quiere ir a Temísciro?

ANTÍLOCO: Así es.

ODISEO: ¿Y nuestra guerra por Elena la abandona el insensato porque, como si fuera un juego, algo más atractivo para él se le muestra? No puedo creerlo.

AQUILES: No puedo estar más indiferente a la guerra de Troya que ahora.

ODISEO: No lo pierdas de vista ni un momento, Antíloco, ten la bondad.

ANTÍLOCO: Pero tú, préstame también tu ayuda. (*Entra una de las Erinias.*)

AQUILES: ¿Acepta el combate? ¿Qué tienes que decirme? ¿Acepta?

UNA DE LAS ERINIAS: Sí, acepta, Aquiles, ya se acerca. Pero viene con perros y elefantes, y con una tropa de feroces amazonas a caballo: no sé qué piensa hacer en tu lucha.

AQUILES: Bien. Se debe a las costumbres de su raza. ¡Síganme! ¡Es astuta, por los dioses! ¿Con perros, dices? ¿Y con elefantes?

ERINIA: ¡Es terrible verlo! Si quisiera atacar a los Atridas en las tiendas que rodean a Troya, no podría venir con un cortejo más siniestro y horrible.

AQUILES: Probablemente son bestias que toman de su mano el alimento... ¡Síganme! Como ella, mansas... (*Sale.*)

ERINIA: ¡Está loco!

ODISEO: ¡Hay que atarlo, encadenarlo!

ERINIA: Ahí vienen ya las amazonas... ¡Fuera!

XX. La ira de Pentesilea (Muerte de Aquiles)

LA SUMA SACERDOTISA, lívida. Con ella, el resto de las Amazonas.

LA SUMA SACERDOTISA: ¡Traigan sogas, mujeres!

PROTOE: ¡Oh, venerable!

LA SACERDOTISA: ¡Échenla al suelo! ¡Átenla!

PROTOE: ¿Hablas de la reina?

LA SUMA SACERDOTISA: ¡Hablo de la perra! Ya no hay manos humanas que puedan sujetarla.

PROTOE: ¡Madre sagrada! Pareces fuera de ti.

LA SUMA SACERDOTISA: Abatió en el polvo a tres vírgenes que enviamos para detenerla. A Meroe, porque se echó a sus pies para cerrarle el paso, le soltó los perros. Al acercarme yo a la insensata, arrancó con las dos manos una piedra del suelo, y hacia mí dirigía su mirada feroz. Ya me veía perdida, de no haberme mezclado en la masa de las tropas. Ahora está, presa de la furia, entre sus perros, y con los labios cubiertos de espuma, les da el nombre de «hermanas». Dando alaridos y, como una Ménade, danzando por los campos con su arco, hostiga a la jauría carnícera que la rodea, a que acose la pieza más bella que jamás, como ella dice, haya pisado la tierra. Hijas de Ares, cojan, pues, la soga, y allá, en la encrucijada, pongan trampas cubiertas a su paso. Cuando su pie quede apresado en ellas, reduzcan a la perra rabiosa: átenla, la llevaremos a la patria. Y veremos lo que se puede hacer por ella.

CORO DE AMAZONAS: (*Desde el exterior de la escena.*) ¡Triunfo! ¡Triunfo! ¡Triunfo! ¡Aquiles cae! ¡El héroe está preso! ¡La vencedora coronará de rosas su cabeza! (*Pausa.*)

LA SACERDOTISA: (*Con voz sofocada por la alegría.*) ¿He oído bien?

LAS AMAZONAS: ¡Los dioses sean loados!

LA SUMA SACERDOTISA: ¿No fue este un grito de gozoso júbilo? ¡Un clamor de victoria, como jamás lo había oído! ¿Quién puede darme más noticias, vírgenes?

UNA DE LAS ERINIAS: ¡Horror! ¡Veo a Pentesilea! ¡Se revuelca por el suelo con sus perros, y ella, a quien un vientre humano lanzó al mundo, desgarra y despedaza los miembros de Aquiles!

LA SACERDOTISA: ¡Horror! ¡Horror!

ERINIA: Y ahora se aproxima, pálida como una muerta, la que nos dará la clave de este enigma monstruoso.

XXI. Meroe y Asteria cuentan la venganza de Pentesilea

Las mismas, MEROE y ASTERIA.

LA SUMA SACERDOTISA: ¡Habla ya, oh cruel! ¿Qué ha sucedido?

ASTERIA: Al encuentro del joven amado fue aquella a la que desde hoy no se puede dar nombre. En el caos de sus sentidos jóvenes, movida del deseo de poseerlo al fin, se armó con el horrendo aparato de la guerra. Rodeada de perros y elefantes, avanzó con el arco en la mano. La guerra no es tan feroz ni tan abominable. Aquiles, que, como el ejército asegura, la había desafiado para rendirse a ella voluntariamente, se acerca a ella, lleno de dulces presagios, dejando atrás a sus amigos. Mas, cuando ve que con tal máquina de horrores ella se acerca a él que, inocente, solo lleva una lanza, vuelve atrás la esbelta testa. Quiere volver con los suyos, y se detiene, cortado el paso ya por un grupo de vírgenes. Alza la mano, se agacha, se esconde. Avanza la reina entretanto con sus dogos, dominando con su vista alzada, como un cazador, montes y bosques. Y cuando él, tras apartar las ramas, va a postrarse a sus pies, tiende con fuerza, la insensata, el arco, hasta casi tocarse ambos extremos. Lo alza, apunta y dispara, y la flecha traspasa de parte a parte el cuello del guerrero, que cae. Estalla entre las vírgenes un grito de victoria. Pero él vive aún, el más mísero de los mortales. Cae ella con toda la jauría sobre él, y lo agarra por el penacho, como perra entre perros que se aferran, este a su pecho, aquel otro a su cuello, y lo abaten y tiembla la tierra en su caída. Él, revolcándose en la púrpura de su sangre, palpa las suaves mejillas de ella y le grita: «¡Pentesilea, esposa mía!, ¿qué haces? ¿Es esta la Fiesta de las Rosas prometida?»

MEROE: Incluso una leona hambrienta le hubiera escuchado, buscando, salvaje, su presa entre campos nevados y entre aullidos. Pero ella, arrancándole la armadura del cuerpo, hinca los dientes en el blanco pecho, ella y los perros, rivalizando en su celo. Cuando yo llegué, la sangre chorreaba de sus manos y boca. (Pausa llena de horror.)

ASTERIA: Ahora está allí, muda, la horrenda criatura, junto al cadáver que la jauría husmea.

MEROE: Y tiene los ojos fijos y sin vida, y lleva a su espalda el arco victorioso, y mira al infinito, y calla. Con el pelo erizado le preguntamos qué es lo que ha hecho, y calla. El horror se apoderó de nosotras y hacia ustedes emprendimos la huida.

XXII. El cadáver de Aquiles (Muerte de Pentesilea)

Pentesilea. El cadáver de Aquiles, cubierto con un paño rojo. Protoe y otras amazonas.

UNA DE LAS ERINIAS: ¡Miren, miren, mujeres! Ya se acerca, llevando una corona de ortigas, la terrible, entrelazada con un aro reseco de espino, en lugar de laurel. Va detrás del cadáver la cruel criatura, con el arco solemnemente colgado de un hombro, como si hubiese vencido a su enemigo mortal.

LA SUMA SACERDOTISA: ¡Apártate de mí, monstruo abominable! ¡Habitante del Hades! ¡Fuera, te digo! ¡Toma este velo, tómelo y cúbranla con él! (*Se quita su velo y lo lanza al rostro de la reina.*)

MEROE. ¡Oh, es un cadáver vivo!

LA SUMA SACERDOTISA: ¿Qué quieres de mí? ¡Fuera, te digo! ¡Ve con los cuervos, sombra! ¡Vete! ¡Púdrete! Con tu mirada asesinas mi calma. ¿Por qué este cadáver ante mí? ¡Que lo cubran montañas inaccesibles, y que cubran también la sola idea de tu acción! ¡Fui yo acaso? — ¡Oh, tú, ¡cómo llamarte, puesto que no eres ya un ser humano, fui yo la que exigió de ti ese crimen?! Si una confusión, salida con ternura de la voz del amor, puede inducirlos a tales horrores, ¡que las Furias vengan a enseñarnos lo que es la ternura!

LA SACERDOTISA: Vete, Protoe, te lo ruego. No puedo verla más, llévatela.

PROTOE: ¡Ay de mí! La acción que ha cometido es demasiado abominable. Déjenme me en paz.

LA SUMA SACERDOTISA: Repórtate; hazlo por la bella madre que tuvo. Ve y ofrécele tu ayuda; llévatela.

PROTOE: No quiero que estos ojos vuelvan a verla.

LA SUMA SACERDOTISA: ¡Debe ser la flecha con que lo abatió!

(Las amazonas acercan rodando una gran piedra. Pentesilea guiada por la mano de Protoe, se sienta en ella. Después se sienta también PROTOE.)

PROTOE: ¿Me reconoces, hermana mía? (Pentesilea la mira. Su rostro se anima ligeramente.) Soy Protoe. La que tanto te ama. (Pentesilea le acaricia las mejillas tiernamente.) ¡Oh tú, ante quien mi corazón se postra! ¡Cómo me commueves! (Besa la mano de la reina.) ¡Estarás muy cansada! ¡Ah, amada, cómo te pesa aún tu tarea! ¡No es tan fácil vencer, y sobre el triunfador deja el triunfo sus huellas! Pero, dime, ¿y si ahora te lavaras las manos y el rostro? ¿Te traigo agua, amada reina? (Pentesilea se contempla a sí misma y asiente.) Ya ven que lo desea. (Hace una señal a las amazonas, algunas de las cuales salen por agua.) Esto te hará bien, te reconfortará, y luego, tendida en suaves y frescas alfombras, descansarás del arduo trabajo de este día.

LA SUMA SACERDOTISA: Si la rocían con un poco de agua, verán cómo vuelve a su ser. (Dos amazonas traen un gran cuenco de mármol, lleno de agua.)

PROTOE: Pónganlo ahí. ¿Quieres ahora que moje tu joven rostro? ¡Pero no te asustes! ¿Qué haces? (Pentesilea se levanta de su asiento y se deja caer de rodillas ante la cuenca. Se rocía la cabeza con agua.)

PENTESILEA: ¿Cómo estoy?

PROTOE: Pienso que estás bien, ¿no es cierto?

PENTESILEA: (En un susurro.) ¡Una maravillosa sensación!

PROTOE: ¡Hermana! ¡Dulce amiga! ¡Vida mía!

PENTESILEA: Díganme... ¿Estoy en el cielo? ¿Eres tú una de las ninfas eternamente jóvenes que sirven a nuestra augusta reina, cuando, envuelta en tranquilos murmullos de encinares, desciende hasta la gruta cristalina? ¿Has adoptado, solo para alegrarme, los rasgos de mi amada Protoe?

PROTOE: No, reina bienamada, no, no, no. Yo soy Protoe, que te tiene en sus brazos, y lo que ves aquí es aún el mundo, el mundo frágil que los dioses contemplan desde arriba.

PENTESILEA: Ah, ah, está bien. No importa.

PROTOE: ¿Qué dices, soberana?

PENTESILEA: Soy feliz.

PROTOE: Explícate, amada reina. No te entendemos.

PENTESILEA: Estoy contenta de existir aún. Deja que repose. (*Pausa.*)

MEROE: ¡Es extraño!

LA SUMA SACERDOTISA: ¡Qué cambio milagroso!

MEROE: Si con habilidad la sonsacáramos...

PROTOE: ¿Qué te produjo la ilusión de que te hallabas en el reino de las sombras?

PENTESILEA: (*Tras una pausa.*) ¡Soy tan dichosa, hermana! ¡Oh, Diana, me siento madura para la muerte! Es cierto que no sé lo que aquí me ha ocurrido, pero podría morir con la firme creencia de haber vencido al hijo de Peleo.

PROTOE: (*En secreto.*) ¡Rápido! ¡Que se lleven el cadáver!

PENTESILEA: ¡Oh, Protoe! ¿Con quién estás hablando?

PROTOE: (*Viendo que aún no salen las amazonas que han de llevarse el cadáver.*) ¡Fuera, fuera, insensata!

PENTESILEA: ¡Oh, Diana! ¿Es cierto entonces?

PROTOE: ¿Cierto? ¿A qué te refieres, amada? ¡Vengan todas aquí! (*Hace señas a las sacerdotisas para que escondan el cadáver con sus cuerpos. Las amazonas lo levantan.*)

PENTESILEA: (*Alegre, mantiene las manos ante el rostro.*) ¡Dioses inmortales! No tengo corazón para volver a mirar.

PROTOE: ¿Qué pasa por tu mente? ¿Qué pretendes?

PENTESILEA: (*Mirando a su alrededor.*) ¡Oh, amada, algo me escondes!

MEROE: ¡Miren! ¡El terror se apodera de ella!

PENTESILEA: (A las amazonas que llevan el cadáver.) ¡Alto! ¿Qué llevan ahí?
¡Quiero saberlo! ¡Quietas! (Se abre paso y llega hasta el cadáver.)

PROTOE: ¡Oh, reina mía! ¡No quieras saber nada!

PENTESILEA: ¿Es él, vírgenes, es él?

MEROE: (Tras haber dejado ambas el cadáver.) ¿Por quién preguntas?

PENTESILEA: No es imposible, ya lo sé. Puedo paralizar las alas de una golor-drina con una herida que luego pueda curarse aún. Con flechas, puedo meter a un ciervo en un cercado. Pero el arte del arquero es traidor, y cuando un tiro debe dar en el centro de la dicha, siempre hay dioses que nos guían la mano. ¿Fue mi tiro mortal? ¡Díganme! ¿Es él?

PROTOE: ¡Por las tremendas potencias del Olimpo! ¡No pregantes!

PENTESILEA: ¡Fuera de aquí! ¡Aunque sus heridas fuesen tan grandes como las fauces abiertas del infierno! ¡Yo quiero verlo! (Levanta el paño que cubre el cadáver de AQUILES). ¿Quién de ustedes lo hizo, oh, monstruos?

PROTOE: ¿Tú lo preguntas?

PENTESILEA: ¡Oh, Artemisa! ¡Oh, diosa! ¡Todo acabó para tu hija!

LA SACERDOTISA: ¡Aléjate!

PENTESILEA: ¡Pero yo quiero saber quién tan impíamente rivalizó conmigo! No pregunto quién abatió a este cuerpo vivo —que se aparte de mí, por nuestros dioses augustos, libre como un pájaro—. Lo que pregunto es quién des-trozó el cadáver, y tú, Protoe, debes responderme.

PROTOE: ¿Qué dices, soberana?

PENTESILEA: Compréndelo, No quiero saber quién robó de su pecho el fuego prometeico. No quiero, no quiero saberlo. Mi capricho es este. Que le sea perdonada su acción. Que se vaya. Pero, Protoe, al que a este joven, trasunto de los dioses, así desfiguró, a ese quiero entregarlo a mi venganza. ¡Habla!

PROTOE: ¿Qué se puede responder a esta demente?

PENTESILEA: ¿Me lo dirás por fin?

MEROE: ¡Oh, reina, si tiene que aliviarte este dolor, escoge para tu venganza a la que quieras! Todas nosotras nos ofrecemos a ti.

PENTESILEA: ¡Cuidado! ¡Son capaces de darme a mí la culpa!

LA SACERDOTISA: (*Tímidamente.*) ¿Y quién, desventurada, sino tú...?

PENTESILEA: ¡Princesa del infierno con ropajes de luz, te atreves a...!

LA SACERDOTISA: ¡Pongo a Diana por testigo! Haz que toda la hueste que te rodea confirme mis palabras. Fue tu dardo el que le hirió y, por el cielo, ¡ojalá solo hubiese sido el dardo! Pero, al verlo caer, te lanzaste, en el caos de tus sentidos desbocados, sobre él junto a todos tus perros, y le hincaste... ¡Oh, mis labios tiemblan al decirlo! No me pregunes más qué hiciste... Vámonos ya.

PENTESILEA: Así que... ¿fui yo? ¿Yo? ¿Con mis perros? ¿Con estas manos tan pequeñas...? ¿Yo? ¿Con esta boca que el amor henchía...? ¡Ah, para qué cosas tan distintas fueron hechas las manos y la boca! ¡Con alegría, ayudándose siempre las unas a la otra: las manos a la boca primero, y luego la boca precediendo a las manos!

PROTOE: ¡Oh, reina!

PENTESILEA: ¿Cómo es posible que no se defendiera?

LA SUMA SACERDOTISA: ¡Él te amaba, desventurada! Quería rendirse a ti y ser tu cautivo. Por ello se acercaba. Por ello te retó a un nuevo combate. A ti venía hinchido de sentimientos de paz, para seguirte al templo. Pero tú...

PENTESILEA: ¿Fueron mis besos los que le mataron?

LA SACERDOTISA PRIMERA: ¡Oh, cielos!

PENTESILEA: ¡No! ¿No le besé? ¿Lo despedacé entonces? ¡Díganme!

LA SUMA SACERDOTISA: ¡Ay, ay! Vuelvo a gritarte: ¡ay de ti! ¡Que te cubra la noche eterna para siempre!

PENTESILEA: Entonces fue un error. ¡Besos o dentelladas! Cualquiera que ame de todo corazón puede confundir los unos con las otras.

MEROE: ¡Vengan, oh, dioses, en su ayuda!

PROTOE: (Agarra a Pentesilea.) ¡Vamos!

PENTESILEA: ¡No, déjame! ¡Déjame! (Se suelta y cae de rodillas ante el cuerpo de AQUILES) ¡Tú, el más miserable de los hombres, tienes que perdonarme! Si me expresé de modo tan erróneo, por Diana, se debió a que ya no era dueña de mis labios. Pero ahora te digo con toda claridad lo que pensaba: fue esto y nada más, amado mío. (Lo besa.) Hay mujeres que, al besar a su amigo, le dicen que su amor es tan grande que podrían comérselo; y luego, al pensar sus palabras, sienten asco. Pero yo no obré así, oh amado, pues cuando corrí a colgarme de tu cuello, esta promesa cumplí, palabra por palabra. Y no estaba tan loca como parecía.

ASTERIA: ¡Criatura abominable! ¿Qué ha dicho?

LA SACERDOTISA: ¡Sáquenla de aquí!

PENTESILEA: Renuncio a la ley de estas mujeres por seguir a este joven.

PROTOE: ¿Cómo? ¿Qué dices, reina?

LA SACERDOTISA: ¡Desdichada!

PROTOE: ¡Hermana, permíteme decirte unas palabras! (Intenta arrebatarle la daga.)

PENTESILEA: ¿Que hay? ¿Qué buscas en mi cinto? ¡Ah, sí, espera! ¡Es que no te entendía! ¡Aquí tienes mi daga! (Se saca la daga del cinto y la tiende a Protoe sin entregársela.) ¿Quieres también las flechas? (Se descuelga la aljaba del hombro.) ¡Mira, al vacío! (Tira todas las flechas al suelo.) Pensándolo bien, sería muy agradable... (Vuelve a tomar unas flechas.) ¿Fue esta? ¿No? ¿O fue esta otra? Sí, esta fue... ¿Qué importa? ¡Tómala! ¡Todos mis dardos..., tómalo! (Recoge de nuevo las flechas y las pone en manos de Protoe.)

PROTOE: Dame.

PENTESILEA: Porque ahora desciendo al fondo de mi pecho como a un precipicio, y de él extraigo, frío como el metal, un sentimiento destructor. Este metal, lo purifico en el fuego del dolor hasta endurecerlo como el acero. Luego lo empapo todo con el veneno corrosivo de los remordimientos, lo pongo sobre el eterno yunque de la esperanza, y así, agudo y afilado, se convierte para mí en un puñal, y a este puñal ofrezco ahora mi pecho: ¡Así! ¡Así! (Cae y muere.)

PROTOE: (Sosteniendo a la reina.) ¡Muere!

ASTERIA: ¡En verdad, le siguió!

PROTOE: ¡Dichosa ella! Porque aquí abajo no tenía sitio. (*La deposita en el suelo.*)

LA SUMA SACERDOTISA: ¡Ah, cuán frágil es el hombre, oh, dioses! ¡Ella yace aquí, rota! ¡Con qué orgullo, hace poco, hacía oír aún su rumorosa voz desde la cumbre de la vida!

LAS AMAZONAS: ¡Sucumbió porque estaba floreciendo con demasiada fuerza y gallardía! La encina muerta resiste el temporal, pero el temporal abate con estrépito a la encina viva, porque sus ramas pueden silenciar el viento.

Los cuerpos de AQUILES y PENTESILEA yacen en el piso. Hombres y mujeres, griegos y amazonas, los observan en silencio. Aparecen las Erinias. Silencio. Los rostros de todos los actores miran hacia el público.

UNA DE LAS ERINIAS: Ha caído la noche. La muerte se ha instalado sobre la hierba seca.

OTRA: Ahora habita aquí el horror. La muerte es una sola.

OTRA: Escuchen: es el viento de la desgracia.

OTRA: Es tiempo de regresar. Ya nada nos ata a este triste campo de batalla.

OTRA: Mañana, cuando se instalen los recuerdos, todos sabremos que por aquí pasó la siniestra presencia del desastre.

ERINIAS: La muerte es una sola. Nosotras, Erinias, Furias incesantes, hemos dado cuenta del final del mundo. “Ahora, oh, inmortalidad, eres toda mía”.

La luz va cayendo. Se escucha un lejano lamento fatal. Crece el ladrido de los perros.

Bogotá, septiembre-noviembre de 2008

Esta obra se estrenó con los estudiantes de quinto año del programa de Artes Escénicas de la Facultad de Artes ASAB, en el Teatro del Camarín del Carmen de Bogotá, bajo la dirección de César Badillo.

Mentiras ejemplares

PERSONAJES:

ELLA

ÉL

EL OTRO

EL MAESTRO

*Si algo ha cambiado, eso es nosotros
"El otro cambió, los que se fueron"*

Litto Nebbia

I. ELLA

ELLA CON PAÑOLETA NEGRA, GAFAS NEGRAS, VESTIDO NEGRO,
ZAPATOS NEGROS, MEDIAS VELADAS NEGRAS, DISCRETO BOLSO
NEGRO. EL ROSTRO HACIA EL FRENTE, EN SILENCIO, CONTENIENDO
LAS LÁGRIMAS, LUEGO DE UNA LARGA NOCHE DE INSOMNIO.
NO SABEMOS DÓNDE ESTÁ. FINALMENTE, ELLA SE DECIDE
A ROMPER EL SILENCIO.

ELLA: No sé si esta historia debe empezar por donde termina. Y tampoco tengo muy claro si ya ha terminado. Lo cierto es que todo se gestó en un desorden tal que, supongo, ahora debo estar pagando las consecuencias. Ahora ellos deben estar muy distantes y, me imagino, no les interesará lo que yo esté pensando. Pero les juro que mis intenciones eran nobles. De hecho, no quiero arrepentirme por el hecho de haberme enamorado de tres hombres. Eso siempre sucede. Es necesario, incluso. Pero bueno. Tengo que aclarar mis ideas. Tengo que empezar entonces por el principio. Yo, ella, se calma. Ella se calma. Ella se acuerda: ella recuerda el primer día en el que entró a estudiar a la Academia de Artes. Ella era una jovencita un tanto robusta, que quería ser la mujer más hermosa del mundo, pero no se lo decía a nadie. Procuraba pasar apercibida, haciendo la mosquita muerta y esgrimiendo cierto rigor melodramático que le sentaba muy bien. Quién iba a pensarla. Si uno supiera el final de las historias, de repente nunca las empezaría. O, de repente, las acomodaría a su antojo, no al antojo del destino. Pero no podemos tapar el sol con las manos. Me explico: salimos a la calle y hay una única variable: vamos a la Academia, hacemos nuestras escenas, regresamos a la casa. Pero un día

podemos salir a la calle y decidir, por azar, cambiar de camino, para que el sol nos pegue en la cara. Y ¡plaf! nos aplasta un carro en la primera esquina. Y quedamos inválidos para siempre y debemos hacer Lady Macbeth en silla de ruedas. O tan solo nos morimos y la baraja de posibilidades se rompe para siempre. Para. Ella para. Ella no quiere, no puede, no debe recordar. Hay una línea tan delgada entre el amor y el odio. Y ella no quiere contar una historia de amor. Ella quiere. Ella no sabe lo que quiere. Ella debe justificarse, pero no ha cometido ningún pecado. Ella quiere recordar, pero sabe que los recuerdos son malos para la salud. Ella quiere huir y empezar de nuevo, pero sabe que, de alguna manera, es un poco, demasiado tarde. Ella quiere reír y desconectarse del dolor, pero en el cielo hay amenazas de lluvia y no se puede evitar la tormenta. Ella se acuerda. Ella recuerda el primer día en el que entró a estudiar a la Academia de Artes. Como un libro abierto, con las páginas en blanco. Dispuesta a lo que fuese. Dispuesta incluso a saber que su vida, de allí en adelante, estaría marcada por los pasos de otros. Por su sincero y delicado amor por otros. Por su firme fidelidad hacia tres hombres. No quiero hablar en primera persona. Quiero ser ella, desde la distancia, mirar, como espectadora, los toros desde la barrera. Sí. De repente esta historia es una corrida de toros. Una corrida de toros en la que Ella pasó de matador a bestia para el sacrificio. Ella se acuerda. Ella no sabe lo que quiere. Ella se despide. Ella recuerda el primer día. El primer día en el que no sabíamos si vivir una comedia o una tragedia.

II. ELLA, ÉL, EL OTRO, EL MAESTRO

ELLA SE QUITA SUS TRAJES OSCUROS Y SE TRANSFORMA EN UNA FRESCA Y DESPREOCUPADA ESTUDIANTE DE TEATRO. AL FONDO, EN UN ESCENARIO, ÉL Y EL OTRO LEEN UNA ESCENA, SIN MAYOR INTERPRETACIÓN. A UN EXTREMO DE NUESTRO ESCENARIO REAL, ESTÁ SENTADO EL MAESTRO, OBSERVANDO A LOS QUE ACTÚAN. ELLA PERMANECE MIRANDO HACIA EL FRENTE, PERDIDA EN SUS RECUERDOS. LAS ESCENAS "DEL TEATRO" LAS TENDREMOS SIEMPRE ENTRE COMILLAS.

ÉL: "Ahora volvemos al foso del que partimos".

EL OTRO: "Las distancias no justifican el final al que estamos condenados".

ÉL: "Dame la mano. No vayamos a perdernos".

EL OTRO: "Es la ruta de la muerte, no me engañes".

ÉL: "No tengas miedo. Una vez más seré tu cómplice".

EL OTRO: "¡Apártate de mí, enviado del averno, ya sé cuáles son tus planes!"

ÉL: "Déjame abrazarte. Quiero que seas mío. Mío. Hasta más allá del horizonte".

EL OTRO: "Te advierto que estoy protegido por los rezos de mis padres".

ÉL: "Mejor. Así iremos seguros hasta la otra orilla."

EL OTRO: "¡Apártate! ¡Apártate!"

ÉL: "Ah, pecadores, que llegáis desde tan lejos. Tarde o temprano pasarán por mi cita. Bienvenidos a la noche. Bienvenidos al lugar donde los ojos estarán cerrados, aún abiertos. Bienvenidos al miedo eterno. Al terror sin límites. Bienvenidos a esta playa donde la carne no tendrá descanso, entre el horror y el dolor".

UNA PAUSA INCÓMODA. ÉL Y EL OTRO ESPERAN SIN SABER QUÉ DECIR. EL MAESTRO SE PONE DE PIE Y RESPIRA PROFUNDO, DESPECTIVO. SE ALISA SUS BIGOTES.

EL MAESTRO: Suficiente. ¿Queda alguien más?

ELLA: Yo, maestro.

EL MAESTRO: ¿Ha preparado su texto?

ELLA: Eh... Creo que sí.

EL MAESTRO: ¿Puede comenzar, por favor?

ELLA: Por supuesto. A eso vine.

EL MAESTRO LA MIRA CON CIERTO DESDÉN. NO LE GUSTA SU RESPUESTA.

EL MAESTRO: ¿Me permite el libreto?

ELLA: (AL PÚBLICO.) Me fascinó. Quiero decir. De alguna manera, los tres me fascinaron. Él, por su abierta timidez. El otro, por su belleza obligada. El

maestro, por no darse cuenta de que ya estaba viejo. Ese día debí suponer que empezaban los problemas. Pero cuando se vive el primer día, nunca se está pensando en lo que va a suceder en el último.

EL MAESTRO: Muy bien, señores. Gracias por el esfuerzo y la paciencia. Los resultados, la semana próxima.

ELLA: Maestro, ¿puedo hablar con usted?

EL MAESTRO: (INVENTÁNDOSE UN CHISTE QUE NO LE SALE.) Por ahora no. Esperemos a ver qué dicen las voces... del más allá.

ELLA: Usted me fascina, maestro. Quiero decírselo desde un principio: quiero quitarle su camisa en mitad del salón y besarlo a lametazos lentos, quiero bajarle sus pantalones y darme cuenta de su feroz paciencia frente a mí. Quiero recitarle poemas malos y dejar que se venga su horror sobre mi cara.

EL MAESTRO: Hasta mañana. Nos veremos a las ocho.

ELLA: (AL PUBLICO.) Por supuesto que nada de eso le dije al maestro. Incluso me atrevería a afirmar que no lo pensé en aquel momento. Pero el maestro guardaba tanta distancia, exigía con la mirada tanto respeto, insistía tanto en hablar de la ética y de la disciplina, que no tuve más remedio que imaginarme lo contrario. De allí en adelante, el desorden y la destrucción iban a ser mis mecanismos de defensa.

III. ELLA, ÉL

UNA BANCA EN EL PARADERO DE BUSES. ELLA ESTÁ SENTADA CON LA MIRADA PERDIDA. ÉL SE DA CUENTA DE SU PRESENCIA. DESPUÉS DE VARIOS RODEOS (RIDÍCULOS, COMO TODOS LOS RODEOS), ÉL SE SIENTA A SU LADO.

ÉL: Usted... ¿está segura de que esto es lo que quiere estudiar?

ELLA: Por supuesto.

ÉL: ¿Desde siempre?

ELLA: Por supuesto que no estoy segura.

ÉL: Entonces... ¿por qué vino?

ELLA: No sé. Supongo que porque quería encontrarme gente como usted.

ÉL: ¿Como yo?

ELLA: Si como usted... como el maestro... como el otro... Gente que jura ser distinta.

ÉL: ¿Le parece que yo soy gente distinta?

ELLA: Me gusta la gente que ha intentado suicidarse.

ÉL: Eso no tiene nada de especial.

ELLA: Me gusta la gente que ha intentado suicidarse solo por desprogramada.

ÉL: ¿De dónde saca esas historias?

ELLA LE TOMA LAS MANOS Y EVIDENCIA LAS CICATRICES
DE LAS MUÑECAS DE ÉL.

ELLA: Uno no se muere de esta forma.

ÉL: Sí. Yo sé. Pero en esa época no tenía métodos más contundentes.

ELLA: Qué lástima. Me tengo que ir.

ÉL: ¿Para dónde va?

ELLA: A buscar lo que no se me ha perdido. A suicidarme, supongo.

ÉL: ¿Puedo ayudarla?

ELLA: Cuando pierda la virginidad, hablamos.

ÉL: ¿Usted es virgen?

ELLA: Yo no. Usted.

ÉL: Eso no es ningún pecado.

ELLA: Tratándose de una persona como usted, sí lo es.

ÉL: Y... ¿qué podemos hacer? El mundo ha sido muy lento conmigo.

ELLA: ¿Puedo besarlo?

ÉL: No. Nunca he besado a nadie en mi vida. Ni siquiera a mi madre.

ELLA: ¿Puedo besarlo?

ÉL: No. Me temo que los besos deben saber horrible.

ELLA: ¿Puedo contarle una historia?

ÉL: Como quiera.

ELLA: "Nunca lo he perdido.

En la noche, en las madrugadas

En el estrecho odio que me producen los celos

En su falta de lealtad

En su lecho sin sangre

En las réplicas y en los gemidos que le dictan los cielos

Allí estarán sus viejos pasos.

Ya sé que forma parte de mis intersticios

Y su voz queda

Y sus labios tenues

Y esa forma déspota de temblar sin ganas

Aún me pertenecen.

Porque yo no me rindo así de fácil

Porque mi disposición al magnicidio es franca

Y moriré volando

Mientras muerdo a mis hijos

Y les doy lecciones

Los revoco y los devuelvo

Para que el mundo se ensanche.

Oh, venganza firme y mal reprogramada

No valdrán los ruegos ni las recriminaciones

Vendrán aguaceros y gemidos prietos

Pero ya nunca volverás a ser el mismo

Porque no te he perdido

Porque estarás en mis garras y en mis sueños

Hijo de la mala fortuna
Remedo del destiempo
Toro imberbe, atrevido y mal confiado
Tus besos en camas grises
Se convertirán en granos
Tus caricias en huecos
Y tus nuevos hijos serán asesinos sin dios
Serán carne a dentelladas
Que volveré a juntarte
Cuando me pidas
Me suplique
Me ruegues sin dientes
Que vuelva a tus mentiras
Dipsómano procaz
Hijo de Tántalo
Embustero de la lluvia
Triste enamorado de la piel y de las rocas
Muere triste y callado
Mientras yo vuelo
Atravesada de ti
Por tus buenos aires.”

ÉL TOMA UN LIBRETO QUE ESTÁ EN EL BOLSO DE ELLA
Y CONTINÚA LEYENDO.

ÉL: “Dame una segunda oportunidad”.

ELLA ADIVINA LAS RÉPLICAS Y LE RESPONDE.

ELLA: “Nunca has tenido la primera”.

ÉL: “Tengo miedo de perderte”.

ELLA: “Nunca me has tenido”.

ÉL: “Qué sacas con desbaratarme?”

ELLA: “Es el placer de recrearte. Como si fueras mi invención”.

ÉL: “Con eso no consigues otra cosa que condenarte”.

ELLA: "No lo creo. Ya he estado condenada al conocerte. De aquí en adelante, vendrá mi salvación eterna".

ÉL: "¿Voy a morir, entonces?"

ELLA: "No. Voy a matar lo que más amas."

ÉL: "Vas a escapar del mundo para siempre?"

ELLA: "Es posible. Es muy posible. Pero antes tengo dos o tres asuntos pendientes".

ÉL DEJA DE LEER EL LIBRETO. SE MIRAN FRENTE A FRENTE, SENTADOS EN LA BANCA DEL PARADERO. ÉL REPITE, INTIMIDADO, COMO UN AUTÓMATA, COMO UNA LECCIÓN.

ÉL: ¿Cuál es su nombre?

ELLA: Eso es lo que menos importa.

ÉL: ¿Puedo llamarla tarde en la noche?

ELLA: Tengo la capacidad de no dormir nunca.

ÉL: ¿Cuál es su número de teléfono?

ELLA: Le advierto que es mejor no conocerlo.

ÉL: ¿Puedo... besarla?

ELLA: Por supuesto que no. Usted nunca va a ser capaz de rozar ninguno de mis labios.

ÉL SE ACERCA A ELLA Y SE BESAN CON DISCRETA TIMIDEZ.
ELLA SE SEPARA DE ÉL Y SE DIRIGE AL PÚBLICO.

ELLA: (AL PÚBLICO.) Éramos muy jóvenes. Demasiado jóvenes. Parecía que no tuviéramos ninguna edad. Él aprendió a morderme la lengua para que no hablara y yo me entretuve con sus bracitos sin vello hasta que, poco a poco, mientras corría la noche, nos fuimos transformando en leones, gorilas,

animales de gruesas formas. Cuando menos lo imaginamos, estábamos encerrados en un cuarto de jabón chiquito y afiches del Mediterráneo. Él y yo. Él y Ella aprendieron a desnudarse sin complejos y establecimos una rápida complicidad, porque el amor, para mí, no ha representado ningún misterio. Es cursi, predecible, mentiroso y mordaz. Él lo comenzó a entender mucho más tarde, cuando yo le di algunas recetas de mis sortilegios. Los días pasaron y él y yo, ella y él, comenzaron a acostumbrarse. Esto es, a enamorarse. Al principio todo fue hermoso. Pero poco a poco comenzó la rutina y el bioquímico desastre de la costumbre. Allí fue Troya.

IV. YO, TÚ, ÉL, ELLA, USTED.

CUARTO DE MOTEL. ÉL, ELLA, DESNUDOS. HAN TERMINADO DE DEFENESTRARSE. HAN TERMINADO DE FUMAR. NO HAY NADA PARA DECIRSE. ELLA ESCARBA EN EL BOLSO DE ÉL. SACA UN CASETE Y LO PONE EN UNA GRABADORA PORTÁTIL. SUENA MÚSICA DEL GRUPO DE ROCK LOS ARGONAUTAS. AMBOS SE MIRAN SONRIENTES, CÓMPlices. SE PONEN DE PIE. SE VISTEN. COMIENZAN A ARREGLAR EL ESCENARIO. LO TRANSFORMAN TOTALMENTE. SE CONVIERTEN EN UN SALÓN DE CLASE EN RUINAS, DONDE HAY RESTOS DE MUCHOS OBJETOS SIN NINGUNA FUNCION.

ÉL: ¿Le gustan Los Argonautas?

ELLA: (AL PÚBLICO.) A él le gustaba el grupo de rock Los Argonautas.

ÉL: Sus canciones parecen compuestas para mí.

ELLA: (AL PÚBLICO.) Él pensaba que las canciones de Los Argonautas eran compuestas para él. No se había dado cuenta de que todas las canciones parecen compuestas para cada uno.

ÉL: ¿Le puedo regalar un casete?

ELLA: (AL PÚBLICO.) Él quiso regalarme un casete con música de los Argonautas. Necesitaba himnos.

ÉL: Podemos usar algunas de estas canciones en las escenas que debemos montar.

ELLA: (AL PÚBLICO.) Él quería usar algunas canciones de los Argonautas en las escenas que deberíamos montar. No se había dado cuenta de que el rock y el teatro chillan. No se complementan nunca.

ÉL: ¿Le parece cursi?

ELLA: (AL PÚBLICO.) Me pareció cursi. Él era hermoso y cursi.

ÉL: Quiero que me acompañe a la manifestación.

ELLA: (AL PÚBLICO.) Él quería que yo lo acompañara a la manifestación. Yo no sabía lo que era una manifestación. Nunca quise saber lo que era una manifestación. ¿Manifestación? ¿Qué es lo que había que manifestar?

ÉL: Quiero besarla otra vez.

ELLA: (AL PÚBLICO.) Él quería besarme otra vez. Yo quería besarlo otra vez. Siempre quería besarlo otra vez. Pero yo también quería besar al otro.

ÉL: ¿Nos vemos el viernes a las ocho?

ELLA: Sí. El viernes a las ocho.

ÉL: ¿Puedo besarla?

ELLA LO BESA. ÉL SE ALEJA FELIZ. ELLA PERMANECE MIRANDO HACIA EL PÚBLICO, RADIANTE.

V. ELLA, EL OTRO.

EL OTRO APARECE AL FONDO DEL ESCENARIO, CON UN VESTIDO DECIMONÓNICO. COMIENZA A INTERPRETAR UN TEXTO TEATRAL. AL OIRLO, ELLA ENTRA “EN SITUACIÓN” Y LE RESPONDE LOS DIÁLOGOS.

EL OTRO: “Me estabas buscando?”

ELLA: “No lo sé. Supongo que sí.”

EL OTRO: “Debo suponer que se trata de algo importante...”

ELLA: "Si se puede considerar importante una curiosidad. Entonces sí. Es importante."

EL OTRO: "Espero que esta vez no intente escaparse de nuevo."

ELLA: "Entiéndame. No era esa mi intención."

EL OTRO: "Usted sabe que para mí ha sido muy importante cruzarme con su mirada. Su mirada para mí es más que suficiente."

ELLA: "¿Más que suficiente? ¿Para qué?"

EL OTRO: "Más que suficiente como para seguir con vida."

ELLA: "¡Seguir con vida! ¡Eso es solo una frase!"

EL OTRO: "De frases está hecho el mundo."

ELLA: "¿Qué quiere usted de mí?"

EL OTRO: "Quiero que me diga la verdad. Que me diga la verdad. Sobre lo que pensó la otra noche. La noche en la que nos interrumpió Felipe y no nos dejó seguir adelante."

ELLA: "Felipe nos interrumpió porque usted no quiso seguir adelante."

EL OTRO: "No se invente disculpas, por favor. El tiempo no está de nuestro lado."

ELLA: "¿Para qué quiere que el tiempo esté de nuestro lado? No hay ninguna razón por la que debamos acercarnos."

EL OTRO: "Sí. Hay una razón. Hay una sola razón. Y es lo suficientemente válida como para que yo sacrifique mi viaje y decida permanecer frente a usted."

ELLA: "Ah, ¿sí? ¿Y cuál es esa razón?"

EL OTRO: "Esa razón es... el desorden."

ELLA: "Por favor. No siga. Ya me imagino a dónde quiere llegar."

EL OTRO: "¿Y le parece que no es una razón de peso?"

ELLA: "Sí. Es una razón de tanto peso, que prefiero irme y hacer de cuenta que nunca nos hemos encontrado."

EL OTRO: "Por favor. Deme una oportunidad. Es lo único que le pido."

ELLA: "Si le doy una oportunidad, el cielo se aplastará contra nuestras cabezas."

EL OTRO: "El cielo está de nuestro lado. No lo olvide."

ELLA: "El cielo solo nos está poniendo a prueba."

EL OTRO: "Señorita... Voy a besarla. Con o sin su voluntad."

ELLA: "¿Se atiene a las consecuencias?"

EL OTRO: Eso se lo pregunto a usted."

ELLA: "Entonces... pregúntemelo."

EL OTRO: "Se atiene a las consecuencias?"

ELLA PERMANECE EN SILENCIO.

EL OTRO: ¿Se atiene a las consecuencias?

ELLA PERMANECE EN SILENCIO.

EL OTRO: ¿Paramos aquí?

ELLA: Lo siento. Se me fue el texto.

EL OTRO: ¿Se le fue? ¿Para dónde?

ELLA: No me moleste. Estoy muy desconcentrada.

EL OTRO: Yo también estoy muy desconcentrado. Y sin embargo hago el intento por seguir.

ELLA: Usted es más valiente que yo, supongo.

EL OTRO: No sé si concentrarse sea un acto de valentía.

HAY UN SILENCIO INCÓMODO. SE MIRAN COMO SI LA SITUACIÓN
QUE SIGUE YA LA HUBIERAN VIVIDO.

EL OTRO: Usted... ¿está segura de que esto es lo que quiere estudiar?

ELLA: Por supuesto.

EL OTRO: ¿Desde siempre?

ELLA: Por supuesto que no estoy segura.

EL OTRO: Entonces... ¿por qué vino?

ELLA: No sé. Supongo que porque quería encontrarme gente como usted.

EL OTRO: ¿Como yo?

ELLA: Sí, como usted... como el maestro... como él... Gente que jura ser distinta.

EL OTRO: ¿Le parece que yo soy gente distinta?

ELLA: Me gusta la gente que ha intentado suicidarse.

EL OTRO: Eso no tiene nada de especial.

ELLA: Me gusta la gente que ha intentado suicidarse solo por desprogramada.

EL OTRO: ¿De dónde saca esas historias?

ELLA LE TOMA LAS MANOS Y EVIDENCIA LAS CICATRICES DE LAS
MUÑECAS DE EL OTRO.

ELLA: Uno no se muere de esta forma.

EL OTRO: Sí. Yo sé. Pero en esa época no tenía métodos más contundentes.

ELLA: Qué lástima. Me tengo que ir.

EL OTRO: ¿Para dónde va?

ELLA: A buscar lo que no se me ha perdido. A suicidarme, supongo.

EL OTRO: ¿Puedo ayudarla?

ELLA: Cuando pierda la virginidad, hablamos.

EL OTRO: ¿Usted es virgen?

ELLA: Yo no. Usted.

EL OTRO: Eso no es ningún pecado.

ELLA: Tratándose de una persona como usted, sí lo es.

EL OTRO: Y... ¿qué podemos hacer? El mundo ha sido muy lento conmigo.

ELLA: ¿Puedo besarlo?

EL OTRO: No. Nunca he besado a nadie en mi vida. Ni siquiera a mi madre.

ELLA: ¿Puedo besarlo?

EL OTRO: No. Me temo que los besos deben saber horrible.

ELLA: ¿Puedo contarle una historia?

EL OTRO: Como quiera.

ELLA: (AL PÚBLICO.) Supongo que habrá personas que me censuren. Supongo incluso que habrá personas que lleguen a odiarme, que digan que esta no es la forma correcta de comportarse. Pero sucedió. Había algo en el otro que iba más allá de las innovaciones. Me encantó estar pisando terrenos conocidos. Y su manera de acercarse, de hacerse el mártir, de dejarse llevar, de descubrirme, me hizo tambalear, pero... cuando menos lo pensé... le dije que no. Que nunca iba a suceder nada entre nosotros.

EL OTRO: Es una lástima. Es una verdadera lástima.

ELLA: ¿Por qué?

EL OTRO: Porque yo sé que usted y yo tenemos una deuda pendiente.

ELLA: ¿Una deuda? ¡Pero si acabamos de conocernos!

EL OTRO: De eso yo no estoy muy seguro.

ELLA: Yo no puedo hacer nada. De verdad. Estoy comprometida.

EL OTRO: Me imagino. Pero no se lo había preguntado.

ELLA: De todas maneras, podemos seguir ensayando, ¿no?

EL OTRO: ¿Usted cree que vale la pena seguir ensayando?

ELLA: Si no se ensaya, no se llega con confianza a las funciones.

EL OTRO: ¿Para qué quiere que ensayemos, si no está interesada en llegar a las funciones? Las funciones son un acta de defunción.

ELLA: Yo no dije eso. No confunda el teatro con la vida. Es de muy mal gusto.

EL OTRO: ¿Ensayamos entonces?

ELLA: Ensayemos.

AMBOS SE MIRAN EN SILENCIO. SE BESAN. EN CAMARA LENTA, SE DIRIGEN AL FONDO DEL ESCENARIO, DONDE HAY AHORA UNA CAMA. POCO A POCO, NOS INSTALAREMOS EN LA HABITACION DE EL OTRO.

VI. ELLA, EL OTRO, EL SEXO.

ELLA Y EL OTRO SE BESAN. EL OTRO SE DIRIGE A UN EQUIPO DE MUSICA Y PONE UNA CANCION. ELLA SE INTERRUMPE, SORPRENDIDA.

ELLA: ¿Y esa canción?

EL OTRO: ¿Los conoce?

ELLA: Los Argonautas son los que han compuesto la banda sonora de mi vida.

EL OTRO: A veces se le sale el lado cursi, ¿no?

ELLA: Yo sé que los Argonautas son cursis. Pero todos tenemos nuestros defectos, ¿no?

EL OTRO: Pero no tan graves, como decir que Los Argonautas son cursis.

ELLA: ¿De dónde sacó esas grabaciones?

EL OTRO: Eso no importa ahora.

ELLA: Sí importa. Hay... Hay demasiadas coincidencias.

EL OTRO: ¿Qué tipo de coincidencias?

ELLA: No me gustan las historias con tantas coincidencias.

EL OTRO: No entiendo a qué...

ELLA: No importa. No creo que tenga que dar muchas explicaciones.

EL OTRO: No es necesario que se vaya. Mis papás no regresan en varios días.

ELLA: ¿Cuántas habitaciones hay en esta casa?

EL OTRO: No las conozco todas.

ELLA: ¿Y nunca utilizan la luz eléctrica?

EL OTRO: Si encendemos la luz, alborotamos los murciélagos que vuelan sobre nuestras cabezas.

ELLA: ¿No le da miedo vivir aquí?

EL OTRO: Sí. Me da mucho miedo. Pero no me queda más remedio.

ELLA: Con razón era usted virgen.

EL OTRO: ¿Qué tiene que ver una cosa con la otra?

ELLA: Todo tiene que ver. Todo se relaciona.

EL OTRO: ¿La virginidad con la oscuridad?

ELLA: No lo sé. De repente son una misma cosa. O eran. La virginidad...
¿No le da tristeza perder algo que nunca va a recuperar?

EL OTRO: ¿A usted no le dio tristeza?

ELLA: Yo nunca he sido virgen. He sido curiosa desde el día de mi nacimiento.

EL OTRO: ¿Podemos empezar de nuevo?

ELLA: Solo se puede empezar una vez. El resto es una terrible repetición.

EL OTRO: Pues... ya que comenzó, señorita, con el curso, le propongo que sigamos pecando.

ELLA: Por favor... No me hable de pecados. Hagamos de cuenta que nada ha pasado.

ELLA Y EL OTRO SE BESAN. ELLA SE SEPARA DEL OTRO Y SE DIRIGE
AL PÚBLICO.

ELLA: (AL PÚBLICO.) Hasta aquí, todo iba de maravilla. Pero, por supuesto, para que haya vida, tiene que haber conflictos. Y los conflictos empiezan de la manera más armónica. No tengo que explicar que, de los acontecimientos que se vinieron encima, yo no tenía ni la menor idea.

VII. ÉL, EL OTRO.

ÉL Y EL OTRO ESTÁN FRENTE A FRENTE, EN EL PROSCENIO,
COMO EN UN WESTERN.

ÉL: "No puedo creer que usted me haya hecho esto."

EL OTRO: "No fue mi culpa."

ÉL: "Me parece que el respeto es una regla mínima para construir una amistad."

EL OTRO: "Yo nunca dije que quería ser su amigo."

ÉL: "Pero trató de demostrarme lo contrario, ¿no?"

EL OTRO: “¿Qué va a pasar, entonces? ¿Va usted a matarme?”

ÉL: “Eso no sería un castigo sino un premio.”

EL OTRO: “Me voy.”

ÉL: “¡Acérquese! ¡No huya! ¡No sea cobarde!”

EL OTRO: “Se equivoca usted si cree que le tengo miedo.”

ÉL: “¿Por qué no quiere, entonces, mirarme a los ojos?”

EL OTRO: “No he dejado ni un instante de hacerlo.”

ÉL: “¿Comenzamos, entonces?”

EL OTRO: “Sí. Comencemos.”

ÉL Y EL OTRO SE ACERCAN HASTA EL CENTRO DEL ESCENARIO.
SE MIRAN FRENTE A FRENTE, CON IRA. DE REPENTE, CAMBIAN
DE ACTITUD Y SE ABRAZAN, LARGO RATO. ÉL Y EL OTRO ROMPEN
LA SITUACION. SE RÍEN Y SE RELAJAN.

ÉL: ¿Sí cree que alcancemos a estar listos?

EL OTRO: Uno no termina nunca de ensayar. Ni siquiera el día de la presentación al público se está listo.

ÉL: Habla usted como si tuviera toda la experiencia del mundo.

EL OTRO: No. No la tengo. No tengo experiencia en nada.

ÉL: ¿Ni siquiera en mujeres?

EL OTRO: Ni en hombres, ni en mujeres, ni en niños.

ÉL: Pero... hay algo en usted que me produce mucha curiosidad. Y eso me gusta.

EL OTRO: Usted también. Estamos empatados.

ÉL: Me gusta la gente que sabe mirarme a los ojos.

EL OTRO: Y a mí me gusta la gente que me dice cosas sin mucho sentido.

ÉL: Es una manera de evitar los silencios. Le tengo terror a los silencios.

EL OTRO: No se preocupe. Hay miedos peores. Como el miedo de pararse frente al público y no tener nada qué decir.

ÉL: ¿Le ha pasado?

EL OTRO: No. Nunca he estado parado frente a un público.

ÉL: Yo tampoco. Pero no veo la hora de hacerlo.

EL OTRO: Parece que se convierte en una adicción.

ÉL: ¿Una adicción? ¿Como esta?

ÉL SACA DE SU MALETA UN FRASQUITO DE LICOR.

EL OTRO: De dónde sacó...

ÉL: De las cavas de Dionisos.

EL OTRO: Por favor. Tengo prohibidas las tentaciones por prescripción médica.

ÉL: ¿Por qué? ¿Le caen muy mal?

EL OTRO: Al contrario. Me caen demasiado bien. Y cuando algo me gusta demasiado, no puedo dejarlo a un lado ni porque me lo pida la mujer de mi vida.

AMBOS SE RÍEN, COMPLICES. BEBEN COMO EN UN DESIERTO.

ÉL: La mujer de su vida. ¿Quién es la mujer de su vida?

EL OTRO: Ah. Ya la va usted a conocer. De hecho, creo que ya la conoce.

ÉL: ¿Quién es?

EL OTRO: Es una sorpresa que no puedo revelarle todavía. Ella no me lo permite.

ÉL: ¿Es muy tímida?

EL OTRO: Eso creo. Aunque ella lo niega, en el fondo creo que es demasiado tímida.

ÉL: A mí me pasa lo mismo. Estoy enamorado de una mujer que es tan sincera, que yo creo que siempre me está escondiendo algo más allá de sus verdades.

EL OTRO: ¿La conozco? ¿Es de la Academia de Artes?

ÉL: No. Prefiero que no sea de la Academia de Artes. Además, no quiero que la conozca. Creo que, si llega usted a conocerla, terminará enamorándose de ella sin remedio. Y eso sería fatal.

EL OTRO: ¿Por qué lo dice?

ÉL: Son presentimientos. Pero, ahora que estamos tan contaminados de tragedias antiguas, no me queda más remedio que creer en los presentimientos.

EL OTRO: No se preocupe. Yo no tengo ojos sino para un solo ser en esta vida. Y no se trata precisamente de mi madre.

ÉL: ¿Se trata de la sincera Yocasta?

EL OTRO: No lo creo. No creo que la sincera Yocasta se enamore de un hijo tan discreto como este Edipito sin alma. Salud.

ÉL Y EL OTRO SIGUEN BEBIENDO Y RIENDO.

ÉL: ¿Ensayamos mañana?

EL OTRO: No. Ensayemos ahora. Después del teatro, tenemos que seguir ensayando la realidad. No podemos vivir improvisando. ¡A la taberna!

ÉL: ¡Y que los dioses nos protejan!

SE ALEJAN FELICES, ABRAZADOS. OSCURIDAD.

VIII. ELLA, EL MAESTRO.

UNA LUZ CENITAL AL FONDO DEL ESCENARIO ILUMINA LA FIGURA
DE ELLA. ELLA ESTÁ DICIENDO UN MONÓLOGO DE TRAGEDIA
GRIEGA. A UN EXTREMO DEL PROSCENIO, EL MAESTRO SIGUE SUS
MOVIMIENTOS CON INOCULTABLE IMPACIENCIA.

ELLA: "Lo que no soporto es el engaño.
Puedes irte con quien quieras
Pero tus mentiras han abierto un orificio inmenso
En lo más profundo de mi corazón.
Y eso ni el más temido de los dioses
Puede soportarlo.
Vete con ella. Ya, desde hace tiempo,
Tuve la inocente sospecha
Y no quise aceptarlo.
Vete con ella. Que seáis felices.
Pero te juro que en algún lugar del universo
Tus cantos y tus libaciones
No serán suficientes para esconder
La venganza que te tengo preparada.
No. No voy a decir adiós a los niños.
Tus hijos ya no son mis hijos.
En mi alma herida no cabe otro sentimiento
Que el odioso placer
De hacerte sufrir
Como nunca antes nadie había sufrido."

ELLA TERMINA SU MONÓLOGO Y MIRA AL MAESTRO EN SILENCIO,
ESPERANDO SU OPINIÓN.

EL MAESTRO: ¿Así termina?

ELLA: Así termina. No hay más texto.

EL MAESTRO: ¿Y le parece que solo se actúa cuando tenemos un texto?
¿Es eso lo que usted cree que es el teatro? ¿Hablar?

ELLA: No. Pero...

EL MAESTRO: No. No me diga nada. Prefiero su silencio. Además, no me venga a decir que esos son los textos de Eurípides.

ELLA: Bueno. No pensé...que.... se fuera... a dar cuenta. Quería que hubiese un poco de mi visión personal y...

EL MAESTRO: ¿Su visión personal? ¿Pero qué diablos nos importa en este momento su visión personal? Yo no le estaba pidiendo que me hiciera una rendición de cuentas de su espíritu ni que el teatro se le convirtiera a usted en una terapia. Si eso es lo que prefiere, lo mejor es que vaya donde un sicoanalista.

ELLA: Maestro, lo siento. Usted tiene toda la razón.

EL MAESTRO: ¿Apenas se viene a dar cuenta?

ELLA: (AL PÚBLICO.) Y cayó en la trampa. Yo me había propuesto desarmar al maestro y la única manera era llevándole la contraria. Por supuesto que me inventé una Medea de bolsillo, para que él se diera cuenta y reparara en mi presencia, así fuese a través del error. El maestro se detuvo en mí y el resto era muy fácil.

EL MAESTRO: Señorita... ¿qué es lo que usted pretende?

ELLA: Nada. Quería correr un riesgo delante de alguien que no me lo iba a permitir.

EL MAESTRO: Es decir. Un doble riesgo.

ELLA: Exactamente. Pero parece que no dio resultado. Lo siento. Mañana mismo vengo con Eurípides aprendido.

EL MAESTRO: ¿Se va? La clase no se ha terminado, señorita.

ELLA: Ya es la hora, maestro.

EL MAESTRO: La hora para qué.

ELLA: Para tomarme un tinto.

EL MAESTRO: ¿Un vino tinto?

ELLA: No. Un café lo más negro posible. Necesito alimentar mi úlcera.

EL MAESTRO: En mi cafetera quedan restos de lo que usted está anhelando.

ELLA: No quiero acabar con su paciencia.

EL MAESTRO: Sírvase lo que quiera.

ELLA SE SIRVE UN CAFÉ DE SU CAFETERA. HAY UN JUEGO DE MANOS ENTRE AMBOS, AMBOS QUIEREN SERVIRSE Y EL CAFÉ TERMINA REGADO POR EL PISO.

ELLA: Se lo dije. No he debido meterme con sus cosas.

EL MAESTRO: Eso no es grave. Que sea un motivo para salir de este escenario.

ELLA: ¿Usted y yo?

EL MAESTRO: ¿Está prohibido?

ELLA: No lo sé. No conozco los estatutos de esta academia.

ELLA Y EL MAESTRO SE MIRAN EN SILENCIO, FASCINADOS. EL MAESTRO EVITA LA MIRADA DE ELLA. LIMPIA EL CAFÉ, TRATANDO DE CAMBIAR DE TEMA.

EL MAESTRO: Usted... ¿está segura de que esto es lo que quiere estudiar?

ELLA: Por supuesto.

EL MAESTRO: ¿Desde siempre?

ELLA: Por supuesto que no estoy segura.

EL MAESTRO: Entonces... ¿por qué vino?

ELLA: No sé. Supongo que porque quería encontrarme gente como usted.

EL MAESTRO: ¿Cómo yo?

ELLA: Sí, como usted... como mis otros compañeros. Gente que jura ser distinta.

EL MAESTRO: ¿Le parece que yo soy gente distinta?

ELLA: Me gusta la gente que ha intentado suicidarse.

EL MAESTRO: Eso no tiene nada de especial.

ELLA: Me gusta la gente que ha intentado suicidarse solo por desprogramada.

EL MAESTRO: ¿De dónde saca esas historias?

ELLA LE TOMA LAS MANOS Y EVIDENCIA LAS CICATRICES DE LAS MUÑECAS DEL MAESTRO.

ELLA: Uno no se muere de esta forma.

EL MAESTRO: Sí. Yo sé. Pero en esa época no tenía métodos más contundentes.

ELLA: Qué lástima. Me tengo que ir.

EL MAESTRO: ¿Para dónde va?

ELLA: A buscar lo que no se me ha perdido. A suicidarme, supongo.

EL MAESTRO: ¿Puedo ayudarla?

ELLA: Cuando pierda la virginidad, hablamos.

EL MAESTRO: ¿Usted es virgen?

ELLA: Supongo que sí.

EL MAESTRO: Eso no es ningún pecado.

ELLA: Si hablamos del tema con personas como usted, sí lo es.

EL MAESTRO: Y... ¿qué podemos hacer? No creo que me vayan a meter a la cárcel por saberlo.

ELLA: No precisamente por saberlo.

EL MAESTRO: Señorita... me temo que voy a besarla.

ELLA: ¿No le queda más remedio?

EL MAESTRO: Lo siento. No he debido decírselo.

ELLA: Al contrario. No ha debido demorarse tanto en decírmelo.

EL MAESTRO SE ACERCA A ELLA. AL TRATAR DE BESARLA, ELLA SE RETIRA, HACIÉNDOSE LA TÍMIDA.

ELLA: ¿Puedo contarle una historia?

EL MAESTRO: Como quiera.

ELLA: (AL PÚBLICO.) Bueno. Son muy distintos. Yo no podría esperar que él me diera lo mismo que me daría el maestro ni el maestro podría darme lo que me aseguraba el otro. Hay un hombre fragmentado en tres hombrecitos que estaba tratando de armar en un rompecabezas inocente del cual nadie podía darse cuenta. Él. El otro. El maestro. El maestro, Él, el otro. El otro. Él. El maestro. No había un orden, ni una jerarquía. No podía existir. Cuando el maestro decidió tomar la decisión, ni él ni el otro existían para mí. No los necesitaba. No podía romperme la cabeza pensando en ninguno de los otros dos. Esa noche, terminé en el apartamento donde habitaba el maestro. En medio de libros y de canciones absurdas, hicimos, eso que se llama el amor, como conejos.

IX. ELLA, EL MAESTRO, EL SEXO.

EL MAESTRO ESTÁ SENTADO AL BORDE DE LA CAMA. ELLA ESTÁ A SUS ESPALDAS, IMPROVISANDO UN MASAJE. EL MAESTRO FUMA EN SILENCIO. ELLA SONRÍE TRIUNFANTE.

EL MAESTRO: Estoy solo. Quiero decir, estaba solo. Quiero decir, no quiero estar solo. Es mejor la soledad, pero bien acompañado. O sea, no es eso lo que quiero decirle, pero, desde hace mucho tiempo, me he mantenido en este apartamento, fumando y mirando por la ventana en las madrugadas, pensando en si debo terminar el libro que estaba leyendo o si debo salir por las calles lanzando gritos al aire y escupiendo las caras de los ancianos. O sea, quiero decir, la soledad es un asunto que no me preocupa, salvo en el momento en el que empiezo a sentir que me estoy volviendo viejo, porque se me olvida. Se me olvida que existe la muerte, la destrucción de la carne,

los pasadizos interminables de la torpeza. Quiero decir, señorita, que usted llegó a mi vida como un anillo al dedo, pero yo no quiero comprometerla, ni mucho menos, ni proponerle que yo sea el anillo de su dedo, ni mucho menos que mi dedo sea el que se instale en su anillo, o cualquiera de las variantes que usted quiera suponer. Pero me encanta. Me ha encantado usted, su falsa virginidad, su inocente sapiencia, el cambio de colores de las pupilas de sus ojos, su disciplina para la profanación, ese orden en los asuntos del alma que se convierten en voluntarioso desorden. O sea, señorita, no me venga a decir que se instaló en el cuarto de un poeta porque yo no lo soy ni lo he sido ni pretenderé nunca serlo. Yo soy un ser que se sabe de memoria todas las frases precisas para cada una de las circunstancias del ocio, salvo en el momento en el cual las frases se vuelven necesarias. Ay, señorita, no me pare usted bolas, no vaya nunca más a regar su tinto sobre mi escritorio, porque entonces terminaré diciéndole bromas peores y usted terminará por pensar que yo estoy enamorado de usted, cuando, en realidad, ni yo ni usted ni nadie hemos estado enamorados sino persiguiendo detallitos nimios para acostumbrarnos a los demás. Me imagino que usted no pretendía entusiasmarse conmigo, porque esos no eran sus planes cuando comenzó a recitar su excitante Medea de bolsillo, esa obra que usted, algún día, debería publicar en alguna parte. Porque, no crea, señorita, nunca nadie se había propuesto engañarme de una manera tan franca y, mire, quién iba a pensarlo, yo nunca creí que iba a terminar desnudo frente a usted, o que usted iba a mostrarme su impecable vida sin ropa, eso no lo piensa nadie cuando se levanta, se va para una clase de actuación y termina en su cuarto, a altas hora de la noche, practicando una gimnasia para la cual nadie había dicho esta boca es mía. Mire, señorita, yo tengo que inventarme una palabra para poder describir mi amor a primera vista. Yo tengo que poder decirle que no quiero que salga de este apartamento, que se instale aquí, que traiga sus cosas, que me utilice, que se aproveche de mis ganas venerables. Yo sé que usted está sola en la vida. Eso se le nota en los ojos. Pero no se preocupe. Usted no va a sacrificar su adolescencia con un viejo inclemente. Usted tiene la posibilidad de ensayar la muerte a dentelladas, con otro que la trate como si usted fuera la primera semilla del desierto.

EL MAESTRO LA MIRA A ELLA. ELLA LE RESPONDE, LUEGO DE UNA PAUSA.

ELLA: Por supuesto, maestro, que acepto. La única condición que le pongo es que nunca me diga mentiras. Eso sería algo que yo no podría soportar. ¿Me lo promete?

EL MAESTRO: Por supuesto, señorita, que se lo prometo. Nunca saldrá una mentira de mis labios.

ELLA: Gracias. Entonces, como ya me ha prometido que ninguna mentira saldrá de sus labios, le ruego el favor de que no le cuente a nadie lo que ha sucedido, lo que sucede o lo que sucederá entre nosotros.

EL MAESTRO: No lo voy a hacer. Pero... ¿Por qué me lo pide?

ELLA: Porque, si dice la verdad, nadie va a creérsela. Y quedará usted como un odioso mitómano. Lo mejor es que mantengamos los labios apretados. Y nos riámos tan solo entre nosotros, ¿no le parece?

EL MAESTRO: Quedarse callado es una forma de mentir. Pero no se preocupe. Sus deseos son órdenes, señorita.

OSCURIDAD.

X. ELLA, ÉL, EL AFTER PARTY.

ELLA Y ÉL EN EL PROSCENIO, COMO SI FUERA UNA CALLE. ESTÁN UN TANTO EBRIOS. RÍEN A CARCAJADAS.

ÉL: Pero, seguro. Ellos estaban en el cuarto del bebé recién nacido y, como los dueños no se habían dado cuenta, pues se quitaron la ropa y empezaron a tirar como si el mundo se fuera a acabar. Yo entré a la habitación y los vi copulando con esas ganas tan enfermizas, pero me acordé de que la esposa de mi amigo estaba por allí rondando y que mi amigo se había olvidado que había ido a la fiesta con la esposa y que estaba tirando con una desconocida recién conocida. Salí corriendo y me puse a distraer a la mujer de mi amigo, que estaba más borracha que mi amigo, pero ella insistió en ir a conocer el bebé recién nacido y yo no pude hacer nada. Ella entró al cuarto y se encontró con las nalgitas de su marido encima de las piernas abiertas de la desconocida y hasta allí nos trajo el río. La mujer de mi amigo lanzó un grito de ira e intenso dolor, agarró las ropas de su esposo y salió corriendo. Mi amigo salió, desnudo, en la mitad de la fiesta, tratando de recuperar, no a su esposa, sino sus ropas. La desconocida lloraba de felicidad, la fiesta cambió de rumbo, nadie siguió bailando, sino que siguieron a mi amigo que corría desnudo por las calles heladas, mientras su esposa desgarraba sus vestiduras.

ELLA: Pobrecita. Así son todos los hombres.

ÉL: Todos menos yo.

ELLA: Todos menos usted, caballero. Se me había olvidado.

ÉL: Ya se lo dije. Yo a usted la amo.

ELLA: No me ilusione.

ÉL: Se lo digo en serio. Es la frase más seria que he dicho en el presente año.

ELLA: ¿De verdad? ¿Y eso qué implicaciones tiene?

ÉL: Mis padres vienen del campo este fin de semana. Yo quiero que los conozca. Quiero que usted los conozca. Es el acto de confianza más grande que puedo tener con usted.

ELLA: ¿Está usted loco? Yo tengo una alergia visceral a los padres.

ÉL: Yo también. Pero necesito demostrarle, de alguna manera, que usted me tiene loco.

ELLA: Por favor. No vamos a comenzar a enloquecernos. Aún falta mucho para terminar esta obra.

ÉL: Entonces... ¿le parece que me estoy equivocando?

ELLA: Lo mejor es no meter a ningún parente en este asunto.

ÉL: Tiene usted razón. A veces me da por adelantarme a los acontecimientos.

ELLA: ¿Me lleva a mi casa, por favor?

ÉL: ¿A su casa? Y... ¿nuestro hotelito del centro?

ELLA: Tendrá que esperar.

ÉL: ¿Ya no quiere nada usted conmigo?

ELLA: Tendrá que esperar en mi casa a que yo regrese. Porque no me puedo resistir a la necesidad de estar a su lado. Y en nuestro hotelito del centro es en el único lugar donde estoy segura de que no van a llegar sus progenitores.

ELLA Y ÉL SE BESAN. ELLA SE SEPARA DE ÉL Y SE DIRIGE AL PÚBLICO.

ELLA: (AL PÚBLICO) Y me deshice en sus brazos. En fin. Este asunto ya tenía sus reglas establecidas. Ya ustedes conocen las condiciones a partir de las cuales está construido este cuento. Así que voy a procurar no interrumpirlos más. Sin embargo, necesito que entiendan que mi comportamiento está más allá de los héroes o de los villanos. No sé si ya lo dije, pero me imagino que más de uno de los aquí presentes me debe estar detestando. Debe estar pensando que soy un demonio, una oportunista, una ninfómana, una mentirosa, una farsante, una casquivana. Sus razones tendrán. Pero no se adelanten. Les aseguro que, con el correr de los días, se darán cuenta de algo que justificará plenamente mi comportamiento. Al menos, eso espero.

XI. EL OTRO, EL MAESTRO.

EL OTRO ESTÁ AL FONDO DEL ESCENARIO, BAJO UNA LUZ CENITAL. EN EL PROSCENIO, EN SU PUESTO HABITUAL, ESTÁ EL MAESTRO. EL OTRO ENSAYA UNA ESCENA, CON SU ROPA DE CALLE.

EL OTRO: "Lo siento, pero no puedo aceptarlo. Usted se aprovechó de las circunstancias, de su posición predominante, de su jerarquía, y ha terminado haciéndole daño a todo el mundo. El infierno es lo más decente que puede encontrar como refugio. Déjeme decirle que lo detesto. Que en sus carnes leves, en sus hemorroides lamentables, en sus discursos desdentados, no se encuentra más que los inicios de la carroña en la que se convertirán sus huesos. ¡Lárguese! ¡Lárguese de aquí!"

EL OTRO TERMINA SU EJERCICIO. EL MAESTRO PERMANECE EN SILENCIO. EL OTRO ESPERA UNA RESPUESTA. DE REPENTE, EL MAESTRO SE DESPLOMA AL PISO. SE HA DESMAYADO. EL OTRO NO SABE QUÉ HACER. CORRE HACIA EL MAESTRO E INTENTA AYUDARLO.

EL OTRO: ¡Ey, vengan! ¡El maestro se desmayó! ¡El maestro se desmayó!

EL MAESTRO SE RECUPERA LENTAMENTE.

EL MAESTRO: Por favor, no llame a nadie. Esto ya se me va a pasar.

EL OTRO: ¿Qué le pasa, maestro?

EL MAESTRO: Fue su escena. Esto me pasa siempre que veo malos actores.

EL OTRO: Maestro, por favor.

EL MAESTRO: No se preocupe. Sigo con vida. Eso todavía le da esperanzas.

EL OTRO: ¿Quiere que lo acompañe a su casa?

EL MAESTRO: Aquí o en mi casa voy a seguir con la misma enfermedad a cuestas.

EL OTRO: ¿A qué se refiere?

EL MAESTRO: A la muerte, amigo mío. No creo que me queden muchos meses en este mundo inventado por Shakespeare.

EL OTRO: Usted no se va a morir, maestro. Usted no se puede morir. Usted no se va a morir nunca.

EL MAESTRO: Usted va a morirse también, jovencito. Pero a su debido tiempo. Por ahora, me toca el turno a mí.

EL OTRO: No le dé motivos a la vida de vengarse de usted. Todas las enfermedades vienen de la cabeza.

EL MAESTRO: Ojalá eso que usted dice sea cierto. Pero uno sabe cuándo le está llegando la hora. Y, en este momento, solo me ata a este mundo un ser humano.

EL OTRO: No lo entiendo.

EL MAESTRO: El amor, jovencito. Me refiero al amor. Esa deliciosa adicción es lo único que me aferra al mundo. Necesito estar con la persona que quiero. Es lo único que reclamo en estos meses que me quedan.

EL OTRO: ¿De quién habla usted?

EL MAESTRO: No puedo decírselo. Me encantaría gritarlo a los cuatro vientos, pero no puedo hacerlo. Es la orden que me dieron.

EL OTRO: Voy a llamar a un médico, por lo menos.

EL MAESTRO: Hay otro tipo de medicinas para aliviar este asunto.

EL OTRO: ¿Como cuáles?

EL MAESTRO: Deme un beso, muchacho.

EL OTRO: Maestro, por favor.

EL MAESTRO: Deme un beso. Esto es una exigencia de la clase de actuación.

EL OTRO: Yo no sé besarlo, maestro.

EL MAESTRO: No importa. Le autorizo improvisar.

EL OTRO LE DA UN BESO EN LA MEJILLA AL MAESTRO.

EL OTRO: ¿Lo llevo a su casa?

EL MAESTRO: Voy a morirme, muchacho. Pero no se lo diga usted a nadie. Si lo dice, les contaré a las directivas de la Academia que usted ha besado a un maestro.

EL OTRO SE RÍE, CÓMPlice.

EL OTRO: ¿Vamos a su casa?

EL MAESTRO: No. Yo debo ir solo. Creo que antes de dormir en el ataúd, hay alguien que me espera.

EL MAESTRO SE ALEJA DEL OTRO.

XII. EL MAESTRO, ELLA, EL STAGE FRIGHT.

ESTAMOS EN EL APARTAMENTO DEL MAESTRO. EL MAESTRO TOMA UNAS MEDICINAS Y LAS PASA CON UNA COPA DE VINO. ELLA LLEGA EN SILENCIO. EL MAESTRO ESCONDE LAS MEDICINAS. EL MAESTRO ESTÁ UN TANTO EBRIOS, PERO LO ESCONDE.

ELLA: Maestro. No he preparado el monólogo.

EL MAESTRO: No es necesario que me lo diga. Pero no importa. Tómese su tiempo.

ELLA: Maestro. Además... le tengo una mala noticia.

EL MAESTRO: Creo que para mí ya no existen las malas noticias.

ELLA: Maestro. Tiene que ver... con Los Argonautas.

EL MAESTRO: Los Argonautas nada tienen que ver en la historia de Medea.

ELLA: No me refiero a sus Argonautas. Me refiero a la música. Le comento que Los Argonautas son tan solo un grupo de músicos que me encanta.

EL MAESTRO: Es posible... En este momento, ya nada me sorprende. De repente ahora me va a confesar que Medea era una estrella del punk.

ELLA: En serio, maestro. Se lo digo porque le traje un regalo y tengo que explicárselo.

ELLA SACA UN DISCO COMPACTO Y SE LO EXTIENDE AL MAESTRO.

ELLA: Esto es para usted.

EL MAESTRO LO MIRA Y LEE LA CARÁTULA.

EL MAESTRO: "Los Argonautas. Grandes éxitos". ¿Esto qué quiere decir? ¿Eurípides se volvió estrella del pop?

ELLA: Es mi música favorita. Y quiero que la comparta conmigo.

EL MAESTRO: Así que estás estudiando teatro griego solo para entender las letras de unos músicos mal parqueados.

ELLA: No, maestro. Estoy estudiando teatro para acostarme con un maestro. No tengo ninguna otra ilusión.

EL MAESTRO SONRÍE CÓMPlice.

EL MAESTRO: Esto merece un trago. Tenemos que brindar.

ELLA: Brindamos, pero con las pepas que se acaba de tomar...

EL MAESTRO: Ah, ¿se dio cuenta, mi querida pitonisa? Eso no importa. Eso no estaba en el libreto. Por ahora subámosle el volumen a la música y oigamos nuestros himnos. Los Argonautas, de ahora en adelante, van a ser nuestro patrimonio secreto. Los Argonautas no le van a pertenecer a nadie, sino a usted y a mí. ¿Está de acuerdo?

ELLA: Estoy de acuerdo, maestro. Pero no se me vaya a morir en el esfuerzo. Los ancianos no se pueden emocionar, porque se les sube el colesterol.

EL MAESTRO: (HACIENDO UN GESTO CON EL ÍNDICE, COMO SI FUERE UN PIPÍ SIN ERECCIÓN). Y se nos baja la sangre.

ELLA SE RÍE. PONE LA MÚSICA DE LOS ARGONAUTAS. EL MAESTRO INTENTA UN PASO DE BAILE.

XIII. ELLA, EL OTRO, LOS ARGONAUTAS (PRIMERA PARTE).

ELLA Y EL OTRO REPRESENTAN UNA ESCENA SIN DIÁLOGOS, SIGUIENDO CON LA MÚSICA DE LOS ARGONAUTAS DE LA ESCENA ANTERIOR. ESTÁN AL FONDO DEL ESCENARIO. LA ESCENA ES UNA APROXIMACIÓN AL SLAPSTICK, A LA COMEDIA MUDA DEL CINE NORTEAMERICANO. LA MÚSICA VA BAJANDO Y LA ESCENA QUE REPRESENTAN TERMINA.

EL OTRO: ¿Y bien? Por lo visto hacer reír es mucho más difícil que hacer llorar.

ELLA: Eso dicen los pesimistas.

EL OTRO: Presiento que esta obra no va para ninguna parte.

ELLA: Cuando las escenas no van para ninguna parte, a usted le da por decir frases célebres.

EL OTRO: Eso no es ningún pecado.

ELLA: Claro que es un pecado. Hacerse el poeta es el peor de los pecados.

EL OTRO: Si sigue discutiendo, no le muestro el regalo que le traje.

ELLA: No me gustan los regalos.

EL OTRO: Qué lástima. No voy a saber a quién regalarle estas boletas del concierto de los Argonautas.

ELLA: ¿Cómo? ¿Qué está diciendo?

EL OTRO: No importa. Eso no tiene nada que ver con nosotros.

ELLA: ¿Los Argonautas van a venir a tocar?

EL OTRO: Así es.

ELLA: ¿Aquí?

EL OTRO: Confirmado.

ELLA: ¿En vivo y en directo?

EL OTRO: La semana próxima.

ELLA: Es la peor noticia que me han dado.

EL OTRO: No se preocupe. Las boletas las puedo lanzar al fondo del mar.

ELLA: ¿Ya las compró?

EL OTRO: Están aquí en mi bolsillo.

ELLA: Y supongo que usted va a querer ir conmigo.

EL OTRO: Por desgracia, sí.

ELLA: ¿Y si me niego?

EL OTRO: La que pierde es usted, no yo.

ELLA: Tiene usted razón. Si no veo a Los Argonautas, me muero.

EL OTRO: Usted lo ha dicho.

ELLA: Pero si voy al concierto, también.

EL OTRO: ¿Por qué lo dice?

ELLA: Es tan solo... un presentimiento.

EL OTRO: No se preocupe. Yo me encargaré de defenderla. Y prepárese, porque Los Argonautas nos esperan.

ELLA: Y las malas noticias, también.

OSCURIDAD. SUBE MÚSICA DE LOS ARGONAUTAS.

XIV. ELLA, ÉL, LOS ARGONAUTAS (SEGUNDA PARTE).

CONTINÚA LA MÚSICA DE LOS ARGONAUTAS. ELLA Y ÉL ENSAYAN UNA ESCENA MUDA, COMO DE SLAPSTICK. ES LA CONTINUACIÓN DE LA ESCENA ANTERIOR QUE ENSAYABA ELLA CON EL OTRO. LA MUSICA DESAPARECE LENTAMENTE Y LA ESCENA CONCLUYE.

ÉL: Esta escena no va a funcionar.

ELLA: Me encanta su pesimismo.

ÉL: Cada vez que la repasamos me dan mareos y me duelen los pies.

ELLA: Eso debe ser un buen augurio.

ÉL: El único buen augurio que le tengo... es la sorpresa que me está picando la lengua por revelarle.

ELLA: Espero que no sea lo que estoy pensando.

ÉL: No creo. Usted no lee los periódicos y no sabe lo que sucede en el mundo.

ELLA: No leo los periódicos, pero tengo amigos que sí los leen.

ÉL: ¿Y ya le contaron?

ELLA: ¿Que la vida se acaba el próximo sábado? Sí. Ya me lo dijeron.

ÉL: Y... ¿Está dispuesta a acompañarme?

ELLA: Pues... Yo quiero morir sola. Pero si no me queda más remedio...

ÉL: Sola, pero con música de Los Argonautas.

ELLA: ¿A... qué se refiere?

ÉL: Al concierto que se nos viene encima. Los Argonautas nos van a dar un recital especial para nosotros dos. Solo para nosotros dos. ¿Se da cuenta?

ELLA: Los Argonautas no existen.

ÉL: ¡Claro que existen! Y nos van a complacer hasta con la última de sus canciones. Vamos a ir juntos, ¿verdad?

ELLA: No lo sé.

ÉL: ¿Cómo? ¿Y ahora qué pasa?

ELLA: No pasa nada. Detesto los conciertos en vivo.

ÉL: ¡Pero si usted nunca ha ido a un concierto en vivo!

ELLA: No quiero morir en un concierto en vivo.

ÉL: En los conciertos ya no matan a nadie. Eso era en otras épocas.

ELLA: Supongo que no me queda más remedio que aceptar, porque ya compró las boletas y sería el colmo que le dijera que no.

ÉL: No. No he comprado las boletas. No tiene porqué aceptar y me parece que me quitaría un problema de encima si no acepta.

ELLA: ¿Cómo así? ¿Se está echando para atrás?

ÉL: Es posible.

ELLA: Pues se lo prohíbo. Contra viento y marea, vamos a estar juntos en el concierto de Los Argonautas.

ÉL: ¿Me lo promete?

ELLA: He decidido no prometer nada más en esta vida. Pero sí, es posible que se lo prometa.

ÉL: ¿Compro las boletas, entonces?

ELLA: Me parece que se está demorando.

ELLA PERMANECE EN SILENCIO SOBRE EL ESCENARIO.

ÉL DESAPARECE. SUBE LA MÚSICA DE LOS ARGONAUTAS.

XV. ELLA, EL MAESTRO, LOS ARGONAUTAS (TERCERA PARTE).

ELLA VA AL FRENTE DEL ESCENARIO Y SE DIRIGE AL PÚBLICO.

ELLA: Les prometí no darles más explicaciones, pero me imagino que ustedes la están pidiendo. No, no me estaba volviendo loca. Simplemente me di cuenta de un artificio eficaz en estos casos. Cuando los problemas no tienen solución, lo mejor es empeorarlos.

APARECE EL MAESTRO TRAS ELLA Y LE BESA EL CUELLO POR LA ESPALDA. ELLA SONRÍE Y CIERRA LOS OJOS.

EL MAESTRO: Nunca le vayas a dar a nadie en el escenario un beso por la espalda. Es la antesala del ridículo.

ELLA: No hablemos del teatro ahora, por favor. Nos queda poco tiempo.

EL MAESTRO: Hablemos, entonces, de la vida.

ELLA: Muy bien. Hablemos, entonces, de la vida. De la vida, pero sin fondo musical.

SE INTERRUMPE LA MÚSICA DE LOS ARGONAUTAS.

EL MAESTRO: Qué lástima. Porque tengo unas boletas para que vayas al concierto de Los Argonautas.

ELLA: ¿Cómo? ¿Para que vaya? ¿Sola?

EL MAESTRO: No. Con quien quieras. Con cualquiera, menos conmigo. Detesto las multitudes.

ELLA: Yo quiero ir con usted al concierto de Los Argonautas, maestro.

EL MAESTRO: No quiero morir tan joven. Y menos por estar buscando el Vellozino de Oro.

ELLA: ¿Cómo así?

EL MAESTRO: Olvídese. Me demoraría toda la noche explicándole el chiste. Por lo pronto, digamos que no tengo tiempo.

ELLA: Yo tampoco, entonces.

EL MAESTRO: Creo que no me dejarían entrar al Coliseo. Eso es un espectáculo para las ligas menores.

ELLA: Los Argonautas no son tan jóvenes como usted piensa. Son unos sobrevivientes.

EL MAESTRO: Entonces... ¿por qué le gustan?

ELLA: A mí me gustan los asuntos viejos, ¿no se ha dado cuenta?

EL MAESTRO: Los Argonautas, los maestros, el teatro. Me preocupa usted, señorita. ¿Está segura de haberse tomado la pastilla?

ELLA: Estoy segura de no querer tomármela.

EL MAESTRO: ¿Vamos, entonces?

ELLA: Vamos, entonces.

EL MAESTRO LE DA UNA CACHETADA A ELLA. ELLA REACCIONA DESCONCERTADA. SUBE MÚSICA FATAL DE MELODRAMA. EL MAESTRO SE DIRIGE HACIA EL PROSCENIO, A SU RINCÓN HABITUAL, COMO SI FUERA A DICTAR UNA CLASE.

XVI. ÉL, ELLA, EL OTRO, EL MAESTRO.

CONTINÚA MÚSICA DE MELODRAMA. ELLA SE SIENTA, DESCONSOLADA. APARECE ÉL, EN ROPA NEGRA DE TRABAJO, Y LA MIRA CON TERNURA.

ÉL: "Estás lista?"

ELLA: "Lo siento, no pienso ir."

ÉL: "Pero... estás loca? Por el hecho de que sea tu padre, no puedes prestarte para tanta humillación."

ELLA: "Es mi padre y debo prestarme a tanta humillación."

ÉL: "Ayer no decías lo mismo."

ELLA: "Ayer era ayer. Hoy es hoy."

ÉL: "Por favor... te lo ruego."

ELLA: "No quiero correr más riesgos. No quiero vivir huyendo ni causarte ningún mal. No estoy preparada para romper con todo y seguirte por el resto de los días. El mundo es demasiado para mí. Prefiero seguir aquí, en estas cuatro paredes. Cuidando la discreta locura de mi padre."

ÉL: "Sabes muy bien que estás cometiendo el peor de los errores."

EN ESE MOMENTO, APARECE EL OTRO Y LOS ENFRENTA.

EL OTRO: "Dile la verdad. Ya es suficiente."

ELLA: "Vete. Te dije que no aparecieras."

ÉL: "Y ahora... ¿qué pasa?"

ELLA: "Nada. No pasa nada."

EL OTRO: "Claro que sí pasa. Y creo que no se necesitan demasiadas palabras para entender."

ELLA: "No hay nada que entender. Quiero quedarme aquí. No quiero salir de mi habitación nunca más. Tengo que cuidar a mi padre. Si mi madre se ha ido al cielo, mi padre necesita de mí. Todos lo saben, ¡todos me lo han dicho! Tengo que respetar las decisiones de Dios."

ÉL: "¡No metas a Dios en este asunto! ¡Ahora lo entiendo todo! ¡Ahora me doy cuenta de la horrorosa mentira en la que me has envuelto!"

ELLA: "Yo no te he dicho ninguna mentira. Simplemente he callado."

ÉL: "Esa es la peor forma de mentir."

ELLA: "Ese es el mejor recurso para que nadie sufra. Vivir en el silencio. Cada vez que he abierto mi boca, aparecen cadáveres regados por el piso."

EL OTRO: "¿Para qué dilatar más el tiempo? ¿Para qué seguir ilusionando a alguien que, de antemano, va a perderlo todo? ¡Dile la verdad! El destino está trazado."

ELLA: "Me niego a aceptar una mentira. Adiós. No quiero saber nada de este asunto."

ÉL: "¡No te cubras los ojos! ¡Habla! ¡Di la verdad!"

ELLA: "La verdad no existe. ¡La verdad nunca ha debido existir!"

EL OTRO: "¡Míralo a los ojos! ¡Díselo!"

ELLA: "¡Cállate! ¡Es que no te das cuenta? ¡Soy la esposa de mi padre! Soy la mujer que ha querido estar entre sus brazos desde el principio de los tiempos. Desde el primer momento en que me levantó en sus brazos, mi alma sintió que solo podía pertenecer a sus manos contundentes. Y así ha sido a lo largo de los tiempos. Váyanse. No quiero saber nada de ustedes. Este castillo siniestro, lleno de pasadizos y de sombras será y es mi primera y mi última morada. Aquí habitaré con mis fantasmas y mis lágrimas, con las risotadas de mi padre y el recuerdo ambiguo de mi madre sin alma. Váyanse. El infierno se ha encargado de descubrir lo que nunca ha debido salir del baúl de mis secretos. Yo, la descarada, la podrida, la doble, la ventrilocua. Hasta aquí llegarán mis ruegos. Váyanse."

TODOS CONGELAN LA IMAGEN. SUBE MÚSICA DE MELODRAMA. EL MAESTRO VA HACIA ELLOS Y LA MIRA A ELLA.

EL MAESTRO: Está muy bien. Demasiado bien, debería decir. Pero uno en el teatro no se puede camuflar en la verdad. No hay peor pecado sobre las tablas que ser autobiográfico, señorita. Si usted no habita el reino de la metáfora, es mejor que se dedique a escribir un diario o a redactar el anuario de su colegio, no confunda. No confunda el misterio con su horrorosa obviedad, porque, aunque sus disfraces y sus impostaciones merezcan un cinco aclamado, las ganas de exorcizar sus melodramas de bolsillo la convierten en una oportunista. (DIRIGIÉNDOSE A ÉL Y A EL OTRO.) Señores, cayeron en la trampa. Pueden regresar a sus casas, a los humildes pueblos que los vieron nacer. Esta mujer es mi amante. Ya sé. Ya sé que ustedes se acuestan por turnos con ella y que yo soy un pobre macho cabrío con los cuernos del cabrón. Pero yo soy el que manda. Yo soy el que da las órdenes y ahora les ordeno que se larguen, que no vuelvan a pisar un escenario, que se vayan y que nos dejen la vida tranquila, a ella y a mí. Lárguense. Me voy con mi musa a forniciar y a beberme todos los vinos, hasta que Dios nos dé otra orden. No me gustan los tríos, mucho menos los cuartetos. La señorita le gusta probar distintos platos. Pues, a partir de este momento, solo se concentrará en la necrofagia. Esto es, a comer la dulce carne de un cadáver. ¡Lárguense!

EL MAESTRO CONGELA LA IMAGEN. SUBE MÚSICA DE MELODRAMA.

ELLA COBRA VIDA Y SE DIRIGE AL PÚBLICO. LA MÚSICA
DESAPARECE.

ELLA: Así hubiera sido mucho mejor, ¿verdad? El teatro dándome la mano y resolviendo todas mis penurias. Pero no, no fue así. Aún el conflicto estaba intacto y yo estaba segura del previsible desenlace. Todos, tomados de la mano, en el concierto de los Argonautas. Visto desde afuera es una farsa inocente. Pero, al vivirla desde adentro, cobra dimensiones de horroroso melodrama. Mis días estaban contados y yo no me atrevía a hacer un balance de los acontecimientos. Me dejaba llevar, sin razones ni motivos para tomar decisiones radicales. Estaba feliz, saltando de aquí para allá, de la noche a la madrugada, de la Academia de Artes al motel de la esquina, de la casa del maestro al cementerio donde habitaba El otro. Era feliz, hasta que las reglas de la vida me exigieron que tomara cartas en el asunto. Y no lo hice. Lo hizo, como siempre, por mí, un divino accidente. Esa noche, el maestro nos invitó a su deliciosa morada. Pero no solo a mí y a mi otro yo, sino a mí, a Él y a el otro. Todos juntos, para celebrar. De los veinte estudiantes que deambulábamos como sonámbulos por los corredores de la Academia de Artes, nos escogió a nosotros. A mí, a Él, a El otro. No. No lo sabía. Estoy segura de que nunca lo supo. El problema empezaba, por supuesto. Y como aún no tenía las herramientas

felices para enfrentar la situación. Decidí no ir y que se mataran entre ellos. El avestruz nunca ha muerto por enterrar su cabeza en la arena.

APAGÓN. SUBE MÚSICA FESTIVA DE LOS ARGONAUTAS.

XVII. ÉL, EL OTRO, EL MAESTRO.

ÉL, EL OTRO Y EL MAESTRO BAILAN, DANDO GRITOS, CON VASOS EN LAS MANOS. LA ALEGRÍA POCO A POCO SE VA EXTINGUIENDO, HASTA QUE LOS TRES TERMINAN SENTADOS EN DISTINTAS SILLAS A LO LARGO DEL APARTAMENTO DEL MAESTRO. LOS TRES ESTÁN MUY BORRACHOS Y HABLAN CON LA FALSA TRASCENDENCIA DE LOS EBRIOS. AL CENTRO, PERMANECE UNA SILLA VACÍA.

EL MAESTRO: ¿Y ella?

ÉL: Ella dijo que venía. Pero no quiere aparecer.

EL OTRO: Qué raro. Ella nunca llega tarde. Me prometió que estaría aquí a las diez.

EL MAESTRO: ¿Quién? ¿Ella?

EL OTRO: Sí. Ella.

EL MAESTRO: Ella también me prometió que estaría aquí a las diez. Estaba loca al saber que todos íbamos a estar juntos.

ÉL: Yo supongo que ella también iba a estarlo. Al menos, eso me dio a entender.

EL OTRO: Ellas son así. Impredecibles. Parece que las tres fueran cortadas por la misma tijera.

EL MAESTRO: Pero no debemos perder la euforia. Bebamos. Tarde o temprano, ellas van a aparecer.

ÉL: Ellas no pueden vivir sin nosotros.

EL OTRO: Ellas pueden vivir sin nosotros, pero no quieren vivir sin nosotros.

EL MAESTRO: Ellas no van a venir.

ÉL: ¿Por qué lo dice, maestro?

EL MAESTRO: Porque han huido. Se han puesto de acuerdo las tres para dejarnos plantados, ante la idea de una situación tan ridícula. Los tres galanes, dispuestos a presentar a sus tres respectivas gacelas. Eso no lo soporta nadie. Deben estar las tres bebiendo en una cantina, riendo y evitando, a como dé lugar, el hecho de tener que venir a enfrentarnos. Mejor así. Yo ya me estaba poniendo nervioso. Lo mejor que podemos hacer es cerrar la puerta con llave y cerrojo y bebernos todas las raciones de vino que nos restan. Aquí, en este templo, no cabe la presencia de ningún alma femenina. ¡Salud!

ÉL: ¡Salud!

EL OTRO: ¡Salud!

EL MAESTRO: Aunque... pensándolo bien... Es muy probable que estén inventándose una estrategia para hacer su aparición.

ÉL: Ella tiene que venir.

EL OTRO: Ellas van a llegar juntas. Lo presiento.

ÉL: Cuando el reloj dé las doce.

EL OTRO: Cuando el reloj anuncie la huida de Cenicienta, Cenicienta hará su entrada.

EL MAESTRO: Convertida en calabaza. ¡Salud!

ÉL: Ella tiene que venir.

EL OTRO: Ella vendrá, hermosa. Vestida de negro. Y estará dispuesta a presentarse. Ya no hay motivos para esconderse.

EL MAESTRO: En mi caso, ella prefiere esconderse por siempre. No está bien visto que una ninfa pernochte con su mismísimo abuelo.

EL OTRO: Maestro, por favor. Nadie se muere en una fiesta.

EL MAESTRO: Nadie se muere en una fiesta, pero al día siguiente, sí. Y eso ella no se lo va a permitir. No hay nada peor que una viuda de veinte años.

ÉL: O que el cadáver de un maestro.

EL MAESTRO: O que los cuerpos flagelados de dos estudiantes, luego de beber sendas copas de vino con arsénico. ¡Salud!

ÉL: ¡Salud!

EL OTRO: ¡Salud!

EL MAESTRO: Ella prefiere que les cuente primero de quién se trata.

ÉL: Ella prefiere que les cuente primero de quién se trata.

EL OTRO: Ella prefiere que les cuente primero de quién se trata.

EL MAESTRO: Ustedes la conocen.

ÉL: ¿Ustedes la conocen?

EL OTRO: ¡Ustedes la conocen!

EL MAESTRO: Ella está arrepentida. No quiere verlos.

ÉL: Ella está arrepentida. No quiere verlos.

EL OTRO: Ella está arrepentida. No quiere verlos.

EL MAESTRO: Ella ha sido demasiado para mí. Les aseguro que habría sido mejor si los amase a alguno de ustedes.

ÉL: Ella, en cambio, odiaría amar a alguien como usted, maestro.

EL MAESTRO: ¿Por qué lo dice?

ÉL: Ella lo conoce. Lo conoce muy bien. Y dice que usted es alguien que solo provoca buenos pensamientos. Como el Santa Claus de los centros comerciales.

EL MAESTRO: En cambio, a mí ella me dice lo contrario. Dice que un jovencito como ustedes solo sirve para una prueba de resistencia y de eyaculación precoz. Que no soporta una piel que no haya estado descascarada por el tiempo.

EL OTRO: Por eso no quiero presentarles a la que me corresponde. Ella no habla. Ella los mira y dice, para sí misma: allí están los que no debieron nacer nunca. En una palabra, ella los detesta. Y no me explico porqué. Siempre he tratado de reconciliarla con mis camaradas. Pero ella prefiere mi cama a mis camaradas.

ÉL: ¿Nos mira?

EL OTRO: Sí. Los mira.

EL MAESTRO: ¿Nos ha mirado?

EL OTRO: Todos los días.

ÉL: ¿Desde la platea?

EL OTRO: No sea iluso. Nadie nos ha mirado todavía desde la platea. Ella nos mira desde el escenario.

EL MAESTRO: ¿Ella nos mira desde el escenario?

EL OTRO: Ella nos mira desde el escenario.

ÉL: ¿Mientras suena la música?

EL OTRO: Mientras suena la música.

EL MAESTRO: Mientras suena la música de Los Argonautas.

EL OTRO: Mientras Medea canta... la música de Los Argonautas.

SILENCIO. LOS TRES SE MIRAN. BEBEN, DESCONCERTADOS.

ÉL: Es... Ella, ¿verdad?

EL OTRO: Es extraño que alguien así se atreva a decirme que me ama, pero... sí. Es Ella.

ÉL: Pero no puedo creer, maestro, que usted...

EL MAESTRO: El asesino nunca es el mayordomo.

ÉL: ¿Usted la ha tocado?

EL MAESTRO: La he tocado. La he desbaratado y la he vuelto a armar. Le he desordenado su esqueleto y su sistema nervioso, le he chupado su sistema circulatorio y conozco el peso de cada uno de sus músculos. Me la sé de memoria. Me la sé de memoria, tanto como ustedes. Es decir, no sé ni mierda.

EL OTRO: Los voy a matar.

ÉL: ¿Están seguros de que las tres son la misma?

EL MAESTRO: No. Estoy seguro de que ella misma es las tres.

EL OTRO: Los voy a matar.

ÉL: La voy a matar.

EL MAESTRO: Ella nos va a matar.

ÉL: Pero... Yo voy a ir el sábado con ella a Los Argonautas.

EL OTRO: Yo voy a ir el sábado con ella a Los Argonautas.

EL MAESTRO: A pesar de mis dudas, estoy seguro de que, por desgracia, yo voy a ir el sábado con ella a ver a Los Argonautas.

ÉL: ¿Los cuatro?

EL OTRO: La voy a matar.

EL MAESTRO: Yo no pienso ir. Nunca lo había pensado.

ÉL: Yo no pienso ir con ustedes dos.

EL MAESTRO: Voy a buscarla. Necesito matarla.

ÉL: Pero... ¿cómo piensa salir ella de este juego?

EL MAESTRO: Ella no piensa salir de este juego. Pero claro, nos habíamos demorado en descubrirlo. No le digamos nada. Esperemos su decisión. Ella no quiere salir de este juego ni quiere que nosotros nos salgamos. El día que

decidamos matarla en un ataque de celos, ella misma se encargará de demostrarlos que estamos equivocados. Sigamos callados. Permanezcamos callados y esperemos a ver cuál es la solución que ella misma propone. Por lo pronto, terminemos la botella de láudano.

LOS TRES SE MIRAN EN SILENCIO. NINGUNO SE MUEVE. OSCURIDAD.

XVIII. ÉL, ELLA.

EN UNA ESQUINA DEL PROSCENIO, ELLA TERMINA DE VESTIRSE, COMO SI HUBIESE TERMINADO UN ENSAYO. ÉL LLEGA POR DETRÁS, COMO SI FUERA A ASESINARLA. SACA UNAS BOLETAS Y SE LAS EXTIENDE.

ÉL: Sábado. Ocho de la noche. En el Coliseo.

ELLA: ¡No puedo creerlo!

ÉL: Es hora de que vaya creyendo, mi querida escéptica.

ELLA: Creo que todavía no estoy preparada para la ocasión.

ÉL: La ocasión hace al ladrón.

ELLA: Estoy mareada.

ÉL: En su caso, yo también lo estaría.

ELLA: ¿Por qué lo dice?

ÉL: Porque uno no encuentra un grupo de gentes que uno quiere en una misma noche.

ELLA: ¿Cómo así?

ÉL: Quiero decir, un grupo como Los Argonautas.

ELLA: Nunca me ha preguntado... por qué no llegó la noche de la fiesta del maestro.

ÉL: ¡Me hizo tanta falta! Estaba loco por revelarles el secreto a mis amigos.

ELLA: Ah, ¿sí? ¿Y eso por qué?

ÉL: Me encanta cuando usted dice “¿por qué?”

ELLA: ¿Por qué?

ÉL: ¡Voy a matarla! ¡Voy a matarla! ¡Tanta belleza aturde!

ELLA: ¿Me ama usted?

ÉL: La amo a usted. Así nadie más lo sepa.

SE BESAN. ELLA SE SEPARA DE ÉL Y SE DIRIGE AL PÚBLICO.

ELLA: No voy a dar explicaciones de por qué no fui a la fiesta. Nunca supe lo que pasó ni quise preguntarlo. Ellos habrán hecho de las suyas. Ella no quiso ir, no por miedo, sino porque ellos deberían resolver sus asuntos sin que yo me inmiscuyera en ellos. Los amo, los amé. Estoy segura de que no supieron la verdad. La verdad, en estos casos, no es tan importante. Lo importante, en estos casos, es sostener una mentira. Pero, como se imaginarán, el asunto, que ya los debe estar agotando, no terminó aquí. La vida tiende a convertirse en una terrible repetición. ¿Eso ya lo dije?

ELLA VA AL OTRO EXTREMO DEL PROSCENIO.

XIX. EL OTRO, ELLA.

EL OTRO LLEGA POR DETRÁS, COMO SI FUERA A ASESINARLA. SACA UNAS BOLETAS Y SE LAS EXTIENDE.

EL OTRO: Sábado. Ocho de la noche. En el Coliseo.

ELLA: ¡No puedo creerlo!

EL OTRO: Es hora de que vaya creyendo, mi querida escéptica.

ELLA: Creo que todavía no estoy preparada para la ocasión.

EL OTRO: La ocasión hace al ladrón.

ELLA: Estoy mareada.

EL OTRO: En su caso, yo también lo estaría.

ELLA: ¿Por qué lo dice?

EL OTRO: Porque uno no encuentra un grupo de gentes que uno quiere en una misma noche.

ELLA: ¿Cómo así?

EL OTRO: Quiero decir, un grupo como Los Argonautas.

ELLA: Nunca me ha preguntado... por qué no llegó la noche de la fiesta del maestro.

EL OTRO: ¡Me hizo tanta falta! Estaba loco por revelarles el secreto a mis amigos.

ELLA: ¿Ah, sí? ¿Y eso por qué?

EL OTRO: Me encanta cuando usted dice "¿por qué?"

ELLA: ¿Por qué?

EL OTRO: ¡Voy a matarla! ¡Voy a matarla! ¡Tanta belleza aturde!

ELLA: ¿Me ama usted?

EL OTRO: La amo a usted. Así nadie más lo sepa.

SE BESAN. ELLA SE SEPARA DE EL OTRO Y SE DIRIGE AL PÚBLICO.

ELLA: Y, por supuesto, el maestro no se iba a quedar atrás. Bueno, todos estaban detrás, pero nunca atrás de las circunstancias. Me sentía agotada, rendida, falsa, mentirosa, impudica. Quería mantener, hasta el final, esta pieza de vanos antojos. Yo los amaba, yo debería amarlos. Ellos no eran nada sin mí. Y yo, por supuesto, era mucho sin ellos. Pero los cuatro no éramos nada juntos. Nos desbarataríamos. Todo en la vida tiene un orden. Uno, dos, tres. Uno, dos, tres. Eso yo lo tenía muy claro. Pero, ¡ay!... ¿Cómo explicárselo a mis tres hermosos muchachos?

XX. ELLA, EL MAESTRO.

EL MAESTRO LLEGA POR DETRÁS, COMO SI FUERA A ASESINARLA.
SACA UNAS BOLETAS Y SE LAS EXTIENDE.

EL MAESTRO: Sábado. Ocho de la noche. En el Coliseo.

ELLA: ¡No puedo creerlo!

EL MAESTRO: Es hora de que vaya creyendo, mi querida escéptica.

ELLA: Creo que todavía no estoy preparada para la ocasión.

EL MAESTRO: La ocasión hace al ladrón.

ELLA: Estoy mareada.

EL MAESTRO: En su caso, yo también lo estaría.

ELLA: ¿Por qué lo dice?

EL MAESTRO: Porque uno no encuentra un grupo de gentes que uno quiere en una misma noche.

ELLA: ¿Cómo así?

EL MAESTRO: Quiero decir, un grupo como los Argonautas.

ELLA: Nunca me ha preguntado... por qué no llegué anoche a su fiesta.

EL MAESTRO: ¡Me hizo tanta falta! Estaba loco por revelarles el secreto a sus amigos.

ELLA: ¿Ah, sí? ¿Y eso por qué?

EL MAESTRO: Me encanta cuando usted dice “¿por qué?”

ELLA: ¿Por qué?

EL MAESTRO: ¡Voy a matarla! ¡Voy a matarla! ¡Tanta belleza aturde!

ELLA: ¿Me ama usted?

EL MAESTRO: La amo a usted. Así nadie más lo sepa.

SE BESAN.

ELLA: Maestro... No puedo ir con usted al concierto.

EL MAESTRO: Eso es imposible. Pero, ¿por qué lo dice?

ELLA: Porque amo a otro hombre.

EL MAESTRO: Yo he sido muchos hombres en la vida, no se preocupe.

ELLA: No. Es otro hombre. Que no ronca por las noches.

EL MAESTRO: Se refiere... ¿a otro?

ELLA: Bueno. En realidad, no es otro. Son otros.

EL MAESTRO: Me imagino que usted no está preparada para un asesinato.

ELLA: Ni mucho menos para un suicidio.

EL MAESTRO: Le exijo que vaya usted a ver a Los Argonautas conmigo.

ELLA: No puedo.

EL MAESTRO: Voy a matarla, señorita.

ELLA: Peor para usted.

EL MAESTRO: Estoy soñando, ¿no es cierto?

ELLA: La vida es un sueño, maestro. ¿No trata usted de enseñármelo todos los días?

EL MAESTRO CAE AL PISO. HA SUFRIDO UN ATAQUE.

EL MAESTRO: Voy a morirme, señorita.

ELLA: Todos vamos a morirnos, maestro. No se preocupe.

EL MAESTRO: Deme la mano, por favor.

ELLA: Sí. Voy a dársela. Pero antes, quiero pedirle un favor. No quiero de usted ni una sola escena de celos. Yo tengo derecho de amar a quien quiera, ¿me entiende? Yo nací para amarlo a usted, para amarlo a él, para amar al otro. No necesito que nadie sufra por ello. Por el contrario, es una obligación amarlos a todos. Si usted trata de interrumpirme, me perderá para siempre. Y yo no quiero perderlo. Pero no quiero perderlo ni a él, ni al otro. ¿Le queda claro?

EL MAESTRO: Voy a morirme, señorita.

ELLA: Maestro, por favor, aguante. Yo lo necesito a usted. Si usted se muere, quedaría, cómo decirlo, incompleta para siempre. Nadie puede darme lo que usted me da.

EL MAESTRO: Lo que usted me dice es mentira, ¿verdad?

ELLA: Si usted lo quiere, es mentira. Pero después no se vaya a sorprender.

EL MAESTRO: Voy a morirme, señorita.

ELLA: Mejor. Así me deja las boletas para el concierto de Los Argonautas.

EL MAESTRO MUERE. ELLA SE DIRIGE AL PÚBLICO.

ELLA: Así hubiera sido más fácil, ¿verdad? Pero la realidad nunca es como necesitamos que sea. El tiempo pasó, llegó el sábado y Los Argonautas conectaron sus instrumentos.

ELLA SE MEZCLA CON LOS ESPECTADORES REALES Y SE SIENTA A
MIRAR LA ESCENA QUE SIGUE.

XXI. ÉL, EL OTRO, EL MAESTRO, SIN ELLA.

CONCIERTO DE ROCK AND ROLL. GRAN ALGARABÍA.
AGLOMERACIÓN, MUCHEDUMBRE. EN MEDIO DEL DELIRIO, VEMOS
A ÉL, A EL OTRO Y AL MAESTRO, CONCENTRADOS EN TODO, MENOS
EN EL CONCIERTO. LOS TRES SE MIRAN, CON SIMPATÍA, SE SALUDAN
DESDE LA DISTANCIA, COMO SI NO SE CONOCIERAN. MIRA CADA

UNO HACIA UNO Y OTRO LADO, COMO SI ESPERASEN A ALGUIEN. NADIE LLEGA. SE MIRAN CON DESCONFIANZA PROGRESIVA. DE REPENTE, SE AGARRAN A GOLPES, VIOLENTOS Y RIDÍCULOS. AL FONDO, SUENA LA MÚSICA DE LOS ARGONAUTAS.

XXII ELLA

ELLA SIGUE ENTRE EL PÚBLICO REAL, MIRANDO HACIA EL ESCENARIO, COMO SI MIRASE UN ESPECTÁCULO POSIBLE. SE DIRIGE A NUESTROS ESPECTADORES. LA MÚSICA DE LOS ARGONAUTAS VA DESAPARECIENDO.

ELLA: (EXPLICA.) Claro que fui. Estuve entre el público, frenética, pensando en mis amigos de la zona VIP, mientras yo miraba la zona VIP en las tribunas menos VIP de todo un coliseo diseñado para que los pobres mirasen la zona VIP. Yo estaba muy triste, valga la verdad. Quería, necesitaba estar con él, sentir sus abrazos y sus besos sinceros. Quería estar con el otro, que me rompiera la falda en medio de la pelotera. Quería ver al maestro, observando el fenómeno desde la distancia y diciéndome: "vaya, vaya, niña, eso no le hace ningún daño". Pero no. Fui sola. Quiero decir, aislada. Estaba con ellos, desde la más lejana tribuna, llorando con Los Argonautas, esos pequeños asteroides que caen cada milenio en nuestras desoladas tierras y que me convierten, a mí por lo menos, en un ser satisfecho con la vida. Las luces subieron... y bajaron... y yo me quedé aquí... hasta que los espectadores de abajo se largaron. Y yo me quedé aquí... hasta que los espectadores de arriba se largaron. Y vi a mis tres niños, desde la distancia, cogiéndose a golpes, como si el ritmo de una canción se llevase de esa forma.

SUBE MÚSICA CLÁSICA, DE GRAN MELODRAMA. ELLA BAJA DE LAS SILLAS DEL PÚBLICO REAL Y SUBE AL ESCENARIO. DESAPARECE AL FONDO. UNA LUZ MANTIENE SU SILUETA, HASTA QUE ELLA SE EXTINGUE.

XXIII. ENSAYO GENERAL.

CALENTAMIENTO. ÉL, ELLA Y EL OTRO HACEN EJERCICIOS DE PREPARACIÓN. AL FONDO, EL TELÓN DE BOCA. SE oyEN RUIDOS DE PÚBLICO, EL CUAL DEBE ESTAR UBICADO AL OTRO LADO DEL TELÓN DE FORO. LOS TRES ACTORES ESTÁN VESTIDOS CON ROPAS PROPIAS DE UNA OBRA DE ÉPOCA. ESPERAN. ÉL Y EL OTRO SE MIRAN

CON DESPRECIO, PERO NO LO EVIDENCIAN FRENTE A ELLA. ELLA SE HACE LA DESENTENDIDA. SUENA EL PRIMER TIMBRE.

ELLA: ¿Y el maestro?

ÉL: Ya vuelve. Está más nervioso que nadie.

EL OTRO: El maestro no puede estar nervioso.

ELLA: No piensen lo peor. Él tiene que regresar.

ÉL: Él ya hizo lo que tenía que hacer.

ELLA: Yo no estoy tan segura.

EL OTRO: ¿Por qué no se calla? Concéntrese en lo que tiene que decir y basta.

ÉL: Tengo miedo. Creo que no voy a poder.

ELLA: ¿Al otro lado hay alguien?

EL OTRO: Al otro lado nunca hay nadie. Hay que acostumbrarse.

ÉL: Tengo miedo.

ELLA: El maestro tiene que estar con nosotros.

EL OTRO: El maestro ya no está. Tenemos que organizar nuestro desorden. Y punto.

SUENA EL SEGUNDO TIMBRE. LOS TRES ACTORES REPITEN LA SITUACIÓN ANTERIOR, COMO AUTÓMATAS BUFONESCOS.

ELLA: ¿Y el maestro?

ÉL: Ya vuelve. Está más nervioso que nadie.

EL OTRO: El maestro no puede estar nervioso.

ELLA: No piensen lo peor. Él tiene que regresar.

ÉL: Él ya hizo lo que tenía que hacer.

ELLA: Yo no estoy tan segura.

EL OTRO: ¿Por qué no se calla? Concéntrese en lo que tiene que decir y basta.

ÉL: Tengo miedo. Creo que no voy a poder.

ELLA: ¿Al otro lado hay alguien?

EL OTRO: Al otro lado nunca hay nadie. Hay que acostumbrarse.

ÉL: Tengo miedo.

ELLA: El maestro tiene que estar con nosotros.

EL OTRO: El maestro ya no está. Tenemos que organizar nuestro desorden. Y punto.

SUENA EL TERCER TIMBRE. LOS TRES ACTORES SE CONGELAN. COMO ESTATUAS, DICEN LOS TEXTOS SIGUIENTES, ESPERANDO QUE SE ABRA EL TELÓN.

ELLA: El maestro está muerto.

ÉL: No es posible. El maestro tiene que hacer los efectos especiales.

ELLA: El maestro está muerto.

EL OTRO: El maestro está muy enfermo. Él me lo confesó. Pero no puede morirse el día de nuestro estreno.

ELLA: ¿Por qué nunca nos dijo que el maestro estaba enfermo?

EL OTRO: Me hizo jurar para que lo ocultase. Además, usted debería saberlo.

ELLA: ¿Por qué debería saberlo?

EL OTRO: Porque usted es la única que se sabe esta historia completa.

ELLA: Concentrémonos. Ahora no debemos pensar en nada. Suerte.

EL OTRO: Tiene usted razón. Mierda.

ÉL: Que se rompan una pata.

ELLA: Que se les caiga el pipí.

EL OTRO: Que les den por el culo.

ÉL: Suerte.

ELLA: Mierda.

EL OTRO: Suerte.

ÉL: Suerte.

ELLA: Suerte.

SILENCIO. PENUMBRA. LOS TRES ACTORES PERMANECEN ESTÁTICOS. LENTAMENTE, SE ABRE EL TELÓN DE ATRÁS, COMO SI FUERE EL TELÓN DE BOCA. AL FONDO, ADIVINAMOS LA PRESENCIA DE OTROS ESPECTADORES. ELLOS ENTRAN EN SITUACION Y COMIENZAN A ACTUAR. ES LA MISMA ESCENA DE LA AUDICIÓN INICIAL, AHORA ACTUADA EN MEJORES CONDICIONES. ELLA PERMANECE FRENTE AL PÚBLICO REAL, EN EL EXTREMO DONDE SIEMPRE SE HA SENTADO EL MAESTRO. MIENTRAS SUCEDE LA ESCENA QUE SIGUE, ELLA SE VA PONIENDO LA ROPA QUE TENÍA EN LA PRIMERA ESCENA.

ÉL: "Ahora volvemos al foso del que partimos."

EL OTRO: "Las distancias no justifican el final al que estamos condenados."

ÉL: "Dame la mano. No vayamos a perdernos."

EL OTRO: "Es la ruta de la muerte, no me engañes."

ÉL: "No tengas miedo. Una vez más seré tu cómplice."

EL OTRO: "¡Apártate de mí, enviado del averno! ¡Ya sé cuáles son tus planes!"

ÉL: "Déjame abrazarte. Quiero que seas mío. Mío. Hasta más allá del horizonte."

EL OTRO: "Te advierto que estoy protegido por los rezos de mis padres."

ÉL: "Mejor. Así iremos seguros hasta la otra orilla."

EL OTRO: "¡Apártate! ¡Apártate!"

ÉL: "Ah, pecadores, que llegáis desde tan lejos. Tarde o temprano pasarán por mi cita. Bienvenidos a la noche. Bienvenidos al lugar donde los ojos estarán cerrados, aún abiertos. Bienvenidos al miedo eterno. Al terror sin límites. Bienvenidos a esta playa donde la carne no tendrá descanso, entre el horror y el dolor."

EN ESE MOMENTO, APARECE EL MAESTRO EN EL ESCENARIO, CON SUS ROPAS DE TODOS LOS DÍAS, FUMANDO Y CON UNA COPA DE VINO EN LA MANO.

EL MAESTRO: Suficiente, muchachos. Creo que esta obra debe terminar.

ÉL: Maestro, apenas estamos empezando.

EL OTRO: Ni siquiera hemos llegado al conflicto.

EL MAESTRO: Esta obra necesita un desenlace y creo que ya lo hemos conseguido.

ÉL: Maestro, no entiendo nada.

EL MAESTRO: No importa. Los alumnos nunca entienden.

EL OTRO: ¿Por qué tenemos que suspender?

EL MAESTRO: Porque mañana tienen que ir a mi entierro. Yo ya estoy muerto.

ÉL: Usted no puede morirse, maestro. ¿Quién nos va a hacer los comentarios después de la función?

EL MAESTRO: Nadie. Esos comentarios ya no tienen ninguna importancia. Ah. Y, por favor, que nadie vaya a hablar frente a mi tumba. Necesito descansar y detesto las frases mal redactadas.

EL OTRO: Maestro... Ella no ha entrado a escena.

EL MAESTRO: No importa. Ella nunca ha salido de un escenario. Allí ha vivido. Ya la he visto actuar. No hay necesidad de que yo la vea. Le dan mis felicitaciones.

ÉL: Maestro... lo siento por los golpes.

EL MAESTRO: No importa. Nunca tuve una pelea en el colegio. Era necesario que alguien me diese un coñazo antes de morir.

EL OTRO: Yo necesito un poco más de tiempo. Esto no puede terminar así.

EL MAESTRO: ¿Ha oído usted hablar de los finales inesperados?

EL OTRO: Supongo que no.

EL MAESTRO: Mejor, muchacho. Mucho mejor. Es mejor no dar explicaciones y dejar que la vida siga su rumbo. Me gustó mucho estar con ustedes en esta historia.

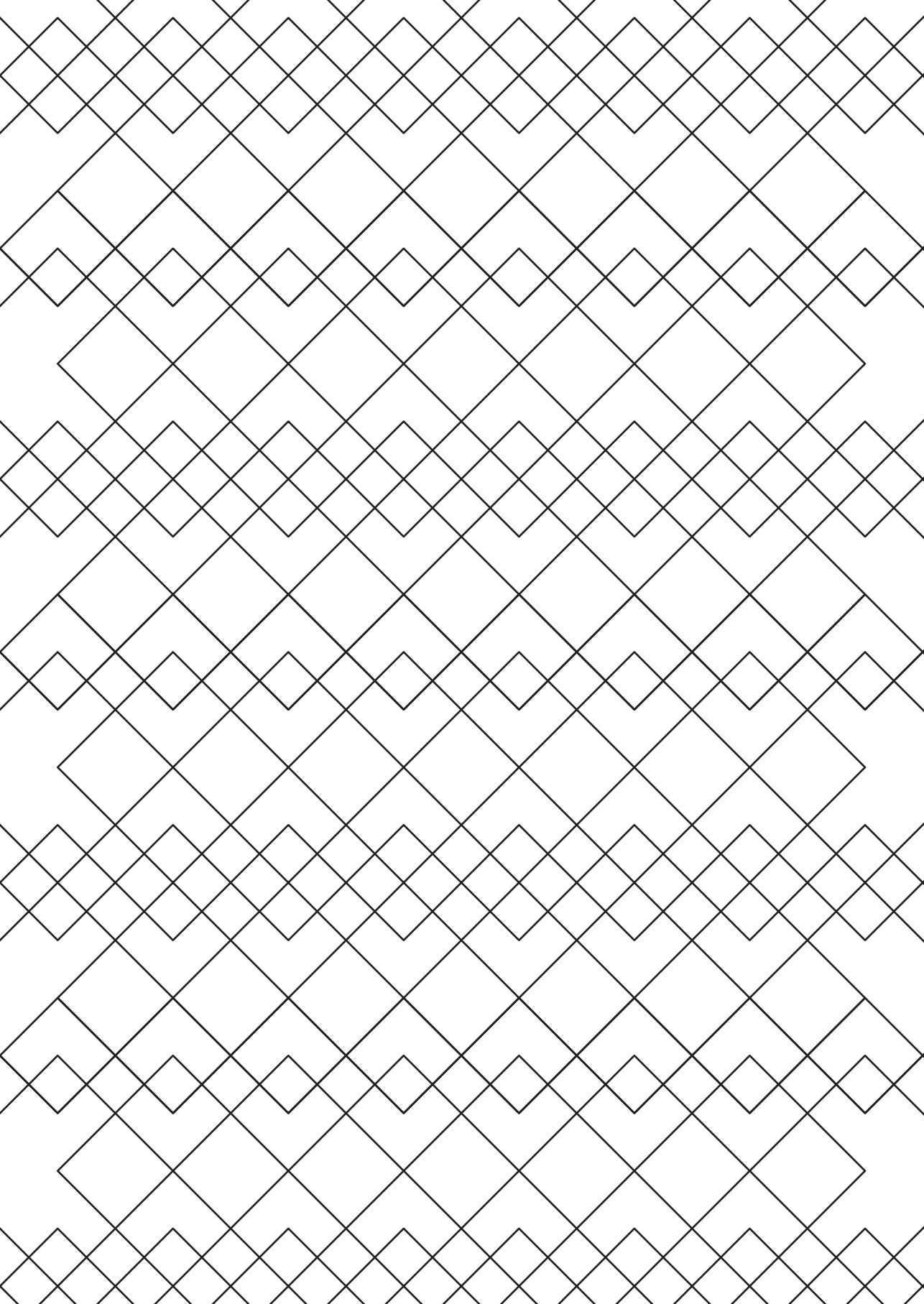
EL MAESTRO APAGA LA COLILLA DE SU CIGARRILLO DENTRO DE LA COPA DE VINO VACÍA. DESAPARECE POR UNA DE LAS LATERALES. EL OTRO Y ÉL PERMANECEN ESTÁTICOS. ELLA SE DIRIGE AL PÚBLICO REAL.

ELLA: Por primera vez fui a un entierro. Supongo que no será la última. Me extrañó mucho la cara de los presentes. Todos se miraban y sonreían con malicia, como si no hubiese pasado nada. Salimos del cementerio, juntos. Él, ella, el otro. Esa noche dormimos los tres juntos, pero el maestro no nos dejó besarnos. Estaba prohibido. El maestro es muy celoso. Al día siguiente, cuando volvimos a la Academia, nos dimos cuenta de que el mundo no había cambiado. No sé si esta historia debería empezar por donde termina. Todo es una terrible repetición. ¿Será que ya lo dije?

ÉL, ELLA Y EL OTRO SE ALINEAN FRENTE AL PÚBLICO HIPOTÉTICO. SUBE LA MÚSICA DE LOS ARGONAUTAS. SE oyen aplausos. LOS TRES SALUDAN. LUEGO SE DAN LA VUELTA Y HACEN LA VENIA FRENTE AL PÚBLICO REAL. LUEGO, SUPONGO, SALDRÁ EL MAESTRO Y HARÁ LO MISMO.

Esta obra se estrenó en el Teatro del Camarín del Carmen de Bogotá, bajo la dirección de Sebastián Illera, con los actores Diana Jaramillo, Johan Velandia, Santiago Merchant y César Andrés Falla.

Bogotá, diciembre de 2005







Los actores se forman en los escenarios. Los directores de teatro adquieren sus herramientas como espectadores atentos. Los dramaturgos surgen de una curiosa mezcla entre la literatura y la práctica sobre las tablas. Por muchos años se consideró que la escritura dramática pertenecía al mundo del papel, de las editoriales, de los libros. En el siglo XX, gracias a todas las transformaciones vividas en los extramuros de la creación artística, el texto construido a partir de diálogos y acotaciones es una herramienta para convivir con la interpretación, las luces, la música, la coreografía, en fin, con la puesta en escena.

Los textos que componen el presente volumen fueron escritos al calor de la formación académica en la ciudad de Bogotá. Se concibieron para intérpretes o maestros específicos, de acuerdo con sus necesidades y se transformaron según sus urgencias. Cinco piezas dialogadas fueron escritas para estudiantes de la Escuela Nacional de Arte Dramático. Tres, para talleristas de Casa Ensamble y cinco más para distintos momentos creativos del Programa de Artes Escénicas de la Facultad de Artes-ASAB.

Su autor, Sandro Romero Rey, ha combinado su trabajo literario y audiovisual con los laberintos de la escena y el rigor de la formación artística. En las páginas que siguen hay sendos ejemplos de cómo se puede escribir en función de grupos de actores y actrices que están en proceso de consolidar una vocación. Después de treinta años de labores en la ASAB, Romero Rey reúne aquí algunos ejemplos no publicados de su pasión por los escenarios de la palabra.



978 958 787 458 7